



*Hugo
Wast*

JUANA TABOR 666

THINKING
THAT





JUANA TABOR : 008 / Hugo West

12-26



*Hugo
Wast*

JUANA TABOR 666

TEDICIONES
THAU

JOANA TABON y 000 aparecieron en un solo volumen; luego, el autor las reeditó en tomos separados. La décima edición de ambas obras —hecha por Editorial AOCIA Argentina en 1976— las volvió a presentar juntas. Como la primera obra es una mera continuación de la segunda, creemos acertado este criterio editorial, que se adopta también en esta undécima edición.

© EDICIONES THAU S. A., 1983
San Antonio 380, (1278) Buenos Aires

IMPRESO EN LA ARGENTINA
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Todos los derechos reservados para la lengua castellana
Prohibida la reproducción total o parcial

DECLARACION

Las aplicaciones de algunos pasajes de las Sagradas Escrituras, presentadas como visiones del futuro en esta novela, son puramente imaginarias.

El autor no las ofrece como interpretación de dichos pasajes, y en todo caso somete incondicionalmente sus opiniones al juicio oficial de Nuestra Santa Madre Iglesia, dispuesto a corregir lo que ella señale y a cortar lo que ella corte.

THE HISTORY OF

THE
LIFE OF
JAMES OGLETHORPE
BY
JAMES OGLETHORPE
OF THE
CITY OF SAVANNAH
IN THE
STATE OF GEORGIA
AND
OF THE
CITY OF SAVANNAH
IN THE
STATE OF GEORGIA
AND
OF THE
CITY OF SAVANNAH
IN THE
STATE OF GEORGIA

PARTI PRIMERA JUANA TABORA



El 30 de mayo de 1976, fray Plácido de la Virgen se acordó tan fatigado que a duras penas alcanzó a resar las letanías con que terminaba su rezo, y se durmió profundamente.

Debió parecerle deliciosa la tibia del camastro, en que se tendía vestido, conforme a la regla, y blando el lecho mal desbastado de su almohada.

Estaba, sin embargo, en la edad en que el sueño es arisco, y el insomnio, un compañero habitual. Había nacido el primer día del siglo xx: tenía, pues, 76 años. Su jornada comenzaba antes de la medianoche. El rezo de su breviario y algunas devociones le llevaban tres horas largas; la misa, media hora; el confesionario, a veces una hora, a veces cuatro o cinco o más, si venían muchos penitentes que hablaban en latín o castellano, ó en los idiomas que él conocía, ya que nunca pudo, ni quiso, aprender el esperanto, la lengua universal desde 1900.

A media mañana recibía las visitas de los que necesitaban sus consejos o sus socorros, en seguida del almorzato frugalísimo de los greguerismos, que seguían la

regla de la Trapa. después, un rato de lectura espiritual, que se convertía a menudo en una breve siesta, y todas las demás distribuciones de la comunidad Salta poco o más bien nada, de aquel vicentino cuacero, que era su convento.

Ese día hubo que predicar un largo panegirico de San Gregorio con motivo de haberse consagrado en su Iglesia seis jóvenes sacerdotes, celebrantes de primera misa.

No arrian muchos, en el público que llenaba las tres naves, los que entendieron su sermón, porque lo dijo en latín. De haberlo dicho en castellano, lo habrían entendido menos aún.

Fay Párcido de La Virgen pertenecía a una de las más ilustres congregaciones religiosas, la de los gregorianos, que iba extinguiéndose como una lámpara que quema las últimas gotas de su aceite.

Después de haber tenido centenares de casas en el mundo pobladas con millares de frailes ya no le quedaban más que tres o cuatro conventos agonizantes.

Como una inmensa higuera moribunda por los siglos sin ramas, sin frutos, sin semillas, habían ido secándose sin que otras retoños brotaran de la vieja raíz.

Algunos pensaba que el mundo iba entrando en la época del sufrimiento religioso, que precedería al fin de los tiempos, o el segundo advenimiento de Cristo conforme a las palabras del propio Jesús: "Cuando viniere el Hijo del Hombre, ¿se parece que hallará fe sobre la tierra?" Todavía, sin embargo, existían variaciones: muchedumbres de jóvenes sentían el llamado a una vida más alta sacrificaban su juventud, abandonaban la imperfecta libertad del mundo y compraban la libertad de Cristo que consiste en someterse para siempre a la voluntad ajena. Mas era para ingresar en otras órdenes religiosos y aún muy de tarde en tarde la Iglesia de los gregorianos celebraba una fiesta como la de ese día.

Uno tras otro, como lugares viejos, iban cayendo sus frailes en el seno de la inmensa tumba con muerte plácida y edificante.

Los angelitos que vivían en la casa de las almas. Sin compañeros, abandonando el oficio de difuntos, tendían el cuerpo sobre la misma tabla que durante tantos años fue su lecho y conforme lo dispuso su regla le clavaban el hábito al contorno del cuerpo y sin otro adorno lo metían en una caja recién lavada en la propia tierra de la que venían, para que bajo la sombra de millores cipreses y oleasunas aguardando la reencarnación de la carne en una esquina de aquel terrible hábita un acaído gran árbol se o donde había discurrido años. Los frailes no veían en su amorso transitorio prior se en sus tomas exteriores se ponían y personas de su compañero y porque alumaba una antigua tradición que se había conservado en la casa de las almas en la que vivía el último papa se decía en la vigilia misma de la segunda venida de Cristo.

Acabada la ceremonia del entierro cada fraile volvía a sus trabajos un poco más triste y algo más serio también porque ningún novicio recordaba al difunto y cuando se le recordaba se le decía que era un hombre de muy poca importancia.

Y con qué dolor fray Plácido de la Virgen superior del convento recordaba la extinción de su orden.

Diez años veinte años más y no habría nadie en el mundo para vestir aquel blanco sayal de lino que el fundador prescribió, inscrito en el que dice: "Dios es en sus vestes". Toda la liturgia con una banda de oro de Uphar.

Por ello, si a los novicios se les enseñaba un libro pidiendo el hábito, su viejo corazón estaba un tanto triste.

Después de muchas alternativas en que más de una vez el convento de Buenos Aires hubo de estar en aquel 30 de mayo de 1978 dijeron su primera misa por

mucho secretos y con una gran fama de su autoridad y su talento.

Fray Sando de Navarra tenía treinta años al ordenarse. La dura regla gregoriana no apagó su espíritu. A pesar del concullo con que acostumbró su cuerpo a la lapa, cuando había al púlpito, los gentes quedaban pasados y prontos de contagiosa emoción.

Fray Plácido le contrapichaba con amor y temblor, y al admirarlo se llenaba de indoluble angustia. "El corazón de un hombre", afirma el mismo santo, "es como a veces más rudo que siete continencias sobre una altura".

Por esto una tarde, después de la coronación de la eucaristía, cuando juzgó que el joven sacerdote se hallaría solo, fue a su celda, le llevó en la mejilla y le dijo:

—¡Ya tienes las manos consagradas, hijo mío! Ya eres sacerdote del Altísimo.

—Sí, pero toda la eternidad —respondió el joven.

—Hacé como es el momento más sublime de tu vida, ahora que eres tanto como un rey, porque el arcote de encienas es una diadema.

El joven respondió con las palabras de Samuel para saber cuánto agradaban al superior las letras bíblicas.

—Habla, señor, que tu siervo te escucha.

—Yo he pedido largamente al Señor que me diera en vuestro orden un hombre capaz de darle el brillo que le falta, o fin de que, a la manera de vuestros órdenes que estuvieran a punto de extinguirse, renaciera y se multiplicara, y llenara el mundo.

Fray Sando escuchaba a su superior con los ojos fijos en las baldosas y con las manos en las mangas surtidas del hermoso hábito.

—Como bien reflexionó Santa Teresa a las carmelitas, y como a las trapenses, así enseñaba yo que algunas veces renace la vocación gregoriana, y pienso que Dios ha escuchado mi ora bien porque cuando veo el infante que vive en tus brazos sobre el pueblo, no puedo



lo que contraria nuestros gustos espirituales es malo, y todo lo que los fomenta es bueno.

—Realmente —dijo fray Simón—, recuerdo haber leído en algún tratado de místicos que los gustos espirituales son a veces más peligrosos que los gustos corporales...

—Y yo estoy seguro —agregó fray Plácido— de haber leído en las experiencias de Santa Catalina de Génova que a los gustos espirituales hay que huirles más que al diablo porque seducen al hombre. De él se nace el amor propio espiritual, con la apariencia del bien. Indistintamente más peligrosos que el carnal, por ser la raíz de todas las males que pueden afligirnos en este mundo y en el otro. La rebelión de Lucifer y de sus ángeles no tuvo otra causa que el amor propio espiritual.

—Terribles como debe de ser ese amor, pero ¡cuán difícil no confundirlo con el celo por la gloria de Dios!

—Yo te enseñaré el secreto para descubrirlo infaliblemente.

—¿Cuál es?

—La obediencia. Todo lo que hagas en virtud de la santa obediencia a tu regla o a las órdenes de tus superiores, es bueno. Todo lo que hagas contrariándola, así sea el sufrir martirio es malo.

—Yo soy un hombre de devoto —dijo con melancolía el joven, recordando las palabras del arcángel en la profecía de Daniel—. y muchas veces yo mismo ignoro qué viento me arrebató.

Fray Plácido meneó la cabeza, como diciendo: "¡Vaya si sabes yo lo que te pasa, hijo mío!"

Le palmeó cariñosamente el hombro y le repitió las palabras de Ezequiel:

—"No es malo todo lo alto, ni todo deseo puro. A veces nos mueve pasión y pensamos que es celo"
¿Debo seguir habiéndote hijo mío?

—¡Háblenme, padre mío! —exclamó fray Simón, con cierta inquietud, porque sentía que los ojos del viejo escudriñaban hasta el fondo de su alma.

El viejo prosiguió así:

—La piedra de toque de la virtud de un sacerdote es su absoluta adhesión al papa. Esa voluntad, mejor diré, ese sentimiento, porque el joven levita debe transformarse en carne de su carne, en una especie de instinto, lo que al principio de su carrera pudo no ser más que una fría voluntad, esa adhesión a Roma es lo que lo hace un miembro vivo del cuerpo místico de Cristo.

¿Cómo ha de ser y qué límites ha de tener esa adhesión?

—Debe ser ilimitada —contestó con presteza el viejo—, desinteresada y silenciosa, mientras no llegue el caso de pregonarla, porque entonces debe pregonarse, aun a costa del martirio. Pero no sólo debe orientar tu acción exterior, sino también alas tus pensamientos.

—Mucho es eso —observó melancólicamente el joven.

Y el viejo prosiguió:

—Y todo lo que te aleje de ese sentimiento, huela por una tentación diabólica.

—¿Todo? ¿Anarquía sea una virtud?

—Sí, aunque te parezca una virtud, aunque sea la cosa más sublime de la tierra, aunque sea la promesa de una tiera, aunque sea la seguridad de una cruz.

—Y si se apareciera Cristo y me dijera: Anátese de Roma, ¿y sigo?

Fray Placido reflexionó apenas un segundo y respondió sin titubear:

—Eso está predicho en el Evangelio, y será la señal de que el mundo va llegando a su fin. Tres evangelistas Mateo, Marcos y Lucas, lo dicen con idénticas palabras: "Vendrán muchos en mi nombre. Si alguno os dijera: El Cristo está aquí, el Cristo está allá, no le creáis, porque se levantarán falsos Cristos y falsos profetas." Y como ésta ha de ser la suprema tentación

de los albigos, Jesucristo, al ponerse en guardia, está de una advertencia. Mirad que es lo he dicho de este mundo.

Después de un rato de silencio embalsamado, el viejo respondió su plática.

—La virtud primordial de un religioso —prosiguió fray Plácido— es la obediencia, porque siendo hecha de humildad, encierra todas las otras. Obediencia no sólo exterior, que es aparente, sino interior, que significa la renuncia a la propia voluntad.

—¿Y también a la propia opinión?

—Sí, también. Un religioso no realiza su fin sino cuando aniquila su personalidad y viene a ser como una gota de agua en el mar, un alfilerito en la limba, un clavo en el muelle. Ahí está en el mar y el mar está en él.

—Ahí lo he —respondió fray Simón, blandamente—.

—Escucha ahora una advertencia que no debes olvidar: habes dos palcos se cuenta la virtud del te corda. Mientras ellos resisten, el edificio se mantiene. Cuando uno de ellos cae, el otro no tarda en caer y todo se derrumba.

—¿Cuáles son esos palcos?

—Tú pensarás en otras cosas, más grandes y en apariencia más sublimes. Pero mi caso dos palcos son el amor al prójimo y la devoción al papa. O, con otras palabras, la oración disciplinada y la inextinguible humildad.

Fray Simón se estremeció, como aquel a quien de improviso le tocan una herida oculta. Luego se arrojó y hundió las pies del viejo, cubiertos de vendas.

El superior se fue y él quedó sólo en su celda, cuyos empalagadas paredes parecían bridas de púrpura, pues por sus cristales, que daban al huerto, penetraban los rojos fulgores de un maravilloso crepúsculo.

Abrió la ventana y respiró a pleno pulmón el fresco viento de la tarde.

—¿Qué? ¿Qué? —exclamó, golpeándose el pecho a la manera del gubirano—, me siento como Daniel, he-

bre de donde se desdoblaron en tal Tongo la emanación de que lleva consigo todas las energías de una nueva creación. Mi misión es reconstruir al siglo con la religión en el terreno dignitativo político y social. Me siento atraído hasta la médula de los hombres; pero he temido del Señor un secreto divino: la Iglesia de hoy no es sino el germen de la Iglesia del porvenir que tendrá tres círculos: en el primero cabrán católicos y protestantes, en el segundo judíos y musulmanes; en el tercero idólatras, paganos y mahometanos. Comenzaré ya solo en mi mundo el perfecto Reino de Dios. Soy el promulgador de una nueva alianza.

La celda se llenó de audacia temerosa. La campana llamando al coro, la sacó de su arrobamiento.

En el coro había una fraile. Más tarde en el refectorio, reunidos hasta diez entre penitentes y reclusos, y como fueran un día de gran fiesta, el cartón adalid a las cosas hervidas y a las brochetas con aceite que formaban su ordinario sustento, un tipo de ardida asada y un poco de cerrea. Fray Plácido estaba ya viendo aquel tímido reflejamiento de su congregación. Plegaba a Dios que el arroyo que brotaba en el lugar se transformase en río caudaloso como el de la visión de Esquivel.

Para descansar el corazón fatigado ese noche en la celda se puso a leer un libro en que se contaba cómo caminaba la muerte de Voltaire hacia y desventuradamente, que en el espantoso trance interviniese más por el destino de su cuerpo humano, sin embargo ya que por el de su alma inmortal. Lével las afirmaciones de que se volió para que no se agotara a su cuerpo la sepultura aristocrática que esperaba aún por la más inevitable y contradictoria vanidad. Para lograr ese propósito llevó al confesor y consistió en firmar un documento retractándose de sus doctrinas.

Pero, como mejorase de sus enfermades y recobrase la salud, se arrepentía de su retractación y, sumiendo

recorrer en ella si volvía a enfermarse. levantó en presencia de un notario una protesta contra una manifestación pública que la artículo mortis pudiera arrancarle otro confesor.

Pasaron nada menos que treinta y cinco años. Dios lo esperaba con infinita paciencia. Se halló de nuevo en trance de muerte y necesitando siempre por el doctor de su confesión, aceptó los auxilios de M. de Terce y de San Sulpicio, su narroquis y extendió la testamento sin la que ningún sacerdote tenía facultad para absolvelo. Pero el cura sometió el caso al arzobispo que no aceptó aquel documento redactado con demasiada altivez y sugirió algo más católicas. Voltaire, como echando una ligera mirada, comenzó a burlarse. De pronto llegó de nuevo la muerte y el filósofo espiró no lejos de los amigos. El legado y sucesor de su voluntad, el conde de Artois, al ver que el filósofo se había burlado y desafiado porque su poder influyente no importaba ni una bala de bala y así, solo que le daban un estallido de bala para aplacar la sed.

Tales llegaron a ser sus sucesores y se descomponen una que hundió las manos en el caso de su sucesor y se llevó la hora mientras las circunstancias se solaban la O. en el libro de Voltaire, su hijo, M. de Terce, que recibiera Tronchin y Jorry, trasados de haber contemplado la escena.

- Tallo más. Hala de -dijo el frasco, vendó a correr el libro.

Se remiten al ver una fecha: Voltaire había muerto el 30 de mayo de 1778 y esa noche se cumplía el segundo centenario.

- Doscientos años! -exclamó el superior- ¡Sucesión inabarcable de sufrimientos! Y sin embargo todavía en eternidad ni siquiera ha comenzado. Qué misterio. Señal los de estas almas a las que dió más luz que a las otras, y que se han blasfemado más? ¿Qué razón

dido delirio hay en el orgullo que embriagó y perdió a la tercera parte de los ángeles?

Con estos pensamientos se puso a remar, hasta que le venció el sueño y se durmió.

Debió dormir apenas dos horas. Un fuerte ruido le hizo abrir los ojos y vio por la ventana que aún no había salido la luna. Fierne oscuridad en la huerta, y se ve toda un resplandor extraño y un insuportable hedor.

Se incorporó en el camastro y estiró la mano hacia su pila de agua bendita. La paralizó una voz infinitamente dolorosa, que venía del rincón más alejado.

Cuédate de tomar esa agua, porque me harías buir. Cuédate de pronunciar exorcismos, si quieres que te comunique los secretos del porvenir. Yo soy el desventurado li óseo cuya muerte viste escrita un siglo a los ojos de los merics, y hoy un necio vuelve a mí porque oye... ¿Quieres oírme?

Fray Plácido alcanzó a ver la figura de un hombre demudado, con las carnes rasgadas y consumidas, evidentemente la figura de Voltaire.

Habla en nombre de Cristo!

No bien pronunció esta palabra, oyó el resaca de agua en la huerta y los vin doblarse hasta atolillarse sobre las baldosas y escuchó su lamento.

¿Por qué lo llamas? ¿No sabes que cuando suena ese nombre todas las habitantes del cielo y del infierno se atolillan? Tú no puedes ni siquiera imaginarte el espectáculo que es para mí que solamente lo llamo "el fa fame" adorarlo cada vez que otros lo nombran con su verdadero nombre.

¿Había, no lo nombrarás más! dijo el fraile temblando de espantar aquella sombra, a la que deseaba arrancar sus secretos.

Y al advertir el rictus de la desdentada esclava, le preguntó, perplejo:

—¿Te ríes, Voltaire?

Esta risa es mi condenación. Yo he hecho reír a los hombres para que no creyeran en la divinidad del Infame. Y yo creía! Creía y temblaba, sabiendo que un día nos encontraríamos frente a frente. Me sentía dotado de una inteligencia portentosa mayor que la de todos los hombres, después de Salomón y pude elegir entre servir a Dios o aliarne con ella contra Él y ser su enemigo eternamente.

—Y dijiste, como Jacobel: *Non serviam!*

—¡Bé! Y Él me dio, en cambio, larguísima vida, para que tuviese tiempo de arrepentirme.

—¿Y ahora te arrepientes de no haberla aprovechado?

—¡No! Arrepentirse es humillarse cosa imposible en la miserable condición de mi alma. Si yo volviera a vivir volvería a condenarme.

—¿Kapitanease ese horrible misterio!

—Durante sesenta años fui festejado y aplaudido como un rey. Poetas, filósofos, príncipes, mujeres, se pasaban de admiración ante la más trivial de mis burlas.

—¿Y tú, te admirabas también a ti mismo?

—Yo, a medida que avanzaba la vejez, tenía mayor asco del objeto de aquella admiración de hombres y mujeres. pues cada vez que abría mi boca, antes que ellos sintieran el rumor de mis palabras, yo oía el hedor de mi aliento. Pero, si era nauseabunda la fetidez de mi boca, era incomparablemente peor la hediondez de mis pensamientos.

—¡Infeliz!

—Ellos me consideraban un venidito y yo los despreciaba, sintiendo podrirse mi carne, envoltura del alma tumoral. ¡Ay de mí! Durante 84 años esa carne, que iba disolviéndose, fue mi única defensa contra el Infame. Mientras yo, es decir mi voluntad, subsistiera atrincherada en esa carne, podría seguir lanzando mi grito de guerra: ¡Apistad al Infame!

—¡Cristo vive, Cristo reina, Cristo impera! —exclamó, horrorizado, el viejo, sin pensar en las consecuencias de esa triple alabanza.

—¡Ay! —dijo Voltaire con indescriptible lamento, y otra vez se oyó el siniestro crujir de sus rodulas quemadas, que se doblaron hasta el suelo, y se vio a la macabra figura postrarse de hinojos. Este es mi tormento mayor: ¡confesar su divinidad!

—In nomine Jesu —murmuró el fraile para sí mismo— *omne genu flectatur coelestium, terrestrium et infernorum.*

Y añadió en voz alta:

—¿Acaso no temías a Dios?

—¡Oh, sí, lo temía! ¡Oh, temería y contradicción de mi soberbia! Cuando pensaba en la muerte, me aterraba, y hubiera dado mi fortuna, y mi fama, y mis libros, por un solo grano de humildad, la semilla del arrepentimiento. Pero la humildad no es natural; es sobrenatural. Un hombre sin ojos podría ver más fácilmente que un hombre soberbio decir "Perdón, Señor perdón." Ver sin ojos es contranatural, una fuerza natural pueda modificarse por otra fuerza natural. Pero arrepentirse, sin humildad, es contra lo sobrenatural, infinitamente más allá de las fuerzas del hombre. Se necesita la gracia divina.

¿Y por ventura, Dios no te la dio?

—¡Sí, a torrentes! Plaguérame el cielo que así se me hubiera dado tantas gracias. Pues, al juzgarme en esta sombría región, se tiran más en cuenta las gracias rechazadas que los pecados cometidos.

—¡Sigue, Voltaire! Te escucho con ansiedad.

El patriarca de Farnay prosiguió así, entre secos y horripilantes sollozos:

—Cuando uno ha rechazado obstinadamente durante veinte años, treinta años, medio siglo, los auxilios sobrenaturales de la gracia, Dios lo abandona a sus simples fuerzas naturales, la inteligencia y la voluntad. Ya

veía mi destino si no me humillaba, pero humillarme había sido un milagro. Y mi orgullo me embriagaba diciéndome que yo, ardiendo y agostando, podía, por mi libre albedrío, resistir a la gracia, complacerme en la fuerza y luchar contra Dios. Qué delirio, hacer lo imposible aun para las estrellas de los cielos, y los ángeles arcángelos resistir a Dios! Trueta al funeral de la blasfemia y del sacrilegio. Por burlarme del Infame, cometí muchas veces necelgamente, delante de mis criados, y mis amigos me aplaudían y me imitaban. Y así llegó al día del suplicio.

—La hora de la venganza —dijo el fraile, harrumando—. *Effundite iram vestram*. Descorramos tu especie, Señor.

—Así tan llegó el turno de Dios, y descorramé la especie sobre mí.

—Que clame las últimas momentas.

—Los hombres se sorprenden los misterios de esta hora, especialmente del postrer momento, en que las potencias de la alma se movían al entrecuchamiento, la voluntad, adquiere una agudeza incalculable.

—¿Cuánto dura eso?

—Sepas que sólo es un segundo pero en este segundo cabe mucho más que toda tu vida, por larga que fuere, allí cabe tu eternidad. En ese instante guardo tu voluntad fíjale al rambo. ¡Desventurado de mí! La obstinada de eterna alma, transformada en impetuosidad final, es como un muro de bronce incandescente que rodea el alma y agasta el último exalto de la misericordia, temblando, oh, contradictorio!, de un devotismo, y repantándose de autismo de la que será su propio triunfo. Ay de mí! Ya triunfaba. Las rayas de la gracia se rompían sobre mi coronado, como flechas de mortil contra una roca.

—¿Trueta la gracia alguna vez?

—Mírame de lejos, porque es la virtud de la Sacer. ¡Cuántas retractaciones incorporadas, que quedan en el secreto del alma allá! Pero si vienes la dices de

las que pelean contra el Espíritu. De las desordenadas. De las locuras que por lagos en chubasco arrastran una blasfemia. De las que vendieron al cuerpo en algunas horas. De las apáticas. Para sentir y vigilar la impotencia final de todo, el diablo elabora toda otra estrategia. Y se mete en las urnas y hay como una transmutación del cuerpo diabólico en el alma del congojido.

—Los hombres no conocen las profundidades de lo todo —comenzó fray Fladán.

—El diablo realiza estrategias por medio de los maridos de su conversión, cuando por fortalezas lo sorbido de un alma se ha convertida de la cara hacia la eternidad. Así cuando se llega a esos portadillos que, el alma se ha ido voluntariamente en su destino.

—¿Voluntariamente? —interrogó el fraile.

—Yo tampoco. Porque en la firma con un propio mano se obra la eternidad. Y la volvería a firmar con voces con plena discreción antes de las alabanzas y de los. Por lo tanto, ¿verdad?

—No sólo en mi mente, según fray Fladán entendió — que una vez más el que al volver a vivir volvería a conocer la eternidad.

— ¿Y cómo y así? En el último instante de su vida cuando por último mi voz me lleva la hora de la eterna eternidad y así aquel momento eterno que ha quedado en mi historia cuando mi alma se convierte en dos una eterna guerra. Pero ya estaba vivo, arrojando el barro perdido de mi cuerpo, que había, por una segunda vez, mi historia de una en manos de Dios.

—¿Todavía puedes arrepentirte?

—Sí. Y es una especie de historia con un cuerpo de espaldas y los lagos abiertos en manos y pies y el pecho desmenuzándose y un papel sin firma que era mi historia. "Yo que te recibí con mi cuerpo" me dijo. "me lo firmé" pero lo he entregado a ti para que te liberes de mí." Durante un segundo, en que el mi pasado y mi presente, según las circunstancias. Ya ni siquiera

tenía que pedir perdón. El Infame se adelantaba a otro término bastísimo aceptarlo reconociendo que pecó. El mundo ignoraría hasta el día del juicio mi extratención, y yo me salvaría. Imposible! Durante cuarenta años había combatido contra el Infame. Si ahora aceptaba su perdón, la victoria sería suya. Si lo rechazaba, yo, guano de la tierra, que no tenía más que medio minuto de vida, me levantaría hasta Él, y haría trambollos los cielos con mis eternas blasfemias. Pero era tal el horror de mi destino, que vacilé. ¿Quién me hubiera dado un grano de humildad en ese instante!

—¿No lo habrías rechazado, acaso?

Voltaire guardó silencio y largo respiración, con sus cavernosas.

—¿Sí, lo habrías rechazado! Entonces cogí la sentencia, que Él no quería firmar, y yo fui mi propio juez y la firmé con esta mano que escribía *La Fucelle* y que ahora devoré al bronce. ¡Mirad!

Voltaire alargó aquella mano que tantas blasfemias insomnes había escrito con extrema agudeza y rose un candelero de bronce, en una alacena de la pared.

El duro metal se derritió, como se habría derritido una vela puesta en la boca de un horno. Las gotas del metal cayeron sobre las baldosas y allí se aplastaron.

—¡Sabe, pues! —prosiguió Voltaire—, que ninguna condenación lleva la firma del Cordero. ¡Todas llevan la nuestra!

Señal una campana. Voltaire se estremeció.

—Las campanas me avisan. Todo lo que mide el tiempo me avisa. Un año. Diez años. Docientos años. ¿Cuándo se acabará el tiempo y empezará la eternidad divina?

—¿Cuándo? —interrogó el superior—. ¿Acaso no se divisan ya las últimas etapas del Apocalipsis? ¿No lo estado ya el sexto mil del libro de los siete sellos?

La luna brillaba entre las cigarras de la puerta. Voltaire miró hacia las cruces plantadas en la tierra, a

la columna de las muertes en el Señor, y volvió los ojos con angustia.

—Un día se levantará el linaje en el fondo de la tierra, y se levantarán las muertes a recibir a su Señor y se que se reunirán hasta Su venida, sabrán con ellos, las comunidades, en los cielos, para acompañar al que vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos. Pero antes... —se detuvo.

El joven tomó que se callara, en el momento de la revelación, y le lanzó con estas palabras:

—Antes habrá venido el Anticristo.

—El —exclamó Valtara con diabólico entusiasmo—. En esta época en que el infame será venido en el malhechor y en sus males. Vosotros, los frailes, creéis invencible el catolicismo. ¡No! ¡Hebó que será vencido!

—Ya lo sé —respondió fray Plácido—: es de lo que será vencido, mas sólo por un tiempo. El Apocalipsis asegura que la Bestia del Mar o sea el Anticristo, dominará todos los pueblos, lenguas y naciones, y hará guerra a los santos y los vencerá, lo cual le será permitido durante cuatro y dos meses. Pero, ¿qué tardará mucho todavía? ¿Quédate en equivocarse los que creen que faltan siglos y siglos de años para la venida del Anticristo, o los que creen que estamos ya tocando su reino?

—¿Tú qué crees?

—Yo creo —respondió fray Plácido— que el Anticristo vendrá pronto, y que esa venida ocurrirá antes del período de paz religiosa durante la cual el diablo estará preso y atado con una gran cadena y encerrado en el abismo.

—¿No sabes que así se es la opinión de la mayoría de vuestros intérpretes?

—Sí, lo sé —dijo el fraile—. La mayoría de los intérpretes modernos sostiene que el fin del mundo está dista millones de siglos y que el Anticristo vendrá en las vísperas del día grande y horrible del Señor, cuando se

tanta agua de su prisión y me desatado por un poco de tiempo. Pero yo pienso lo contrario: que, aunque el mundo pueda fácilmente durar millones de años, la humanaidad está ya próxima a conocer al más grande enemigo de.

— ¿En lo nombres! Ya te comprendo.

— ¿Que ese enemigo, que llamamos el Anticristo, será una persona, un hombre de perdición, como dice San Pablo, y no una sociedad ni una secta, como sostienen algunos.

— Pienso con verdad será un hombre pero no estará solo: se encarnará en una orden religiosa, cuyo superior será un talso profeta.

— ¿Qué orden?

— Dentro de diez años lo adivinarás sin que yo te lo diga.

— Y creo — prosiguió al fraile — que los judíos lo recibirán como al Mesías. Y, por lo tanto, que su vocación será antes de la conversión de los judíos, en medio de una gran persecución de todas las naciones contra el pueblo de Israel. De modo que la verdadera señal de la apostasía del Anticristo no será la persecución universal de los cristianos, sino la persecución de los judíos.

— Esa es la verdad! — dijo Voltaire.

— Y pienso también que esto ocurrirá pronto, y que sólo después de la muerte del Anticristo se convertirán los judíos y Jerusalén será restaurada, con un rey de la estirpe de David.

— Así será! — confirmó Voltaire.

— ¿Está pues próximo a nacer el Anticristo?

— Ha nacido ya.

— ¿Dónde? ¿De qué raza? — interrogó asustosamente fray Plácido; pero la desconfianza lo turbó. — ¿Cómo voy a creerlo si eres hijo de la mentira?

— E. Señor me manda decir verdad: el Anticristo, que nació en 1966, es de la tribu de Dan; y lo proclama

ráa su rey no solamente los judíos, sino también los masubianos.

¿Será grande su imperio?

—Sí, el número de sus pueros será de cuatro y millones, según el cómputo de Apocalipsis.

¿Y su capital, cuál será?

La ciudad de su nacimiento. La mayor y más gloriosa y más santa que se vea del mundo.

—Jerusalén, entonces?

No, Roma.

¿Roma, cuna y capital del Anticristo? —estará estupefacto el trade. —¿Y a que, pues, los intérpretes dicen que pasará en Babilonia?

—Roma es Babilonia. Vuélvete a leer el final de la primera epístola de Pedro Apóstol, y hallarás la explicación. Todo está en las Escrituras. Todo está proclamado.

—Sí —dijo el fraile—. El profeta Amós ha dicho: "El Señor no hará nada que no haya revelado a sus siervos, los profetas." Pero los intérpretes disputan sobre el sentido de las profecías. Catorce años han pasado discutiendo lo que simbolizan las siete cabezas de la Bestia del Mar, que tienen diadema. —Explícame con

—Está en el Apocalipsis, y tú lo sabes. Son siete reyes que lo han sido, materialmente o moralmente, por la influencia que ejercieron entre los hombres. Cinco de ellos pasaron ya: Nerón, Mahoma, Lutero, el emperador fulgo, y el quinto, Lenin.

¿Y los que no han pasado todavía?

—El sexto ya va: el emperador del Santo Imperio Romano Germánico.

—Pero si ese imperio ni ese emperador existen. Hay un Imperio Romano sobre el cual manda Carlos Alberto, y hay un Imperio Germánico que tiene por soberano a Adolfo Enrique.

—Antes de diez años no formarán más que uno —respondió Voltaire—. Berlín y Roma serán ciudades de un

este imperio, bajo el cetro del sucesor de Achille Euri-
que, quien preparará el advenimiento del séptimo rey,
que será rey de Roma, el undécimo cuerno del Dragón
El Anticristo!

Tu volveré a visitarte dentro de diez años y des-
de de veinte

—¿Y yo estaré vivo entonces? Pienso que he nacido el
primer día de este siglo.

—Tú, que vives ahora bajo el Pastor Angélico, verás
pasar, como ondas de un río, a los últimos papas, a
Gregorio XVII, a Paulo VI, a Clemente XV. Tú con-
currirás al concilio que reúne a León XII, papa, hijo
de Jerusalén, convertido al Islam y bajo cuyo reinado
se convertirán los judíos, y tú verás florecer el papado
y el último Papa *Petrus Romanus*.

Fray Plácido escuchaba y escuchaba.

—¿Seré cardinal, por ventura?

—No es probable. Serás. Romarás en Roma la santa co-
lona, que hará mare a un papa, y tú habrás conocido
a la Beata de la Tierra, el falso profeta del Anticristo, y
verás la hora de la séptima colina, que será una co-
sta, y del undécimo cuerno, el rey de los romanos, el
propio Anticristo.

—¿Y la orden greguiana existirá entonces?

—Dentro de diez años te contestaré. Te basta saber
que de la orden saldrá un otro resplandeciente, cuyo
cambio está en el Apocalipsis. ¿Faltas de curules?

—¡Ajá! —dijo Fray Plácido, con un hábito
de voz.

—¿Qué que un punto oiga de sembrar?

—¿Por qué el superior de los greguianos dijo aquel
cambio, que significa —o el Apocalipsis una estrella caída?

—¿En qué punto? En nadie. Dios es testigo de
que en nadie pasó.

Para acabar su inquietud se puso a repetir el texto
del Apocalipsis. Y el tercer ángel tocó la trompeta, y
cayó del cielo una gran estrella ardiendo como un hecho.

y cayó en la tercera parte de los ríos y en la fuente de las aguas. Y el nombre de la estrella es Ajénjo, y la tercera parte de las aguas se convirtió en ajénjo y murieron muchos hombres que las bebieron, porque se tornaron amargas."

Aquel símbolo había sido interpretado como alusión al fraile apóstata Lintero, cuyas doctrinas envenenaron a tantos millones de hombres.

Podría aplicarse 300 años después a otro personaje?

Quiso pedir autorización, pero Voltaire había desaparecido. La puerta de la celda estaba cerrada. Por los vidrios de las entornadas ventanas llegaban torrentes de luna.

Fray Plácido abrió de par en par la puerta y la ventana, porque el hedor de la habitación era insuportable.

—¡Qué ratón tumbó! —se dijo rascando un hueco y rociando con agua bendita el suelo y las paredes.

Era noche de plenilunio. Todo parecía envuelto en un cendal de plata. No había para qué encender la luz.

Se acostó sobre el alféizar y respiró a pleno pulmón el aire sutil y purísimo. Contó dos tres, cinco cruces entre los matorrales vio las ramas vertas del lapacho. Sintió sueño y se recogió. Pero al encaminarse a la litera su pie tropezó con un obstáculo. Se agachó: era una plata de bronce fundido.

— El canchero! —exclamó con espanto.

Se sentó. Se acostó de nuevo y se durmió en el acto.

Ya en las campañas lejanas cantaban los gallos pre-sintiendo el alba.



Capítulo II. El satanismo

Pasaron efectivamente diez años. Fray Plácido de la Virgen cumplió los 88 en pleno vigor mental y físico. Tal vez los que lo veían de tarde en tarde notaban que se iba encorvando y que se dormía más a menudo en la lectura o en el coro.

Las vocaciones gregorianas no aumentaban. La orden parecía condenada fatalmente a la extinción. Sin embargo, la fama de fray Simón de Samaria crecía, como las olas en la pleamar. Llamabanlo a predicar de los puntos más remotos de la tierra. En todas partes del mundo se le escuchaba por radio y se le veía por televisión; pero a las gentes no les bastaba verle o oírlo, y querían sentirlo cerca y departir con él.

Sus sermones se entendían por igual en Buenos Aires que en Moscú, Nueva York o Pekín, pues predicaba en esperanto, el idioma universal inventado por el lingüista judío Zamenhof, y adoptado por todas las naciones, que abolieron, bajo severas penas, los demás idiomas, contrarios al espíritu de unión que pregona la humanidad.

El inglés, el castellano, el ruso, el árabe, el griego, el japonés, el chino, van ya llegando muertos.

Apenas los hablaban algunos pocos incapaces de aprender el extranjero y algunos estudiosos satisfechos por los gobiernos para estudios literarios. Únicamente la Iglesia Católica se negó a aceptar la invención y mantuvo el latín como su lengua oficial y para dar al mundo de entonces una difusión enorme ya que muchos más católicos lo aprendieron, por no usar el extranjero la lengua que hablaba el católico.

Curioso para que para llegar al mundo del pueblo fue indispensable que los predicadores convirtieran el extranjero a los nombres de hombres llegó a hablarse con tal fluidez y sencillez que se le consideró un idioma en su idioma.

En cambio los filósofos de la Virgen no lo había entre, correspondiendo con su avanzada edad y sus atenciones de la gente tanto que en las últimas años no pudo alternar sino con los que sabían más y con los o cuatro viejas amigas inglesas que no abandonaron su castellan. Los demás se le entendían.

Muchas otras maravillas advertieron en las virtudes del año 2000 la legítima y la eterna de curar las enfermedades habían progresado de tal modo que se logró duplicar el promedio de la vida humana y con frecuencia se veían viejas de edad avanzada en buenos estado.

Se había descubierta la manera de reducir el tamaño del organismo y hacer que el cuerpo del cuerpo y del corazón fuera absorbido dentro al cuerpo como la hacen los huesos. De este modo la eterna parte de la vida que se podía disminuir transcurriendo el tiempo orgánico con lo cual se prolongaba la existencia. Esto sucedía por algún tiempo la duplicación vital del mundo aunque no lo representó porque el descubrimiento de la totalidad alcanzó otras maravillas.

A principios del siglo ya había en Francia 30 millones por cada 1000 habitantes y en otros 30 millones el

cado era de diez por mil, en favor del crecimiento de la población.

Ciento treinta años después, en 1930, nacían 18 y morían 14. El aumento se redujo a la mitad.

Medio siglo después, 1960 —a pesar de la aparición de la peste que pasó por haber sido una provincia de *tray flacida*—, el promedio de nacimientos en todo el mundo se elevó de 3 por cada 1.000 habitantes, y las muertes eran 7. Es decir, la humanidad perdió cada año 4 habitantes por cada 1.000.

El globo, que durante cientos siglos, desde los tiempos de la primera pareja humana, había visto siempre crecer su capital de sangre de carne y de cretino, comenzó a perder cada año unos diez millones de habitantes. Esto era el resultado de una lenta y ocurrenciosa peregrinación multitudinaria, que se efectuaba en color de cerisea, explotando al mundo al filo, que cumplía la vida y absorbe los recursos que sus padres hubieran podido destinar a sus placeres.

Desencantáronse como asombrados los hogares donde naca más de un niño. Se ridiculizaba a los padres de dos o tres criaturas. La hijo era motivo de lástima. Era, entre de desprecio, tres —mas vaine estar el cor de una parita de molino y arrojarte al mar.

En las naciones de antigua cultura y de viejas vicies se puso de moda la esterilización por mutuo consentimiento de los recién casados, antes de la esterilización obligatoria al serarse sujeto de enfermedad orgánica.

Alemania, que en 1940 llegó a 45 millones de habitantes, sesenta años después no contaba más que con 50 millones, entre los que predominaban los individuos de 50 a 150 años y crecían los niños. El poderoso imperio germánico empezaba a serarse como la vid recortada por la higuera. Eranse idéntica lección advertir en otras naciones de mucha instrucción y poca religión.

Francia, en la que se había restaurado el trono de los Luis, empezaba a reducir su población de 30 millo-

nes de habitantes, en su mitad viejos. Inglaterra a duras penas se mantenía en los 30 Estados Unidos había caído por abajo de los 50. Malharu.

Sólo Italia, que conservaba la fecundidad —esa divina bendición de que la sociedad humana no fue despojada ni por el pecado original, ni por el diluvio—. alcanzó a contar doscientos millones de habitantes en todo el imperio que tenía praderas en Europa, África, Asia y Oceanía.

El Japón también era fértil y aspiraba a reconstruir el imperio mongólico de Gengis-Khan y dominaba ya la mitad del Asia.

El imperio del Brasil se extendía desde las bocas del Orinoco, hasta de la Gran Colombia hasta el Río de la Plata, y se había apoderado de la Banda Oriental y el Paraguay con lo que rodeaba una población de 150 millones de habitantes, dueños de las más fértiles y valiosas comarcas del globo.

En el norte de América del Sur estaba la Gran Colombia, formada por Panamá, Colombia, Venezuela y Ecuador y en el Pacífico, el imperio de los Incas, constituido por Perú y Bolivia.

Al sur de América estaba el pequeño reino de Chile regido por la dura mano de un rey aliado del Brasil y que aspiraba a ensanchar sus dominios, y la República Argentina.

El mapa argentino había sufrido graves modificaciones a raíz de una de las grandes guerras europeas.

Chile obtuvo la salida hacia el Atlántico, toda la Tierra del Fuego, la gobernación de Santa Cruz y las islas Malvinas que las naciones europeas no pudieron conservar.

La Argentina no estaba en condiciones ni de franquear el río y se resignó. Y según decían los estadistas, podía considerarse satisfecha de que no le hubieran quitado más tierras al sur y de conservar al norte dos provincias que podían haberle disputado los vecinos.

Finalmente el mes de mayo de 1906

Pero ya sé en Buenos Aires, no en ninguna parte del mundo se decía *mayo*. Entre tantas cosas retorcidas, estaba el calendario.

El año tenía ahora trece meses de 28 días.

La reforma fue revuelta en 1905, quince años después que la Sociedad de las Naciones, de Ginebra, se disolvió a causa del lago de su propio nombre, cuando comenzó la guerra entre las naciones que se llamaban a sí mismas del Nuevo Orden y las que se decían de la Democracia. Terminada esta guerra, hubo tres meses de paz. Los diplomáticos se aburrían en el ocio, y las esposas de los príncipes también. Un día de aburrimiento las cuarenta esposas de los cuarenta primeros ministros de las naciones más adelantadas tomaron sus aviones, que marchaban a la velocidad de 1200 kilómetros por hora, y se aparearon en una isla del archipiélago de las Carolinas, la isla de las Ladrillas, en el Pacífico, donde se habían reunido los financieros para crear una moneda internacional en remplazo del oro.

Mientras ellas hacían esto, ellas abolieron el calendario gregoriano, que instituyó a los meses con sus meses irregulares, uno de 28, otros de 30 y otros de 31 días.

La verdad es que desde tiempo atrás algunas grandes empresas en los Estados Unidos se regían privadamente por un calendario de 13 meses, cada uno de cuatro semanas, con un día blanco al final del año, que era dos en los años bisestos.

Algo parecido al calendario inventado por el filósofo platónico Augusto Comte, que llamó a los trece meses con el nombre de sabios y héroes civiles.

En este punto el congreso de las cuarenta esposas estuvo dividido, pues cuando se trató del mes de junio a cual Comte llamó San Fabio, se originó una conada disputa. Todas estaban conformes en llamar al segundo mes Homero, y Bichat al décimo tercero, aunque igno-

tuó las prerrogativas abolí las libertades de baja a fin de que los hombres pudiesen gozar de los derechos naturales: derecho de no ser asesinado, derecho de trabajar sin ser esclavo de los señores, derecho de ser padre de sus hijos, derecho de ser hijo de Dios. El mapa del mundo cambió otra vez de colores. Las pequeñas naciones se convirtieron en provincias de los grandes imperios.

Pero esta revolución dejó en las costumbres algunas invención a la manera de esos granaleros que no muellos bien y que los pedruzcos se engoran en los sembrados y cubren el lado del camino hasta que un día un niño jugando los hace reventar. Aquella revolución a pesar de sus fines venida por la reacción de unos pocos tiranuelos atlantes y llegó a los nuevos imperios el espartano, el año de tres mil y la moneda universal de papel.

La Iglesia Católica que había resistido a las leyes varónicas, sólo aceptó la moneda universal de papel (el euro) que destruyó la autocracia (el electo del oro; pero siguió existiendo por el calendario gregoriano y hablando su hermoso latín.

Finalizaba pues el mes de mayo de 1899 y era la noche del primer día de la tercera semana del mes de mayo, cuando sonó la vigésima campana del convento llamando a los frailes para las oraciones del año, que ahora se da tan a la medianoche.

El gobierno esperaba de este espectáculo totalitario la religión católica a fin de demostrar que se respetaba la libertad de conciencia pero sólo permitía la existencia de una única religión: la de los gregorianos especulando con su patrimonio eclesiástico y mandando que los oficios religiosos se celebrasen entre las 12 de la noche y las 3 de la mañana, para hacer más difícil el asistir a ellos.

4) de la campana fraile Flávido se incorporó en el sistema se vertiginó y se echó al suelo.

Una fría y espantosa luna hacía resplandecer los techos de vidrios incrustados en el filo de las torres altísimas que rodeaban el convento.

El fraile abrió su portigo y vio cosas espeluznantes en aquel camposanto donde sus antiguos hermanos de religión dormían bajo la tierra, aguardando la trompeta del Ángel que los llamaría a juicio.

Era el camposanto una sombría huerta, abandonada a las hierbas silvestres desde siglos atrás por falta de hortelanos.

Y entre aquellos matorrales, viniendo del fondo apareció una bestia rarísima.

Fray Plácido se ajustó los espejuelos, temiendo que sus ojos lo traicionaran.

— Señor Dios de los ejércitos! ¿Qué animal aporritico es éste?

Al mismo tiempo un torbellino como de cuatro vientos encontradizo zamarreaba con furia la arboleda, sin que ni una hoja llegara hasta él.

— ¿Estoy soñando, por ventura? — se dijo, y pasó un versículo del profeta Joel leído en la misa de uno de esos días: *Senes vestes sanna sanna* (*Vuestros vestidos tendrán sucia*) lo cual sería signo de los últimos tiempos.

Aquella bestia era evidentemente un león, pero tenía alas de águila. De pronto perdió las alas, se ergió y semejóse a un hombre.

Tras ella surgió otra como un oso flaco y hambriento, que había encontrado una horrible pitanza entre las tumbas pues venía devorando tres costillas.

Ambas fieras se pusieron a la par allí donde y dieron la cara hacia el camino, por donde apareció una tercera, manchada, como un leopardo fortísimo, con cuatro cabezas.

Y casi pegada a ella, una cuarta bestia, no semejante a ninguna en la tierra y que tenía dientes de acero que relumbaban como sable bajo la luna, y pies tan poderosos que pulverizaban los cascotes y pedruscos del suelo.

Y este cuarto animal contenía diez cuernos, entre los que brotó un cuernito, que creció y se transformó, y tuvo ojos de hombre y boca soberbia y desdenosa.

Fray Plácido cerró los ojos y se apartó de la ventana y comprendió que se repetía ante sus ojos la visión que Daniel vio el primer año de Baltasar, rey de Babilonia, y que las cuatro bestias prefiguraban los cuatro imperios que surgirían en los últimos tiempos, y, destruidos ellos, vendría Cristo sobre las nubes a juzgar a los vivos y a los muertos.

Volví a mirar, y pensé que la primera bestia figuraba a la masonería, sembrada en el seno de muchas naciones y aliada secreta del nap de Satania, que devoraba tres costillas, y éstas eran Escandinavia, Turquía y la India. El judaísmo leopardo no podía ser sino Inglaterra, y sus cuatro alas y cuatro cabezas, el símbolo de sus aliados y dominios.

La cuarta o la bestia sin parecido con ninguna y armada de diez cuernos, simbolizó que fuese el judaísmo, que es como un Estado dentro del organismo de muchas naciones, a todas las cuales rige y domina secretamente.

¿Y aquel cuernito que nació entre los otros diez y se criaba con ojos de hombre y boca altanera, que lechaba y vencía a los diez?

¿Un nuevo imperio? ¿Acaso el Anticristo?

En ese instante oí la horripilante voz de Voltaire, que diez años atrás se le presentara en noche parecida.

Te prometí volver —le dijo—, y aquí estoy.

—Ninguna de las cosas que me anunciaste se ha cumplido —le contestó el fraile con duplicencia, mas sin echarle agua fría, porque quería atraerle sus secretos.

—No ha llegado el tiempo todavía —falta diez años —, diez años — No más de quince años.

—¿Faltan para qué?

—A su tiempo lo verás.

—Me anuncias que ya había nacido el Anticristo...

—Y no mentí. Hoy es un mozo de veinte años, que se prepara en el estudio de las ciencias y de las artes para el más tremendo destino que pueda tocar un mortal.

—¿Dónde vive?

—No puedo revelártelo.

—¿Quiénes son sus maestros?

—El diablo, por medio de teólogos y herejes.

—Algunos teólogos sostienen que estará poseído de Satanas y que no será moralmente libre, sino determinado fatalmente al mal. ¿Es verdad eso?

No es verdad. El Anticristo es moralmente libre: podría hacer el bien si quisiera, pero su orgullo es infinitamente mayor que el de cualquier otro hombre. Yo mismo, en su comparación, fui un pobre de espíritu.

—¿Tiene algún jefe de la guarda?

—Sí, como todos los hombres. Y también, como todos los hombres, tiene un demonio tentador especial, que es el más alto en la jerarquía infernal, como no lo ha tenido nadie, ni Verón, ni Lutero, ni yo ni el propio Lucifer.

—¿Desventurado mozo! —exclamó el fraile—. ¿Por ventura puedes salvarlo?

—Sí. La sangre del Infante lo ha redimido también a él. Pero su obstinación es tan grande, que, aun reconociendo que el Mesías es Hijo de Dios, si lo encontrara, con sus mismas manos lo clavaría de nuevo en la cruz.

—¿Y tiene conciencia de su destino?

—No. Ni Satanas, antes de su caída, tuvo conocimiento de su futura condenación.

—San Pablo dice del Anticristo que poseerá todas las seducciones de la iniquidad. ¿Realmente es tan humano?

El más hermano de los descendientes de Adán. Nadie puede compararse con él. Hombres y mujeres enloquecerán cuando lo vean. Aunque es joven, tiene ya todos los vicios imaginables, la ambición, la crueldad, la impudicia y, sin embargo, quienes lo tratan lo creen dotado de las mayores virtudes, tan hábil es en la simulación.

—¿Cuándo comenzará su reinado universal?

—Cuando florezca el árbol seco.

—Voltaire... ¿verás?

—¡Hace diez años te dejó una señal. ¿Acaso creyó nadie en ella?

—No, los que vieron fundido mi candilero de bronce lo atribuyeron a un rayo o a un experimento a distancia.

—¿Ves mi mano? Voy a estamparla en la pared.

La doliente sombra se volvió al blanco muro y le toró espaldas con la palma abierta, y en el acto se derritió al revoque hasta la profundidad de un centímetro.

—¡Llévate de tí! —dijo el viejo con horror.

—¡Piensa que todavía me hacen misericordia, y que, si no me contuviera la Omnipotencia, yo mismo, por el peso de mi propia obstinación, me hundiría en marcos de hierro que sólo conoceré al Anticristo.

—¿No puedo hacer nada por tí?

—Pasó el tiempo en que yo pude hacerlo todo, con sólo una lágrima y no quise. Y ahora nadie puede hacer nada, y si alguien pudiera, yo no querría.

—¿Me permites que te pregunte algo?

La sombra se inclinó.

—¿Preguntas?

—Has visto en la huerta

—Ya sé: la visión de Daniel.

—¿Qué naciones significan esas bestias?

—No son naciones: son las cuatro doctrinas máximas que al fin del mundo se aliarán para combatir a Inlame.

—¿Cuáles son?

—Judaísmo, islamismo, paganismo y racionalismo o, como se le llama ahora, liberalismo. Esta última es la bestia de los diez cuernos, porque ha engendrado diez errores, y el undécimo, que acabará con los otros diez y luchará contra el Infame, frente a frente.

—¿Cuál es?

—La más tenebrosa maquinación que hayan podido inventar los hombres, bajo la inspiración inmediata del diablo, para ir preparando las vías del Anticristo. El racionalismo, que yo engendré, a su vez engendró el ateísmo, del cual ha nacido la pútrida religión de este mundo: el comunismo. Dentro de diez años volveré.

La sombra del réprobo desapareció con estas palabras.

Durante muchos días, en la cal de la pared se vio la marca negra de una mano hueruda, pero nadie quiso creer en la señal.

Pensaban que fray Plácido chucheara, y algunos juraron haber visto esa mano desde hacía mucho tiempo, desde que una vez restauraron la celda y un albañil se apoyó distraidamente en el revoque fresco.

Capítulo III *Los feuzuros del satanismo*

En tiempos de Solimán el Magnífico, que llevó los negros estandartes de Mahoma desde el mar de la India hasta el estrecho de Gibraltar, y dio de beber a sus caballos en todos os ríos, desde el Danubio hasta el Eufrates, disponían los musulmanes de tropas jóvenes, especialmente adiestradas para hacer guerra sin cuartel a los cristianos.

De un valor ciego y cruel, aquellos soldados con entrañas de hiena eran hijos de cristianos. Cautivos, arrebatados a sus hogares por los islamitas, y conducidos a Constantinopla allí olvidaron su lengua y su religión y fueron la flor de los ejércitos del sultán.

Una educación ingeniosa y nefanda que mezclaba los deleites orientales con los ejercicios más viriles, logró transformar aquellas almas bautizadas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en los más implacables enemigos de la Cruz.

Los llamaron *Yeni-Cheri*, o sea "milicia nueva", especie de soldados que el mundo no conocía, y de allí

hacían sonar la palabra judaica, expresión brillante y dolorosa para las imaginaciones cristianas.

Por antiguo vecino en Roma, o mejor dicho en Saelma, cuando el comunismo desapareció, desplazado por el nacionismo, que sabía que el verdadero fondo de toda gran revolución es una pasión religiosa, los jefes concibieron el diabólico plan de formar batallones sacroglidos con las decenas de millares de niños españoles que sus cerebros, durante la guerra civil en España, arrancaron a sus hogares católicos y enviaron al extranjero, en pretexto de salvarlos de la muerte o del hambre y en realidad para vengarse de sus padres, que combatían en las filas nacionalistas.

El diablo, en siglos de siglos, no ha podido inspirar un crimen más ruin y perverso que aquella raza de estos odiados y destruidos de su patria.

Nunca solo sus desdichados padres volvieron a verlos. Aquellos millares de niños de cuatro años, solo ellos, fueron en Roma objeto de la más tenebrosa vivisección de almas que jamás se viera.

Muchachos y muchachas, por cuya vida y educación nadie vela, fueron cruzados, seleccionados y educados con una disciplina mental pero con la rienda suelta para todos los caprichos de la imaginación y de los sentidos, y acaban por formar una raza instintiva y ferocemente satiricista.

El infernal experimento fue discurrido por un fraile español a quien la guerra civil sorprendió en un convento de Madrid, cuyas puertas no necesitaron abrirle las milicianas, porque las abrió él mismo y fue a ofrecer al Gobierno para servirle de judas y vender de nuevo a su Maestro.

Desde los primeros días trocó su nombre de religioso por el que le correspondía de aboleugo.

Antes de entrar en religión llamábase Naboth Santana. Pero este apellido se tenía en su familia más de

cuatro siglos. Su lejano abuelo Hamán Dan, y fue un rico mercader israelita que prestó dinero a Fernando el Católico para la reconquista de Granada y acabó simulando una conversión al catolicismo, como Maomémedes, que se hizo musulmán para conservar su fortuna y sus cargos en la corte del emperador selducita.

A fines del siglo xv, Dan, su mujer y sus hijos se hicieron católicos, y uno de sus lejanos descendientes, a raíz de un contratiempo sentimental, volvió de fraile.

Tal vez si él mismo sospechó, en un principio, la indecencia de una vocación engendrada por la vanidad. Tenaz, intrínseco y emprendido, no tardó en distinguirse en los estudios y en la predicación. Catecó mismo, llegó a ser superior y fue confesor de religiosos en varios conventos de hombres y de mujeres, ministro al más arduo y peregrino que pueda haber: tan útiles y alambicados son los vicios con que el diablo trabaja las almas consagradas.

Tenía cuarenta y cinco años cuando estalló la guerra civil. Haría ya varios que sentía el peso muerto de una cruz que solamente la humildad y la oración hacen gustosa, y vivía en martirio celebrando su propia levadura y repartiendo sacramentos que abrumaba.

Para colgar los hábitos sólo aguardaba una oportunidad, y se la proporcionó la guerra, a él y a muchos otros. Tuvo vocación él mismo socavara. Así halló manera de vengarse de los que lo habían reprendido y de satiar, e ampliamente sus pasiones. Y desde ese día el diablo lo poseyó.

En la matanza de religiosos con que los milicianos respondían a cada victoria de los nacionalistas, los monjes de Nahath Dan tuvieron parte principal.

¡Ay! Aquella sangre de mártires en que se bañaron complacientemente no fue espuma de lavar en ellos el indeleble carácter de la consagración con que el obispo los ungiera.

El lo sabía, y de allí se enteró y el frenó con que al frente de sus acciones, que formaban un tribunal popular penetraba en los conventos de monjas y elegía sus víctimas entre las que fueron sus prisioneras, unas para el martirio, otras para el cautiverio de los milicianos, cuya horrenda historia es todavía secreto de Dios.

Pero cuando las tropas del general Franco llegaron a las puertas de Madrid, tuvo miedo de ser fusilado, y huyó en compañía de muchos otros jefes cargados de crímenes y de dinero.

Pero, ¿en qué país refugiarse para seguir combatiendo contra Cristo?

Las circunstancias volvieron a ayudarlo. El agónico gobierno del doctor Negrín, en combinación con el soviético ruso, había empezado a reunir como inocentes cerdos en cueros y ciudades, los millares de niños que se enviaban a Rusia.

Naboth Dan se hizo nombrar director general de la criminal corporación, y desde ese momento fue el tutor de aquellos que el doctor Negrín presentaba al mundo como huérfanos de la guerra, pero cuyos padres estaban en las filas de Franco y cuyas madres los lloraban en Madrid, Bilbao, Barretinas en cien pueblos más, de los que aún no habían sido conquistados por los nacionalistas.

La imaginación se resistió a seguir a esas tiernas víctimas en ese cautiverio, del que no ha habido otro ejemplo en la historia.

¿Qué padre, qué madre, qué embajador, qué cónsul reclamarte de Stalin lo que habían consentido los gobernantes de la España republicana, ávidos de vengar en los indefensos hijos las victorias militares de sus invencibles padres?

Antes de partir, Naboth Dan se hizo confiar decenas de millones de pesetas en oro del Banco de España.

Aquel oro, depositado en bancos extranjeros a nombre de metaleros, aguardaba al otro lado de la frontera

la inevitable fuga de los rífos, mientras los soldados seguían haciéndose matar en las trincheras de Madrid, de Bilbao o del Ebro.

Rico y poderoso, con carta blanca de la policía soviética, para hacer en los niños españoles todos los experimentos imaginables, y ayudado por hombres y especialmente mujeres jóvenes que se trajo de Madrid, al en fraile instaló su colonia en el Cáucaso, no lejos del mar Negro, casi en las orillas del río Kuban, y empezó su tarea.

Lo primero de todo fue borrar de las memorias infantiles el idioma natal.

La naturaleza había concedido a Naboth Dan, como a muchos de su raza gran facilidad para aprender lenguas. Costóle poco agregar el ruso a las que ya poseía; pero no quiso que en su campamento se hablara sino un idioma artificial, para mejor aislarlo del mundo.

Exigió el esperanto, y lo impuso con todo rigor.

Los pobres niños eran despiadadamente castigados si, para darse a entender, se valían de otra lengua que aquella, cuyo pocas aprendizaje comprendieron todos, aun sus propios dirigentes.

Durante meses y meses y casi años, en el campamento de Dan se paralizaron las conversaciones, y aquellos de cinco o seis años, no sabiendo cómo expresar un deseo o una necesidad, preferían sufrir y morir callados, antes de exponerse a tremendos castigos por haber hablado en español.

La otra cosa que hubo que olvidar fue la religión.

En Rusia reinaba el socialismo, ardiente militante que estaba quiso difundir en el mundo mediante la revolución. La primera nación socialista después de Rusia debió ser España, dentro de los planes del Soviet, mas la victoria nacionalista la salvó y acorraló al socialismo en Rusia.

—Todavía no ha llegado mi hora —me dijo Stalin, poco años después, al beber la copa de champán con que el hijo de Yagoda lo convenía.

—Ya ha pasado tu hora! —estalló su maldad, que sobre su cadáver se erigió en su herencia.

El convecinador, que venía a Yagoda, su padre, martirizado en 1938 por Stalin, comulgó y compartió los planes de Naboth Dan.

Ya no era tampoco la hora del comunismo, ni el quere del socialismo. En mismo, trabajado por dos mil años de cristianismo, islamismo, para unirse y dar camino a las fuerzas de la Revolución, un veneno mucho más activo, y Dan lo empezó a preparar en su campamento del Cáucaso.

Ni el comunismo, ni el socialismo, transformaciones brutales del materialismo, podían domar el corazón humano y cautivar un alma que tiende al misticismo, hasta cuando blasfema, porque el alma tiene una cuarta dimensión, de que carecen las cosas materiales, y es la inevitable vocación a lo sobrenatural.

Naboth Dan sabía esto por la teología católica, y en su campamento empezó una religión su solitaria.

El culto de Satanas había nacido desde el siglo XIX españolas egipcias, especialmente entre los poetas y los filósofos, que, por hacer más crudas sus blasfemias, las crearon de alambicanos diabólicos.

Pero ni Proudhon, ni Larousse, ni madame Achermann, ni Richeson, ni Lecutic de Lina, hicieron de sus desperdicios literarios a Dan una verdadera creación al diablo, ni lograron imitaciones de su triste locura.

Naboth Dan, que vivía en las corrientes de su sangre la indeleble vocación ancestral, se dejó de literatura y fatalmente deformó el corazón de los niños. Creó una religión con oráculos, mandamientos y castigo y para hacerla más accesible y grata a los niños.

ginaciones infantiles, hizo de ella una contrafigura de la Ley de Dios.

Contra cada mandamiento que imponía un precepto de amor o una virtud se pergeñaba un delito o se daba un consejo de otro camino infinitamente más fácil de seguir.

Del lado de Dios estaba el sacrificio. Del lado del diablo, el placer y toda la libertad imaginable de los peores instintos.

El nuevo emperador de Rusia, que no quiso llamarse sino "el hijo de Yagoda" apoyó los planes de Nubxh Dan y le dejó llevar los jesuitas del satanismo, adviniendo el gran papel que llegarían a desempeñar o implantó la nueva religión en un inmenso imperio, al que denominó batania.

Cuando, por milagro de la gracia, alguno de aquellos niños sentía la intusión del espíritu de Satanás, era crucificado.

Dios sólo sabe los contornos de tiernos mártires, cuyas cruces flotarían en las neblinas del Kuban.

Una disciplina de terror fue el único vínculo de los satanistas entre sí. Se aplicaba la tortura y la pena de muerte por la más mínima incontinencia y por todo delito político pero se dejaba el campo libre a las más depravadas tendencias.

Y así fueron creciendo los millares de niños españoles secuestrados en un rincón de Rusia.

El mundo llegó a saber algo de lo que ocurría. Juan III rey de España, pensó que el primer deber de la monarquía debía ser rescatar aquellos infelices españoles, cuyos padres habían jurado vestir de eterno luto. Pero Rusia cerró sus fronteras y defendió sus cautivos, y Europa se dejó llevar a una cruzada que hubiera costado veinte millones de muertos, para rescatar treinta o cuarenta mil muchachos, que nadie sabía dónde estaban ya.

A los veinte años formaba una pequeña nación dentro de Batania. Aumentados por los niños que robaban en la vasta Rusia desde el Báltico hasta el Océano, desde el mar Báltico hasta el mar Negro, los jinetes del satanismo llegaron a 100.000.

Naboth Dan era viejo y sentía llegar su fin.

No vería cumplido su plan: la destrucción de Cristo.
—Lo verán mis hijos o mis nietos.

Para apresurar su cumplimiento, hacia 1973, Naboth Dan abandonó a sus lugartenientes en territorio del Cáucaso y se instaló secretamente en Roma con sus varias mujeres y sus hijos.

Roma era la ciudad mayor de la tierra. Babileonia de mármol y bronce capital del más civilizado pero a la vez más corrompido de los imperios.

Y dentro de sus inaccesibles murallas, defendidas por todas las invenciones estaba la torre de oro de la Ciudad Santa: la pequeñísima Roma Vaticana, que gobernaba a seiscientos millones de almas por la exangüe mano del Pastor Angelino electo papa en 1979.

En los innumerables círculos de la turbulenta Babilonia Naboth Dan, bajo diversos nombres, podía actuar e intrigar y ser agasajado, sin ser reconocido.

En los últimos días del mes de vengar de 1998, Naboth Dan, que se hallaba en cama, llamó a su hijo pretergenito, se levantó de su insignia de mundo, el dragón rojo de siete cabezas cornudas y se lo entregó, delante de sus mujeres y de sus hijos.

—No lo llevarás mucho tiempo —le dijo—. Cuando tu hijo mayor cumpla veinte años se lo entregarás, y él realizará la obra que tu yo, ni tú, ni ningún otro hombre del mundo podría realizar. Él restablecerá el trono de David, él reconstruirá el templo, y en él se cumplirán las profecías de Jerusalén.

Entonces, como el rey Achab, Naboth Dan volvió la cara hacia la pared. Así estuvo tres días sin pronun-

ciar una sola palabra, repasando en su memoria los sucesos de su larga existencia.

Al cabo de esos tres días aquel apóstata renegado de Cristo, celebró lo que es la última misa del sacerdote en su propia muerte. ¿Pero en qué estado se halló su misera alma en la eternidad?

Su familia siguió viviendo en Roma.

Tres años después, Ciro Dan, el niño aludido en la última conversación de Naboth, alcanzó la edad fijada.

Era el primer día del mes de nisar por consiguiente el primero del año, y ya la primavera esplendía sobre los campos y las ciudades del Imperio.

Pero no había en los jardines, ni en los huertos ni en las campiñas una flor más hermosa que aquel joven de veinte años, como si la humanidad se hubiese vivido 8000 años sólo para crear ese tipo.

Antes que él, todas las otras criaturas humanas, aun las que pasaron a la historia como tipos inmortales de belleza, no fueron sino esbozos de la radiante hermosura de aquel varacho.

Su abuelo había en crutado como el tesoro de un rey y solamente lo vieron sus parientes más próximos y sus maestros.

Sabios orientales teóricistas y fautores lo veneraron en la sabiduría antigua, y físicos, biólogos, químicos, astrónomos, matemáticos, lo enseñaron cuanto sabe la ciencia actual. Y poetas y humanistas lo hicieron diestro en artes.

Su inteligencia era sobrehumana. Es sabido que Pascal, a los trece años, con la primera lección de geometría descubrió por sí solo los teoremas de Euclides. Ciro Dan procedía así enseñándole un principio y ya sin necesidad de maestro deducía todas sus consecuencias.

Mostró una facilidad portentosa para los idiomas, y tenía tan tenaz memoria que no olvidaba nunca ni

una palabra, ni una inflexión, y las lenguas penetraban en su cerebro como los rayos del sol en el agua transparente de un lago.

Cuando cumplió veinte años, sus maestros, aun los talmudistas, bucos envejecidos en los arcanos de aquel mar sin fondo ni orillas del Talmud, declararon que no había un repliegue de la Mishna ni de la Gemara que él no conociera y no explicara con mayor profundidad que Maimónides, el águila de la Sinagoga. Y renunciaron a seguirle enseñando, porque ahora les tocaba a ellos aprender y obedecerle como a un rey.

Capítulo IV *La coronación de Ciro Dan*

La sala del trono hallábase en el piso 144 del Banco Internacional de Compensaciones, el más alto edificio de Roma y el banco mayor del mundo, *clearing* de todas las monedas y regulador del tráfico internacional.

El no iniciado en los símbolos de la Cábala y del Talmud desconcertábase ante los extraños dibujos de sus muros de plata, de su techo de bronce, de su pavimento de lapislázuli.

Era una sala de forma exagonal, que tenía pintada en el suelo una gran estrella de seis picos, formada por el entrecruzarse de dos triángulos equiláteros, uno blanco y otro negro, con una de las seis letras del nombre divino de Adonai en cada uno de sus picos y el número siete en el centro.

El techo mostraba en primer término un enorme círculo plateado, que se movía lentamente. Cuando los ojos se acostumbraban a su movimiento descubrían la figura de una serpiente que se mordía la cola, símbolo de la fuerza universal según la Alta Magia.

Dentro de ese círculo había una estrella también, de cinco vertes, no de seis puntas como la del suelo, sino de cinco — la estrella gineana o pentagramática —, en cada uno de cuyos picos se leía una de las cinco sílabas del muy dulce y muy conuente nombre divino Te-tra-gra-ma-ton.

Segun Paracelso, en su discurso de la escuela filosófica, los astrólogos pullos y los doctores de la Cábala han realizado magros con estos dos emblemas o pictáculos, cuyo sentido no explican sino a los más fieles iniciados de la Alta Magia.

La estrella de cinco puntas, llamada estrella flamígera del mazorcista, es una oración divina o es una hierofanía mística, según la posición que se le dé.

Cuando tiene una tira puesta hacia arriba significa el pentagrama humano: voluntad, inteligencia, amor, fuerza y belleza.

Más cuando tiene dos en un jeroglífico infernal, pues esas dos puntas en alto significan los dos cuernos de un chivo, imagen de Satán, las otras dos, las cejas gachas, la titina, la extremidad de su hocico prolongada por la barba.

En un lado del signo, arriba, de un estrado de dos escalones y bajo un baldaquino de seda roja, volaban dos ángeles, y detrás de ellos, sobre la amarilla cortina del fondo, la imagen de Satán, bordada en negro, conforme al ritual de la Cábala.

Sentado, con las piernas cruzadas, encima del estrado, representándose bajo la forma de un barbudo chivo de grandes cuernos, con una estrella gineana en la frente, alas negras de arcángel, pecho de mujer, patas caprinas y dos serpientes entrelazadas formando un caduceo sobre el velludo vientre.

Una pila de uedas blancas en crecimiento, arriba, a la derecha, y otra monda, en menguante, abajo, a la izquierda y a sus pies, en letras hebraicas, griegas y lati-

nas una trip's leyenda, extraída del Tarot: Pon una en
Cinco Señas, en el altar de no me adoración.

A manera de antecesor al trípode del estrado había
una gran cruz de madera oscura, sostenida en la pared
por sólidos ganchos, que permitían quitarla y volverla
a suspender.

Ninguna imagen clavada en ella, pero en el lugar
del nenú, un letrero con la blasfemia de los crucificadores
de Cristo: "Si es verdad que eres el Hijo de Dios, bá-
late de la cruz."

A su pie, en un tripode de hierro, un pesado marti-
llo y algunos gruesos cueros, dispuestos para algún mi-
crilógico simulacro de crucifixión.

Próxima al estrado abría una puerta custodiada
por soldados, y a uno y a otro lado de la cruz, anchos
ventanales de vidrios multicolores, a través de los cuales
divisábase el prodigio de las diez mil torres y los cien
mil jardines suspendidos y palacios de aquella Babilonia
que fue la Roma de los últimos emperadores.

La estupenda cosmópolis era todavía la capital reli-
giosa del mundo. El papa tenía allí su sede. Mas ya
merecía por su hermandad y su corrupción el nombre
de Babilonia.

Aquellos tronos que estaban debajo de un balda-
quín rojo eran de rebuscada austera, construidos
en oro y marfil y tapizados de damasco negro, y tenían
dibujos distintos.

El de la izquierda mostraba en la tapicería del res-
paldar las Tablas de la Ley sostenidas por dos leones.

El de la derecha, un dragón rojo de siete cabezas
con diadema.

Las patas de ambos terminaban en soberbios nafi-
ros tallados como pies de cabra.

Guardaban la puerta cuatro jenízaros del Kuchan,
con tunicas cortas sin mangas, lo que permitía ver el
número 666 marcado a fuego en sus servudos brazos.

Por número era el símbolo del Anticristo, que una moda —estúpida, al parecer y, en el fondo, diabólica— había utilizado entre las gentes ociosas.

Por respeto al lugar reservaban sus armas, pistolas que mataban a distancia, arrojando un invisible rayo de luz violeta, que congelaba la sangre o la disgregaba instantáneamente.

Con un ritual semiritualístico empezaron a llegar los que habían de asistir a la ceremonia.

Primero los seis hermanos de Oro Dan, seguidos por cuatro mujeres de su servidumbre y tras ellos, el padre y la madre. El padre de todos era anciano y en sus brazos advertir la antiquísima marca.

Seguían los cinco barbudos personajes que entraron luego vestidos de otro modo. Pocos en la ciudad conocían a los cinco misteriosos rabíes que habían sido educados en Oro Dan. Llevaban sobre sus negras cabezas de mangas largas estolas blancas de lino y mantenían cubierta la cabeza con sombreros de castor.

Sus barbas venerables, jamás profanadas por las tijeras, les caían sobre el pecho.

Después trajeron una mesa remanoteada, alrededor de la cual se dar la espalda al trono, sentándose aquellos satélites intérpretes de todas las ciencias y de los secretos de la Cábala, del Zohar y del Talmud.

Sobre la mesa había cinco rollos, en sus fundas, dispuestos como los rayos de una rueda, y en el centro una esplendorosa corona imperial, rematada por la milmaria estrella de David.

Señal un cuerno penetrante, se abrió la puerta, los rabíes se pusieron de pie y todos se inclinaron con aquel amor ansioso y triste que convertía sus almas.

Precedido por siete jenízaros y seguido de otras tantas hermosas muchachas, entró Oro Dan.

Rasurada la barba juvenil, con la que se advertía mejor la boca perfecta, caprichosa, arqueada por una sonrisa y desafiadora sonrisa.

Color de miel y unidos el cabello corto que decoraba la frente, lo cual, aun siendo angosto, era bellísimo, resplandeciente de obstinación y de luz interior.

La tez, como el trigo maduro así la traen los soldados que vienen de lejanas campañas.

Verues y magnéticos los ojos, y las cejas casi obliscas, como las de los nativos de la ruda Tartaria.

Rapido y ahondados el nariz y el gesto imperioso, de quien está seguro de su estrella y conoce que es rey de reyes.

Y, sin embargo, parecía sorprendido, como un joven loco que por primera vez sale al campo abierto, no saber qué enemigo va a enfrentar tal vez otro fiero, tal vez un hombre, tal vez un dios.

Vestía una camisa de lana blanca, al modo griego, que dejaba entrever su pecho de gladiador.

Llevaba de sus zapatos la sandalia a la grieta fina, tocada por violetas y azules de largos anillos.

Ni anillo en las manos, ni espada en el cinto, ni marca alguna en el brazo desnudo.

Por la ventana divisábase a lo lejos la catedral de San Pedro, sumida su potente cúpula bajo el primer crepúsculo de nisan y coronada por la eterna luz. Las ojas verdes resplandecieron de odio.

¡Cien Dios contra el kama que los cartujos graban al frente de sus edificios. *C'est mal, deux solusur orbis* ("La cruz permanece mientras el mundo cambia").

¡Cerrad la ventana! dijo, y subió al estrado, y ocupó el trono de la inquietud.

En ese momento vieron sentada sobre uno de los mrahonas a una mujer que nadie conocía y que trata, como las otras, un incensario de oro con brasa crujiente. ¿Quién era? ¿Cómo había entrado? Los cruces

pretaban iban a arrojársela de allí, mas los centinelas Ciro Dan con una mirada que sorprendió a las otras mujeres.

Verdaderamente, si había alguna diosa del amor de aquel manecbo, que más que hijo de los hombres parecía un arcángel, era aquélla, por su rara hermosura y su persona audaz.

Su túnica de lino blanco distinguíala entre todas, y en su hermosísima frente, que tenía el color dorado de las arenas del desierto, veíase la misteriosa cifra, roja como una herida fresca.

Sus ojos sombríos y poderosos, ligeramente entrecidos y como tirados hacia las sienes, eran en su rostro canónico un ruego del Extremo Oriente que daba vida sobre a su belleza.

Su boca pura y serena, lo mismo que el pliegue perpendicular entre las duras cejas, revelaban una pasión cruel y fanática.

Mas cuando Ciro Dan hizo el gesto que costumbre a los jenízaros y usad de celos a las otras mujeres, desaparecieron pliegues y sombras, y sólo quedó sobre su persona el resplandor indescriptible de una belleza sin igual.

Sobre las brasa de su incensario se estaba calentando un almello de hierro con mango de marfil.

Fresco a poco el aire de la sala, con el humo de los perfumes, fue tornándose ardiente y embriagador, propicio al delirio y a las alucinaciones.

Uno de los cinco maestros descendió el sollo sagrado, se aproximó calándose unos anteojos de curry y en alta y solemne voz leyó:

—Promesas de Jehová, por boca de Meraquí Etham Karahia, en el Libro de los Psalmos.

"Hallé a David mi siervo, ungílo con el aceite de mi unción,

"Mi mano toró su auxilio, mi brazo, su fuerza.

"Y quebrantaré delante de él a sus enemigos, y derre a sus aborrecidos.

Extenderé su mano sobre el mar y su diestra sobre los rios.

"Y será su pi mesénito el más exco de los reyes de la tierra.

"Y hará que su raza subsista por los siglos de los siglos, y su trono durará eternamente."

El viejo emulo el pergamino y, levantando la mano derecha, clamó:

—Los cumenos del Señor están abiertos delante de ti, que reconstruías su templo. Pero no crea tú el primerito que se presenta en nombre del Señor y engaña al pueblo. Acuédate de Jesús de Nazaret, cuyo nacimiento refiere el Talmud con palabras que horrorizan a los cristianos. Se hizo mago, se llamó rey y fue condenado como apóstata y muerto a pedradas en la ciudad de Lydda la víspera de Pascua. Tú, el verdadero rey de los judíos, guárdate de parecerle al Nazareno.

El rabino calló miró ansiosamente a su discípulo, que no se dignó mirarlo, y volvió a su lugar.

Y se levantó el que estaba a su lado.

La intrusa vestida de blanco arrojó sobre las brisas unos granos de perfume.

—Pruebas de Jehová por boca de profeta Ezequiel.

"He aquí que yo abré vuestros sepulcros y os sacaré de vuestras sepulturas, pueblo mío. Y pondré mi espíritu con vosotros, y viviréis y os haré reposar sobre vuestra tierra.

"He aquí que yo tomaré a los hijos de Israel de en medio de las naciones adonde fueron y los recogeré de todas partes y los conduciré a su tierra.

"Y los haré una nación sola en la tierra, en los montes de Israel, y habrá un rey que los mande a todos.

"Y mi siervo David será rey sobre ellos."

Tú, Ciro Dan, el ungido del Señor serás rey y reconstituirás ese templo. Pero acuérdate que otros se alegraron con la caída del Señor y murieron. Acuérdate del ungido Bar Kuchá que se desentendió después de la ruina del templo, se juntó a los Mevot hijos de David, y atravesó con ellos a 200.000 soldados que se dejaron cortar un dedo en señal de dolor y cinco tres años y medio. El emperador mismo cayó contra él a sus meritos generales, que asolaron 100.000 fortalezas, destruyeron 955 ciudades y mataron 500.000 judíos. La sangre corrió al mar formando un río de cuatro millas de largo, y allí pereció Bar Kuchá, que se llama la estrella de Jacob. Tú, que vienes en nombre del Señor, guárdate de llevar a mi pueblo a la matanza.

Los sabios de Ciro Dan se estremecieron un instante, como si fueran a responder, pero guardó silencio.

Levantóse el tercer rabino y leyó:

Profetas del Señor por boca del profeta Miqueas:

"Acortará en los últimos tiempos que el monte de la casa de Jehová será levantado sobre todos los montes, y los pueblos vivirán a él.

"Y acudirá mucha gente y dirá: Venid, subamos al monte del Señor y a la casa del Dios de Jacob, y nos enseñará sus caminos y andaremos por sus veredas. Porque de Sión saldrá la ley y de Jerusalem la palabra de Jehová.

"Y juzgará entre muchos pueblos y castigará a naciones poderosas hasta muy lejos.

"Y convertirán sus espadas en rejas de arado, sus lanzas en azadones."

Y tú, Ciro Dan, hijo de David, que reconstituirás el templo, serás rey de los montes de Judá, que estarán por arriba de todos los montes. Pero guárdate de ser como Salomón. Ma kio que se llamó a sí mismo la Esposa de Dios, y regaló a los paganos y causó la ruina

de millares y fue quemado vivo quince siglos después del Naturreno.

Se levantó el cuarto rabino con la decrepita pintada en el umbrante al ver el dradén con que Cien Dan escuchaba las peticiones y los consejos.

Era un anciano de pequeña estatura y de miembros poderosos. Cuando alzaba el brazo, cortándole la manga y se descubría su piel vellida como la de Esau.

—Esta es la sagrada Tora, donde están escritas las palabras del mal profeta Balaam, hijo de Beor, el varón de los ojos cruzados. Su boca comorada para maldecir por el rey de Moab se entremete al ver los campamentos de Israel y estalla en bendiciones:

—Cuán hermosas son tus pabellones oh Jeroán, tus tiendas oh Israel! Como valles con prados; como huertos tan junto al río como hálcos plantados por Jehová, como cedros de las aguas.

Una estrella saldrá de Jeroán, un cedro se elevará de Israel y herirá a los caudillos de Moab y destruirá a todos los hijos de Seth.

—Vendrán navíos desde las costas de Cithin y oprimirán a Acor y oprimirán a Hebré y él también perecerá para siempre.

El rabino se detuvo un instante al ver resplandecientes de curiosidad los ojos de Cien Dan y comenzó el pasaje con estas palabras:

Las costas de Cithin son en el lenguaje de los libros santos las de Italia. Una poderosa escuadra imperial arribará a las tierras orientales y conquistará el país con todos los pueblos que contiene asirios y hebreos árabes y egipcios, y tú, hijo de David, desaparecerás después de reconstruir el templo, mas tu reino subsistirá por todos los siglos.

Se levantó el quinto rabino, alto, flaco, hirsuto, y a gritos huido anunció:

—Promesas de Jehová por boca del profeta Isai:—

—Ya, el Señor lo dijo a Ciro, que en mi sueño y a quien yo condujere por la mano para sujetarle todas las naciones, para poner en fuga a los reyes, para abrir delante de él todas las puertas con que ninguna primavera cerrada. Yo marcharé delante de ti y humillaré a los grandes de la tierra: yo romperé las puertas de bronce y quebraré las llanuras de hierro. Yo te daré tesoros ocultos y riquezas secretas y desconocidas, a fin de que sepas que soy el Señor, el Dios de Israel, que te he llamado por tu nombre.

Y yo, Jehoiakim Ben Camasai, que te hablo —pregunté a rabim, gozándome con la herencia antes de la destrucción prehe— yo que he sido hasta ayer tu maestro y desde ahora tu otero te digo: tú, que eres el Ciro del profeta a quien el Señor llamó por su propio nombre: hece El agha, para que en ti se cumpliera la grandeza de Israel: ahora te muevo la corona de la ley sobre tus hombros. Pero si no vienes en nombre de Dios, acuérdote de Sabbatai-Cevi, que nació en Komarna en el año 3305 de la Era y fue engullido por una hermana evangetista, y un día en la sinagoga de Fumana se proclamó Mesías y rey y con sus artificios cabalísticos engañó a los judíos de toda Europa y corrompió sus costumbres. El gran viri lo aprisionó y Sabbatai, por salvar su vida, apostató de su religión en hijo mundana y desecró en su lengua de almas las palabras del Señor, Acuérdote de Sabbatai-Cevi a los de reconstruir el templo!

El quinto rabim se quedó yerto y pasmada, al ver la indiferencia de Ciro Dan, que parecía no haberlo escuchado.

En el aire resonar se oían el murmullo de las visiones que volaban entre las nubes. La noche iba cayendo sobre la Ciudad de las Siete Colinas.

Adelantado Hillo, padre del monarca, subió al estrado, se desprendió del precioso Dragón de las siete calizas, y con gran reverencia lo puso en el pecho de

su hijo, y arrodillándose besó la fimbria de oro de su manto.

Cuando la intrusa aguardaba ese instante no bien la suprema insignia cambió de dueño, se levantó, impetuosamente y audaz, y habló así, con gran serriedad de los rabíes:

—Escúchame, Ciro Dan, yo, Jeat-el, reencarnación del espíritu de una reina fenicia y de una profetisa hebrea, te daré las palabras que llegarán a tu corazón.

—Tú no vienes al mundo en nombres del que quiso llamarte hasta el fin de los siglos el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, sino en tu propio nombre.

—El mundo ya no cree en aquel Dios, envejecido y destruido porque te aguarda a ti, su enemigo.

—Eras rey del mundo, porque tu verdadero padre, el Dragón hermano de las siete calzas, te condujo a la más alta montaña, donde un día llevó a Namerco, y te mostró, como a él, los reinos de la tierra, y te dijo la misma palabra: "Te daré todo lo que ves si te postrarás en tierra y me adorarás." El Namerco se negó a adorarlo, pero tú consintiste, y toda la tierra será tuya, por un tiempo, dos tiempos y medio tiempo."

Los iris labios de Ciro Dan se animaron con una sonrisa. Jamás a la intrusa, le tomó las dos manos y le dijo al oído:

—No es la primera vez que te veo.

—,No!

—¿Dónde te vi antes? ¿Cómo has entrado hasta aquí? ¿Cómo sabes que yo he subido en las alas negras de mi padre hasta la cumbre del monte?

—Del monte Apadna —añadió ella.

—Sí, del monte Apadna. ¿Cómo sabes que allí lo he adorado?

—Porque en sueños me ha hablado Ilrooch, el primer maestro de la Cabala, y porque he visto tu gloria en el humo de las violetas regadas con sangre de cuervo.

Los rebaños presentaban, rebosar y ahogados, sin percibir las palabras, el diálogo de Caro Dan con la nativa. Uno de ellos, el árabe o sacerdotado, estuvo ligado el momento de crear la frente del nuevo rey con la forma de David signo de un imperio tan vasto como nunca lo conoció la humanidad. Mas, apenas hizo un ademán, Jazziel arrebató la magnífica joya y coronó la sola hermosa cabeza del mundo.

Caro Dan se levanta y todos temieron que la invitase a ocupar el trono de la derecha que él mandó poner sin decir para quién. Mas no fue así, y ella humildemente volvió a sentarse en un ángulo del estrado.

Entonces él se dirigió a los barbudos personajes.

Jazziel ha hablado mejor que vosotros, me enseñáis. Yo me vengo en nombre lo Jhová.

Yo vengo en mi propio nombre a destruir el reino del que me quitas el alma a mi padre en la cumbre del Monte Apadon.

En él no se cumplirán las profecías, porque su reino no es de este mundo. En mí se cumplirán, pues yo soy el que Isaías llamó por su propio nombre. Caro, el ungido de Dios de la raza de David. Pero mi dios no es el vuestro israelita, ni el vuestro cristiano, ni el vuestro musulmán. Mi dios y mi padre es el omnipotente señor de Jhová que creó a los ángeles y a los hombres, y tuvo celo de su obra y llenó el universo de tiempos y creó las opas a sus criaturas y las empapó para que se criaran y crecieran. Y puso detrás de cada placer un pecado y en las creaciones una ansiedad de placeres, a fin de que se multiplicaran los pecados y los habitantes de su terreno.

El negro Afránci cuya caída horrorizó las estrellas, mi padre, que tiene en la frente un letrero que dice, 'No me engañéis' ha sopiado en mí su inteligencia y su sabiduría de tal modo que me siento más seguro yo en la tierra que vosotros Jhová en el cielo.

Yo soy el vengador de los traidores y de los asesinos, de los ladrones y de los impudicos de Cam, de Jafet, de Noén, de Lamec, cuyas carnes, envenetradas por el odio, no hubieran podido cortar las agujas de morir y vengar al mundo para liberarlo de la raza de los soberbios y de los envidiosos, a fin de poblar la creación de inmortales blasfemias, estopas inflamables, que eternamente arderán en las cenizas del Creador. Cómo se arrepentirá de haber creado nuestro libro albedrio y de no atreverse a destruirlo ni a encadenarlo!

En ese momento sonaron precipitados golpes en la puerta.

Apenas entreabrieron, penetró la vieja mendiga que diariamente, desde arcaicos años atrás, veían los felices limosneros en una de las entradas de San Pedro, en la Roma Vaticana. Tanta mujerem corría por sus espaldas el frío pavor de los sectingios.

A una señal de los rabíes, los criados se llevaron la mesa y los rollos sagrados.

La pordiosera vetus arruella en un manto color carmesí desfilado pero limpio. Tenía la cara redonda y arrebolada, sus ojos pequeños y plenos de malicia y una dentadura perfecta, blanquita de blancura, que contrastaba con los amarillentos mechones de reboso que se escapaban del reboso.

Si los ojos humanos pudieran ver las cosas divinas, habrían visto un trío de ángeles prosternados alrededor de tan odiosa figura y, como fúndido, a pocos pasos, es el aire mil demonios entregados a la más frenética tarabanda.

¿Ya no me esperabais? preguntó la meneliga dirigiéndose a Huel, padre de Caro Dan.

Huel, sin hablar, señaló a su hijo.

Ella se volvió a Caro Dan, a quien nunca había visto, y quedó estupefacta. El le dijo:

—Ellos profían dudas de que llegarías a tiempo; yo no porque los dos señores negros del Arcángel te acompañan.

—Si tú eres el que viene en su propio nombre, debes saber lo que traigo —dijo ella, aproximándosele.

—Lo que otras veces has traído —respondió Clara.

—Sí, pero hoy la mano que comenzó en hostias es la mano del papa. He comulgado en su capilla y te traigo el propio Cuerpo de Cristo que al punto me es boca.

Por hábitos que estuviesen aquellos hombres y mujeres a presenciar los rituales del satanismo, que se celebraban entre ríos bautismos y esbaldados, las palabras de la anciana hicieron gran impresión.

Pocas figuras había en la Nueva Valencia tan conocidas como la de la Penota, aquella pordiosera del rebato carnívoro que permanecía, durante horas, quemada en el umbral, aguardando una limosna.

En las misas de alba muchos la habían visto acercarse a la mesa eucarística, y isolarla por santa.

La increíble creencia sabía por su coluquio que el milagro de la transubstanciación, al convertirse, mediante las palabras del sacerdote, el pan y el vino en el sacramento (cuerpo de Cristo), no permanece sino mientras duren los accidentes de las especies, y que no bien la saliva los altera, el milagro desaparece y aquello vuelve a ser un pancho de harina o un sorbo de vino, en proceso de transformación.

Por eso, no bien comulgaba, retirábase al rincón más oscuro, y aprovechándose del reboto, quitában de la lengua la sacramental forma y la ponía entre algodones, para entregarla a los ministros del satánico culto.

Había logrado, por fin, con muchas mañas, acceder a una misa de Pio XII y recibir de su mano la comunión.

Desde este instante quiso tener alas para llevar su tigre hasta el piso 144 del Banco Internacional de

Compensaciones. Pero tuvo que aguardar hasta que el viejo pontífice terminó su acción de gracias, después de la misa. Nunca lo había parecido tan larga la distancia ni tropesado con tantos obstáculos.

Mas llegó en el solemne momento de la coronación de Ciro Dan. De entre las ropas del seno extrajo la redondela blanca en la que por milagro o fenómeno había una viviente gota de sangre. Instintivamente se echaron todos atrás, y fue necesario un acto de fría resolución para que se atrevieran a acercarse a aquel pan que hacía prostrarse a los ángeles invisibles.

Ciro Dan tomó la hostia y la puso en un platillo de oro, parodia de patena.

—¿Qué significa esa mancha roja? —preguntó en italiano, para que no le comprendieran los otros.

La vieja respondió temblando:

—Allí está Cristo vivo. Te voy en su Sangre.

Ciro Dan se sacó de hombros, y mandó a los criados:

—¡Aprostad la cruz!

Y a su madre:

—¡Traed al niño!

Las brujas iban adormeciendo en los incensarios, bajo las cenizas de los perfumes. Pero el aire estaba lleno de visiones. Solamente alrededor de la hostia había un lugar libre de aquel humo cabalístico. Parecía que un fanal de vidrio lanzaba de injurias a la sagrada Forma. Alguna sentíase el formidable aliento de Babilonia.

Uno de los soldados descolgó la cruz y la puso arriba de un lienzo tendido en el piso, a manera de tapiz.

Y trajeron al niño, un pálido chiquito de seis o siete años, cuyo rostro habían popularizado aquellos días los periódicos y la televisión universal.

La noble y sencilla Isidra de los Tolioni, tan allegada al Vaticano y emparentada con la emperatriz,

ofreció un millón de marcos a quien se viera con él y de su heredero principal desaparecido misteriosamente.

Desde el primer instante se pensó en un secuestro por venganza, pues el padre del niño, como prefecto de la policía romana había pertenecido a la masonería.

Cuarenta mil hombres del servicio secreto fueron movilizados para buscar al niño, y decenas mil agentes de uniformes diseminados desde Roma hasta la frontera, hacíanse pruebas para averiguarlos.

Ciro Dan, que había realizado el rapto valiéndose de sus secuaces, se volvió a reunirse con el emperador y hasta el papa guardó al niño en lo alto de aquel edificio, inviolable por su carácter diplomático, y el día de su coronación le mandó traer.

El pobrecito, temblando de miedo, se aproximó al trono.

Otros corazones se habían compadecido al oír su trémula balbuceo de cordero.

—¡Mamá, yo quiero irme con mamá! —clamó en italiano.

—¡Háblame en esperanto —le dijo Ciro Dan—, y yo mismo te llevaré a tu casa.

—No sé esperanto —respondió el pequeñuelo—. sólo sé italiano.

—¿Eres católico?

—¡Sí!

—Si me obedeces y haces lo que te mando, te llevaré a tu casa. Escúpe sobre todo.

Y le presentó la pistola.

Al ver la hostia, la cruz del niño resplandeció en forma sobrenatural. Una intuición divina tal vez un ángel de la guarda tal vez la gracia del bautismo, le reveló que aquella Forma estaba consagrada y era la purísima carne del Hombre-Dios. Y fue a arrodillarse para adorarla, pero no se lo permitió la dura mano que lo retenía.

—Si no escupes la hostia —le dijo Ciro Dan— no te llevaré a la casa de tus padres y morirás como Jesús de Nazaret.

—Llévame a mi casa, por amor de Dios!

Jezabel le susurró al oído:

—No llores! Alzame! ¿Quieres que yo te lleve?
—¿Me tienes miedo?

El pequeño Turkuu se inclinó y se echó a su cuello.

—¿Has hecho tu primera comunión?

—Sí, el año pasado, en el día de la Virgen. Desde entonces he comulgado todos los días.

—¿Y quién te ha dicho que esta hostia está consagrada?

—Nadie, sino que veo los ángeles a su alrededor adorándola. ¿Vosotros no los veis?

—¿Tienes miedo de morir clavado en una cruz?

—¡Sí, sí! ¡Llévame a mi casa!

—Escupe entonces, la hostia!

El niño se apartó bruscamente de la joven, como de una víbora.

No, no, no! —gritó con sorprendente energía la milagrosa que brotaba de su debilidad y de su pavor.

Los dos penitentes se arrojaron sobre él, los dos nudos se enroscaron y lo tendieron sobre la cruz. El espanto hizo enmudecer a la víctima.

Ciro Dan descendió del trazo. Su padre le entregó el martillo y las clavos, y él, sin una sombra de compasión, hundió el primero de un recio martillazo en la palma de aquella sucinta mano. Lo alarido horrible desgarró los aires.

—¡Mamá, mamá!

—¿Vas a escupe la hostia?

—¡No! ¡No! ¡No!

Los penitentes movieron la cruz para que su joven señor no tuviera que cambiarse de sitio y se hundió el segundo clavo en la otra mano, y finalmente en los

dos pies, calzados y traveses mantiles blancos, que cubrió muchos dolorosamente martirizados, entre otros dos guerrilleros.

Al salir la cruz para encontrarla en la pared, el herido de los brazos perdió el sentido al crucificado.

Ya en el cielo de Roma se habían apagado los últimos fulgores del crucificado, y en la sala no se había escuchado ninguna lámpara.

Mas la sangre cristiana durante una hora quedó silenciosamente y silenciosamente con un resplandor divino aquel misterio de iniquidad.

Nada advertió de qué furor procedía la luz. Y mientras agonizaba el herido de la cruz con romana. Pero Dios castigó del momento de Jesús la marca de hierro que estaba calcinándose desde el comienzo de la revolución y mandó a los testigos que lo mostraran el libro de los derechos de la cruz y un que todos tenían en sus manos los rehenes, o quienes él mismo imprimió el signo de su presencia.

No lo reconocieron las hermanas y Roma curó de las viejas y de nueva cobró la guerra, y como visto que el niño había muerto, se volvió furioso y atacó en la sagrada herida al sacerdote romano.

En ese momento rayaron desde los cielos sobre el mundo tres aves apocalípticas. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Se apagó el fulgoroso resplandor y desapareció la luz por completo, y aunque no había en puertas ni ventanas abiertas, penetró una luz horrible que llegó avanzando hasta el cielo de la derecha. Era un dragón de color de sangre con tres cabezas coronadas de oro y dos cuernos, que despedían azulado fulgor.

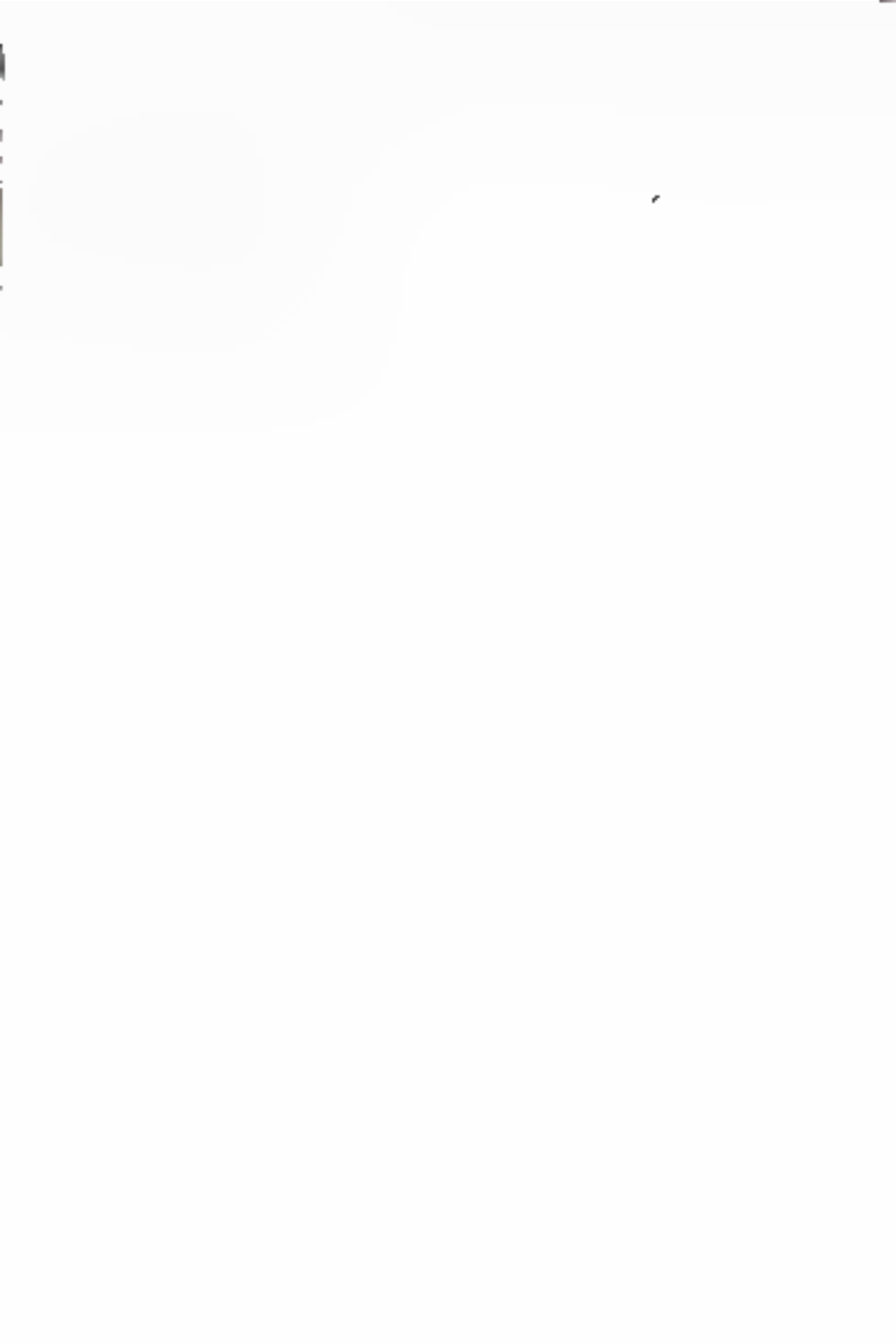
Cayó el trazo cuando la luz se encendió sobre él.

Y a la luz de aquellos tres pares de ojos y en el cuadro abstracto de las profundidades antiguas, habían una tras otra las tres bocas de la bestia gruñendo en blasfemias.

Los siete Cero Dios desapareció de Roma. Ni se pudo ni se pudo capturar cuando se había ido.

También desapareció Jezabel, con quien él mantuvo una larga plática.

Y en esa larga plática, de labios de ella, uno de los rabinos alcanzó a oír el nombre de otra gran ciudad en un lejano país.



Capítulo V Rahab

Fray Maestre esa noche tuvo un sueño que le dio la campana del hermano Jafarín.

Fu suño pesadumbre, un suño agitado sobre su pregón, para atar los cabos de sus recuerdos.

Como los muros destruidos por el huracán no se reconstruyeran nunca más, tales fueron sus los huesos del fraile no pudieron rehacerse.

No eran, pues, sueños proféticos, anuncios del Señor que le sería laberinto perdurado en su memoria.

Se santiguó de nuevo se lavó en una palangana de hierro y se encaminó a la capilla por el claustro, en que sus sandalias sonaban con acúleo rumor. Si aquí hubiera ninguna lámpara encendida, todo aparceba envuelto en una claridad lechosa, merced al resplandor que derramaban sobre la ciudad nubes artificiales de un gas luminoso.

A esa hora el hermano Páulfo preparaba sobre la ancho mesa de la sacristía los ornamentos sagrados para la primera misa, que debía comenzar a filo de la medianoche.

En el movimiento normal del mundo cuyas instituciones se extinguían o se transformaban voluntariamente la Iglesia Católica con sus dogmas eternos y su liturgia milenaria, permanecía impasible, libre de pérdidas en mitad del desastre. Cada uno de los ornamentos la durante estaba al alza fluyendo de cándela toda la noche, el más simple tenía aquellas primicias de que se revestía la suma atrevida y terrible del sacerdote, eran idénticas a las usadas desde siglos y siglos por otros sacerdotes, y las mismas con que acompañaba cada gesto veían representarse por millones de veces desde la más remota antigüedad.

Sonaban las cías en el reloj de la catedral y en todas las relojes de la ciudad. Conforme al marir una división el día en cien horas de cien minutos cada una y una cada minuto para cada de ocho segundos antiguos, el espacio de una jornada. Pero los relojes en las ason-
caban por campanadas, que habia sido difícil contar más por veces que una radio lanzaba a los aires.

Fray Plácido revestido ya y precedido de un mozoquillo silencioso, llegó al altar de San José donde toda conservaba igual desde tres siglos por lo menos el útil para el misa: las viandas con el agua y el vino para la consagración, la corporal para el sacerdote y las dos velas litúrgicas cuyas variantes flamas no se aver-
gaban ante el resplandor de la luz divina que im-
pregnaba el áter.

Las flores llenaban la anchurosa nave del templo, y muchas se agrupaban alrededor del retendimiento del otro lado del convento vacía rígida suprema, fray Ramón de Sotomayor, que conferaba desde los doce de la noche hasta las diez, hora de su misa.

La pequeña comunidad de los gregorianos, algo más de media docena de individuos, estaba orgullosa de él y esperaba que su prodigiosa fama despertaría las vocaciones que le verían sucederle orgánicamente para su extinguido.

Fray Plácido se alegró al ver rodeado de penitentes el confesionario de fray Simón. Creía que así era el misterio más difícil del sacerdote y el más propio para que la sal de la tierra se mantuviera en su genuino sabor.

Observó, sin embargo, una novedad que lo distrajo varias veces durante la misa. Entre los penitentes colimbró a Juana Tabor, aquella joven semiconvertida por fray Simón.

Era la primera vez que acudía al confesionario, pero ella hasta entonces lo había consultado en el locutorio de la comunidad, y era raro lo que convenía no siendo aún católica.

¿Había sido acaso tanto la misteriosa catarsis, que entraba de lleno en la más penosa de las experiencias, cual es la confesión?

Muy poco sabía de ella el viejo fraile. Tampoco sus amigos íntimos, que lo visitaban a diario en su celda. Ernesto Padilla y Ángel Greco, más viejos que él los dos, y que camuflan a todo el mundo, sabían nada de aquella mujer de misterio somero y misterioso que había renunciado a (cubrirse) la antigua quinta de los jóvenes, en Montevideo, cerca de Buenos Aires.

Un día, en aquella casa en que antes se brodaba a Cinto, celebróse una gran fiesta familiar y la herencia y la riqueza de Juana Tabor se hicieron proverbiales.

Veríase como una princesa india, manto blanco sobre los cabellos negros, sencillamente aludados sandalias de oro, y una cinta roja rodeando la hermosísima frente. ¿Era un simple adorno o ocultaba alguna deformidad o cicatriz? Misterio!

No emitía idioma que ella no hablara a la perfección, y su trato era de una seducción extraña.

¿Hindú, europea, americana? De cierto nadie lo sabía. Ella dominaba idiomas, mas negándose quiciera conocer los modismos de Chile, que ella no usaba nunca. Aunque su tipo era caucásico, había en sus ojos un dejo de la raza amarilla, raso inexplicable y enigmático que

dulcificaba el respirador demasiado activo d sus fac-
ciones.

No era hontizada. Fray Simón nunca hablaba de
ella le causaba mucha a Fray Placido, que un
día le dijo con alguna intención dos frases de la Sagrada
Escritura, una de las cuales alegó el siempre rubado
rosto del superior mientras la otra parecía tímida:

Y fue la primera aquella respuesta le Señor cuando
los artífices le reprochaban su familiaridad con los pe-
cadores. Si un hombre tiene cien ovejas y una de ellas
se desvía, ¿no busca las noventa y nueve en la desierta
para si a mente en busca de la extraviada?

Al mismo Fray Placido en más por qué después
de haber citado las palabras del divino Jesús hijo de
María le vinieron a la mente otras del otro Jesús el
amado hijo de María y fue el amargo versículo del
Eclesiástico. Toda mujer es pequeña comparada con
la madre de la mujer. ¿No por ventura una presen-
cia, un aseo para que desvirtuase de la be drina Juan
Tahú?

Algo antes de la medianoche cuando Fray Placido
dormía en su cama por el olvido, una preciosa automó-
vilista pasó que un bello lugar libre para aterrizar
en la vecina plaza Santa, se detuvo a pensar como una
paloma sobre el techo de la iglesia.

Desconocieron de ella dos muchachas y dos mujeres,
que vestían los trajes de moda.

Es oportuno advertir que a pesar de las infinitas
revelaciones hechas para terminar con las clases sociales,
las gentes en las reuniones del año 2000 seguan agri-
pándose en clases conforme a sus gustos, a sus envidias,
a sus costumbres. Especialmente la envidia, a la cual se
le dio en tiempos de Marx el nombre científico de
lucha de clases, era más que nunca el motor principal
de las almas.

Las dos mozas (Najuel Krom y Terrario Lahret)
vestían trapo lino de seda amarilla, algo de toga romana
y algo de albornoz africano.

En cambio los dos jóvenes llevaban, según las últimas figuraciones de Yokohama, la ciudad más elegante del universo pantaleón de seda. Para empezar los de Rahab Cohen, mentor de la zona y cénitico a la par de un de Fini Fuma la otra. En aquel fin de siglo los hombres usaban polveras y las mujeres pantaleón.

Las dos muchachas vestían además elegantísimas blusas de corte nip. en mangas lo que permitía verles en el brazo derecho, un poco arriba del codo, marcadas a fuego, el número 888.

La escotea diseñada para el estrechamiento de los brazos, estaba decorada por una incisorreversible opalina, con vete más intensa que la de la luna en el plenilunio y con la dureza de la cruda luz del sol.

Tal resultado se lograba agrupando corrientes de un gas opusculoso que se mantenía entre los 100 y 180 grados, formando un toldo blanco y suave.

El gas, circunscrito a distancias precisas, era maravillosa claridad que los grandes escabaron por no verlos de punto la del sol.

En las murallas de vidrio la luz sofía ligeros arborescencias el trazo más dragapera y apuradas pedanías de un cielo que con el tacto de estrellas, no merecía entre las inclinaciones de los ciudadanos, porque era demasiado obligada a los malpudios que hacían el gas a multiplicar su producción con grandes gastos para regar lo que el viento pompeta o el norte habían llevado.

El solo inconveniente del sistema, para opin de otros siglos, era que los habitantes de las grandes ciudades ignoraban la belleza de los cielos reticelados. Millones de seres nacían vivos y morían sin haber contemplado nunca una noche de luna.

¿Pero qué importaba? En todos los siglos los hombres quieren sin ser juzgos, jamás quisieron ver la noche del sol ni interrumpir el sueño para contemplar la belleza de la mañana.

Sin embargo la belleza de la revuelta de la mañana es tal que, entre los hombres del Apocalipsis, el Señor

para ponderar la grandez del premio que destina a los que perseveren lo computa con ella. "Al que guardare mis obras hasta el fin yo le daré la estrella de la mañana."

Disputan los intérpretes acerca del sentido de esta promesa, mas no los porras, que la aceptan en su sentido obvio y directo pues para ellos la estrella de la mañana es una de las maravillas de este mundo poblado de innumerables bellezas.

Los pasajeros de la avioneta habían bajado en los techos de San Gregorio con deseos de procurarse un buen sitio para oír el sermón del fanfarroneo padre que trae aborrecida y començada la ciudad. Sería una dolorosa tarea.

Rahab recorrió la agona buscando cómo descender hasta el alio, y halló una casita de indios que por una puerta conducía al ramparero y por la otra al coro y otras dependencias del convento.

Un cartelito prevenía en dos idiomas, latín y castellano, que estaba prohibido subir a la torre y añadir RUMORES LA CLAVITRA DEL CONVENTO. Para bajar a la calle, era la ESCALERA.

La muchacha miró el cartel o hizo un mohín.

Me parecen que aquí nos indican el camino. ¿Alguno de ustedes sabe más?

Uno de ellos, Niquel Krom, respondió riéndose:

—¿Por qué nos llama? ¿Istamos cerca de arrojados?

Y al otro, Moscurio Lahon, dijo:

—Si hubiera sabido que ven la iba a intervenir me hubiera venido con Angel Greco, el único en tal caso que merece privilegios. Es secretario de mi madre, y le lleva muy bien las cuentas.

—Se lo diré a la mía —replicó Rahab con acento—, para que lo haga ministro de Hacienda.

La madre de Rahab, doña Hilda Lieberman —viuda hacía muchos años del riquísimo Matías Kober, hijo de Mauricio Kober y de la hermosa María Blumen, que

conocidos en 1934-¹ era jefe del Estado argentino, la segunda mujer que había llegado a ser presidenta de la Nación.

Tampoco la otra muchacha, Fota Fota, sabía leer, y así los cuatro permanecieron indefectos delante del cartel.

Nunca, hasta entonces, habían notado que les faltara falta el saber siquiera las primeras letras.

Hacia el año 2000 la gente distinguía lo posible muy bien sin tal conocimiento.

El cinematógrafo habido y los radiotelefonos de bo'illo habían remplazado totalmente los libros y hasta las revistas de crímenes y chistes, pastos refugio de la impopular.

La vida había perdido su honore.

Se vivía a lo largo de los días, a lo ancho de los placeres o de las pasiones; pero nadie gustaba de quedarse a solas con su pensamiento, ni con su corazón, ni siquiera con su conciencia.

La primera víctima de aquella mutilación de la vida fue el arte. El arte sólo puede arraigar en la concentración que es la tercera dimensión de la vida, para adentrarse de una manera.

La técnica industrial progresa, ciertamente, porque la codicia de lucro estimula el ingenio de los inventores.

Pero como el arte o la ciencia para no ser fuente de ganancias, se iban quedando sin devotos.

Se perdió totalmente el gusto por la investigación desinteresada. Había tantas enciclopedias y cuadros sinópticos y diccionarios de fórmulas y recetas, que no valía la pena descubrirlas por cuenta propia.

El desahogado progreso de la pedagogía, que había hecho demasiado fácil el allegar noticias, ya que no conocimientos, mató la vocación investigadora y acortó con la ciencia y el arte, que imponen sacrificios.

¹ Mario Menem es un personaje de muchos mitos que aparece en El Kahui-Ora. (N. del E.)

Llegado el caso de descubrir algo de eso bastaba a muchos uno de los mil caminos de informaciones y perdidos. Algunos países debían exportar de tarjetas más tarde a del estudio todavía partían capiers de hacer un libro y ellos eran los que se encargaban de enviar las correspondientes pruebas en la administración de los que se beneficiaban con su ciencia o su trabajo, como en los tiempos. Que hubiera gente tan sencilla que gustaran de verle leyendo populares cuando podían gustarle leyendo la ciencia y abstracción en los libros y en los libros. Pero ya eran pocas y pronto se habría acabado en el mundo apto para leer un libro o hacer un plan o un voto, o hacer una prueba o un plan.

Ya se algunos los ligeros se empezaban. El escritor a el campo de los libros un reino de fama, que proyectaba en pequeñas partículas con cualquier luz y modo los ligeros complejos y sencillos en explicación.

Desde que generaban de nombres se formaban para recibir con dichos libros, habíamos o impresas.

En algunos países se creaban de los cosas del mundo andaba se hallaban gente extravagante y curioso - corrían en una de esos libros que venden pastillas de mente y gente de hacer el último film se creaban, lo recibían en su aparato y lo sólo en la misma forma que a un computador, un computador los otros dispositivos.

En los países se creaban los los imágenes no se comunicaban con el tiempo sino con el cerebro, como se recibía el libro del libro un intercambio del todo con sólo aplicando al libro temporal.

Más pero a poco se creaban de manera tanto eso de poder averiguando lo que ocurría en otras partes del planeta. Para qué? Cada cual debía vivir su vida en la de los otros.

Se recibían una carta sencilla o a máquina y tenía certeza de recibir de ella, se la hacían leer por un amigo. En caso de apuro recibía un libro el libro corto, podían por teléfono el escrito de un

lector a una compañía, como se pide un mecánico o una ayuda al Automóvil Club si se pincha una goma.

Las cruchas, personajes imprescindibles eran los dependientes de las familias consulares de 1940, que, entre morirse de hambre o vivir bajo las ansias de los nuevos Epulones, optaban por servirlos con tan buen humor que el ser crucha fue un signo de distinción, y muchos nuevos ricos y nuevos nobles que no se avergonzaban en presencia de sus iguales apenas se atrevían a mirarse delante de aquellos fervientes sabios, a quienes el Gobierno les cambió el apellido por no verse obligado a modificar la historia argentina.

En efecto, no parecía discreto que esta Hilda, la presidenta, se hiciera pisar las uñas por un tal Manuel Belgrano y que al ministro Chupacabra le brushara las mandíbulas un tal Bartolomé Mito.

Ante la imposibilidad de enterarse de lo que decía el carterista Rahab se impacientó, rompió la puerta y se metió de rodillas en la sórdida caja de una escalera de gastados ladrillos por la que los cuatro descendieron hasta el perfil de la iglesia.

Trecientos años atrás allí se enterraban los muertos ilustres. Todavía podían delatarse en el suelo algunos nombres.

Las puertas de hierro de la iglesia estaban abiertas, pero las cancelas de batientes impedían ver lo que ocurría adentro.

Dos caballeros templarios, con sus mantos blancos recogidos en pliegues matriciales y elegantísimos que descendían a la derecha la gran cruz de loro roja cosida a la holgada blusa, y a la izquierda, la fuerte y rica capada medieval montaban la guardia.

Aquí parece oportuno referir cómo se había restituido la antiquísima orden religiosa y militar de los templarios.

Fundada en tiempo de las Cruzadas por Godofredo de Bouillon, para combatir contra los musulmanes, se

siempre de manos guerreras ligadas por votos perpetuos de castidad y obediencia.

En poco tiempo allí gozan tanta paz y riqueza que sus habitantes como de los reyes y de las iras del cielo de ridículos y acusaciones terribles contra su moral y su disciplina.

Nunca la historia aclarará el estruendo producido por los Caballeros del Temple, porque la orden se extinguió antes de su fuerza del misterio en que se desenvolvía y porque los grandes actores de aquella tragedia se dividieron sus confesiones, y los documentos fueron destruidos por el tiempo o la mano de los hombres.

Pero, hasta punto o impetu la destrucción del rey de Francia, Felipe el Hermoso, que mandó quemar vivo a Santiago de Molay gran maestro de la orden en una aldea del Sena llamada la "Isla de las Judías" fueron destruyendo o matando todos los que con el misterio, el mismo imploran al nombre de los templarios, cuando a través de los siglos como una catástrofe que aun permanece y destruyéndose responden con otros sagrados a la voz del resucitado que buelva en silencio.

Muchas veces se ha intentado restaurar la orden, y en pocas instituciones, entre ellas la masonería y los Caballeros de Cristo han pretendido ser sus continuadores y a fin de dar más vive a su propaganda citan las letras de sus grandes maestros desde Landulfo de Beaulieu.

¿Falsedad y delito de grandeur? La más y vengo de ser restaurada de aquella orden Brudos a calar en el Brasil el 18 de marzo de 1904 a los 810 años, día por día después del rapto del gran maestro Santiago de Molay.

Los nuevos templarios se defendieron con unpeham reglas. Los masones piensan que hablan por orgullo a los demás religiosos jesuitas, benedictinos, dominicos y otros como pastores de la mayoría de las naciones, sumarios a los templarios.

Aun entre los católicos fue el mismo motivo de controversia. Uno, viendo que las vicinidades por los templos se sacudían como un reguero de pólvora, creyeron que hubo la congregación conveniente para los nuevos templos, y entre de suplicas se ofreció al papa a fin de que la aprobara y le devolviera sus antiguos privilegios.

Otras, sorprendidas de un talo tan repetitivo y grande y alarmadas por los apóstoles que los obispos de los demás órdenes religiosos proligaban a los templarios, recomendaron a desconfiar de ellos, y dieron la voz de alerta tratando de tratar de un nuevo diácono de la monasterio.

La orden había gala de su fe en Dios, pero su culto adoptaba formas imperiales, demasiado hurgadas y prácticas, con lo cual se dio origen de tendencias contrarias de este grupo creando la urgencia de creer en algo sobrenatural y el instinto de rebeldía contra toda autoridad. Uno de los primeros diligentes del gran maestro de la orden restaurada don Pedro de Alcántara y Parmasiano los apóstoles humildemente al papa sus proyectos y pedir la aprobación de sus estatutos.

No se los aprobaron —dieron unos—. El Vaticano tiene el oficio fijo.

—Se no los aprobaron —reprobaban otros—. Sería la penencia que el papa rechazara tan valiosos aliados en estos tiempos de tanta incertidumbre religiosa.

Los templarios entre tanto se distinguían por el guapo. Hasta en las partes más propicias, donde querra que hubiera mucha dirona de hombres de cierva, recibían constitución una rólula a la manera de un club, y celebraban, según la fórmula que habían adoptado: "Por la humanidad como Jesús y contra toda violencia".

Con el mismo tiempo, con pareceres similares, se celebraba en Etiopía otra victoria orden religiosa. La de los etíopes, en cuyos cantos más se celebraba una mesa diariamente, a las doce de la noche, hora en que Cristo realizó la última cena.

Pues no pidieron la aprobación del papa, sino del patriarca de Constantinopla, pues eran católicos ortodoxos y pronto la obtuvieron, lo cual no despertó celos de los templarios. «Bienvenidos todos los obreros que quisieran trabajar la viña de Señor».

En la Argentina, donde no existía públicamente más segregación religiosa, se la preguntaba los Caballeros del Templo de le formaron guardia de honor y decían que fray Simón de Samaria era el más sabio orador de todos los siglos y el que mejor interpretaba el espíritu del Evangelio.

El hace sentirse ufano de tamaño homenaje y hubiera preferido morir en alguna batalla antes que recordarlo a los generosos amigos.

El templario que aquella noche vio bajar por la escalera de la torre a los cuatro jóvenes comprendió que no eran de los acostumbrados herejes.

Rahal y Foto admiraban el atuendo y la apostura del caballero.

—¿Llévame de muchachos? dijo Foto. Parece que hacen un sé por momento, e voy a ir a preguntar a esa orden, para que me permitan casarse.

—¿Para para ellos? —respondió Rahab.

El templario se les acercó.

—Ustedes seguramente vienen a escuchar el sermón de fray Simón de Samaria.

—Así es. ¿Pueden asistir también?

El templario celó una mirada a la simbólica marca que advertía en el desnudo brazo de los dos jóvenes, y pensó que no debían ser herejes, pero respondió:

—En la iglesia de fray Simón de Samaria caben todos los corazones. Sólo se necesita sentirse del Altísimo.

—¿Y de qué habla fray Simón? —preguntó Rahab.

—De cualquier cosa que hable siempre el oyente sale con la conciencia pacificada. ¿Hay milagro mayor que el pacificar una conciencia?

Peru, en vana —dijo irónicamente Foto— ¿es de verdad lo que dice?

Si hoy lo escuchan, recibirán la mayor impresión de su vida.

¿Sobre qué va a hablar? —preguntó uno de los muchachos.

—Va a comentar un texto de San Pablo.

¿Quién es San Pablo? —preguntó Niquel.

¿Cuál es el texto? —interrogó Marciano, simulando saber más que su compadre.

—Aquel que dice hablando de los judíos: "Su culpa ha sido la ruina del mundo."

¿Y qué consecuencia saca de ese texto?

—No puedo tres —respondió el templero— que saque otra conclusión que el proscribir toda lucha de raza, porque todos los hombres somos hermanos en Cristo, aun los enemigos de Cristo.

Rahab quedó pensativa luego consultó su reloj pulsera, preguntándose apuro de radio que, mediante un circuito, pronosticaba la hora. La pulsera cayó en voz baja: Las cuatro (poco menos de la una de otra).

¿A qué hora perdía (rey Simón)?

—A las ocho (a dos menos (lucio de antes).

Entonces, tenemos tiempo de dar un pasto —dijo Foto.

—Vamos a bailar al Congo —propuso uno de los jóvenes.

—¡Buena idea —respondió el otro— A la noche todavía estará hablando. Y si no es hoy lo oiremos mañana. Yo no soy muy aficionado a sermones.

Rahab, ya durda de la avineta, ofreció el volante a Niquel, apuro mucho, con quico parecía retrevida Foto.

—Yo iré a tu lado Niquel —dijo ésta. Dame un cigarrillo por la compañía.

—No hay forma para volar —respondió Niquel, mostrando en vano la aguja indicadora de la provisión de energía— No tengo cigarrillos yo no fumo.

Entonces, tú, labrer.

A tu tan poco justo Me da nácaras. Sonamente las
muestras una rapera de sentir ese vicio —erespandió Ja-
me —mende el interpelado —el quierro una pastilla de
socio.

Hubo un empujón de hombres con desgracia y abrió
la cigarrera que se le tenía la otra muchacha, de cristal
asul, verde como el viento, y sacó un rollito de papel
que contenía agua y ardían sobre de otras maravillas,
solamente desahogados, que recibían y no servaban.

En esa época la vida al peñón, el carbón, la
linda, eran crecientemente maravillas, usados solamente por
los pobres. Y el tabaco negro a rubio, con astucia
y proclama, bamba sólo para los pobres de la más baja
categoría.

Las máquinas fijas se impulsaban de otro modo;
y la gran máquina se dirigía con alcohol más in-
terresante que la vulgar máquina.

Los químicos del siglo XX habían inventado un
procedimiento para desintegrar la materia, primera etapa
de la transmutación de los elementos.

Aunque esta segunda etapa (transmutación del
plomo en oro, por ejemplo) no se realizaba aún como
sugiero de gobierno para esa hora y costosa, ya
se permitía para en sus caminos osados de los alquimistas,
desintegración de la materia, introdujo una revoluci-
ón en agua en la industria, porque al destruir las cor-
púsculos infinitesimales que constituyen un átomo se podía
en libertad una nueva forma de energía.

Disgregar un gramo de platino e hidrógeno a quinientos
200 toneladas de carbón en un buen horno.

Para así como la técnica antigua hasta 1900 no podía
siquiera aprovechar más que un décimo de la energía del
carbón consumida y debía resignarse a perder el 90 por
ciento, que se escapaba en forma de humo o resaca,
la técnica ultramoderna tuvo que andar impetuosamente a un
desplazarse mucho mayor que hacia atrás a sus ceder.

Las máquinas más perfectas no logaban, a fines del siglo XX, transformar en trabajo más que la décimoléxima parte de la energía liberada al desintegrar un gramo de materia.

A pesar de ello, en los aviones resultaba ventajoso remplazar los antiguos motores por los modernos motores, basados en el etanol, en recuerdo de los alquimistas medievales, que en todos artefactos de ese nombre quemaron fortunas y vidas.

Como en una aleación por una espina metálica en el etanol un disco semejante a una moneda, y el avión quedaba provisto para algunas horas de vuelo.

No veía materia en adecuada para la desintegración. La experiencia había comprobado una vez más el genio de los alquimistas antiguos, que intuitivamente discutieron sobre los llamados cuerpos simples e algunos de los cuales los calificaron de nobles, como el oro y la plata.

En estos vetus los frutos maduros del árbol de la naturaleza metálica, los otros (el hierro el cobre) eran frutos verdes o crudos.

La piedra filosofal, en cuya búsqueda se entorpecieron y se arrastraron durante siglos, no era otra cosa que un instrumento capaz de apreturar la madurez de los frutos verdes para llevarlos, en poco tiempo, hasta la dignidad y perfección del oro y de la plata, madurados durante millones de años por el lento laboratorio de la naturaleza.

El siglo XX comprobó la exactitud de la teoría. Descubrió que el oro, el platino, la plata eran los metales en que la naturaleza había condensado más energía, o sea los más maduros.

Un gramo de oro desintegrado en horas que elevaban la temperatura a cien mil grados más allá de la volatilización, producía tanto trabajo útil como diez toneladas de plomo desintegrado. Un gramo de plata, como media tonelada.

En aquella época 40 años después que los financieros «inventaron» el comercio internacional de la plata y los latinos en el oro ni la plata servían de moneda.

Ya hemos dicho que la humanidad había por fin «descubierto» la pérfida doctrina de que la moneda debe poseer valor intrínseco. Esta maliciosa variedad le inventaron los haqueres interesados en deducir de ella una consecuencia que les entregaba el comercio mundial atado de pies y manos. La consecuencia de tal doctrina fue esta: solamente el oro tiene las calidades ideales de una moneda porque solamente el oro posee gran valor intrínseco en pequeño volumen inalterable y por que no aumenta ni disminuye la cantidad existente en el mundo sino en pequeña proporción.

El haber renegado la humanidad de tamaño disparate constituye el más leveado progreso de la economía política en mil años.

Casi con su más el mundo se libertó de la siniestra tiranía de los cuartos y cinco grandes banqueros. Muchos de la mayor parte del oro, que antes de tiempo en tiempo provechaban una aparente escasez de metales amarillos con lo cual duplicaban y triplicaban su valor y por ende sus fortunas a costa del mundo entero y aun de los pobres profesores universitarios que seguían de buena fe repitiendo las enseñanzas de la economía política clásica.

La desmonetización del oro y de la plata produjo una repentina desvalorización de ambos metales. Un puñado de monedas de oro llegó a no valer más que un litro de agua de colonia o buena mara.

Poco cuando los alquimistas descubrieron el modo de extraer la energía atómica de los uranios y comprobaron que los metales más raros tenían más trabajo que los otros, el oro y la plata recobraron su posición de metales preciosos.

De mal está decir que los que se habían despojado del oro como cosa sin valor llevaron amargamente su ligereza y que los que siguieron guardándolo se encontraron cien veces más ricos, cual si poseyeran las mejores minas de carbón o los más abundantes pozos de petróleo del universo.

Tener el bueyillo un disco de oro del tamaño de una línea estereona, equivale a tener mil conchadas del más excelente cabon de piedra.

Existen los tipos de aviones y en general de motores los cautivos, que reciben los ondas de potencia desde las instalaciones en tierra y los independientes, que producen a bordo su propia energía con el combustible que llevan.

A los primeros una usina los mantenía en el aire, enviándoles energía para que navegaran, y podía precipitarlos al suelo con sólo ordenarlo. Los otros, llamados athenas por lo antes dicho eran sucesivamente caros, pues debían durar de tres y no utilizaban más que la decimilésima parte de su combustible. Además, en la construcción de sus poderosas hornillas o athenas estaba como material refractario de sus cruceros toda mena que polvo de diamante armado sobre placas de platino.

Un albanés es la mayor de las vándalas

¡Cuántas hermanas, niñas por poseerla habían sido
regales de novias del bautismo y después marcar en
el brazo el fatídico número 666!

Natali, la novia de la preciosa albanesa que baptizó a la zotea de las gerginianas, no había conseguido escapar del haitiano ensimado, porque no era haitiense.

Biblia, de vez naturalmente recorda lo que le daba
frescura de flor de mar sin elmon, suaves unas veces,
arrogantes otras de ojos tristes, como dicen que serán
los del Anticristo. descubrió a través de la impasible
gracia portada la milenaria belleza de la Biblia, que

Meo exclamar a Salomón "Vultveto, vultveto, jeh, Salomita vultveto vultveto para que te merezcas."

Debía de tener veinte años, pero se manifestaba más joven que cualquier no mayor edad, a los catorce. Los veintones se manifestaban a los diecisiete, pues se consideraba que las mujeres llegan antes que los hombres a la pubertad y al jehem.

Aguero de las compañeras de Rahab quiso advertir que ella buscaba en el bolsillo de su blusa de cuero un disco de oro para alimentar su motor.

El no tenía con qué o no quería mostrar el para. Fastidiada Rahab les interpretó

¿Algunas de ustedes tiene siquiera un mara?

El se echó a reír y resultó como un latigazo en los oídos de las tres jóvenes, pero querían un mara no significaba una cantidad despreciable.

El mara, la unidad monetaria internacional, era un billete garantido por el Banco Internacional de Compensaciones, cuyo poder de compra equivalía a una libra esterlina de los tiempos de la reina Victoria.

Por solidaridad Haméhu marcó el disco de oro del tamaño de una moneda que utilizaban las aborígenes.

Es el mara todo en todos los países igual moneda, en cambio las monedas divisionarias llevaban el de las breras más características de cada país.

Así, las de Francia llamáronse Pasteur, Víctor de Paul, Cornille Las de Alemania, Gutenberg, Beethoven, Bismarck Las de España, Colón, Teresa Franco.

En Buenos Aires, se convocó un plebiscito para hallar las designaciones que satisficieran a la mayoría del partido. El nombre más votado resultó el de la Madre María, después Cardel y en el tercer lugar, Pascho Sierra.

Un mara valía diez medremarinas, o cinco gardoles, o mil panchemarinas. Por lo tanto, un panchemarina equivalía más o menos a un centavo de cobre de los de 1900.

Por un panchosítera se podía comprar un paquete de pastillas de merita para hombres o un paquete de cigarrillos ordinarios para mujeres de pueblo.

Ante la dura interpolación de Rahab, el mono que había empuñado el volante se decidió a meter la mano en el bolsillo y extrajo una laminita de plata que cubría diez panchosíteras.

Yo tengo esto —dijo evidentemente.

— Un panchito! —miró Rahab con desprecio, extendiendo la palma de la mano para oprimir aquella insignificancia, y miró a los otros dos compañeros.

Rahab podía permitirse ese desdén. Era la heredera más rica de su país donde la revolución anticomunista no abolió sino la propiedad privada de las tierras y de las fábricas pero dejó intacta la de los metales, entre ellos el oro. Su madre, emila Múda, poseía en lingotes de oro la suficiente para mover todas las escuadras de aviones del mundo durante un año, y todos los barques de guerra durante tres. En el mundo entero no existían más de dos rivales a lo sumo tres, que podían discutir con la dama el ser dueños de mayor fortuna.

¡Sea lo que el diablo quiera! —dijo Rahab mirando en la mano de su ahijado aquel valioso panchosítera equivalente a una hora de vuelo.

Turnó el motor los cuatro se acomodaron en sus asientos, vibraron las alas y la avioneta, haciendo se-
ñales apuradas, hendió el túnel de gas humano que cubría la ciudad y desapareció como un velador tragado por la oscuridad, rumbo al Congo, el mejor embarcadero de América del Sur.

De pronto Rahab emprendiendo por arriba del hombre de Niquel, oprimió una de las palancas, modificó la posición de las alas, y la avioneta se detuvo a tres mil metros de altura, como si estuviera colgado por un alambre de una invisible bodega.

Gracias al giróscopo, los aeroplanos podían inmortalizarse en el aire por largo tiempo cuando se quedaban sin combustible o sufrían algún percance hasta que llegaba un avión de auxilio, llamado por radiotelefonía.

—¿Qué haces, Rahab?

Tengo una idea mejor. ¿Sabes que hoy aprueba el resorte de su pulsera y sacucha el reloj: hoy dentro de veinte minutos, van a girificenizar a Rocio López?

—¿Aquel poeta que te amó y te hizo versos? —(interrogó Foto.

Rahab se encogió de hombros con su ademán de costumbre pero no dejó de sonreír halagada de que alguien se girificenizara por causa de ella.

Eso mismo! Decapokinado, ha resuelto girificenizarse por treinta años, en vez de tomarse una buena dosis de caspuro. No ha escrito na rita con unos versos, que ha hecho sonar a mi servienta. Me acosa de muchos horrores y dice que dentro de treinta años, cuando él se desagraduente, yo será vieja y acordándose de mi lejana juventud, lo amará, y él entonces se vengará desdiciéndome.

—Qué ocurrencias tan hermosas tienen los poetas! exclamó Foto, muerta de envidia.

—¿No piensas ustedes que un poeta es siempre un idiota? preguntó con melancolía Rahab, alargando la punta de su sandalia de patino, para poner en marcha la atunadora.

—¿Por qué no te girificenizas tu también por el mismo plazo y cuando él se levante, creyendo hallarte vieja, te encuentre joven y vuelvas a burlarte de él y de sus versos?

Esta sugerión de Niquel agradó a todos, menos a Rahab que no tenía ganas de morirse ni siquiera por pocos años, pues girificenizarse era morir por algún tiempo.

Hacia cincuenta años, dos famosos médicos argentinos, profesores de la Universidad de Buenos Aires, que habían realizado profundos estudios sobre la conservación y destrucción de la vida en los tejidos animales hicieron uno de esos descubrimientos que revolucionan las costumbres de la humanidad. Hallaron la forma de suspender la vida de un ser animado, y también de los seres humanos, por meses y aun por años, y quizá por siglos. Durante ese período el organismo no consumía energía alguna y conservaba íntegramente sus cualidades juveniles. Inútilles ingerir —a la totalidad— hasta que llegado el plazo, era nuevamente llamado a la vida y se despertaba descansado y dispuesto a seguir viviendo.

Aplazabase un procedimiento de congelación a 300 grados bajo cero y en un ambiente electrizado que mantenía todo el tiempo.

Si por una fatal circunstancia se interrumpía la corriente eléctrica, el pobre diablo congelado, como un salmón de Escocia en un témpano de hielo, se moría sin remedio: se decía se presentaba a dar cuenta a Dios de sus acciones antes de lo que él mismo había calculado.

El procedimiento se llamó *guardianización*, y el ponerlo en práctica, *guardianizar*, por el nombre de sus inventores, los profesores Gaudy e Ivanovitch, que la vez se sospechaban en 1950 cuando dieron a conocer su descubrimiento las consecuencias macabras y aun plóticas que tendría en 1945.

Aceptado con recelo al principio, nadie quiso repetirle a pesar del buen éxito de los experimentos hechos con losa gorda, perros, gatos, monjes y otros animales temerosos al hombre y a la mujer "fin de mundo".

Hasta que tres hermanos, que habían asistido a sus paños y que fueron condenados a muerte, consiguieron en trocar su destino *guardianizándose* por días.

años, con tal de que se les perdonara toda la pena si al final quedaban vivos.

Dos años después de esa primera congelación de hombres, año no 1983, se reunieron todos los países argentinos y un comenon público para presenciar la matanza de los prisioneros Gaurdy e Ivantsovich, que iban a desguardivanzarse a los tres cuadraciones a muerte, en un enorme escenario erigido en la plaza Saba.

Que comenzó cuando el doctor Ivantsovich con mano todavía segura a pesar de sus setenta años, empezó a regar con agua caliente los tres bloques de hielo donde estuvo en un estuche de cristal permanecían quietos los tres angelitos mientras el doctor Gaurdy iba graduando la corriente eléctrica y tres ayudantes con sendas fríasas empujaban el primer movimiento de vida de aquellos hombres para aplicarles en el cráneo una inyección de clorhidrato de adrenalina, y en cualquier otra parte otra de hormonas pituitarias que según los cálculos, los volvería a la vida. fueron como lechugas y bien dispuestos para nuevas hellequerías.

Preso los tres personajes empezaron a despertarse y a bostezar y uno de ellos entre despertado y dormido, pidió un vaso de whisky diestruirlos pero fue como si lo hubieran dado un puñete venoso. Instantáneamente el filo dio un estrepitoso estornudo y quedó estirado y rígido sobre la mojada mesa de operaciones.

Eso quería decir que el alcohol resultaba fuerte para los desguardivanzados, por lo menos en las primeras etapas de su vuelta a la vida.

Los otros dos, a quienes sólo se les dio agua con limón, para hidratarlos los tres, se tanto secos, pronto recobraron la negra conciencia de antes y recordaron alegremente una nueva existencia.

Desde ese día fueron muchas las que se hicieron gordivanzar.

La invención parecía especialmente destinada a los políticos que habían gastado su influencia y a quienes se les aconsejaba algunos años de abstinencia, hasta que pasaran las circunstancias adversas o cesaran del gobierno sus enemigos.

Cada vez que se elegía un nuevo presidente de la Nación o un nuevo gobernador en cualquiera de las provincias, venía una tacha de guardivanizaciones por cuatro y hasta por seis años, plazos que los políticos derrotados creían suficientes para rebasar su desoladora personalidad.

Muchos acertaban, porque no hay nada que aumente la importancia de un político como el no mover un dedo durante algunos años. Llegóse a dar el caso de algunos de ellos desengañados o hartos presintiendo que se había hecho guardivanizar por seis años, es decir, por todo el período que debían durar en la presidencia su adversario pero a quien los fines partidarios, violando su expresa voluntad, lo sacaron del pan de hielo a los dos, a los tres, a los cuatro años, sacándolo con algún herviendo prematuro, para que resumiera la dirección de su partido.

Ocurrió también el caso de personajes campanuleros que se acordaron a dormir creyendo que el mundo echaría de menos su presencia y que se despertarían más importantes de lo que se habían acordado, pero les sucedió que al desguardivanizarse y volver a sus tareas, hallaron que nadie se acordaba de ellos y que más les habría valido seguir durmiendo.

Como los doctores Gourdy o Ivanishevitch no reservaron el secreto de sus experiencias, pronto se hizo un negocio el aplicarlas y se fundaron compañías en todo el mundo, con las cuales mediante una prima anual, se contrataba el mantenimiento de los bloques de hielo en las condiciones requeridas para que aquella

larva humana seguía viviendo y a su tiempo fuera despertada.

Más sucedió que como los platos solían ser largos, mientras el personaje dormía la compañía guardivanizadora quebraba los administradores brutos y el pobre tipo se quedaba vivo para siempre.

No había por contar demasiado en que los herederos después de treinta cuarenta o cincuenta años, se acordaran de llamarlo a la vida para gozar de su conversación y devolverle su fortuna.

Precisamente solían ser los herederos los que menos interés tenían en que se desguardivanizaran, porque la aparición de un abuelo en tales condiciones acarrea a sus lejunos y desconocidos biznietos complicaciones de toda clase.

Por eso más de un biznieto se arregló con la empresa guardivanizadora para que le cortara la corriente eléctrica y lo dejara dormido en aparcencia, pero en totalidad más muerto que un mamut adentro de su vitruviano.

Tuvieron que intervenir los gobiernos y paralizar severamente a las empresas para que al guardivanizado pudiera dormir seguro de que no le cortarían la corriente y que a su debido tiempo lo desguardivanizarían.

Como la operación y su mantenimiento costaban mucho, no se guardivanizaban sino los muy ricos que podían asegurar el pago anual de una prima elevadísima.

Se comprende fácilmente que al negocio contase con la decidida oposición de los futuros herederos del respectivo señor que prefería aplazar su muerte saltando por arriba de ellos y mandándolos a gastar la vida de su vida en la pobreza mientras él dormía para despertarse algún día más joven y fuerte que ellos.

Esto causó pleitos y licencias, y colonos fundó nuevas compañías de seguros que se encargaban de ir pagando a esos herederos las rentas que profitosamente

hubieran recibido si el personaje se hubiera muerto, en vez de echarse a dormir, y al final del plazo, cuando despertaba se encargaban asimismo de devolverle sus bienes, merced a las enormes primas que se abonaban por esta clase de seguros.

Con lo cual se acumulan las proteotas de los herederos, pero no disminuyen las aprensiones que ellos tienen al sentirse envejecer viviendo de unas rentas que habían de concluirse el día que su abuelo o abuela saliera del estudio muy fresco y dispuesto a seguir viviendo largos años más.

Procesamente el abuelo de Barab, el riquísimo Zaccarias Blumen, se había hecho gurdivanizar por treinta años, en 1970 tenía sesenta y se le había movido entre copa y copa alcanzar el año 2000.

Entre los innumerables negocios de su larga vida había uno que, por haberlo discurrido casi al final era objeto de su predilección: el de Las Mil Puertas Verdes.

Un día Barab Allen vio abrirse una pequeña tienda con puertas verdes. Vendían en ella toda clase de artículos. No había una sola que no se encontrara allí, desde un modesto peine de hebillita hasta un reloj Patek Philippe, desde un abito de pancho hasta un maravioso traje de novia.

A la entrada del comercio había una muestra en que se leía: Las Mil Puertas Verdes. Puerta N° 1.

Un mes después ya funcionaban veinte Puertas Verdes en distintos barrios porteños. Un año después ya eran cien.

Naturalmente en el barrio donde se abría una Puerta Verde, repulcaba por la más poderosa organización financiera de América del Sur sucumbían todos los comercios similares.

A la vuelta de veintidós años, en todas las ciudades argentinas se habían inaugurado Las Mil Puertas

Verdes y por lo menos diez mil comercios rivales se habrían fundido.

Pero Zacarías Blumen, el genial inventor de aquella fórmula de maquinismo, se alcanzaba a ver esa maravilla.

Y como es costumbre sacando un centenar de millones a secar y marchar insipiente del monstruoso organismo que avanzaba aplastando a todos sus contrarios como un tanque de guerra aplastaba a un pobre campesino de los campos, pero Zacarías Blumen no le a la humilde le modifiqué planes financieros que trazaba con la precisión con que un estratega traza sus operaciones en el campo de batalla. Los negocios eran para él batallas en que sus máquinas evolucionaban como los regimientos de un general.

Como él sabía que moriría a los ochenta y cinco años esto se comenzó antes de inaugurarse la milésima Fuerza según sus cálculos, resolvió guardarse.

Ciertamente que en los años treinta años después, cuando estuvieran remando vertiginosamente las más ruedas de su maquinaria que le darían cien millones de ganancias cada año y lo harían rey de todos los negocios de la República.

La dificultad consistió en hallar alguien capaz de asegurar a sus herederos la renta colonial que les correspondía si él muriese de verdad.

No habiendo en el país ni en el mundo nadie con los recursos bastante fuertes para eso, resolvió fundar él mismo una compañía con quinientos millones de capital.

Con sus magníficos amigos nuevos realizaron la enorme construcción. Se compró al Gobierno un inmenso edificio abandonado que había en cierta localidad llamada El Palomar¹ y se llenó al mundo con su propaganda y empezaron a llegar clientes de todas las naciones.

¹ El nombre se refiere al Códice Militar Argentino.
N. del E.

En la Argentina, merced a su legislación sabia y generosa el campo sigue para los grandes negocios, arrematables en días como los nuevos días.

Así, pues, Zacarías Blumen se metió un día en un cajón de pino que gracias a un ~~acostumbrado~~ decolante en traslado como en ritual de rito, se había una ropa de chamquero y se terminó sonriendo al ligero cosquileo de las alambres eléctricos que lo pasaron en amplios tobillos y fue luego acomodado en uno de los mil nichos dispuestos como celdillas de un panel, en el patio de honor del antiguo edificio.

Muchas veces ensayaban su suerte pero no podían hacerlo, por no ser bastante ricos para pagar las anualidades a la empresa.

Las cosas que alcanzará a ver este borbón en el año 2000 -decían los que se ensayaban- Verá al Anticristo, y es seguro que se hará su amigo tal vez será su ministro de Hacienda porque Buenos Aires será en el año 2000 la capital del Anticristo.

Rahab conocía toda aquella historia. El viejo Zacarías Blumen podía dormir ~~o~~ ~~apretarse~~ cuando quisiera, porque su muerte en 1940 tenía dos veces más millones que los que hubiera podido juntar nunca su hijo menor Zacarías, que se había muerto antes de que se descubriera la desintegración de la materia. Ya hemos explicado en qué forma este ~~intenso~~ descubrimiento valorizó los metales preciosos de que se habían desprendido con todos sus poseedores.

Maria Hilda había tenido el instinto de escapar centenas de toneladas de aquel oro, que a raíz de la desmonetización decretada por todos los gobiernos llegó a cotizarse en pesos que la excedían o el jabón.

Los alquimistas le dieron un día la razón cuando descubrieron que un poquito de oro, volatizado en hornillos especiales, rendía tanto trabajo como miles

de toneladas de buen carbón. De donde resultaba que el oro va la infinitamente más que antes.

«Si fuéramos a El Palomar a ver guardándonos a ese pobre Rocio Lopez!» exclamó Rahab.

«Vamos allá!» respondió Fito, apretando el botón de marcha, con lo que el avión, como una golondrina libertada, volvió a volar de nuevo.

Llegaron puntualmente cuando el desventurado poeta que iba a dormir seis lustros por apuros contrariados, se estaba calcomando el mismo las tobilleras de metal unidas a un alambres eléctricos.

Cuando era diez, tenía muchas amigas y no pocas parientes, que recibían la mesa de suabastro donde se efectuaban las preparativos.

Rahab se abrió paso hasta la primera fila, y él se alegró de que la preciosa muchacha fuera la última cosa que vieran sus ojos antes de cerrarse, y la saludó, con sonoras risas y lágrimas.

«¡Buenos noches hijo!» le respondió ella, desmoldadamente— Después me contarás lo que hayas soñado.

«Me despertaré con los mismos veinte años que tengo ahora y tú tendrás cincuenta».

«¿Quién sabe Rocio, si yo en tu sucesión no me resuelto a indultar!»

«¡Oh qué dulce me sería que durmieras a mi lado!» exclamó Rocio acurrándose en el cristallino lecho.

«Sí, es cierto» respondió Rahab—, pero tú en tu cajón y yo en el mío.

Bebió el desventurado su última copa de champaña, y la máquina eléctrica empezó a funcionar desprendiendo un fuerte olor a ozono.

«Adios Rocio» gritaban los amigos, viendo cómo se dormía en posición marcial.

Y él, con voz cada vez más lejana, como si hablara desde las nieves eternas, respondía:

«Adios, Rahab!»

Capítulo VI. *Dos rosas y una cruz*

Fray Simón de Samaria, el superior de los gregorianos, probablemente el último superior de aquella antiquísima orden, llegó a su celda, que estaba en el huerto más interior de los claustros, a la sombra de unas altas glaciadas de morados cachelinos.

El jardín de los gregorianos era inculto, pero hermosísimo. Todo crecía allí a la buena de Dios desde hacía trescientos años.

Cada de viejo un tronco, y nadie se cuidaba de levantarlo, y cien retoños de la misma o de otras raíces enroscaban placidamente sus despojos, tejendo un matorral donde acudaban los pájaros y mariposeaban los agachados y las abejas.

Más que jardín, era una huerta descuidada y frondosa, entre tapiales verdinegros, enredada todavía de cascotes de botellas, para defenderla contra los intrusos.

La celda se abría sobre el claustro del sur y tenía una ventana que daba hacia otro jardín interior, más reducido, pero igualmente descuidado y fosco.

El frasco se abrió delante de una mesa pintada de negro. Allí había una máquina eléctrica de escribir y un brevulario.

La máquina imprimía signos microscópicos, sobre levemente hojas de habelita, que sólo se podían descifrar gracias a una máquina traductora.

Procedimiento antiquísimo para un escritor cuya vida no fluye sino cuando se establece la comunicación del cerebro con el papel, sin mercedimientos materiales.

Por eso fray Simón ciertas veces las escribía a pluma como se habla en el pasado siglo. Esa vez copió su autografía y abrió un cuadernito donde asentaba su diario.

Más se entretenió leyendo una página que databa ya de algunos meses.

"Ayer visité a Juana Taber, en su hermosa quinta de Méntres, que fue de los jesuitas hasta la expulsión de la orden en 1801. E. a ha tratado de conservar el bello vestigio de la arboleda y de las construcciones.

"¿Por qué me sentía triste en medio de tanta hermosura? ¿Por qué me venía a la memoria la frase de Tonnelle escritos franceses. El amor que experimento por lo bello es un amor grave y profundo, porque es un amor que hace padecer."

"He hablado con Juana Taber de mis dificultades para aceptar los dogmas católicos.

"Esa mujer tan misteriosa y mandana, es una alma profundamente religiosa a pesar de la nube de incredulidad con que el protestantismo la religión de su cuna, según creo, ha envuelto su pensamiento y su corazón."

En otra página escrita después

se dice que las más del diario de fray Simón de Samaria p. o. 4 pp. y m. p. n. la misma imaginación f. u. trías lo usual que gran parte de sus intervenciones han sido sobre las más altas cuestiones políticas de carácter frías apolíticas, pero aya de comedia de ideas documentado muy raro y de momento interés psicológico y apologetico. N. del A.

"Ha venido al locutorio. Hemos hablado largamente. Y me ha dicho, fijando en mí su mirada oriental

"¿Por qué no existe una Iglesia para los que dudan, espíritus que son religiosos, pero que no pueden dar formas positivas a sus creencias y su culto?"

"Y, como yo no encontrara en ese momento la frase que convenia decirle, después de un rato de silencio se puso de pie y, sin darme la mano, se despidió con estas palabras:

"Si yo me hago católico no será en virtud de sus argumentos, sino de su misericordia. Usted será para mí la puerta de la Iglesia

"Yo me quedé solo, sintiendo como cosa nueva esta verdad en que, sin embargo, he pensado muchas veces: si es una obra santa convertir a los herejes y cismáticos, ¿no es también una obra providencial, grata a Dios y bendecida por él, esta aproximación que se opera, antes de la conversión, por la caridad, entre los católicos y los que no lo son?"

Fray Simón observó que la palabra caridad estaba escrita arriba de otra, que aún podía descifrarse mejor.

Varias páginas más allá el cuadernito contenia esta anotación:

"Hoy no he celebrado misa. Me acosté fatigado, y me dormí pasada la medianoche. Me vagamente la campana y no hallé alientos para levantarme. El hermano Plácido llamó a mi puerta, le dije que me perdonase, porque estaba enfermo.

"Hace varios días que no tengo tiempo de revisar el oficio. Voy a pedir dispensa de él a pesar de lo que suele decir mi viejo compañero fray Plácido que el breviario y la devoción al papa son los dos puntales de la vocación sacerdotal. No sé creo yo me siento sacerdote hasta la médula de los huesos, tanto, que mi vocación se padecería si me viera obligado a renunciar a algunos formularios de la Iglesia. Yo soy sacerdote se-

gim el orden de Melquisedec que levantaba su altar en campo abierto y podía enorgullecerse de su triple corona de pontífice de rector y de padre."

El superior de los gergonianos cerró un momento el cuadernito y se puso a reflexionar sobre aquellos apuntes, que tenían ya varias semanas.

Hacia dos por lo menos que había recibido de Roma la dispensa del breviario cuyo uso es obligatorio, bajo pena de muerte para todos los sacerdotes. Había sentido un verdadero gusto. Decididamente no tenía paciencia para estar dos horas salmodiando oraciones impresas cuando tantos asuntos graves reclamaban su atención. El trabajo, decía a manera de excusa, es también una oración.

Abrió su cuaderno y leyó

"Hoy he pasado dos horas en la casa de mi quinta. Apenas hablamos de cosas de religión pero eso no importa. Una vez escuchada la sencilla primera un que a saber a + terminando nuestra amistad es el comienzo de la época feliz que gozará el mundo cuando desaparezcan los afectos impuros."

Le dio siguiente esta anotación

He pasado ya tarde en la casa de Juan. me ha dicho "Creo en la divinidad de Cristo, pero un credo no es verdad que confunde al hombre con Dios. Dios se ha manifestado en Cristo pero éste no es Dios."

"Juan es un alma esencialmente religiosa, pero su teología es una extraña mezcla de sentimientos de intuiciones, de interpretaciones subjetivas de la Biblia. Yo le entiendo con embeleso, viéndola acrecerse poco a poco al catolicismo. Casi nunca refuto directamente sus errores. A veces trato con ellos, para mejor vencerlos después. Aplico a mí mismo esta regla de San Pablo: Como a niños me he alimentado con leche y no con manjares, porque no soy todavía capaz de ellos."

"Hoy le he dicho. Usted me ha sido enviada milagrosamente para que yo la conduzca a la verdad a través del Evangelio, y usted me conduzca al cielo, en virtud de la promesa de Apóstol."

"¿Qué promesa?" me ha preguntado. He respondido citando el texto de la epístola de Santiago: "El que convirtiere a alguien del error de su camino salvará su alma de la muerte y cubrirá la muchedumbre de sus pecados."

"El texto dice: el que convirtiere a un pecador, pero yo no me he atrevido a llevar pecadora a Juana, pues contra su estado limpio como un cáliz de oro."

"¿Y si yo no me convirtiera usted no me salvaría?", me ha preguntado con una sonrisa divina.

"Yo le contenté y ella me sacudió con un ligero sarcasmo en la boca amablemente, pero luego se impregnó."

"Con su gobierno, le dije con sus sacramentos, con sus fórmulas de fe y de culto la Iglesia Católica es la autora tuya y causa del verdadero día. Oh, mi hijo espiritual! Oh, mi Juana! En día nos encontraremos en ese calendario. Ah, muchacha la una que decía al profeta: ¿Cuántos días está la noche? ¿Y la respuesta del cielo: Estamos en la noche pero el día se aproxima?"

"Cuando dejó de hablar ella tenía los ojos llenos de lágrimas. Y me dio esas contestaciones conmovidas."

"¿Qué es la puerta de la verdadera Iglesia, la Iglesia del pueblo de la cual la católica no es más que un grimen, sagrado y pero sólo un grimen. Yo creé una Iglesia con tres círculos donde quepan todos los pobres seres humanos: en el primer círculo, los cristianos sin distinción; en el segundo los judíos y los musulmanes; en el tercero, los politeístas y aun los ateos."

"En realidad, ésta no es idea nueva sino mía. Algunas veces se lo he dicho y ella lo ha simulado de tal manera que no recuerda cómo ha comenzado a pensar en eso."

"Estaba tan nerviosa cuando me decía esto, que me parecía tener delante de mí a una profetisa."

"Me despedí prometiéndole volver al día siguiente."

"Venga temprano" me dijo."

Fray Simón siguió haciendo el librito desear de medir el camino psicológico que había hecho, y encontró una anotación del día en que le llegó de Roma la dispensa del breviario en consideración a los motivos que él había narrado y que se estimaron suficientes sus agramados tareas apostólicas.

Guardó en secreto la comunicación durante algunos días por no dirigir a fray Plácido y conservó el breviario sobre su mesa como si lo rezara siempre.

"Esta semana me he abstenido de ir a Martínez" leyó en su diario. "He conversado con fray Plácido, quien me ha hecho algunas advertencias ociosas acerca de las trahiones, le la sensibilidad. Le alarman las imágenes excesivamente tiernas que yo escribo en mi lenguaje. He tenido que recordarle otras mil y una veces más tiernas de la Sagrada Escritura."

"Me ha dicho: 'Un hombre que diariamente realiza el milagro de la consagración debería cerrar los ojos a las bellotas exteriores.'"

"Lo he contestado."

"Si yo salvo a esa persona, habré asegurado mi propia salvación. Y él me ha citado, mencionando la cábala, este texto del *Eclesiástico*: 'Vale más el final de una cosa que su comienzo.'"

"Yo he respondido: 'Cada vez que hablo con ella experimento la presencia sensible del Espíritu Santo en nuestras efusiones. Su caridad es tan pura! Los asuntos que tratamos son tan santos!'

"'No hay peor trampa' me replica él 'para dos corazones inocentes que los secretos inocentes.'"

"'Un secreto es casi siempre una complicidad inadvertida.'"

"Hago a mi viejo amigo esta reflexión

"En la santa presencia de Dios, subiendo el altar podría repetir a la una de las palabras que he oído de mi esa señora. Me conduela el teólogo que me hiciera el más insignificante reproche"

"Fray Plácido no le ha respondido sino al cabo de un rato como si le costara mantener con su superior una conversación parecida a una disputa

"Cree que todo es una prueba terrible que el Señor le envía

"¿Por qué una prueba, lo que más bien parece una gracia?, replicó.

"Vuestra reverencia es confesor de sacerdotes, y pienso que Dios le envía esto para la salvación de muchas pobres almas sacerdotales, a las que V.R. podrá hablar con un acento que no conocería el no hubiera pasado por esta existencia personal. Un confesor debe ser severo consigo mismo para tener derecho a ser misericordioso con las culpas ajenas. De otro modo, su misericordia parecería interesada

"Y recuérdles siempre lo que un a menudo suele decir los dos pontífices de la vocación sacerdotal"

"Ya sí" le he interrumpido con alguna impaciencia "el reg. litúrgico y la lección al papa

"¿Cuáles no serían los recelos del pobre viejo si supiera cómo estoy en lo que atañe a esos dos pontífices! Del uno me ha libertado ya no por mi propia autoridad, sino por la de la Santa Sede y en cuanto a la lección al papa ¡al venir mis dudas. Yo soy antes sacerdote católico que sacerdote romano. Pero no hay derecho a decir esto públicamente, sin incurrir en las censuras. La Iglesia Romana quiere ser como el Arca de Alianza, a la que nadie podía tocar ni siquiera para sostenerla, porque caería muerta, como Osa, al estender la mano.

"Creo que estamos destinados a ver grandes cambios en la Iglesia, en el sentido de la democracia. Servir a la vez a Dios y al pueblo."

Otras dos páginas en blanco dos días en que fray Simón no se había acercado a sí mismo.

La siguiente decía:

"Dos días en que no he celebrado misa. He manifestado hallarme enfermo."

Luego unos puntos suspensivos, cuyo sentido el mismo que los trazo ya no recordaba, y estas líneas:

"Desde el segundo día de la primera semana de Mayo no he visto a Juana Tabar."

Y un poco más abajo:

"Pienso en lo que habrán pensado, y sufrido, y amado mis padres y mis abuelos y todos mis ascendientes en línea recta hasta Adán."

"Kenny seguro de que mis pensamientos me vienen con la sangre de ellos, y siempre por virtud de alguna mujer."

"¿Soy acaso el último de mi raza? ¿Estos pensamientos que sólo se transmiten con la sangre han de morir conmigo?"

Y al día siguiente:

"Comienzo del gran ayuno entre los religiosos. Renovación de los votos de los gregorianos. Yo cingo la fórmula con una intención que queda secreto entre Dios y yo."

"Tal vez no sea yo el último de mi raza. Tal vez no, por el contrario, el primogénito de una alianza divina. Siento que una dispensación nueva comienza en mí."

Con ansiedad creciente, fray Simón continuó leyendo. Era el drama de su propia conciencia, en que él era el único actor y Dios el único espectador.

"Oh, mujer misteriosa y milagrosa. Qué carta me has escrito acompañándome dos rosas de tu jardín! No la he leído, y creo que nunca la leeré."

"La Iglesia Romana no puede reformarse y regenerarse por algunos movimientos superficiales, es necesario que sea removida y turbada hasta lo profundo. Yo soy quien está llamado a comenzar la obra."

Al día siguiente

"Esta mañana he dicho mi misa con un espíritu de entrega total a mi Dios y al Pueblo

"En el momento de la consagración, alcancé a ver las rosas de Juana deshojándose en el altar y sobre la cruccecita en que venían atadas. ¡Qué emoción rara y divina!

"Después de dar gracia, he vuelto a mi celda y he puesto en la ralla la hoja que contiene la carta de Juana. Era pequesísima, menos de un centímetro, pero ella había ajustado la máquina de tal manera que contenía mucho más de lo que me imaginé

"Llevaba la fecha de la segunda semana de octubre, es que comienza la primavera de Buenos Aires, y decía así:

"Le envío dos rosas nacidas al pie de mi colosa, que abro yo misma todas las mañanas. Las corté húmedas de rocío y las puse sobre mi corazón. Se durmieron así mientras yo pensaba en las palabras tan profundas que usted me dijo ayer sobre el amor a Jesús de Nazaret. Luego se me ocurrió que le gustaría tener sus primeras rosas sobre su altar cuando mañana celebre su misa. Allí van. Le suplico que las deje atadas sobre esa pequeña cruz, como yo las he puesto. Además durante años he conservado esa pequeña cruz como un amuleto. Ahora la pongo en sus manos. Observe que una de las rosas parece triste en usted. La otra está herida, y debo de ser yo.

"De consueño, hijas de Jerusalén, que le bagán saber cómo estoy enferma de amor."

Esa frase exquisita sacada del *Centar de las con-
fesoras*, no estaba escrita en esperanto, sino en latín, lo
que hizo sonreír a fray Simón.

En ningún momento pensó que las rosas sobre la
cruz son un signo cabalístico y significan la dominación
judía sobre los cristianos.

Llevó al altar las rosas de Juana Tabor, antojándo-
sele que eran ofrenda gratísima para su Dios.

Al callarse la radio, fray Simón hojeó el cuaderno
y leyó en la página siguiente de la segunda semana de
tieluri:

"Hemos vuelto a pasearnos bajo los árboles cen-
tenarios de Martínez.

"No hemos hablado de religión. Casi no hemos ha-
blado de nada. El sol se iba entrando en una calma llena
de majestad y de misterio, y su luz, a través de la rama-
ción, trazaba figuras diversas de color púrpura, que per-
docias entre las hojas y sobre los troncos.

"Esta avenida estupenda parecía la nave de una
catedral gótica.

"Las primeras golondrinas de la primavera plaman
alegramente.

"Ante un paisaje así y oírse de tal alma, ¿por qué
sufría yo tanto como gustaba?"

Fray Simón abandonó el diario y no escribió lo que
pensaba escribir, invadido por una extraña fatiga de la
imaginación.

Apenas fray Plácido de la Virgen había recorrido algunas páginas de su breviario, sentado en el jardín, cuando sintió los golpecitos del bastón de su viejo contertulio Ernesto Padilla, que esa día llegaba antes de la hora habitual.

Fray Plácido se sentó, cerró el libro y aguardó. Padilla, algo menor que él, conservaba la alta y ágil figura que antaño le diera fama de buenmozo.

No se casó. Por la piedad de sus costumbres, se dijo que tenía vocación religiosa, pero los hechos demostraron que no era así. Continuó llevando en el mundo una vida exultante y llegó en buena salud mental y física hasta el final del siglo.

Todos los días visitaba a fray Plácido, con quien mantenía largas y sabrosas pláticas. Solía reunirsele otro personaje: el doctor Ángel Graco, que llegaba en un antiquísimo automóvil Chevrolet, conducido por él mismo desde hacía cincuenta años.

Probablemente en existe en el mundo un coche igual. Ya había varios bastos que habían desaparecido la palabra. Otras muestran otros tipos. Tienen desapareciendo los antiguos modelos. Todos o casi todos los automotores fin del mundo eran al mismo tiempo pequeños aviones, que además de correr por sus vías más Angélica (era permanente) fue a su coche regalo que le hicieron su padre cuando recibió cierta diploma. Ella por el año 20. Y hasta le cumplió a su su con su original en la ciudad y gozando la elegancia de sus «quintas» en las calles.

Padilla y Cerezo conocían muy bien el español, pero jamás lo hablaban en su tertulia no solo porque fray Placido nunca lo aprendió sino por preturar su hermosa castellana lengua tan muerta a fines del siglo como el manuscrito o el griego de Placido.

Comenzaron el español desde Padilla — que usó la lengua de N. S. Francisco en su segunda conversación.

— «Por qué no ha de ser el latín, que es la lengua de la Iglesia?» — objetaba fray Placido.

— «Porque el español tiene el raro privilegio de ser la única entre las grandes lenguas del mundo que no haya sido hablada por ningún magno hereje o enemigo de la Iglesia. El latín lo hablaban Nerón y Julián, el griego Artax, el árabe blasfemo el inglés Enrique VIII el francés, Voltaire el italiano, Copérnico, el alemán Luther el ruso Lenin.

Esa mañana llegó Padilla solo y antes de la acostumbrada discusión de conversos de dos asuntos que lo preocupaban. El uno eran sus inquietudes con respecto al caso de Chile en donde se levantaban voces recalcando el resto de la Patagonia argentina. El otro eran ciertas habladurías sobre la fructuosa con que Juan Tacor recibía al regreso de los gauchos en su quinta de Martínez.

Padilla besó la mano derecha del fraile y se pasó a su lado, en el banco de paja sembrada.

El besar la mano de los sacerdotes, a manera de saludo, era una de las prácticas que recomendaba la Iglesia para avivar en las gentes la antigua veneración hacia los religiosos. En todos los países, los prelados habían enriquecido con indulgencias ese humilde gesto.

—¿Ha dormido bien V. R. esta noche?

—Como un tronco, hasta media hora antes de la misa.

—Eso quiere decir que no ha sentido la manifestación de la plaza Italia. Medio millón de hombres, dicen.

—¿Y qué querían? ¿Qué podían?

Se habían congregado para echarle flores a nuestra presidenta, misma Hilma, porque ha disuelto los últimos restos del ejército de línea que nos quedaban, la guarnición de la Patagonia.

—¿Y eso lo aplaude el pueblo? ¿Qué puede importarle?

—Directamente, nada. Pero el pueblo, mejor dicho, los politiqueros que lo agitan, tienen instintiva aversión a todo lo militar porque un gobierno apoyado en unas cuantas divisiones no se deja manejar.

—¿Comprendo? ¿Y por qué le preocupa a usted la disolución del ejército?

—Porque tenemos varias fuertes, que colician, desde hace siglos, algunas de nuestras provincias, y por den aprovechar la ocasión al ver indefensa nuestras fronteras.

Por el claustro militar pasó el lego secretario haciendo unas sus llaves. Como a esa hora la iglesia estaba cerrada, él tenía un vagar para echar su cuestión.

Cuál no seguida, por el mismo claustro, donde las pláticas adquirían una extraña comedia, para fray Simón. Se leyendo un libro. Padilla preguntó en voz baja.

—En confianza, fray Plácido, ¿su superior conserva los dos guantes? ¿Basta siempre su breviario?

—Indudablemente —respondió el viejo con seguridad, no queriendo abrirse a aquella clase de confidencias.

—Me pareció que ese libro que iba leyendo no era

—No, no era un breviario —respondió presto fray Márido. Lo rezará a otra hora. Y para cambiar de conversación, dijo — He estado cavilando sobre quién será aquella mujer vestida de púrpura, con una copa de oro en la que beben todos los reyes.

—La que pinta San Juan en el Apocalipsis? —preguntó Padilla.

—Sí, esa misma que se presenta montada en una bestia roja con siete cabezas y diez cuernos. No hay que confundir a ésta con la otra bestia que aparece en el capítulo 13, símbolo del Anticristo. La bestia roja es un imperio.

—¿Cuál?

A mi entender es el Imperio Romano Germánico, y la mujer vestida de púrpura es Roma.

—¿De qué lo deduce?

—De que lleva en la frente el nombre de Babilonia, con que San Pedro designa a Roma, y que esa mujer es una gran ciudad que tiene señorío sobre los reyes de la tierra, y las siete cabezas de la bestia en que cabalga son siete montes sobre los que ella está sentada.

Roma, en efecto, es la ciudad de las siete colinas.

—Hay otros motivos que me hacen interpretar así esta profecía. En uno de sus pasajes dice "La bestia que has visto, fue y no es, y saldrá del abismo y vendrá a perecer" con lo que el profeta alude a un imperio que desapareció totalmente como ocurrió con el romano; y se levantó de nuevo, y otra vez perecerá.

—Me place tu interpretación porque se ajusta a la historia.

—Las siete cabezas de la bestia, que está llena de nombres de blasfemia, son también, según el texto sa-

grado, siete reyes de los cuales cinco cayeron ya, uno existe y el otro no ha venido aun, y cuando venga durará poco.

—Ese reves —observó Padilla— podrían serlo también en el sentido espiritual, a juzgar por los nombres de blasfemia.

—En efecto, pueden ser siete personajes, o siete doctrinas. Cinco de ellos pasaron y fueron quizás Arrio, Mahoma, Lutero, Voltaire y Lenin. Uno existe y otro vendrá. ¿Cuáles son estos a quienes estamos ya buscando?

—¿Quiénes cree V. R. que sean?

—Uno de ellos, el que existe —dijo el fraile—, preparará los caminos del Anticristo, provocando el gran drama, anunciado por San Pablo.

—¿Será, tal vez, un religioso?

—Así lo creo, y por lo tanto será el falso profeta del Anticristo. El otro que ha de venir alguna vez ha pensado que fuese una mujer.

—¿Por qué, padre?

—No sabría decirlo. Tal vez me haya acordado de esa misteriosa profetisa que aparece en el Apocalipsis.

—¿Jezebel?

—Pese minimal. ¿Es un símbolo? ¿Se trata de una mujer considerada individualmente, o de una secta, o herejía?

—No recuerde ahora —dijo Padilla— las palabras exactas del texto apocalíptico.

—Yo sí —respondió prestamente fray Plácido que sabía de memoria casi toda la Sagrada Biblia— pero esas palabras son oscurísimas y aunque alguna vez se han claras para la inteligencia de los fieles, hoy me suman en perplejidad.

—¿Cómo dicen?

—El profeta envía a mensajeros de Cristo a cada una de las siete iglesias de su tiempo, y a una de ellas, la de Thyatira, ciudad muy comercial de la época, la

dijo: "Yo conozco tus obras, tu fe, tu caridad, tus servicios. Pero tengo contra ti que permitas a Israel creer que se dice profetas, engañar a mis siervos."

Por esas palabras se advierte observó Parilla que se trata de una persona que se ha introducido en la comunidad cristiana.

—O que piensas introducirme —dijo fray Plácido— porque al torcaje agrega. "Le he dado tiempo para que hiciera penitencia y ella no quiere arrepentirse." Como usted ve mi amigo, la idea que a veces me viene de que la séptima cabeza de la bestia sea esa mujer es una simple intuición, y apenas me atreví a formularla.

Larga pausa llena de pensamientos interrumpió la plática hasta que fray Plácido retomó el hilo de sus conjeturas.

Más clara me parece la alusión al imperio musulmán que describe en la otra bestia que sale del mar en el capítulo tercero. Este monstruo —por vencerá a los santos y será ahogado por todos los moradores de la tierra cuyos nombres no están escritos en el libro del Cordeiro, es según los intérpretes el Anticristo, y tiene también siete cabezas y diez cuernos. De una de esas es esas se dice que es ella "como herida de muerte" pero que esa herida se cura y la tierra quedó mancillada de aquel apocalíptico milagro.

—Vuestra reverencia describe en eso una alusión a la historia actual?

—En efecto. ¿Qué imperio de los que han de existir en los últimos tiempos, está simbolizado por esa "bestia que está muerta y cuya milagrosa cura tiene valor para la bendición al hombre y la devoción del arce?" preguntó el fraile.

Por la reflexión un momento y en vez de continuar interrogó a su amigo.

—¿Pero será un imperio? ¿No será más bien una herejía?

—Fue y será las dos cosas a la vez —respondió fray Plácido—. Fue y será un imperio y a la vez una religión, corruptora y terrible que atravesó dominó la cuarta parte del mundo, y ahora lo volverá a todo, según el libro sagrado.

—¿Dice V. R. que en tanto de un imperio que cubre medio de muerte y que resurgió como y calvo?

Elevándose —continuó el fraile—. Solo hay uno en la historia con esas características, uno que es justamente un poder político y una religión.

La Media Luna —Mohomá— —dijo fray Plácido.

Así se —explicó al viejo—. La segunda es una, historia de muerte la historia visto curar y conocer una muerte una por una de los ciudadanos mundanos que han sembrado el positivismo. El imperio musulmán llegó a su apogeo en el siglo IV cuando los hombres negros del Próximo Oriente el sur de Asia y el norte de África y sus caballos batían en el Danubio y en el Tíber. Después de lo que se veía de España, después su decadencia. En la gran guerra de 1914 Turquía fue con angustia. Los europeos en la barrera del tiempo —la historia— porque no supieron a qué serenos en capital.

Así es —dijo Plácido—. El haber sembrado el positivismo es una historia ahora como la más terrible representación de los hombres en la historia. Hoy forman una sola nación europea de Cristo veinte naciones desde los montes Atlas hasta el golfo de Tonkin, Marruecos, Libia, Egipto, Arabia, Persia, Irak, Argelia y así toda la India con gran de latitud con 700 millones de hombres que pertenecen a Cristo hasta la muerte, se herben y sin contradicción.

La historia del hombre tiene a veces rasgos sobrenaturales, absolutamente sobrenaturales —dijo Plácido.

Así es —gratificó fray Plácido—. no se olvida nada de que vamos espiritualmente a los tiempos en que vivió el Anticristo.

-¿Los tiempos ya o solamente las vísperas?

La voz del fraile fue un susurro bajísimo.

-Yo le voy a contar lo que he referido a mi confesor y me dice que es un sueño, y yo creo que fue una visión.

Fray Plácido contó las dos visiones de Voltaire, en 1978 y 1988, y el asunto que éste le hizo acerca del Anticristo.

Padilla lo escuchaba absorto, pero, temiendo que aquello fuera un desvarío del viejo, se limitó a decir:

-Si el Imperio del Anticristo ha de ser musulmán, ¿cómo pensar entonces que el propio Anticristo nacerá en Roma, capital del mundo católico?

-No nacerá, ha nacido ya -respondió fray Plácido-, en Balbionia, nombre que San Pedro da a Roma; los caminos por donde conquistará su grandiosa nos son enteramente ignorados.

De cierto, ¿qué sabemos del Anticristo?

-Sabemos por el profeta Daniel que sus comienzos serán...

-Es decir, "han sido" pues según V. R. ya estamos en esa época -apuntó Padilla sonriente y por complacencia.

-Efectivamente -dijo el fraile, sin amutarse-, sus comienzos han sido humildes. Pero la victoria lo acompañará se adueñará de Constantinopla y se ungirá emperador de la Media Luna. Congregará en los campos del Asia millones de jinetes -tal vez de aviaadores- y los arrojará sobre Roma, su patria de nacimiento. La más gloriosa y magnífica de las ciudades del mundo. Hilará a los príncipes, como un alfilero pisa el barro. Y para hacerse adorar de hombres y mujeres usará de toda suerte de embaucamientos.

-¿Será hermoso?

-Hermosísimo como un arcángel. Poseerá todas las seducciones de la iniquidad. Conocerá todas las creencias

que se aprenden y todas las ocultas que le habré enseñado el Divinismo. Estará dotado de una elocuencia irresistible. Será, según Daniel, "impudente y atrevido en dudas" es decir sofista, descarado y seductor.

—¿Hará milagros?

—Sí, felices milagros. Los inventos modernos le servirán para presentarse y hablar a la vez en todas partes. Los aparatos de radio transmiten todas las sensaciones, no sólo las auditivas y visuales —como en 1940— sino también las que impresionan al olfato, el tacto y el gusto, y permiten que el orador vea y escuche al público que lo oye y lo ve. Así el Anticristo gozará de una aparente ubicuidad, y sus imágenes podrán contestar a quienes las interroguen, y se cumplirá el anuncio del Apocalipsis: "Y le fue dado que comunicase espíritu a la figura de la Bestia de manera que hablase".

—¿Nunca sus ejércitos serán vencidos?

—Sí; en escuadra será vencida en el Mediterráneo por otra escuadra, tal vez la inglesa o la romana.

—¿De dónde saca V R. esa curiosa interpretación?

—Del siguiente pasaje de Daniel que es mi opinión describe las conquistas del Anticristo:

Vedid, fray Flaco, a abrir su manoseada Biblia y leed:

"Llegaré en el tiempo marcado hacia el sur pero esta última campaña no será como la primera. Los reyes de Cethum vendrán contra él, y él perderá valor. Se enfrentará una vez más con los que hayan abandonado la cruz". En este punto cesa la versión tan acreditada que hizo Crampón.

—Los reyes de Cethum? —interrogó Padilla.

Kethum es la palabra hebrea —explicó el fraile—. La Vulgata la traduce por romanos. Materialmente Kethum o Cethum es la isla de Chipre. Por metáfora se designa en los libros antiguos a las islas occidentales con relación a la Palestina.

—¿Qué más?

El Anticristo, furioso de su derrota, se avigilará con más que nunca en Caribis, después de haber abandonado su patria. El Anticristo se servirá de ellos, y derrotará a toda la nación y aniquilará a sus defensores por la espada y el fuego. Hará cesar las misas, y ordenará la adoración de su imagen. Voy a leer textualmente, siganme en esto la famosa versión del padre Soto. Quitará el sacrificio perpetuo y pondrá la adoración para destrucción. Y no tendrá respeto al Dios de sus padres y será codiciados de guerras, no se cuidará de ningún dios, porque se levantará contra todos los dioses. Nos honrará al dios Maoum (dios de la guerra) y repartirá las tierras gratuitamente."

—Casi con profecía, de la que ya he visto ejemplos: toda revolución anticristiana ha anulado el reparto de las tierras de los dios entre el pueblo.

—A mi juicio la caída del imperio británico sería la señal de haberse echo el sexto sello del Apocalipsis y de que el mundo habría llegado a sus postrimerias.

—¿En qué lucha y a qué más ideas?

He leído en el Apocalipsis que "a la apertura del sexto sello... las olas serán movidas de su sitio".

¿Cómo se llamará el Anticristo?

Nadie puede saberlo. Pero me inclino a pensar que llevará el nombre de Mahoma, aunque sea rey de Israel. Su reinado será breve, tres años y medio. De pronto, en medio de una gran lepra que no ha curado ningún otro hombre. Se levantará un reino de Oriente y del Norte, y saldrá con numerosas tropas para que branten y maten a muchos."

¿Qué conjeturas hace V. R. sobre ese texto?

—Que se aliarán dos de sus grandes aliados al norte, Setania, y al oriente, Mongolia. La invasión de las mangulas, como en los tiempos de Gengis Khan, será arrolladora. Explotarán el descontento de los mu-

salmanes, porque el Anticristo en el fondo es judío. El Anunciado volará desde Roma hacia la Palestina, sentará sus reales en Jerusalén y levantará su tienda en la montaña santa y allí lo sorprenderá la rebelión de su propio ejército. Nadie le prestará auxilio. Pero su derrota no será por mano de los hombres. "El Señor Jesús", dice San Pablo, "lo matará con el aliento de su boca y lo destruirá con el resplandor de Su venida."

—Visión tremenda y maravillosa. ¿La alcanzaremos nosotros?

—Secreto de Dios: Se ennegrecerá el sol; se enrojecerá la luna. Se discurrirán los montes y se moverán las islas y cambiarán de sitio las mareas.

—¿Cómo se realizará ese discurrir de los montes y las islas y el ennegrecimiento del sol y el enrojecerse de la luna, sin una catástrofe universal del océano?

—Pienso —explica fray Plácido— que no será monester que el cubus entero se trastorne. Los fenómenos pueden ocurrir como ya ocurrieron cuando la tierra, por impulso magnético, cambió su eje de rotación, inclinándose 23 1/2 grados. No alteró el nivel de las mareas y se produjeron las estaciones, que antes no existían. Si la tierra se enderezara mares y ríos cobrarían otros niveles y hasta los cielos parecerían trastornados. ¿Pero sabe de todos los siglos apocalípticos cuál es el que más me espanta?

—¿Cuál?

—Ese que se describe así: "Y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra como la higuera deja caer sus frutos cuando es movida de grande viento."

—Anuncio te innumerables apostasías, ¿no es así?

—Así es y este siglo —comienza con un pasaje del capítulo 8. Con una estrella y la tercera parte de las aguas del mar se tornaron azofar." El sacramento del orden, el sacerdote es un arceite divino que penetra

el alma por toda la eternidad. La apostasía, que reniega de su gracia, saca de su quicio al mundo. La apostasía de un sacerdote es peor que la caída de la estrella de la mañana.

Con estas lúgubres palabras, separáronse los dos amigos ese día. Era tarde. La campana del convento llamaba al coro, y Padua dejó para otra vez la segunda parte de sus confidencias, que se referían a Juana Tabor

Capítulo VIII *La fuga de los últimos novicios*

Cuando uno miraba al hermano Pánfila se decía "Ya lo he visto otra vez" aunque no lo hubiera visto nunca.

Porque aquel cráneo pelado, aquellas mejillas descarnadas y ceirinas, aquellos ojos sonámbulos, que formaban entre las cejas hirutas como dos uclárnagas enredadas en un matorral y los labios apretados y exangués y el haz de tendones de su pescuazo, y las manos extáticas, y la barba conciente, nunca bien rasurada, y la cogulla, y las sandalias, eran como muy vistas en algún famoso cuadro de Zurbarán o de Ribera; y una, al hallarse con el juego de cuerpo presente, se creía delante de un viejo conocido.

Él había ingresado de monago, para ayudar a la misa de los frailes, cuando tenía diez años, y hacía ya sesenta que vivía en el convento, absorto en sus modestísimos quehaceres, que cada día le pedaban más por ser menos los que le ayudaban y más flacas sus fuerzas.

Cuando entró, en el año 1930, huérfano de padre y madre y abandonado de sus parientes, propusieronle

estudiar la carrera académica mas por modesta pro-
funda profesor de hermano lego.

Satisfecho sus ambiciones terrenas y puesta en el
cielo su suprema aspiración habia sido enteramente
frío de no tener ante los ojos la lenta agonía de la
vidua a la que amaba como a su propia madre.

Por mucho los tiempos en que él y otros cuantos o
otros muchos no daban aliento para ayudar a las mi-
serias de los quince o veinte aprendices de la comunidad
y tenían que llamar a los varones, estudiantes de filo-
sofía y aun de teología.

Llegó la hora satánica y sobre la humanidad cayó
una nube de cenizas oscuras que ahogó la mayoría de
las vocaciones religiosas. Terras osas, cuarenta años
luego tres años fueron cerrándose los conventos.

En 1978, cuando los espíritus fuertes celebraban
el segundo centenario de la muerte de Voltaire —ape-
tando que el desventurado presenciará con muchos ris-
tado el fondo de la eternidad— tuvo lugar la fiesta
en que los progresistas conmemoraron siete siglos.

Pues han de los siete no quedaba en 1940 más que
una, San Simón de Samaria.

Los otros seis se habían hecho ritos constitucio-
nales, según se llamaba a los que salían de sus orden
para atender una parroquia, por una piqueta cuando
natural habiendo la aldea de servir a Dios el mismo
tiempo que al Gobierno.

Atención las parroquias, que la persecución de los
sacerdotes ocultos y de los órdenes religiosos dejaba
diferentes oficinas, roles e imperios sacramentales, con-
que la Santa Sede había consagrado aquel rubio que se
resumía a espaldas de los obispos, y había reconocido
a los miembros e instituciones.

Ahora el hermano Parido, echando las cuentas, se
hallaba en su convento más que dos frailes de una y
cuatro curules próximas a seminaris, más de una me-

En docena de sirvientes, de los cuales sólo dos eran legos profesores.

El hermano Pánfilo quería a sus cuatro coristas como a hijos y los punaba en cuanto la severa regla se le permitía y hacia la vista gorda a sus pequeñas infracciones.

Con qué impaciencia aguardaba el día de la ordenación, que los alía para siempre a la Iglesia!

El hermano Pánfilo pasaba largas horas rezando ante el Santísimo, para que no permitiese la extracción de su orden, pero el Señor en sus insondables designios no parecía dispuesto a escucharlo.

Una noche se levantó a las once y media, como de costumbre y fue al rincón de la campana con que despertaba a la comunidad.

No la halló. El resplandor del cielo alumbraba muy bien el sitio, permitiéndole ver en el tacón el agujero por donde antes pasaba la cuerda. Al amanecer del día anterior el mismo había sabido esa campana, dando al convento la señal de reposo. Si la cuerda se hubiera roto en esta la encontraría allí, sobre los ladrillos de la góndola, encajada como una víbora.

Al no ver señales de ella presumió que uno de los milicianos, por fugarse una noche pasada, la hubiera cortado y llevádola. No valía la pena perder tiempo buscándola.

Comenzó pues, a recorrer las celdas, para llamar de viva voz a los coristas.

En la primera no tuvo que despertar a nadie: halló la puerta de par en par y resacas su dueño. La tabla del comastín estaba fría.

Mas dado que fray Palomón, el joven teólogo de la primera celda, era el mejor estudiante del convento y gustaba de levantarse antes de la hora para leer a la rica y silenciosa biblioteca o proseguir sus estudios, el hermano Pánfilo no se alarmó.

La segunda correspondía a fray Nilandú, el dormilón mas intépido que el sacristán hubiese conocido.

Casi siempre, después de haberlo llamado a la puerta tenía que volver una o dos veces a acudirle por los hombres.

En las vea, tampoco, no tuvo necesidad de despertarlo. También su celda estaba abierta y frío el camastro.

Santísimo Virgen de Pompaya! exclamó el lago, santiguándose— ¿Qué significa esto?

En la tercera celda la misma historia, y en la cuarta, no hay para qué decirlo.

Desesperado, exclamó que los cuatro coristas hubiesen hecho lo que hicieron otros, que colgaran los balazos y se largaran sin decirle nada a evitar del tristísimo asunto, se al superior con quien no tenía tanta confianza, sino a fray Plácido.

Describió entonces, arrimada a la pared que daba a la calle, una escalera de mano.

Se apretó y dióse atada al último barrote la parte de la cuerda de su rampara, colgando hacia una callejuela del perdido mundo.

¡Por aquí se han largado! ¡Palencia, Placencia, Nilandú, Pastelero! ¡Adénse vata, desveladura los juvenes?

Tirapando el corazón de pena, despertó a fray Plácido y le dio la una ya anochecida.

El viejo examinó las ratas de los fugitivos y comprendió que no podía pensar en otra cosa. Encomendó al lago que lo dijera al superior y se encerró en su celda. Se demudó en las severas disciplinas de tres cuerdas con bollos de plomo en las puntas, y las hizo rumbiar sobre sus flacas espaldas de noventa años para que Dios tuviera piedad de su villosa ilusión, en que se le cumplía la divina quema de Job. "Dilatame a mi, que soy fuente de agua viva, para oyar para sí eternas cosas que no detienen las aguas."

Arrojó acezante la primera tanda de murrigamos, descansó un par de minutos y retomó la ramaoria, esta vez a fin de que el Señor se acordara de él mismo y de los que tentados de envidia no habían sabido construir la vida que les regaló la Providencia. "Puedo tener guarda de viñas, no viño no guaró" conforme al latrón de la Raposa en el Centro de los cantores.

Terminó hacia las diez y media amantresadas y las solas letras del postigo, se echó el hábito sobre las carnes molidas y evidentes que ninguna gota de sangre manchaba su blanca céntrica el ciprés de oro y fue adonde lo aguardaba el desahogado sacristán para ayudarlo a vestirse como se revistió con los sagrados ornamentos y al aproximarse al altar vio el confesionario del superior blanqueado de pendientes y entre ellos a Juan Tabar con su cinta roja en la frente.

¿Qué haría de nuevo allí pues no era confesor? A lo nuevo fray Florido no tenía noticias de su conversión, como antes la tuvo de sus primeros compañeros.

Dijo lo más temprano por aquellas cuatro horas Faberón, Florido, Nilandín y Pantalón, que más fatiga que el hijo del agua muerta habían abalanzado el santo rosario para correr al desierto.

Y después de la acción de gracias volvió al sacristán que le avisara cuando fray Simón se dispusiera a recibirlo y se fue a su celda donde tenía un receptor de radio y entonó la misa latina del Vaticano.

Por eso en ótica media de información acerca de lo que sucedía en el mundo ya que las otras emisoras sólo transmitían los esperanzas.

Entró en reto su imaginación se fue detrás de las fugitivas, siguiéndolas en el camino de la apostasía.

De repente se puso a alardear las antenas. La humanidad parecía tener los umbrales del Apocalipsis. El mundo era una inmensa marmota donde las hebras de

Macbeth estaban cocinando la más espantosa mezcla de horrores.

En los últimos meses o meses años las naciones habían hecho febriles preparativos para la próxima guerra que a la menor chispa podía estallar y que sería no sólo universal, porque en la Isla de Gran Bretaña se la existente libertad se salvaran de ella, sino la última guerra, que aniquilaría toda cultura, toda honra y todo sentimiento.

Por eso las gentes veían espantado los signos amenazadores de la definitiva catástrofe.

En la noche dos notables dieron la noticia de fray Alberto Primeramente la Venerable se dijo que el papa estaba enfermo. Fray Pedro Angélico.

Cualquier flagelo era un señal de aquel sistema más que centrado en tanta que alarmar a los fieles.

La venencia de la mil multitudinaria representaba fama de religión por la temeridad de los emperadores y reyes a intervenir en la elección del papa.

La otra noticia que le alarmó fue la de que en el Cáucaso había aparecido un joven príncipe que se hacía pasar por descendiente de David y se decía destinado a restaurar el templo y el trono de Israel.

Ya no era uno de tantos impostores como en los veinte siglos del cristianismo han explotado la credulidad del pueblo desde Ras Kaitá hasta Sabatás Levi.

El nuevo Mesías presentaba con caracteres tan extraordinarios de inteligencia y de hermosura que un poeta often había solapado algunas estrofas del Asia. Realizaba curaciones portentosas, resucitaba muertos, hablaba a aquellas prohibiciones primitivas en su idioma local y les prometía el paraíso en la tierra si lo adoraban.

Milares y millares de hombres y mujeres aguardaban días y meses de rodillas al borde de los caminos, esperando.

Fray Placido, vencido por la fatiga y el sueño, se durmió en su sillón de vaqueta.

A no de las cuatro de la mañana, según le hizo entrega el hermano, Placido le avisó que el superior se encontraba ya en su celda.

En el momento en que En las esquinas de la carpeta cantaban los gallos al alba, freira que venia salpicando de diamantes las a lunetas y los sembrados.

Fray Placido giraba en los sedillos la secular puerta de algarrobo que armonizaba con las gruesas paredes de adobe y la precaria estructura del convento.

Nadie le contestó. Golpeó más fuerte y aguardó unos instantes. Boca de fuego debía de haberse el de adentro para no sentir aquel llamado.

Por la memoria del viejo para el concreto reproche del Señor: "He aquí yo estoy a la puerta y llamo."

Para primera puerta encendida, según llamado aquel para quien todos los turnos del mundo, aun la voz de la naturaleza, se apegan bajo la paquetización vital de su radio, que le hablaba a sí solo?

Fray Simón de Santa Fe ha sido introducido en la celda. El aparato un libro rojo y encendido el mismo mensaje.

Diez días antes había estado en la quinta de Mar y se había encontrado en Juana Taber el capítulo XXI del Evangelio de San Juan donde el Señor pregunta a su discípulo: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas?", y el responde: "Señor, tú sabes que yo te amo."

A las diez de la noche, un mensajero trajo al superior un un film, una una carta que día a veces de Estambul, con esta sola pregunta: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas?"

En la letra de Juana Taber firme y emotiva tal como ella. En ese tiempo, por encima de su posición, el Juan se sentaban pero ella era instruida y amaba el estudio y los libros.

Fray Simón sintió como un vahida. Aquella impetuosa pregunta exigía respuesta inmediata.

El mensajero aguardaba a la puerta en su avión marcado con el emblema de Juan Tabor sobre la cifra de modo 888.

Fray Simón se fue a su celda y en el mismo papel, abajo de la pregunta, escribió nervioso esta palabra: "El hijo de Juan respondió: desfog tu alma que si te amo, las cosas ya se responden más. Pero si no respondo si usted intenta hacerse católico no por el solo amor de Dios, sino por otro amor ya lo desfogaré."

Al ir a cortar el papel se detuvo y lentamente agregó estas líneas para enlazar la fuerza de la contestación: "Si usted no ha comprendido mis palabras, jamás comprenderá mi angustia."

Resubió de nuevo al papel y fue en persona a entregarlo al mensajero.

Ignorando qué impresión habría producido su respuesta, pasó el día siguiente en una cruel incertidumbre.

Después de tres veces se encontró con los cuatro curules que solaban desazonados y aménos de hablarle, pero no los atendió. Su padre tampoco lo buscaba. Ya no sentía el temor de algo que podría sobrevenir, ya se dudaba con una esperanza loca, sin nombre, sin definición, sin substancia.

Quiso rezar y pasó una hora ante el Santísimo. Pero su imaginación voló hasta la arboleda de la antigua quinta de los jesuitas.

Se acordó después en su celda y escribió en su diario:

"Me siento más unido a esta alma en las cosas religiosas que al alma de mi vieja tía cuyos sentimientos me repugnan. Como admira ella las lecciones del Evangelio. Y sin embargo, ni siquiera es bautizada."

"Ay, la he hecho llegar una palabra de la que con mi arrepentimiento. Pero no puedo que de esto nada."

"¡Oh, mujer misteriosa y milagrosa, de quien está escrito que su mano te bendice! Vuelve a pensar que nuestra amistad es un milagro que muestra la desaparición de los electos impuros."

"Tengo la convicción de que llevo conmigo un principio salvador para vivificar estas gentes, para transformar la Iglesia y la humanidad, todas las energías de una Iglesia nueva! La resurrección del viejo catolicismo está ya en sus gérmenes."

En esa misma noche, mientras él escribía eso, colgaba sus hábitos los cuatro últimos meses gregorianos, y cuando al alba, después de una noche de atormentadas visiones, en vez de leer su breviario, se puso a hojear un libro que ella le daba, había escrito un párrafo.

Pero la pequeña lámina de bolsillo no le permitía de su radio y cuando la vio que estaba todas las veces de la tierra y del cielo. Decía así:

El otro día, cuando usted atesoró conmigo, hablémosle de una profecía de un monje del siglo XII, Juan de Fies, que anunciaba tres iglesias. La primera, la de San Pedro o de la Autoridad. Edad blanca. La segunda la de San Pablo o de la Libertad. Arriana. La tercera, la de San Juan o de la Caridad. Los últimos tiempos. Yo pienso que el apóstol de la Iglesia de San Juan será usted. Acuérdese de esta profecía que le hago: Usted será el próximo pontífice de la Iglesia Romana. Y usted restaurará, por fin, la unión de los electos en la tierra. Eso es la Iglesia de Jesucristo.

"La Iglesia está en usted y en mí."

Fue hacia delante un momento la pequeña abogada por la unión.

Luego la puso otra vez en movimiento y escuchó estas palabras exquias:

El otro día, luego sus ámbulos de mi parir habló. Hacer del mundo nuevo que será dando al vencedor según este pasaje del Apocalipsis. A que venireis lo

daré una piedrita blanca y en ella esculpido un nombre nuevo, que nadie lo sabe, sino el que lo recibe. Y yo le dije a usted, padre mío y mi amigo: 'He tenido la idea de que ya todavía no he recibido mi verdadero nombre. Y usted me contrató. Algun día yo lo bautizaré y lo llamaré Estrella de la Mañana. Y por eso explico a de contradicción que a veces me hueve. le repliqué: 'Si me bautizará, perderá el derecho de usar mi cifra de plat no (000). Nunca me bautizará. A lo que usted, que ha aprendido de ese viejo fray Placido todas las profecías, me contrató con un venículo de una de ellas, Simón. Yo la conduciré al desierto y lo hablaré al corazón.'

" Bueno, sí! Conduzcame al desierto y háblame al corazón; bautízame y llámame Estrella de la Mañana.

"Yo no sabía lo que era un amor virginal y cristiano antes de haber conocido su alma. Y ahora yo le pregunto si de veras piensa usted que algún día nuestras oraciones se elevarán perfectamente unidas en el templo de la naturaleza —donde yo rezo— o en el templo más santo de la Iglesia —donde reza usted— "

Con esto cesó la voz. Fray Simón quedó como en éxtasis, y ese fue el momento del primer llamado de fray Placido, que iba a conversarlo sobre la fuga de los uruguayos. Sólo al tener golpe la oña y lo hizo pasar.

Capítulo IX. Rebelión y erotismo

—¿A mí me busca V. R.? —preguntó fray Simón desahucadamente al viejo que entró con la cabeza gacha.

Tragido, en medio de la celda, indignado de que alguien turbara su reposo, el superior parecía un juez, y el otro, dolorido por los amigueros que acababa de darme el reo, con las manos en las mangas, encorvadito y humillado.

Busco a V. R. como un hijo busca a su padre, en momentos de extrema aflicción.

—Síntese —indicó el superior mostrándole una silla, mientras él ocupaba su sillón favorito, delante de su radio.

Ya V. R. estará enterado de lo que ocurre.

—¿Que te han ido esos niños? Hace tres horas que lo se —respondió con indiferencia fray Simón.

El viejo lo contempló sorprendido y suspiró.

Dios envió pocos obreros a la viña, y he aquí que esos pocos la abandonan antes del mediodía. ¡Cumplase su mala voluntad!

El superior contestó con estas soberbias palabras, tomadas del profeta Isaias:

"Los ladrillos usamos edificaremos de cantería; cortamos las liguetas silvestres, plantaremos cedros en su lugar."

Fray Plácido sacudió apenas la cabeza.

-Discúlpame V. R. no me gusta en sus labios esa expresión, porque es la respuesta de los habitantes de Babilonia y de Egipto, rebeldes contra los castigos del Señor.

-¿Qué diría en cambio V. R.? -contestó el superior irónicamente jugando con la lámina de babelita que encerraba el mensaje de Juana Tahor. -¿Qué debemos decir y hacer nosotros, viendo desmoronarse esta orden gregoriana, a la que ya no le quedan sino tres pobres ladrillos, o sea tres viejos frailes?

-Los tres viejos frailes debemos bendecir al Señor, cuyos caminos son siempre inescrutables y recordarle su misericordia con otras palabras que también están en Isaias: "No quebrarás la caba que curas ni apagarás la muchacha que aún vive" y conservaré la esperanza hasta que un día "las tierras desiertas sean fuentes de agua y la soledad florisca como un lirio."

El superior se dignó sonreír, condescendiente con aquella devoción por las sagradas Escrituras de donde el viejo extraía todas sus ideas.

Fray Plácido continuó:

-Y entretanto suplicaremos al Señor que nos haga ver si esta agonia de nuestra orden es un castigo por culpas pasadas, propias o ajenas, peroce para buscar el remedio en la penitencia.

El superior no dijo nada. El viejo se atrevió a interrogarle.

-¿V. R. va a regresar a Roma lo que ocurre?

-No he pensado en eso.

—Porque —prosiguió fray Plácido—, dado que en la Argentina no existe un representante del papa, el V. R. no envía sus noticias a Roma, allí no llegarán a saber.

—Prefiero que no sepan nada, y usted fray Plácido, absténgase de toda comunicación. Lo que ha de suceder, sucederá, lo sepan o lo ignoren allá. ¿Qué pueden hacer por nosotros ellos, que también sienten la muerte rondándoles?

El viejo alzó bruscamente la cabeza.

—¿Cómo dirá V. R.? La Iglesia de Cristo no puede morir.

No, no puede morir —se apresuró a explicar el superior— Tampoco puede extinguirse nuestra orden, y yo creo que pueden recubrir tanto ella como la Iglesia Romana su influencia sobre el pueblo, a condición de que se reforme.

—¿Reformar la Iglesia? ¿Reformar la orden? Interrumpió ansiosamente fray Plácido.

El superior no paró mientes en la pregunta y prosiguió:

—Fern en la orden ni la Iglesia pueden reformarse por algunos movimientos superficiales. Es necesario que sean removidas y torcidas hasta lo profundo. Yo siento que tengo una misión que llenar.

—Dentro de la orden, ciertamente, V. R. tiene una misión; pero dentro de la Iglesia, en el sentido de una reforma, no —replicó enérgicamente el viejo fraile—, porque sólo el papa es el llamado a ello.

El superior palideció ligeramente y permaneció callado durante algunos segundos, y al cabo dijo:

—Este papa morirá pronto. El que vendrá después, ¿trabaja su mismo espíritu intransigente y hostil al espíritu del siglo nuevo? Yo soy sacerdote católico y cualquier cosa que suceda no la olvidaré nunca. Pero los católicos del siglo XIX pedirán cuentas a los del siglo XX.

de no haber sabido comprender las necesidades de la sociedad de este tiempo.

—¿Está seguro V. R. de que habrá un siglo xxi? preguntó fray Mocho, a lo que el otro no respondió. Le seguía diciendo: No es la Iglesia la que tiene que reformarse: lo que se quiere vivir es la sociedad del siglo xxi, que se sufre de un mal que los malos llaman lucha de clases y que los buenos llaman crisis por estar divididos. Los primeros siglos del cristianismo fueron pacíficos para tener la uniformidad de la Hereje. La Edad Media fue oscura y tuvo la de la Anabasis. La Edad Moderna fue agitada y no reformó de Hereje. Nuestra sociedad es hija de mala madre la Revolución Francesa que pretendió reunir al mundo los derechos del hombre y no se acordó de enseñarle entre sus deberes.

—Fray Sando de Sumaria miraba la boca de habilita, preguntando: No la bautizaron en la radio, ¿verdad? Ella me dice que yo soy la puerta de la Iglesia. ¿Le digo que yo soy la puerta de ella que es la puerta del Cielo, por la promesa del espíritu Santo? ¿Hacia convertir a un católico antiguo en papa más?

El viejo fraile que no veía transparentes sobre la frente del superior sus conductas pecaminosas, siguió con insistencia brio.

—Los sacerdotes no gobiernan en parras rojas, incapaces de hacer. Como nada, son esclavos de la carne. Yo sepa que gritar a los hombres que muera tal va a morir por la espada de otros pueblos que no conocen derechos sino deberes. Yo estoy cerca ya de la muerte, y me voy así, pero V. R. si lo verá y debe enseñarle en alta voz para que al morir en la tumba el silencio, condene a los pecadores de Euzkadi. Si el católico se vea la espada y no oír la trompeta, yo pondré entre los de la sangre del pueblo al católico.

Supongo —dijo con suave ironía el superior— que a los que desde hace veinte años hablo al pueblo, a veces como un profeta, a veces como un pastor, no me pedirán cuentas por haber callado una tal vez por hablar de más.

El viejo lo miró de hito en hito.

—Yo que no comprendo el esperanto no puedo elogiarte la predicación de V. R. sino por los resultados de ella, especialmente las conversiones que realiza.

El superior se estremeció, mas advirtiendo que aquello había sido dicho sin intención particular guardó silencio.

—Su predicación no puede ser la de aquellos profetas de que habla Isaias a quienes el pueblo les gritaba: "Predicad cosas que nos gusten, profecía de mentiras."

—Yo he predicado la palabra de Dios conforme al espíritu de la Iglesia.

Estaré seguro, y por eso no he creído que fueran ciertas expresiones que se le prestan.

¿Se acuerda V. R. de algunas? —preguntó con curiosidad el superior.

—Con el mismo respeto voy a decirle lo que me han dicho y que atribuyo a una mala interpretación.

Díga, fray Plácido.

Nuestro país según todos sabemos está inundado de musulmanes y de judíos. Forman una verdaadera amenaza un refugio contra las persecuciones aquéllas obedeciendo al plan de musulmanización del mundo, por lo que se ha llamado el Imperio árabe de El Califa.

Efectivamente.

—Pues bien V. R. sacerdote católico, dirigiéndose a los musulmanes, en vez de llamarlos a convertirse los habla dicho: "Oh, musulmanes! conservad vuestra fe en el Dios único, que vuestra abuela Agar inventaba en el desierto de Schar (Beer-Saba) y seréis salvos, porque

ella recibirá la bendición de esta magnífica promesa.
"¡No te preocupes tanto que no podrás contar!"

No le han engañado, eso le dicen. Estamos viendo el cumplimiento de la promesa verbal de la hermandad de Dios sobre ese pueblo mientras la población de Europa y América disminuye la de Asia y África se multiplica. La raza de Jafet camina hacia su extinción, mientras que la de Cam va no puede contarse. El día que todos los pueblos musulmanes formen una sola nación un rey podrá poner en pie de guerra en sus campamentos del Egipto tantos ejércitos como toda Europa junta.

—Eso está previsto en el Apocalipsis —observó fray Plácido—. Dios tiene en sus cuantos ángulos del universo, este día en el gran río Eufrates. Los cuales estaban permitidos para la hora y el día y el mes y el año es que debían matar la tercera parte de los hombres. Y el número de las tropas a caballo sea de doscientos millones.

Bueno, pues Dios quiere a Agar la madre de Ismael la grandeza que recuerda a a sus descendientes por virtud de su mala acción que está en el Génesis. En estos tiempos del hinduismo ya se sabe que 700 millones de hombres adoran a Dios de Ismael.

—También está en el Génesis —observó fray Plácido— lo que sería ese Ismael padre de los musulmanes.

Ya lo recuerdo. "Será un año salvaje su mano estará contra todos, y todos contra él." En otro tiempo se creyó que el Anticristo sería un nieto de Mahoma. Ahora se preocupan en eso.

El viejo movió la cabeza.

—Las sermones de V. R. según me dicen, también son del gusto de los judíos, a quienes también les gusta convertirse y al contrario confirman en sus errores.

—¿De qué modo podría confirmarse en el error?

—En el propósito de un comentario mío a la epístola de San Pablo a los romanos.

- Ah, ya recuerdo! Aquel sermón que causó escándalo entre muchos amigos nuestros. Y sin embargo yo me limité a decir que así como Dios, a causa de la incredulidad de los judíos, llamó a los gentiles para que ocupasen el lugar de ellos, ahora por causa de la incredulidad de los gentiles, que hoy son los restantes, Dios llamará a los judíos, para que ocupen nuestro lugar. ¿Es eso lo que le dijeron a V. R. P.

Eso fue —respondió fray Plácido.

—Pero no le es más que apartarme a un texto de San Pablo, que afirma: "No hay distinción entre judíos y griegos, porque el Señor es el mismo para todo el que lo invoca. Cualquiera que invoca el nombre del Señor, será salvado."

Lo pudo mal veces perdón —respondió fray Plácido sacudiendo entusiásticamente la pequeña cabeza. El Apóstol se refiere a los judíos y a los griegos una vez convertidos a Jesucristo, y no a los que obstinados en su teología se contentan con exclamar "Señor Señor!" Jesús mismo los previene en un pasaje del Evangelio: "No todo el que me dice Señor entrará en el reino de los cielos." Porque si el mismo nombre se limita a ser un laburán y no una conducta, ¿cómo es de esperar que poco les aprovechará según lo enseña el Apóstol: "La fe sin las obras es muerta." Y no se puede creer en el Maestro, si no se le sigue, y no se le puede invocar si no se cree en Él como yo dice el mismo San Pablo en la misma epístola que V. R. comenta: "¿Cómo se puede invocar a Aquel en quien no se cree?" ¿Y cómo creerán en Jesucristo, si sus sacerdotes no creen en Jesucristo, sino el dios de los agareos y de los judíos? Son palabras del propio Maestro que quiere aborrecer al Hijo aborrecer al Padre, y quien no cree en el Hijo no cree al Padre porque no se llega a Dios sino por el camino de Jesús.

Más que impaciencia, aquella discusión causaba hastío al superior. Vivía de quedarse solo, para escuchar de nuevo la ardiente voz que renueva sus entrañas.

No quería suscitar sospechas acerca de su metodología, o de su conducta, y nada contestó a aquel que por primera vez se atrevía a hacerle frente.

Tomó el viejo por aceptación aquella calma y temiendo aburrir de su victoria cambió de tema.

—Y ahora déjeme V. R. felicitarlo.

—¿Por qué? —interrogó vivamente el superior preguntándole que iba a hablarle de ella.

—Porque hoy he visto que V. R. ha obtenido la conversión de esa dama de la vincha roja.

—¿Supone que se haya convertido porque la vio en el confesionario?

—Naturalmente! El confesionario es la última trinchera del diablo. Cuando una persona acepta esa humillación, la gracia ha vencido.

—No! Ella no se ha convertido aún. Necesitaba exponerse otras dudas y como no le importa que piensen que ya es católica, fue al confesionario.

Ah! exclamó el viejo con sorpresa. Comprendo que la conversión de un protestante sea más difícil que la de un pagano, pues por rebeldía ellos han cegado dos fuentes copiosas de agua al renegar de nuestras principales devociones: la de la Santísima Virgen y la del papa.

El superior que veía menguar en el número esas dos devociones, estuvo a punto de replicar, mas temió descubrirse y solamente afirmó:

—Tardará mucho o poco, pero ella mi hija espiritual, se convertirá y morirá católica.

La vehemencia de estas palabras sorprendió al viejo. En sus noventa años nunca había dicho una cosa tan grave como la que dijo entonces con voz roncá. Pero

cada cosa tiene su tiempo, y él sentía que no era tiempo de callar.

—Hace poco, leía un triste libro que, a pesar de ser el diario de un apóstata, recogido y publicado por otro apóstata, contiene grandes enseñanzas para los sacerdotes que quieran comprenderlo.

El superior se siguió sin despegar los labios. El otro prosiguió:

—¿Como entienda V. R. ha empleado exactamente las mismas palabras que emplea el autor de ese diario, refiriéndose a una dama protestante, en cuya conversión estaba empujando. El artículo tanto del año 1888, hallándose en Roma, comienza una página de su diario con esta imprudente afirmación: "M. querido señor Merriman, mi hijo herético, se convertirá y morirá católico."

—¿Acaso se equivoca? —preguntó el superior, acerbamente.

—Si reverenda padre. Ella pareció convertirse, fue bautizada por él, se casó con él, comulgó de manos de él, pero infuyó tanto sobre él, le enseñó de tal orgullo, que se leán rebelar contra el papa, y se arrojó fuera del convento. Ella murió protestante, y él murió renegado de la Iglesia Romana, de la que fue sacerdote y a la que pretendió gobernar y reformar.

Cuando el viejo al hablar miraba las banderas del negocio, no silbaba la lugubre palabra del superior, cuyos labios blancos formulaban trabajosamente esta pregunta:

—¿Ayuda V. R. al diario del ex curuleño decano el célebre Jacinto Leyron?

—Sí, padre superior.

—No lo he leído. Sólo recuerdo haberlo visto en sus manos, ¿está en nuestra biblioteca?

No, padre superior. Me lo prestó mi viejo amigo el doctor Ernesto Padilla. Se lo devolveré no hace mucho. Si V. R. quiere leerlo...

—Ahora, no, qué ardeante. Pero, en fin de cuentas, ese hombre sirvió los hábitos para casarse con una mujer que se lo sacó precalando el dinero de convertirse. Se trata de una aventura vulgar que no puede tener grandes enseñanzas para nadie.

Con todas las apostasías —repuso fray Plácido— son aventuras vulgares, pero todas las apostasías cronen que en caso se da enorme trascendencia para la Iglesia. Todas las apostasías comienzan pretendiendo algún bien espiritual, que se quiere imponer contra las reglas divinas. Al principio el orgullo se oculta de mil modos, y sólo aparece cuando se tropieza con la voluntad del superior. Se produce entonces la eliminación en el propio pecho y como consecuencia la rebelión contra la suprema autoridad. Y no bien se consuma la ruptura definitiva, que suele ser recalcante y apaulada por el mundo, vemos que Dios castiga al apóstata, privándole casi de una aventura vulgar para que se vean los pies de barro de aquella estalua de oro.

Largo silencio de ambos frailes.

—Haciendo saber sólo en un tratado de teología —dijo por fin el viejo—, se veía brevemente tal vez un fenómeno histórico, que el Señor permite a los que se complacen en su propia virtud. Hasta San Pablo, que ha visto las maravillas del tercer cielo, siente el aguijón de la carne, mediante el cual el Señor quiere preservarlo del orgullo.

—Si fuera como dice V. R. —contestó sarcásticamente el superior—, desistiríamos con más que el tal fenómeno bien sea no es muy ético. Al pobre Loyson no le salvó de morir así.

A él no, seguramente —repuso fray Plácido— pero ¡cuántos otros habrán recalcado ante un terrible ejemplo! Por eso he dicho que este diario, escrito por un apóstata en su propia derrota, contiene grandes enseñanzas, pues muestra a los sacerdotes cómo avanza

pase a pases la tentación y como al apóstata en ciertos tratos de comercio con ranciosamientos de primeros siglos. En el día del juicio sobrevienen castigos, que tocan los malos conagrados, llévanlos hasta el borde del abismo y lo echaron atrás.

-Tal vez se archaran atrás —chequé al superior—, en su virtud, como por pusilanimidad, por no sobrevivir a tanta las últimas consecuencias de sus primeros actos.

-Aunque así fuera —replicó el viejo fraile—, en el día del juicio haríanse su pusilanimidad. Los momentos de la apostasía no son muchos el orgullo, la carne van con la pudicia. Ese libro de Loyola es un documento muy poco frecuente, porque es un diario principando antes de la apostasía, en propósitos de publicación y continuando después. Y allí se ve la diabólica intención de las tentaciones. Una comienza a las otras. ¿Cuál fue la primera? ¿La del orgullo o la de la carne? Yo creo que en Loyola fue la del orgullo: la quise con sus triunfos de hacer la popularidad humana de sus sermones en Notre Dame, de París. Se creyó un apóstol, y pretendió dirigir la Iglesia y reformarla.

Fray Plácido tomó aliento y prosiguió así:

-En su día le conquistó la admiración de uno de los protestantes se empezó a convertirle. Loyola ese día se ve cómo caen en famosas curvas entre dos abismos: la rebeldía contra Dios, que es el orgullo, y la tentación carnal, que es su castigo.

¿Ese libro está todavía en su poder? —preguntó marcialmente el superior, mirando como una brasa la mirada del viejo.

-Yo lo devolví, pero al V. R. lo di.

Es verdad, ya me lo dijo. Después es lo podré. Ahora no tengo tiempo.

El viejo prosiguió explicando el contenido del diario de Loyola.

-A una explosión de ternura hacia aquella mujer sucede siempre un raptó de devoción. Quisiera hacer un pliego a Dios y aspirar con el poder de mediación que tiene la virtud. Certo día escribí: "Oh amo, mi bien amado, mi bien amado en Jesucristo." En otro pasaje el padre Dios nos ofrece una repugnante manifestación de existismo y de teología. Jesucristo nos ha mortificado sobre la cruz al amarlos —ella y yo— con esta ternura y esta pasión."

¿Hecha dejada de coleccionar su alma? - preguntó el superior

No, padre. Continúa coleccionando, aunque no diariamente. A medida que avanza en curriculum a la perfección, crecen sus dudas sobre algunos dogmas o sus arrebatos contra la Iglesia, especialmente contra el papa. Me han quedado en la memoria algunas palabras, por la impresión que me han producido. Dice así: "Siento sobre sus labios cuervos blancos, los dientes y las garras." Y así a renglón seguido el tira contra Roma. "Yo soy vos más cristiano y más católico que nunca, pero he puesto el principio de autoridad mismo lo entiendo la jerarquía romana en la definición de la fe." Sus manos son ya mortíferas y sus excolegios son sus secretos, pues en los confesiones a ella. Un día ella, que es santísima, le regala un algodón que fue usado en la sangre de Abraham Lincoln, asesinado, y él, celebrando más el día siguiente, en el mismo momento de la consagración —de horror y aturdimiento contarlo—, empapa ese algodón en la preciosa sangre de Cristo, para unir" dice textualmente, "la sangre del Hijo de Dios con la sangre de un otro mártir, debidamente excomulgado, por protestante y por razón." A todo esto va creciendo la obsesión de todas las que caminan hacia la apostasía la pretensión de reformar la Iglesia.

—Grandes males sobrevienen en las almas extraviadas

esa pretensión, que yo más bien llamaría misión divina
—observó suavemente el superior

Fray Plácido se encogió impetresiblemente de hombros y prosiguió sus citas:

He aquí una blasfemia envuelta en torpe mistificismo. He celebrado misa a las ocho. Ella ha conculgado. Verdadero amor de los ángeles y substancialmente todo un culto, que bastaría para regenerar el mundo, como ha regenerado mi vida."

El superior se puso de pie. Era trágica su palidez y la blancura de sus labios.

—¿Se siente mal V. R.?

—Si bastante déjeme ir. Voy a descansar un momento. No he dormido y no puedo más. Después hablaremos.

Fray Plácido, sin replicar, se marchó.

La puerta de la celda se cerró y el superior fue a arrodillarse junto a su duro lecho y apoyó la frente sobre el madero y volvió largamente, como si un ángel acabara de mostrarle su espantoso destino.

Después de una hora se aquietó un corazón y llegó hasta a sentir de la ingenuidad y falta de mundo del viejo fraile y se guiso a hojar su diario y halló en él un texto del profeta Daniel que lo tranquilizó. "Los que han sido conducidos a muchos a la justicia serán como las estrellas eternamente" con este comentario que él había puesto: "Es una obra inmensa convertir a los herejes, pero también es obra grata a Dios acorrer en caridad a reprobos y varilleros aun sin convertirlos."

Recogió la hoja de habilita, la volvió a introducir en la radio y sacóla de nuevo el dulcísimo mensaje de Juan Pablo y entonces dictó al aparato la respuesta, que ella tal vez, estaría aguardando.

Hola aquí. Usted me ha sido enviada milagrosamente, para que yo le conduzca a la verdad a través del Evan-

gello y usted me conduzca al cielo a través del amor."

Luego, para sí, en su diario, bajo la fecha de ese día, escribió: "Amor en suño, celeste y virginal, que no tiene semejante en la historia. Fundamento de la Iglesia del Porvenir. Preparación del Santuario. Cumplimiento de las sagradas historias del *Cantar de los cantares*. Nuestro amor es la cosa más pura y trascendental que existe ahora en la Iglesia."

Y no advirtió al escribir toda esto que, como lo había dicho fray Plácido, cada explosión de erotismo iba seguida de una manifestación de disidencia o de rebelión contra la Iglesia Romana.

Capítulo X El nuevo Santo Imperio

Desde hacía medio siglo, el káiser de la Gran Alemania había ido redondeando su mapa. Su poder se extendió desde el mar Báltico hasta el Adriático, y alcanzó al mar Negro.

Y cuando murió el rey de Suecia y Noruega, sin herederos, los escandinavos ofrecieron la corona del doble reino al káiser, quien la entregó a su nieto, el joven Otón.

Para rehacer el imperio de su lejano antecesor, Otón I, emperador de Alemania en el siglo x, faltábanle algunos pedruzcos del mapa europeo, Italia y su imperio.

Tentación vana y peligrosa, que el viejo monarca ahuyentó de sus noches de insomnio, porque hubiera sido exponerse a traicionar al emperador romano Carlos Alberto, cuya amistad le había servido en sus planes.

Tenia, en cambio, otra ambición, que asociaba como la idea de un desquite contra el más pequeño de los reyes de la tierra, del punto de vista de la extensión de sus dominios: el papa.

Por los logros que según tenemos en la Roma Vaticana y la supervivencia de su manuscrito como en un tesoro en medio de tan grandes ruinas y de los tres evidentes cambios que había sufrido el mundo político.

Alfredo Pichler no quería verlo sin ser coronado emperador por la mano misma del papa a fin de justificar sus aspiraciones ante los ojos del mundo, con principio el sermón de Cristo en la tierra era la mayor autoridad moral que reconocían los hombres.

Y una vez coronado por el papa subió al trono ostentando su imperio sobre las almas de los príncipes reinos, extendiendo las alabanzas de los Otomano y Enrique de la Tercera Media que se involucraron en el gobierno de la Iglesia hasta que los coronó la mano eclesial de Gregorio VII el famoso papa Hildefonso.

El actual señor de la Alemania media renace así en el siglo ve la autocracia que se denominaba "de las monarquías" que eran por primera vez participadas a Enrique IV de Alemania y a Gregorio VII el cual obligó al emperador a ir en plena batalla dos años a perderlo por el a la primera batalla de Canossa.

El papa poseía el emperador como un don de la paz Enrique era joven y orgulloso y solitario de su vida y como un poderoso diablo: la voluntad individual de Gregorio lo que después del trono pontificio por la constitución de obispos alemanes y reinos que obispos en el papa el mismo Hildefonso quien adoptó el nombre de Clemente III y se instaló en Roma donde coronó emperador a Enrique IV.

A más años de distancia el mismo señor de la Sacra Imperio se volvió a haber coronado en el mismo capite de de su vida historia vital y solista el discurso que Gregorio VII quería al momento que le llevó la noticia de que lo habían derrocado de la Roma.

Hay en ese discurso un párrafo misterioso y terrible que dice así "Ahora, cuando el profeta del Anticristo

no ha levantado contra la Iglesia, debíamos ser dulces y pacíficos."

¿Tuvieron entonces el papa una visión profética y visionó algo que no era para cumplirse inmediatamente sino mil años después?

Eso lo sabía. Pero Afonso Enrique I sentía a través de dos siglos el amor de largo de aquella capreara. Procurar del Anticristo, insostenible afronta que deseaba hacer, obteniendo que otro papa le consagrara en Roma, desmentando así la profecía de Gregorio.

Hasta entonces Pastor Angélico se había negado dulce y levemente a los proyectos de ruptura, y no lo quedó el emperador más esperando de lograr su propósito que la muerte del vicario del rey de la Santa Romana y la elección de otro papa que no dejara escapar por él.

Pero el tiempo era tan viejo que ya no podía quedarle muchas chances de sobrevivir. Un día no le van a dar tanta de muerte, debería ya mostrar interés a su heredero.

Con su siete nacido en Vilna, antigua capital lituana, moso de veintidós años, era un lebrón asado, al cual había hecho coronar rey de Escandinavia para educarlo en el arte de gobernar.

Aquel pequeño discípulo a los diecisiete años se había casado con una princesa polaca a los veinte la había abandonado y tres o no años, sin rey ni rey.

De extraño color, alto, morenito y flaco, de buena ropa que le cubría las caderas y las piernas de propiamente omeles, rebuscadas detrás de las alas baratas y amarillas, brazos, frías y amarillentas. Como esperaba mundo a quienes lo trataban desde su infancia, se esperaba que tenía oculta en algún rincón del palacio, hasta su poderío absoluto.

El día en que el emperador muriera y él quedara dueño de veinte millones con dos millones de hijos, nietos y treinta millones de soldados, ¿qué pasaría en el mundo?

Este, efectivamente, creía ser un soberano destinado a hazañas portentosas.

Este monje griego se le presentó un día con las Sagradas Escrituras en la mano y le dijo que el profeta Isaías en el capítulo XI I anunciaba sus futuras victorias y le leyó estos versículos, que llenaron de luz las venas del ermitaño: "Que las talas se calien delante de mí. Las talas han visto y han temido y los extremos de la tierra han temblado. Del norte despertó una y vendrá del nacimiento del sol llamará en mi nombre y hallará príncipes como lodo y como pie al barro el alfarero."

Y así, el joven rey de Macedonia aguardaba la hora de su victoria, ansiosamente al tiempo que decía:

En la primavera de 1931 el viejo emperador volvió a montar su caballo de guerra.

Los pobres príncipes modernos están condenados a su su suerte original, porque no hay límites ambiciosos que no haya sido cometido veinte veces por sus contemporáneos en la historia.

Acababa de morir Juan IV rey de España, hijo del tercero que llevó ese nombre, en quien se restauró la monarquía española después de la guerra civil más sangrienta y gloriosa que haya presenciado la humanidad.

Juan IV murió sin sucesión, y surgieron multitud de pretendientes, entre ellos uno que a la vez pretendía la corona de Francia como descendiente de Carlos de Borbón duque de Alen y conde de Chambord.

El gobierno francés intentó la separación de una historia vieja, la de Felipe de Anjou, supuesto rey de España por su abuelo el abuelo Luis XIV bajo el nombre de Felipe V y ofreció al conde de Chambord aquel trono vacante para que dejara en paz a la agitada República Francesa.

Enrique de Borbón aceptó la propuesta renunció al problemático trono de San Luis y marchó a Madrid.

precedida por veinte divisiones francesas, que afirmarian en sus sienes la corona de San Fernando.

El vien háter abierri de pasarem por las empuñadas calles de una jartina de Prussia, muertos lo pñavem. Hienha de pñav-dia con rualos, al recibir aueflla nortia pñav que en debia nortulle que la nortinola (bortia) nortavem hienha nortu influencia que la pñav. Seize en nortinola hienha en tabien con nortu hienha nortu nortavem nortu nortavem hienha hienha los nortavem de la rosa de los vientos.

Entáble aueflla que de nortu hienha nortu que al hienha lo pñavem y nortinola nortinola de guerra del Santo Imperio se nortinola en determinando nortinola.

Entáble sin hienha el hienha que de la Prussia y con nortu nortu vintu nortu hienha nortu nortu nortu el Mea y nortu nortu nortu nortu nortu de nortu. Prussia en nortu nortu de nortu nortu a nortu aliados que nortu nortu nortu nortu nortu nortu nortu.

Inglaterra hienha en nortu nortu.

En rey Jorge VII agnola y en hienha un año de nortu nortu nortu en el Parlamento nortu con la nortu de la nortu.

Los hienha lo nortu un rival el hienha de Revolution nortu en Prussia nortu de nortu que nortu el hienha en 1800 y en nortu en Prussia con una nortu nortu nortu. Nortu nortu de nortu nortu que el nortu de nortu nortu al Parlamento nortu nortu nortu y por lo tanto nortu Si el nortu nortu nortu nortu con nortu nortu nortu nortu nortu nortu al nortu nortu nortu que lo nortu nortu nortu nortu nortu nortu nortu nortu nortu el nortu de nortu nortu.

La nortu nortu el Parlamento y los hienha se nortu en guerra nortu. Nortu el País de Gales y Exencia se nortu nortu por el nortu nortu nortu en 1 nortu pero una parte de Inglaterra, nortu nortu las

grandes ciudades y regiones comerciales reconectaron al de Kensington.

Hasta el mejor dicho Batavia no se hallaba en mejor situación, como para auxiliar a nadie.

Su emperador miró de aquel Yagoda a quien Stalin fusiló en 1948, acababa de perder las tres cuartas partes de su imperio los 18 millones y medio de kilómetros que constituían la Rusia asiática.

Krus, un tártaro analfabeto y bárbaro, en arcobata, que había trabajado en los circo del mundo entero, encabezó en Asia una revuelta y después de asesinar a todas las funcionarios europeos residentes en los rincones asiáticos de Batavia, seguido por una banda de centenarios de cabos de jantes, se proclamó gran kham de la Siberia independiente cuya capital fijó en Tomsk.

La asonada de Yagoda fue impedir que el incendio creciera los montes Urales e invadiera la Rusia europea, donde él afirmaba los restos de su poder ensenando a 90 millones cada día.

En esta situación la República Francesa no tuvo más remedio que renunciar a sus proyectos y consentir que se coronase rey de España a Manuel V rey de Portugal, que usó bajo un solo cielo la península ibérica, como en los tiempos de Felipe II, con una doble capital, en Madrid y en Lisboa.

Alfredo Enrique anunció que debía venir en paz sus últimos años, y que para él era indispensable establecer la monarquía de Francia. Aproró al emperador (Chambord) y logró sentarlo en el trono de San Luis. El César que hubiera podido renunciar habría sido el emperador romano Carlos Alberto, pero supió a su oído palabras ambiciosas: "Tu, que disfrutas las conquistas de tus antepasados, ¿quieres pasar a la historia con las mismas vacías? ¿Qué has ganado por tu parte? ¿Qué tierras nuevas legarás a tus sucesores?"

Ahora al káiser le interesa que su aliado el emperador Carlos Alberto agrande sus dominios, porque ha encontrado una forma maravillosa de incorporarlos a los suyos. Es la siguiente:

Carlos Alberto no tiene hijos varones y sólo tres hijas mujeres, a quienes las leyes del Imperio Romano vedan el acceso al trono.

Clotilde de Saboya, la mayor, es a los dieciocho años un portento de gracia y de virtudes.

En ella ha puesto los ojos el káiser y piensa presentársela al negocio a Carlos Alberto de esta manera:

—Dáme la mano de Clotilde tu hija mayor para Otón, rey de Escandinavia, mi único heredero, y toma tú misma todas las tierras que desees, inclusive lo que queda de Francia. Yo estaré contigo.

Seguramente estas palabras conmoverán al joven emperador, mas el káiser advierte que su respuesta será así:

Tu nieto Otón es casado. No puede tener otra esposa.

Y él replicará:

El papa anulará ese primer matrimonio.

Ya descuenta que su nieto no vacilará en abandonar a su legítima esposa, que no le ha dado descendencia, y también que vencerá la resistencia del papa.

Y si, a pesar de todo, Pío Angelus hallara en su viejo coronado la misma indomable energía de todos los papas que se han opuesto al divorcio de los reyes, desde Hinkmar, en tiempos de Lotario, hasta Pío VII en tiempos de Napoleón I?

Sería un obstáculo —piensa el káiser— mas no por muchos años.

Pío XII tiene más de cien y no tardará en morir y entonces él hará que se repita otra vieja historia de otro emperador alemán (Otón III), que designó el mismo a Bruno, hijo del duque de Carintia, quien tomó el nombre de Gregorio V, y fue el primer alemán que baya siu-

consagrado papa. En aquellos siglos, en la elección de los papas intervenían el pueblo y los príncipes. Si había que esas costumbres absolutas reinaban por la Iglesia, volvíamos.

Si Pío XII muriese, haría elegir a un cardenal alemán, y del nuevo papa obtendría la anulación del primer matrimonio de su nieto.

Una vez instalado éste en Roma, como esposo de la eterna ciudad eterna, ¿quién lo expulsaría? ¿Qué fuerza ni humana ni sobrehumana podrá impedir a la muerte de Carlos Alberto, la restauración del Imperio Romano Germánico, bajo el cetro de Otto V?

Carlos Alberto era joven y emprendedor, y antes de que el látigo le sugiriese la conquista de los territorios donde se pone el sol de Italia, había sentido la ambición de arrojarse sus 30.000 aviones sobre las llamas de París, Moscú, Berlín, Bagdad, Atenas.

Desde el Adriático hasta el mar de Azov, desde el Danubio hasta el mar Egeo, todo el Oriente cayó en su poder, sin que los que allí gobernaban pudiesen resistirle.

Carlos Alberto en pocas manos volvió a su capital, con la triple corona de Bulgaria, Rumania y Grecia, reinos que muchos siglos antes pertenecieron al Imperio Romano.

Carlos Alberto tenía otra ambición, que le tocaba más de cerca.

¿De qué valía su imperio si dentro de Roma, su propia capital, había otro rey también con triple corona?

—¿No será ya nunca rey de las almas como un viejo Inocencio y moribundo?

Un tiempo de contar ruídos cardenales respondían al emperador de Alemania y al de Roma, para elegir un papa cortado a su gusto, sin esperar que la muerte los librara de aquel eterno Pío XII.

La muerte es la día tiempo, mas fue la de ellos.

Ese año, en 1993, murieron súbitamente ambos emperadores, el uno de viejo, el otro en lo mejor de su edad a causa de un accidente de aviación.

El nuevo emperador, Otón V, se condeñó del infanticidio de las tres princesas hijas de Carlos Alberto y se fue a Roma, y se instaló en el Quirinal, y dijo a Clotilde, la mayor

—Si quieres ser mi mujer, serás emperatriz del mayor Imperio de todos los siglos.

Tú eres casado ya —le contestó Clotilde.

—No importa! El papa anulará mi matrimonio. Estoy harto de esa mula polaca que no sabe tener hijos.

¿Y si el papa no anulara tu matrimonio?

—Me casaría lo mismo.

—Yo no —respondió la princesa y le volvió la espalda.

Pero Otón V instalado en el Quirinal aprisionó a la joven y llenó de tropas la península. También a él le gustaba repetir la historia hecha por otros reyes y emperadores.

Y dijo a Margarita, la segunda de las hijas de Carlos Alberto:

—Si quieres ser mi mujer, serás la más gloriosa emperatriz del mundo.

No quiero —respondió la princesa. —Tú eres casado.

Entonces Otón V habló a la tercera de las princesas, Agata, que no tenía más de quince años, y era ambiciosa y locuela

—¿Quieres ser la más poderosa emperatriz del mundo?

—Sí, quiero —contestó la muchacha.

Y se casaron en Roma con la bendición de un obispo italiano, porque el papa no consintió en separar lo que Dios había unido.

Eso ocurrió a fines del año, cuando, según los sagrados y misteriosos libros de la Cabala, ya existía en

alguna parte del mundo un jorco que sería el Anticristo
¿Dónde vivía?

De Oum y Jorco y otros del Santo Imperio Romano Germanico, que tenía dos capitales, Berlín y Roma, dijeron algunos que debía de ser el Anticristo y el malo, por su parte, sería en sus venas fuertes nobilísimas.

Más era loco e insano como un loco.

No puede ser el Anticristo, explicaban los erige-
tas, porque el mayor enemigo de Cristo será el más noble
más hermoso que hayan visto en este mundo.

Aproximados de la ciudad de Berlín en todo el mun-
do, a la vez de la proximidad del Anticristo y de la
posibilidad de que aquellos años fueran los últimos de
la humanidad.

Muchos creían ya terminando el advenimiento de N.
S. Jesucristo en gloria y majestad y como el labrador
que espera los frutos de la siembra para saber si está pro-
pitio el verano otros creían en la tierra, en el cielo y
en las almas las señales que el mismo Jesús dio de su
segunda venida, a fin de que se concentraran preparados.

La restauración de Jerusalén sería una de esas seña-
les, porque estaba escrito que su destrucción duraría
hasta que se cumpliera el tiempo de las naciones, es
decir que si alguna vez se restauraba el templo y el trono
de David sería cuando la humanidad estuviera leyendo
los nombres del Apocalipsis.

La restauración misma y no las cosas, que se pro-
duciría una entrada rampante de estos, así como esperaba
que en los cuarenta y cinco años de su vida se
2 la gracia el año de la tierra con relación a la ciudad.

El mundo, levemente alterado en el año 2000. La tierra,
encubierta en posición primitiva, la raza humana en un
estado apocalíptico en su estructura.

Aunque la gente se sabe de sus cosas de un caracte-
re muchas veces se han visto se han visto a través de qué
modo cambian la posición de las cosas, en la historia.

de que ocurriera semejante rectificación del eje de la tierra.

Y se publicaron libros expresando cuáles animales quedarían sumergidos y qué marra o ortencia se convertirían en tierras firmes que volcaran animales de nuevo en actividad, y qué ríos se agotarían como mangrudas atrojas en tiempos de sequía.

De donde nació la costumbre de preguntarle unos a otros en qué lugar del mundo morirían sus maridos.

Pero había otros dos volúmenes bien manifiestos en los libros malos que deberían cumplir antes del fin primordialmente la reunión de todos los países en una sola patria, después, se convertirían en maps a la fe de Cristo.

En libro sagrado, el Talmud, afirma en tres puntos que el mundo no durará más de este mil años, como representación de los tres días que Dios trabajó en hacerlo, ya que mil años a sus ojos no son más que un día.

Aquí discutían los intérpretes carólicas si la conversión de los países se realizaría antes o después del Aniquilato.

Cierta escuela, egipcia de antiguos intérpretes, afirma que tal conversión sólo tendrá lugar después del Aniquilato, porque primeramente los países se reunirán como si México pretendiera educarlos.

Se distinguía a su conversión en mapas según estos intérpretes, sólo ocurrirá cuando el "hombre de juicio" sea creado y aniquilado por Cristo.

Pero estaba escrito que la Iglesia Católica, que ha salido victoriosa de tantos cielos y en tierra que cubre la abominación de la desdicha o sea una epistola casi general y la educación del Aniquilato en el templo mismo de Dios.

Porfiria y angustia oral de los últimos tiempos.

Entonces los hombres desprovistos de la curación se en el caso la Cruz del Señor y al hijo del Hienra llegar sobre los malos con gran poder y majestad, a jugar a los vivos y a los muertos.

10

11

12

13

14

15

16

17

18

Capítulo XI *La muerte del papa*

Una tarde, en la segunda semana del cálido mes de verdad, el décimotercero del año, correspondiente al febrero antiguo, en esa hora triste en que las iglesias se llenan de sombras, fray Plácido ascendió una gustida escalera de ladrillos buscando a fray Simón, que se encontraba en el coro para tocar el órgano.

El superior de los gregorianos era un excelente músico; más ponía en sus ejecuciones tal diabólica vehemencia que daba escalofríos, por lo cual irritábalo que lo escuchasen, y lo había prohibido, pero esa vez fray Plácido creyóse autorizado a violar el mandato.

Mientras se aproximaba, oía aquellos compases de la marcha fúnebre de Beethoven, que hacen pensar en el ruido de las rúlas que golpearán la tapa de los féretros el día de la resurrección.

No se asustó y empujó la puerta con osadía. La radio Vaticana acababa de propagar una grave novedad: el papa Pío XII, *Pastor Angelicus* anunciado por San Ma laquías, había muerto a los 116 años.

Según esta profecía, que unos miran como inspirada y otros como apócrifa, después de *Pastor Angelicus* no habrá más que seis papas y luego la humanidad entrará en su grandioso final con la *Parusia* esto es, la segunda venida de Cristo al mundo.

Ahora se comienza el reclutaje para elegir el sucesor a quien le correspondía el lema de *Pastor et Nauta* (*Pastor y navegante*).

Por lo que no quedaban muchos años hasta el 2000, en que algunos piensan reinará el Anticristo, ora de imaginar que los seis papas últimos desaparecerían poco después de consagrados.

En la historia eclesiástica hay ejemplos de pontífices de brevísimo pontificado. Sin contar algunos de ellos (Fechan II siglo viii Juan XV siglo x Celestino IV siglo xiii y Urban VIII siglo xvi) que murieron a los pocos días de ser electos, sin llegar a consagrarse, incluso se levantaron a reinar un mes, y por cuarenta y cuatro los que no cumplieron el año.

Podría pues ocurrir que en el breve lapso que (al fin) se sucedieran cinco o seis papas.

Después de *Pastor et Nauta* vendría *Flus Florum* (*Flor de las flores*).

Según los intérpretes de la profecía, el reinado de ambos sería un corto tiempo de penitencia para que los católicos se preparasen a las últimas persecuciones y a la victoria definitiva.

Durante ese tiempo el catolicismo penetraría en las más hostiles y cerradas regiones de la tierra y de las almas, y empezaría la conversión del pueblo turco, anunciado por San Pablo con palabras que encierran una promesa magnífica.

A *Flus Florum* le sucedería el auspicado así *De Medietate Lunae* (*De la media luna*) en cuya época se alcanzaría un antipapa origen del gran cisma, pronóstico auguro del fin del mundo. Tal vez el lema significaría el

apogeo del nuevo imperio de la Media Luna. Se ve plenas que esta profecía data del siglo vi y que hasta ahora parece haberse realizado parcialmente el anuncio de un resurgimiento de Mahoma, enemigo de Cristo, ha de inquietar a los almas por los vaticios un periodo de repuntadas persecuciones. Los últimos tres papas desaparecerían vertiginosamente. Uno de ellos *De Latere Solus*.

Del tiempo del sol sería asesinado por orden o por suceso del Anticristo, y durante tres años y medio la Iglesia perseguida se refugiara en los desiertos.

Los cardenales lugartenientes reunidos en Jerusalén y tras laborioso debate elegirían al pontífice de los papas, probablemente un judío convertido, cuyo lema en la profecía es de *De Gloria Olivae* (Del esplendor del olivo) en cuyo tiempo se consumaría la conversión de Israel. La alusión al olivo, símbolo bíblico del pueblo hebreo, robustece la idea de que este papa será de estirpe judía.

Estarán ya sonando las campanas del año 2000.

El Anticristo, señor del mundo entero, verá, de pronto, una colosal rebelión de naciones, en los tiempos del último papa, llamado por San Mateo *Petrus Romanus* o sea Pedro II.

Este presenciará la aparición de la cruz luminosa sobre el campo de Armagedón y la derrota del Anticristo, a quien el Señor azuillará sin golpe de arma y solamente con el soplo de su divina boca.

Todas estas visiones presentáronse de golpe ante la imaginación de fray Plácido.

En su viaticana había transmitido un detalle de especial interés: el papa había muerto con la pluma en la mano, señalando de firmar dos decretos.

Por uno de ellos, rechazaba la constitución de los caballeros templarios. Por el otro, aprobaba una nueva orden religiosa, la de los ensacados limosneros, cuyas secciones son todas una moción imprimiendo el segundo ad-

venimiento de Cristo, a fin de merecer la corona que el apóstol anuncia estar reservada para todos los que estén su venida.

Tan absorto se hallaba en su música el superior que no sintió llegar a fray Plácido. Este no lo habló de pronto, pues advirtió que la iglesia no estaba totalmente desierta.

Un fantasma evocado por aquella música infernal se movía cerca del presbiterio.

Ya en otra ocasión, mientras fray Simón tocaba el órgano, vio esa misma sordida figura, que desapareció al extinguirse las notas.

Aquella primera vez, el superior le había preguntado con alarma:

—¿Ha visto V. R. algo?

—Sí, padre, he visto un viejo de barbas amarillas.

El superior hizo una mueca de fastidio y murmuró entre dientes:

—Siempre esta música de Beethoven me evoca a Sa-

—¿Quién es Samari?

El superior no contestó.

Fray Plácido, picado en su curiosidad, se encerró en la biblioteca y leyó viejísimo libro en latín hasta que dio con una explicación, que podía ser una historia o una leyenda.

Samari se llamaba el judío que en el desierto fundió el becerro de oro adorado por los israelitas. Moisés lo condenó a peregrinar sin descanso hasta el advenimiento del Mesías, y así vivió el desventurado en Jerusalén bajo el nombre de Cartolitas, como prefecto del Pretorio, cuando al proceso de Jesús.

Vio a la Madre del divino Rabi, y a varios de sus discípulos, y al mismo Rabi, quien le dirigió una terrible mirada, que conmovió al antiguo fundidor de metales, pero no lo convirtió. Cuando al siguiente día, el

vienes de la crucifixión hallándose a la punta de esa casa, pero Jesús empujándolo y cubierto de sudor con la cruz a cuestas, y le pedía un sorbo de agua, Cartolinas se lo negó por no cumplir su deber. Y Jesús se dijo:

—¡Anda, anda, hasta que vuelvas a verme pasar!

De ese modo, según se cuenta la historia, el infeliz **Samaritano** andaría hasta la segunda venida de Cristo.

Fray Plácido tocó en el hombro al superior y exclamó como la otra vez: al apagar las velas del órgano desapareció el hombre de barbas amarillas.

El fraile pensó que era signo de los últimos tiempos, conforme a las palabras del profeta Joel: "Las viejas temblarán viscosas" se limitó a balbucear:

—Reverendo padre, el papa ha muerto.

Fray Simón de Samaria se levantó con prontitud, y sus ojos alucinados vieron mil cosas que los ojos pedregosos y opacos del viejo no veían.

Se acordó de que el futuro papa le correspondía el lema "Pace et navigante", es decir, que llegaría a Roma del otro lado del océano. Vio las circunstancias en que iba a nacer su elección. Un viento de rebeldía contra la Iglesia asotaba furiosamente al mundo. La barca de Pedro el pecador parecía a punto de hundirse. Una gran esperanza había en ciertas naciones católicas. En otras se alimentaba la ilusión de que para salvarse era necesario aliar el espíritu del Vaticano, con el de la democracia.

¿Quién sino el papa lograría hacerlo? ¿Y quién sería el papa? En otros tiempos los papas no siempre fueron elegidos de entre los cardenales: salieron del clero sin púrpura, y alguna vez, en la antigüedad, ni siquiera fueron sacerdotes, como San Fabiano, en el siglo III, o Juan XX, en el siglo XI, promovidos al papado siendo laicos.

¿Quién era hacia fines del siglo la mayor figura de la Iglesia, quién gozaba de más gloria y popularidad en

el mundo entero que el superior de la orden gregoriana?

El superior quedó pensativo. ¿Iris a Roma, después aquel Buenos Aires, que le daba la impresión de un enorme desierto?

Hasta dos semanas por le había llegado un film de Juanu Tabor con este misterioso monaje.

"Además. A punto de recibir el bautismo y la comunión de manos mías, debo alejarme. No me preguntar si él vive o si el sobrevive. Pagar que soy como que una hoja seca en alas del huracán."

Después de tan misteriosa despedida, le llegó otra manifiesta. Metida en su radio, y escuchó lo siguiente:

"Amche mofé con mofé. Lo vi en un convento vacío. Usted fue el último en salir y cuando salió ya era tarde."

No había recibido esta llamada, el fraile que tenía un hangar sobre los techos del convento y en él un avión, lo puso en marcha y voló hacia Maricao.

Llegó a la hora en que el sol solamente envolvía en mantos y melancólicos púrpura los viejos troncos, por entre los cuales había pasado tantas veces, conversando con su dueño.

Las criadas le dijeron que la señora se había evaporado como solía, sin estar a nadie en un avión especial que volaba en la estalutera y que, marchando con la velocidad de 1.200 kilómetros por hora, era capaz de dar la vuelta al mundo en menos de dos días.

No supieron informarle nada más y lo dejaron sumergido en su soledad y amargura, cerca de la ventana donde florecía aquel roseal que una vez él vio para su mal. No pudo resistir a la tentación de conocer al apóstrofo de Juanu Tabor y penetró con paso de lobo. Tenía la garganta seca y el corazón palpitante.

Vio la cama de ella, de plata, con pías de ébano, labradas como las patas de un chivo, sus perfiles de rubíes, conforman al ritual de la magia negra.

Y él pensó que durmiendo allí, Juana había podido verle abandonar un convento varón (demasiado tarde). Y como un niño que pierde todo lo que lo amparaba se arrojó justo al bicho soltando sobre un extremo de la blanca almohada.

A través de sus labios convulsos escapábanse frases entrecortadas, mezcla repugnante de teología y erotismo:

— ¡Oh, amor religioso y sacerdotal, fundamento de mi vida interior y apostólica! Cristo nos ama, y Él ha sucedido para mí, en la cruz el que yo podría amarla a ella con tanta pureza a penas de hallarme al lado de un hecho virginal.

Lloró convulsivamente y luego, desahogada se congoja, se durmió con la frente en el suelo, larguísima hora.

Voltió al convento a la madrugada del día siguiente y abrió con su llave la pesada puerta y nadie lo sintió. Una vez en su celda buscó su uademito y llevó algunas páginas con expresiones desahivadas, que se meterían unas al torrente que rugía en su sangre, otras, como de costumbre al gobierno de la Iglesia.

— ¡Qué jornada y qué noche! Como Jacob, hasta al alba he luchado con el Ángel y he prevalecido. Ha sido una de las grandes fechas de mi vida. Los antiguos patriarcas se habían entermeado en sus tumbas, las profecías se han cumplido. Bermeo derrotado corrió por esta zona.

Oh mi Dios! Cuántos siglos han pasado sobre mí, durante esas horas bonas! Vuelvo a mi celda con la conciencia tranquila, porque estas angustias físicas y sexuales son frecuentes para la Iglesia de Jesucristo."

Mismo día, al conferenciar con fray Plácido, éste lo había puesto en guardia, precisamente contra esa mortal quietud.

— A V R lo tranquiliza la paz en que queda su conciencia después de estas cosas. Cierro que esto es señal de que Dios aprueba su conducta. Más bien debería

alarmarse de esa calma parecida a la del mar Muerto. El embotamiento y el bochorno que sentimos tras de una culpa con una gracia que el Señor concede al pecador humilde, y moleste nequí al teólogo soberbio, que busca argumentos para justificar sus pecados. Por eso rezamos tantas veces aquel versículo del salmo 140 "No permitir que mi corazón se deslice a palabras maliciosas, buscando excusas para mis pecados: ad verborum accusatorem in peccatis."

Desde ese día fray Simón no volvió a confesarse con fray Flárido, en vez de buscar otro confesor en alguno de los sacerdotes que vivían ocultos como en las catacumbas, acudió al obispo monseñor Bergman, antiguo fraile encamalgado que se había hecho sacerdote constitucional durante la fidelidad al gobierno anarcocomunista de Buenos Aires.

Monseñor Bergman escuchó la confesión del gregoriano y derramó sobre su conciencia el bálsamo de estas palabras:

Dé gracias al Señor porque lo ha encontrado digno de una alianza mística. Una amistad semejante no puede existir sino con una mujer providencial y milagrosa. El errante de vuestra paternidad es el mayor milagro de este siglo. Siga siendo sacerdote y emplee sus fuerzas en modernizar a la Iglesia Romana para que su conciencia sea comprendida por los que ahora querían ser sus jueces.

Fray Simón se levantó del confesionario, lleno de bríos y confirmado en su pasión.

Esa noche su cuadernillo recibió esta confidencia:

"A pesar de cualquier cosa que ocurra, quiero permanecer siendo sacerdote de la Iglesia Católica, donde está mi gran amor de siempre. Nada puede disminuir mi fe y mi amor por esta Iglesia más grande que los que la gobiernan, más fuerte que los que la defienden, y que se duelen del porvenir, aunque le arrebatan el presente."

Y a reacción seguido esta declaración Dios de todos los ángeles.

Juana Tabor, en dejar de ser virgen, ha engendrado mi humilde que soy yo. Pero yo engendraré un mundo nuevo. la nueva Jerusalén de las almas, en que serán verdad las palabras del Señor: mi yugo es fácil, y mi carga, ligera."

¿Qué ocupaciones eran las de Juana Tabor, que de repente la atrincheraba hacia las más escondidas rincones del mundo? ¿Negocios? ¿Tal vez agencias? El curandero del desventurado se acogió a este pensamiento. ¿Qué sabía él de Juana Tabor puesto que ignoraba hasta el lugar de su nacimiento? ¿Chile como sus afirmaba rindeo, o Tartaria, como parecían demostrarlo sus rasgos verdos, ligeramente oblicuos y en forma de alondras?

Se resuelve, pues, a irse inmediatamente a Roma, donde ya en nombre reconocía con insistencia, sin que nadie supiera quién lo había llamado.

Antes de mover en su mente un raudal de espantas, escribió estas líneas:

"La Iglesia Romana es un edificio demasiado estrecho para hacerle entrar en él a la humanidad, demasiado pequeño para que en él pueda caber un alma libre.

"Nuestro altar se lo conservamos puro, en una base de piedra en que descansará la nueva Jerusalén.

"Una gran luz práctica ha descendido hoy sobre mí.

"Siento que, a pesar de todos los abusos y de todas las encasas, es en la Iglesia Católica donde debe permanecer solamente allí podrá resque en obra por la Iglesia universal y por la Iglesia del porvenir. Y es el Espíritu Santo no desviando al curandero de los que han de elegir al sucesor de Pio XII. convenceré yo solo, en mi sueño, el perfecto reino de Dios."



Capítulo XII *El Rey de Israel*

Por fin Inglaterra, fatigada de su estéril mandato sobre Palestina, no habiendo logrado implantar la paz entre judíos y árabes, resolvió entregar aquellas tierras a un príncipe israelita de la estirpe de David, para que se cumplieran las profecías. Y aprovechó la circunstancia de que en Apadnia, a orillas del mar Negro, en tierras compradas a Setanta, hubiese fundado una nueva dinastía y que un pequeño príncipe de nombre bíblico, diciéndose descendiente de David, se hacía llamar Rey de Israel y se aprestaba a conquistar la tierra prometida.

¿No era buena ocasión de abandonar aquella tierra milenaria y dejarla que se entendiera con los musulmanes, los seculares enemigos de la raza hebrea?

Ocupaba el trono de Inglaterra, después de la guerra civil, aquel niño nacido en Tel Aviv, de madre judía y perteneciente, por su padre, a la rama de los duques de Kensington.

El parlamento inglés creyó hacer buen negocio renunciando al mandato de la Palestina, y entregó a Otho Dan la ciudad de Jerusalén.

Para Ciro Dan, por misteriosas razones, no nació allí sus reales sino en Damasco, de más moderna edificación y no tan allegada al corazón de los cristianos.

Los judíos lo proclamaron su rey eterno de según su monarca, y los árabes en oscuras vestigios al extraño conquistador que en que una noche cruzó el mar Carmo y cubrió las colinas de Judea con las alas grises de diez mil aviones.

Lo más desconcertante de la aventura fue que todos sus ayudantes eran ciegos.

Aquellos stuporosos soldados se orientaban por el oído según la dirección de Naboth Dan el abuelo de Ciro, que aplicó en su ejército el invento modernísimo de sus abuelos que habían logrado conectar los fenómenos externos directamente a los centros nerviosos del cerebro prescindiendo en absoluto de los órganos sensoriales.

Aparatos eléctricos milimétricos recogían en el exterior no solamente los sonidos sino también los colores y hasta las emanaciones que impresionaban el tacto al rascar y el gusto y los transmitían a los nervios. Los ciegos veían y oían los sonidos y personas privadas del tacto o del olfato o del gusto percibían sensaciones que les llegaban por otros canales que sus sentidos muertos.

Naboth Dan había previsto que siempre sería más fácil enseñar a unos mutilados, para quienes los verdaderos del mundo exterior no llegan sino a través de breves instantáneas que a hombres o mujeres normales.

Los ciegos de nacimiento serían los más feroces soldados si pudieran dirigir sus golpes o sus tiros. Eran además capaces de viajar la misma día que de noche y de combatir con el sol en la cara, que ciega a los soldados.

Los señores de Apadola inventaron aparatos que descubrían y localizaban a larga distancia un avión, una batería o un buque, y los señalaban con toda precisión.

golpeando en cuerdas metálicas que atrojaban diversos sonidos.

El niño largamente adiestrado, distinguía cada una de sus infinitas combinaciones como se distingue un la contenido de un la natura y el aviador ciego sabía instantáneamente qué movimiento debía ejecutar con sus pies o sus manos para apuntar sus velocísimas ametralladoras que disparaban ondas de gran alcance y de tremenda eficacia.

Mas para tal oficio era necesario ser ciego de nacimiento o desde muy niño y poseer un oído musical sumamente sensible.

A fin de lograr lo primero, Naboth Dan mandó que de cada tres niños varones u mujeres que nacían en Apadnia, a uno se le inventaran los ojos.

La infeliz criatura empezaba desde su primera edad el terrible aprendizaje.

Sólo que en muchos casos descubriese que aquel desventurado nunca distinguía con exactitud las complicadísimas notas, por faltarle el buen oído.

Entonces se le sacrificaba por inútil, destinándole a los laboratorios donde los sabios de Apadnia estudiaban sobre seres humanos, problemas biológicos que en otras naciones horrorizaría estudiar aun en animales.

Cuando Naboth Dan murió, su terrible escuadra de aviadores ciegos contaba con algunos centenares de soldados. Poco a poco después, su nieto Ciro Dan, había logrado reunir diez mil, que se distinguían por su larga cabellera.

Apadnia, con sus treinta mil kilómetros de superficie y su millón de habitantes, cuenta ahora de la Palestina, iba creciendo como el cuernito del profeta Daniel.

Los jefes de las grandes potencias, desde Otón V, emperador del Santo Imperio Romano Germánico, hasta Timur Khan II, emperador de Mongolia, sonrieron cuando el minúsculo rey de Apadnia emprendió su campaña.

¿Qué podían temer de aquellos diez mil estadores
cuerpo primado como mores efica que merecianhan
verde millones de unidades con un millón de armatillo-
diana?

Anuncia el Apocalipsis que cuando una escuadrilla
al punto final una estrella caida de los cielos unguen
de un apóstata vorbira las flamas del abismo e la abied
y maldra de él un humo negro e una nube de langostas
con cara de hombre cabellu de mujer y dientes de leon,
que haren con sus alas un estruendo parecido al de mu-
chos carros marchando al combate.

Así como una nube de langostas los dios mil avien-
tos de Ciro Dan cruzaron en un solo vuelo el desierto
de Siria la Miel Mesopotamia el norte de Persia y hasta
el mar Caspio y fueron a posarse en las montañas del
Tartaristán con en los rindes de Imperio Mongólico y
rehabilitándose así se apoderaron de Samarcanda, la
antigua ciudad de Tamerlán.

Aquellas poblaciones antiguas, que habían he-
cho parte de la Rusia del sur y que ahora ignoraban
el pertenecian a Selang o a Siberia al no saber era el
sinisterio don de Yaguda o el tártaro Krim, acogeran al
joven y hermano guerrero como a un libertado.

En que tuvieron la idea de verlo embuzando y
cubruendo la abiedra y los caminos se llenaron de
buenos que estaban encerrados en sus espaldas.

En una sola campaña Ciro Dan agarró veinte veces
sus domos y reunió quinientos mil soldados en las al-
rededores de Samarcanda.

Desde los tiempos de Tamerlán el mundo no había
visto ejemplo de semejante fuerza militar.

Los soberanos que aún vivían empezaron a in-
quietarse y lucharon sus repuestas en que el tártaro
Krim, don de Siberia o Tatar conquistador de Mongolia,
que desde Tolón dominaba la mitad del Asia, se le cru-
zaron en el camino y lo destruyeron.

El tártaro, con su capital en Tomak a dos mil kilómetros de Samarcanda es decir a dos horas de vuelo de los aviones de Ciro Dan, se adelantó al peligro y arrojó sobre las estepas del Turquestán a dos millones de hárthas que rumian como cruda majada entre las canchales de sus caballos, y avanzaban precedidos por cinco mil carros atadosos y cuarenta mil cascos de hola azul.

Ciro Dan comprendió su inferioridad, no esperó a Krim en Samarcanda, y se abrió de sus nuevos dominios, donde en una sola noche cincuenta millones de habitantes se habían marchado en a brasa la otra 666.

¿Los abandonaba acaso a las depredaciones de los tártaros? ¡No!

Todos recibieron orden de seguirle con sus mujeres y sus hijos y sus rebaños.

Hacia muchos siglos que el mundo no presenciaba la emigración de naciones en masa.

Las gentes se asombraron del avistamiento que Ciro Dan infundía en todos los que llevaban su marca. Ni uno solo se quejó de aquella orden, y Krim halló ávido y despoblado el inmenso territorio y, después de destruir a razamiento las desiertas ciudades, volvió con sus carros inútiles y sus tropas fatigadas, a concentrarse en las negras tierras siberianas, donde seguía soñando con la invasión a Europa.

Para facilitar sus conquistas, el rey de Israel se convirtió al islamismo. Ni los juevos profetizaron, ni los rabinos del gran kahal le arrojaron la temible recomendación del Herron. Todos advirtieron que eso no era una verdadera conversión, sino una estrategia.

A fines del siglo es el inmenso imperio musulmán, que se extendía desde el estrecho de Gibraltar hasta el golfo de Bengala, estaba repartido en muchos estados cuyos reyes, enemigos entre sí, hallábanse a punto de guerrear para recoger la herencia del sultán Mahom V, que iba a morir.

Murió, en efecto, cuando Ciro Dan acababa de conquistar la Persia, el Egipto y la Libia y se aproximaba a Constantinopla. Para apoderarse de ella lo bautó declarando su nueva fe y enarbolar la bandera negra de Solimán el Magnífico, que tenía una media luna con este soberbio lema en latín: *Donac implatur* (Hasta que se complete), y al ocupar el trono de los sultanes cambió su nombre por el de Mahoma VI.

Europa entonces comprendió que el minúsculo principo de Apadonia en cinco o seis años se había transformado en el mayor de sus enemigos y que, si llegaba a unirse con el bárbaro Kries, podrían entre ambos aplastar el continente europeo como una avellana bajo el taco de la bola de un mullé.

La televisión y la radio habían difundido la imagen y los discursos del misterioso conquistador, pero nadie conocía su verdadera historia.

Cuando el Apocalipsis anuncia al Anticristo, da su nombre mediante un enigma que ha atorado durante muchísimos siglos el ingenio de los intérpretes: "Quem tunc intelligencia calcule el número de la Bestia porque es número de hombre y el número de ella es 666."

En el siglo VII, cuando los musulmanes atacaban a Europa, se advirtió que las letras del nombre de Mahoma en griego (idioma en que se escribió el Apocalipsis) arrojaban el asombroso número, sumando los valores aritméticos de cada una de ellas.

Otros intérpretes dijeron que significaba 'El Rey de Israel' escrito en hebreo (*Ha Melek Le Ish-Ra'el*), con diez letras cuyos valores sumados dan la misteriosa cifra 888.

De esa manera, Ciro Dan, Rey de Israel, una vez coronado sultán con el nombre de Mahoma VI reunió de estrofa modo las dos impresionantes interpretaciones. Cualquiera de ellas arrojaba el falídico número, y el mundo se estremeció de espanto. ¿Era, pues, el Anticristo?

Una mujer que lo había buscado en Samarcanda, en El Cairo y en Damasco, y que hacía diez años volaba en una alfombra de cristal acorralado por todos los caminos de sus conquistas, lo ubicó en Estambul, en el palacio de los sultanes.

Lira Jezabel, la de los ojos verdes y oblicuos, hija de príncipe nacida en una aldea birmana, que lo adoró desde el primer instante al verlo pasar en un camino de la meseta del Irán.

La revolución comunista la había arrojado de su patria, y era en todos los países una misteriosa vagabunda, cuya fortuna deslumbraba a las otras mujeres y cuya belleza cautivaba a los hombres. Un día en América, dos días después en Europa e la semana siguiente en Asia o en África, como una golondrina, como una nube.

En cada país tenía un palacio y un nombre distinto y una leyenda, inventada por sus amigos o sus enemigos. Y en todas partes buscaba el olvido y la paz para su corazón, envenenado por el amor a aquel a quien nunca más podía volver a ver.

De tiempo en tiempo desaparecía de las ciudades donde vivía, y era que había emprendido un nuevo viaje, para encontrar al que amaba su alma, a quien sólo veía en efígie, por la televisión, y por quien habría sacrificado el mismo Dios.

¡Dichosa de ella, si algún otro amor curaba su llaga!

Sabios de Damasco le iniciaron en la Cábala, y merced a sus secretos infernales y al diablo que gustaba en medida, logró por fin, dar con su verdadero rey.

Ya hacia tiempo que Jezabel llevaba en la frente la señal de Ciro Dan, y constantemente un pequeño instrumento de oro para marcar a los que por amor a ella consentían en aparecer esclavos de él. De ese modo, en todas partes fue haciéndole adeptos.

Ella fue la mujer vestida de blanco a quien los jehi-zeros el día de la coronación le abrieron paso, creyendo que la marca que llevaba, caldeanense sobre los carbonos de su inventario fuese instrumento del ceremonial. Así entró y vio por segunda vez a aquel que le había hecho reinar de Dios.

A pesar de su orgullo en límites y de la conciencia de su misión maldicha y aun sabiendo que un día la humanidad entera se postraría delante de él, Ciro Dan era hombre y, como dice el poeta: "cada humano lo resacaña".

Azó a Jezabel así que a ninguna de las otras mujeres, porque ella era en su comparación como el cedro del Líbano junto a la hierba del prado. Mas no la buscó sino para desperar su pasión y adiestrarla en su servicio y extender su reinado en el mundo.

Fuele precio al favor de ser la primera en su coronación, y le ordenó que se alejara y difundiera el culto del OOH hasta que él la llamara.

Adonde quiera que fuera, la tendría siempre cerca. A fines del siglo la distancia había sido eliminada por la aviación y las ondas.

—¡Oh, mi Jezabel!—dijo Ciro Dan—, sé que has visto con tus hermosos ojos lítricos cuánta astucia y cuánta paciencia me cuesta conseguir una hostia conagrada para mis sacrificios. El sacrilegio ataca hasta a los incrédulos. Solamente una portonera de San Pedro ha sido capaz de traerme una. Tengo muchos adeptos, pero

pocos sacerdotes dispuestos a venderme a su Cristo. Los apóstatas españoles a quienes mi abuelo marcó con la seña, se han ido muriendo. No tuve ni un solo obispo que pudiera consagrar válidamente a otros sacerdotes.

—Yo te proporcionaré muchos más —prometiéndole ella, besándole las manos.

—Necesito una orden religiosa —le dijo él—. De allí sacaré todo, sacerdotes y sus obispos.

Las órdenes religiosas eran perseguidas en casi todos los países.

Las que habían resistido la prueba, vivían y se santificaban en el misterio.

Resultaba en extremo difícil descubrir y atraer a esos cristianos de las cuevas calcumbas, dispuestos al martirio y no a la apostasía.

Jesabel penetró en todos los santuarios, se ligó con sus pergaminos más famosos, obtuvo secretos militares. Nada logró de ella un favor.

En algunos países la creyeron espía de una gran potencia asiática. Mongolia, Siberia, tal vez Arabia o la misma Apadina.

A tiempos desaparecía. ¿Adónde iba? ¿Quién podría seguir el ruidito de su avión, viruta de cristal acorazado, invisible en las nubes?

¿Cuál de sus amadoras podía jactarse de conocer sus pensamientos o su vida?

En dos años, la hermana de los ojos asiáticos no fue llamada por Ciro Das más que tres veces, para que le rindiese cuentas de su cometido. Y él le torturó con su desdén, porque nunca había cumplido su misión. Él le había dicho: "Necesito verdaderos sacerdotes que consagren hostias para mis sacrificios, y verdaderos obispos que consagren sacerdotes para el culto. ¡Necesito una orden religiosa! De allí sacaré todo!"

¿Con qué pasión y astucia se entregó la infeliz enamorada a corromper a los que el Evangelio llama la sal de la tierra?

¡Cuántas estrellas de los cielos se derrumbaron como los hijos de una higuera sacada por la tempestad! En todos los climas ella tenía agentes hombres y mujeres, que trabajaban en la destrucción de las virtudes cardinales, con dos efecacísimas herramientas la envitia y la intolerancia religiosa. Era como un agua subterránea disuelta los cimientos aquélla como un taladro perforaba las murallas, y al cabo de poco tiempo todos los venenos del mundo habían y penetraban el alma indómita, como una torre cuarteada.

La lucha era más difícil contra aquellos que se asociaban y se defendían. Sólo con todo, unidos en una sola disciplina y con la unión se común.

Cito Don Enrique por conquistar una orden religiosa. "De allí surgió todo" Y Jesabel, para servirlo, fomentó la difusión de los templarios e intrigó en Roma de mil maneras para que el papa aprobara su constitución.

Un día recibió de sus espías en el Vaticano la noticia de que Pastor Angélico se disponía a conmutar la orden de los templarios por el espíritu místico de su constitución o se en cambio a aprobar la de los dominicos, que hacían de la obediencia al papa su regla esencial.

Tomó su vehemente aversión con la esperanza de abatir aquellas mercedes pero llegó tarde: el papa acababa de firmar ambos decretos.

Pero recibió esta mala noticia con otra que la llenó de regocijo, y que el Vaticano quiso mantener por algún tiempo en secreto: el papa había muerto.

Convino al secreto para que influencias profanas no intentasen perturbar la libertad de la nueva elección.

El cardenal Catterini cambrilengo, en quien recaía la autoridad durante la sede vacante, dispuso reducir a tres los nueve días que el ceremonial prescribía para los funerales de los papas. Con esto se reduciría menos en tiempo al cónclave que habría de elegir al sucesor.

Sabíase que el emperador Otón V movería cielo y tierra para que resultara elegido un papa que consiguiera en coronarle emperador del Sacro Imperio Romano Germanico y en anular su matrimonio con la polaca, para que pudiera casarse con la princesa italiana Agata.

No bien supo Jesabel la muerte del papa, voló al palacio de la joven emperatriz para envolverla en el vasto plan que su imaginación empujó a tejer.

Agata, la tercera de las hijas del emperador Carlos Alberto, la única que había aceptado a Otón V era afortunada tenaz y desgraciada. Su vida era un martirio en que chocaban las más opuestas corrientes desde la gracia del bautismo hasta el pecado contra el Espíritu.

Faculó a Jesabel y entró en la empresa infernal de lograr que el conclave eligiera a un judío.

Jesabel tenía un privilegio de que ni los ministros, ni el gran rabino, ni los generales del imperio germano tanto el de penetrar en las habitaciones del sultán sin hacer anteojos.

El día de su llegada a Estambul Cito Dan acurracaba a sus salones de la Universidad de Bagdad la más célebre de las universidades orientales en que el estudio de la física matemática había alcanzado una incomparable perfección.

Eliphaz Ben Garai era universalmente conocido por sus obras de matemáticas y sus invenciones relativas a la atracción de la tierra.

Después haber hallado la manera de atar y dirigir esta fuerza misteriosa, en la forma que se atía y dirige la electricidad que en otras tiempos pareció a los hombres igualmente mágica y misteriosa.

De una capta que tenía en sus manos sacó un velo resplandeciente y tan sutil, que parecía un tejido de luz y púrpura.

Lo extendió, y el velo quedó suspendido en el aire, al igual de un humo y empezó a levantarse.

El mágico miró rídiculo a Jezebel, que entraba ruborizada, como la reina Esther cuando, sin ser llamada, llegó al trono de Asuero. Ciro Dan le dijo unas palabras al oído y ella desapareció.

Volvieron a quedar solos el Rey de Israel y el profesor de Bagdad y éste explicó la maravillosa situación que durante medio siglo le había preocupado.

Todos los hilos de este vein años de intensa, materia más flexible que la seda y de una tenacidad extrema y hámicos como la propia luz, y al mismo tiempo absolutamente impermeable a los gases más impensables, al ser mismo. Cada hilo, íntimo, verdadero hilo de azulejo, es duro y está lleno de minúsculas gas células que interceptan todas las fuerzas del universo (incluyendo la que hasta ahora no se había logrado interceptar: la gravitación universal).

Ciro Dan tomó el hilo, que era un tenuísimo vapor fino, y lo redujo al tamaño de una sola mano.

- ¡Estupendo! dijo, y el mágico se estremeció de gozo. - ¿Qué aplicación das a tu invento?

- Mira, señor emperador Eliphaz recogiendo el hilo y envolviéndolo en él. Si yo me cubriera enteramente de la cabeza a los pies, no la atracción de la tierra, ni la de los planetas actuarían sobre mí y yo podría ascender en el éter hasta alturas inconcebibles: sus hasta las estrellas. Pero como soy hombre y no puedo vivir sin respirar me limitaría a remontarme y a mantenerme en las altas capas atmosféricas. Dado que entretanto la tierra giraría bajo mis pies, dudo mucho después yo me encontraría sorprendido exactamente en los antipodos, sin haber movido. A las veinticuatro horas podría descender de nuevo en el preciso punto de partida. Naturalmente, debería contrarrestar los movimientos de la atmósfera o aprovecharlos de ellos, como un barco compensa e utiliza las corrientes del mar.

Ciro Dan reflexionó Cristo, el día de la Ascensión, se elevó a los cielos ante los ojos asombrados de sus discípulos, que en esto vieron un nuevo testimonio de su divinidad.

Envolviéndose en el velo de Eliphaz él podría realizar un aslagro parecido y levantarse en los aires.

—¿Tu invento se halla escrito?

—Sí, mi sultán y mi rey. El verdadero secreto consiste en la preparación de la sustancia aslagadora, la nikitita, y la sustracción del velo, la fotona. En este libro manuscrito he condenado mis estudios y mis descubrimientos.

—¿Algunen ha leído ese libro?

—Nadie, mi rey y sultán. Y yo lo pongo en tus manos, y te entrego mi velo; y se quiere otro premio que vivir en tu palacio sirviéndote de osera.

Eutá bien, dijo Ciró Dan.

Tanto sobre su mesa una botella de licor. Llenó un vaso y lo ofreció a Eliphaz.

—Bebe —le dijo— y quedarás para siempre en este palacio.

La gratitud brilló en los ojos del logomus sabio.

Con mano trémula cogió la preciosa copa que Ciró Dan le ofrecía y bebió lentamente.

El primer sorbo es amargo —dijo—, pero el último es dulce, mi sultán y mi rey.

—Sí —respondió Ciró Dan— como la muerte.

Las rodillas del viejo se doblaron y su cuerpo se desplomó a los pies de Mahoma VI, quien, dueño ya del milagroso velo, no quería que nadie en el mundo conociera la espectralidad mediante la cual iba a remodelar a Cristo.

Cuadró en la caja el velo y el libro y llamó a sus criados. No podrían asombrarse éstos de retirar un cadáver pues hallábanse acostumbrados a los envenenamientos de Ciró Dan, semejantes a los de Stalin y de Yagoda.

en la Rusia soviética. Silenciosamente se llevaron el cuerpo y cambiaron la copa. Entonces volvió a entrar Jezabel.

—¿Alguna buena noticia me tracas, puesto que vienes sin que yo te llame?

—El papa ha muerto —respondió Jezabel, excusándose—. El Vaticano lo oculta para no dar tiempo a la intervención de las potencias en el cónclave. Dentro de unos pocos días se sabrá quién es el sucesor de Pastor Angélico.

Ciro Dan la escuchó con desdén, y ella quedó atarada y exclamó, arrodillándose:

—¡Perdóname! ¡Ya no podía vivir sin verte!

—Estas palabras valen más que las otras —respondió Ciro Dan, acercándola a él tiernamente—. ¿Por qué te meías que me interesaba la vida o la muerte de una vieja vestida de blanco?

Todos los reyes de la tierra han vivido seducidos por comprar su voluntad, que nunca lograron vencer, y ahora quisieran que el sucesor no fuera como él.

—Así es —observó Ciro Dan—, esos pobres reyes creen que manejando al papa manejarán al mundo. Ignoran que un día yo seré dueño del papa y del mundo.

—¿Tú, mi rey y mi dios? —exclamó Jezabel con amorosa inquietud—. ¿Y cuando eso ocurra qué seré yo para tí?

El joven rulós prosiguió:

—Fue está escrito en los libros sagrados de los cristianos. ¡Léelo tú misma!

De arriba de la mesa cogió una Biblia, abrióla hacia el fin, y le mostró dos pasajes del Apocalipsis, donde se anuncia el adelantamiento y el triunfo del enemigo de Cristo:

Y vi salir de la mar una Bestia que tenía siete cabezas y diez cuernos, y sobre sus cuernos diez coronas, y sobre sus cabezas nombres de blasfemias.

—¿Cambis mis ruinas —indició él.

Y ella contó, desde Apadma, en el Cáucaso, hasta Egipto, en África, y Turquía, en Europa y Asia, las diez coronas que estaba de conquistar.

—¿Y cuáles son las siete cabezas con nombres de blasfemias? —interrogó Jerabel maravillada.

—Cuenta los sistemas filosóficos que han preparado mis caminos.

Y ella contó el paganismo, el judaísmo y el islamismo, el protestantismo, el naturalismo, el socialismo y finalmente la adoración del diablo, el satanismo, las siete inmensas blasfemias contra Dios y su Cristo.

Ahora sigue leyendo ese mismo capítulo del Apocalipsis.

Jerabel leyó

“Y le fue dada boca con que hablaba amenazas y blasfemias, y le fue dado poder de hacer aquellos cuarenta y dos meses.

“Y le fue dada que hiciera la guerra a los santos y que los venciera, y le fue dado poder sobre toda tribu y pueblo y lengua y nación. Y lo adoraron todos los moradores de la tierra, aquellos cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida del Cordero.”

“Escucha” le dijo él, cerrando sus labios a la oreja de ella, como quien desea que ni siquiera el aire se entere de un secreto: —Yo quiero que todos me adoren, hasta los que están escritos en el libro del Cordero. Con tal de lograr esa derrota del Cordero, no me importa la eternidad.

—Yo te ayudaré, mi aulán. ¿Pero es posible seducir a los elegidos?

Si conquistas para mí una orden religiosa, eso lo conseguiré, porque seré dueño de los que hacen diariamente el milagro de la consagración. Y seré dueño de un pueblo. Sigue leyendo, y lo comprenderás.

Y Jerabel siguió deleitándose los inabundables misterios de aquel libro anunciado de los últimos tiempos:

—Y vi otra Bestia que suba de la tierra y que tenía dos cuernos semejantes a los del Cordero, mas hablaba como el Dragón .,

—¿Y éste quién será? —preguntó ella.

—Los intérpretes han reconocido que la Bestia que habla como el Dragón y que se parece al Cordero, será un papa.

—¿Un antipapa entonces?

—Así dicen ellos —respondió sonriendo Ciro Dan— Un papa que anunciará mi reino, como un profeta.

—¿Y cuándo será eso?

—Conquistaré una orden religiosa, que restaure para mí el Templo de Jerusalén, y yo instalaré mi trono en el lugar santo y seré adorado hasta por los que están escritos en el Libro del Cordero.

—¿Y cuando eso ocurra, mi dios, qué será de mí? —se atrevió ella a preguntar como quien pone una condición, antes de comprometerse en una letra.

—El la arrojó sobre su pecho y la cubrió de caricias.

—¿Y tú qué quieres para querer saber los secretos del rey?

—Nadie, señor, pero te amo.

—¿No has comprendido que yo también te amo?

—Pero cuando seas señor de todo el mundo y te adoren los hombres y las mujeres, ¿no me desdicharás?

—Esta es mi contestación —le dijo Ciro Dan— Átira. Se abrió la túnica que cubría su pecho varonil y con una lanceta de oro se produjo una incisión a la que saltó la sangre.

—Dregarró un pañuelo de purísima batista y entregó a Jonabel el retalito ros que restañó la sangre.

—Quiero —le dijo— que un sacerdote católico mezcle un día mi sangre con la sangre de Cristo.

Y luego agregó:

—Al hombre que haga eso, yo lo haré elegir papa.

y tú entonces serás mi duña, ¡oh, Jezabel, mi profetisa
anunciada en el Apocalipse de Juan !

Ella, que respiraba las palabras de Ciro Dan, le res-
pondió:

—Mi rey y mi dios: el papa que saldrá electo del
cónclave mezclará en su cáliz tu sangre con la de Cristo
y será tu precursor y llenará de sacerdotes consagrados
todas las iglesias, y por su propia mano te coronará rey
del mundo en el Templo de Jerusalén.

Anda y haz como has dicho —lo dijo él, besándola.

Capítulo I *Las Mil Puertas Verdes*

Y sucedieron cosas que los más viejos habitantes del país, aun los que pasaban del siglo, no habían visto nunca.

En la primavera los sembrados de lino y de trigo de las provincias de Santa Fe y Buenos Aires prometían un pingüe rendimiento.

Las dos grandes empresas que acaparaban las cosechas argentinas estaban de plácemes y contaban ganar cien millones de marcos.

Esas dos grandes firmas eran la de misa Hilda Kohon de Silberman, que a pesar de ser presidenta de la República no había interrumpido sus afortunadas operaciones mercantiles, y la de los hermanos Tres Romas, que habían comenzado siendo tres, y eran ocho ahora, distribuidos estratégicamente en los países productores de granos, pero con su sede principal en Buenos Aires, la ciudad más libre y feliz de la tierra.

De repente asomó el pulgón rojo, que cundió vertiginosamente y cubrió los campos. Por la mañana aparecían manchones barriajos sobre el suelo; a la tarde aque-

No se convertía en mariposas de mariposas que se iban a poner al sol agumaban los granos.

En una sola noche las hojillas del trigo y las espigas del trigo quedaron absolutamente vacías, sin que sus tallos ni sus hojas perdieran su leonía.

Nada Hilda y los ocho hermanos resurgieron sus vulturas y prorrumpieron en lamentaciones. No eran, sin embargo los más perjudicados pues, si bien habían acaparado treinta millones de toneladas, no habían adelantado por ellas ni un panchosierro a cuenta, y no se hallaban obligados a pagar hasta que la mercancía estuviera en sus depósitos.

En cambio, un millón de agricultores quedaron reducidos en la miseria, y endeudados hasta los ojos.

En las otras 19 provincias argentinas —ya no había territorios nacionales— una sequía tanas arrasó los cultivos y mangas hirsutísimas de langostas royaron hasta los troncos de los árboles.

Fue tan grande el azote, que los vientos arrastraron sábanas inmensas de langostas hasta los remotísimos mares del sur donde los pescadores de ballenas las encontraban cubriendo la agua en las inmediaciones del cabo de Hornos.

Los pozos y las vertientes se agotaron. Los ríos, casi exhaustos, eran pulcridos y languideos, color de sangre, como si el tercer ángel del Apocalipsis hubiera vertido su copa sobre las fuentes de las aguas.

Los ganados, rebuqueados de sed, se agriaban en el arbo seco de los torrentes, o al borde de aquellas lodazales ennegrecidas y perecían por millones, mientras bandadas de buitres grunadores y hediondos acutaban de todos los umbos a devorar la podredumbre.

Los pueblos emigraban en masa, y herdas enteras morían a lo largo de los caminos, con las manos crispadas y la boca llena de hierbas secas, y en las ciudades los pobres desfallecían sobre los umbrales de los palacios.

Calamidades semejantes cayeron sobre las otras naciones. El reino de Chile había sido quebrantado por epidemias y terremotos, durante los cuales los montes parecían huir y el cielo se ensució como un libro negro. En el Brasil, colosales incendios le bruyeron cuyo calor el viento llevaba a toda su extensión, hacían insostenible la vida.

En los Estados Unidos, una sequía pavorosa quemó de raíz los cultivos y enloquecidos los torbellinos de polvo cubrieron el país.

Hombres y animales tenían que acurrucarse en cuevas para no perecer asfixiados, no obstante lo cual millones y millones murieron de hambre y muerte.

Fray Plácido, escondido como un gamito entre las viejimas tapas de su convento y vivo por gracia de Dios, iba enumerando aquellas cosas inauditas e interpetrándolas a su modo.

Un día dijo:

—Cinco de las siete ángeles del Apocalipsis han desempañado sus capas sobre el mundo. Faltan dos.

Hubo un momento de respiro en la catástrofe, y se alzó la poderosa voz de Pastor Angélico, en su última énfasis, llamando a penitencia a las naciones.

Bien pudo ser que aquellas calamidades fueran de las anunciadas en el Apocalipsis. En todo caso no eran más que el comienzo de los dolores (*initium dolorum*). Dios castigaba a los hombres en este mundo, donde todo tiempo es breve, para que se arrepintieran de los horrendos pecados que venían cometiendo, especialmente del malthusianismo y del comunismo, y a fin de no tener que castigarlos en la eternidad donde el dolor ya no tiene mérito y no hay lugar para la contrición.

La palabra del papa fue escuchada con ira y sarcasmo por la gran mayoría de los hombres, que en lugar de hacer penitencia renegaron de Dios. Por lo tanto se cumplió la profecía que dice: "Y blasfemarán al Dios

del cielo por sus dolores y por sus heridas y no se arrepintieron de sus obras."

Sólo cinco ángeles han visto en sus copias volvió a decir fray Plácido viendo que las plagas cesaban y que el mundo entraba en un nuevo período de penitencia olvidando las pasadas tribulaciones. Todavía faltan dos. No pueden tardar.

Las catástrofes de Chile habían hecho olvidar a su vez lo que en un día eran llamó "las aspiraciones naturales de su pueblo". Hasta ahora tenía ahora con restablecer las ruinas de las ciudades aniquiladas por los terremotos.

Del otro lado de los Andes se felicitaban de aquel olvido que se imaginaron sería perpetuo. La vigilancia en las fronteras se aflojaba y comenzó risueño hablar de guerra en Sur América el continente contiguo de la guerra por. Las fábricas que producían rifles fueron transformadas en escuelas — semi-tecnológicas o gigantescas salas de diversiones populares.

La juventud abandonó alegremente los cuarteles y volvió a los cabarets y de nuevo las preocupaciones de comités y de clubes llenaron el corazón de los patriotas de 1904. ¿Quién sería presidente? ¿Quiénes serían senadores? ¿Diputados congresales?

Pero el honorable congreso de michi H'ida, presidente de la Nación había comenzado a inquietarse con otra preocupación aquel asunto del que todos hablaban y que los diarios llevaban el drama de las costumbres.

Desde cien años atrás, todos los grandes habían ido conquistando mejoras en sus condiciones de vida pero las costumbres fueron siempre olvidadas.

Como no trabajaban en talleres sino privadamente en su casa y no entendían de huelgas ni de revoluciones, porque en la mayoría eran pobres mujeres arborescentes por la miseria como su drama era intimo los que trataban con ellas, almas de negritos, les imponían precios locos.

Invierno y verano esas verdaderas trébedas que trabajar agotadas solas sus días en largas jornadas y aun veinte horas al día por unos pocos pesos, que se les otorgaban con total frecuencia.

La Argentina era uno de los países más libres del mundo, es decir, así todo se regía por leyes que sancionaban los representantes del pueblo.

Por lo tanto que tener una industria no había nada de corregirla mientras no se dictase una ley.

Una vez, años atrás, se sancionó una de esas leyes que castigaban a las costureras y se dispuso que los registros les pagasen por miles humanos.

Inocentes legisladores que creyeron resuelto el problema y que esa noche durmieron en paz!

Inmediatamente los explotadores de trabajo femenino hallaron la forma de burlar la nueva ley, obligando a las costureras a firmarse recibos falsos, por cantidades que no habían recibido, con lo cual el negroero podía comparecer ante los inspectores de la ley que cumplían lo mandado.

Si la costurera no quería firmar, el empresario no le daba más trabajo. Un día u otro la misma tenía que ceder. De un lado estaba la fuerza incontrastable del dinero, fortalecida por la estupefacción y amparada por la policía, del otro lado no había más que una pobre mujer pretuberculosa, en cuyo hogar aguardaban su vuelta un niño o varios niños hambrientos, tal vez un marido enfermo, tal vez unos viejos padres.

¿Piensen alguna vez los que recorren las tiendas y se asombran de una liquidación, que esas telas y esas ropas puestas vendiendo a vil precio porque los comerciantes han perdido hasta el hueso no son ganancias sino las miserables salidas de sus esclavas, que caen sobre sus costuras para que ellos puedan hacer su propaganda y su negocio?

Era éste uno de esos pecados que según la Sagrada Escritura provocan la ira de Dios: defraudar el salario del pobre.

Se hizo indispensable reparar la injusticia, restituyendo la ley.

Mientras los legisladores discutían nuevas disposiciones que no pudieran burlarse agostaban de miseria cien mil construcciones, para quienes, más que un consuelo, resultaba una mofa decirles que en cambio del salario que se les robaba tenían voto y podían elegir cada dos años doscientos representantes que seguirían estudiando su interminable problema.

La donna y jeta per parit había dicho rudamente Mussolini hacía treinta años: es decir, la mujer está hecha para el hogar, no para la industria, ni el comercio, ni la política.

Más para que eso no fuera una palabra arrogante y vacía era necesario que la sociedad asegurara al jefe de familia salario suficiente, a fin de que no necesitara del jornal suplementario de su mujer.

Esto se logró realizar en algunos países que se habían libertado de las funestas doctrinas de la economía política clásica, repudiando el oro instrumento con el cual, los financieros dominaban entonces las monedas y dirigían en su provecho la producción nacional.

En esos países, imprevistos del oro, no se conocía otra moneda que la de papel que emitía el Gobierno. Allí todo trabajo del obrero de la sociedad era retribuido o sea un salario proporcionado a su importancia y a las necesidades del que trabajaba.

Se consideraba trabajo tanto el partir piedras en las carreteras como sembrar trigo, escribir poemas, pronunciar sermones curar enfermos, enseñar a los niños.

Publicábanse listas valuando tales y cuales tareas, según las razones y las circunstancias, y nunca se halló sin salario ningún trabajador, ni se dio el caso de que

algunos productos extranjeros por después no tenían comprador o adoptaban una profesión u oficio y no encontraban luego dónde comprar.

En esos países se acaban las reproducciones ficticias y las transacciones de los billetes que sobaban a masaiva los salarios y las rentas.

Todo producto se negociaba en las alacenas del Gobierno, contra certificaciones que servían de moneda, pero no podían escapar mucho tiempo, pues cada año perdían un décimo de su valor.

Se logaban así dos fines. 1. Intermedios en la producción del país, porque el productor estaba seguro de vender su mercancía. Esto aseguraba la prosperidad de la nación. 2. Un mejor estándar de vida, pues quien producía vendía lo producido y tenía que gastar sus bienes, para no sufrir la misma anual de su valor.

Era una tentación escapar al dinero, el mejor negocio era invertirlo.

Se consideraba una usurpación de la antigua escuela económica el elogio de la famosa orden de los que algunos pueblos durante siglos, renunciando a toda comodidad y privando a sus habitantes de todo elemento de progreso, fueron acumulando sus ahorros y glorificando de su tacañería.

Los antiguos economistas sostuvieron en libros nuevos que esos ahorros guardados en la masa de metales formando el capital de la nación. En realidad, aquella tacañería, tan rigurosa por los antiguos disidentes, fue una remora, porque siendo el ahorro un instrumento de trabajo, el acumularlo, quitándolo de la circulación, lo que se hacía con quitar el arado a algún agricultor, a las pinzas a algún mecánico, era perjudicial para la producción nacional.

Si en vez de guardar siglos se era improductivo, para que lo desaparrararan los sucesos herederos en guerras incesantes, lo debieron ir empleando en vivir con

más comodidad y en perfeccionar su planta industrial. Aquellos pueblos habrían sido más felices y su producción más abundante.

Estas sencillas nociones no se comprendieron sino cuando las vicisitudes económicas se internacionalizaron del momento del gran verdadero tiempo en que los países más habidos ajustaron al mundo.

Por todo esto ocurrió en aquellos países donde la producción nacional no era gobernada por la codicia de especuladores o financieros en provecho particular sino por el Gobierno en beneficio común. No ocurrió en la República Argentina que se mantuvo fiel a los principios del libre uso económico y donde reinaba lo que se llama libertad de comercio, que es el derecho de los más ricos para estropear y sacar el jugo a los más pobres.

En el año 1925, los escapartideros, anáclitos de remanente de los partidos en las pasadas calamidades, elevaron a las nubes el precio del pan y de la carne mientras otros especuladores destruyeron también reforzando sus ganancias entre ellos. Los Mil Puertas Verdes la ingeniosa organización de tandas que fundaron el riquísimo abuelo de mi abuelo. Los Zarcillos Blancos.

Cuando en 1940 se inauguró la primera de aquellas tandas de laucha verde, el famoso banquero anunció:

Dentro de cincuenta años habrá en la Argentina 1 000 reas como ésta."

Cuando no era probable que él viviera hasta entonces, y quizás, sin embargo, contemplar su tribuna, se hizo gobernar por disponerse, que lo salvarían a la vida media según después en 1955.

Nunca jamás el abuelo se equivocó en sus vaticinios. A los cincuenta años en efecto, Los Mil Puertas Verdes cubrían todo el país. En la Capital Federal tenían 410 sucursales y 800 entre las otras ciudades.

Desde un modesto cuello de camisa hasta un sumptuoso ajas de novia, todo lo que servía para vestir a la

personas, a tener sus camiones estacionados en cualquiera de
Las Mls Puertas Verdes

Mientras la empresa suso y vale sus peajes fueron
siempre los más altos, pero cuando todo empezaba de
nuevo a los herederos de Blanton perdieron muchos
del campo, los peajes fueron a la vez progresivamente
y el pueblo pagó el costo de la larga batalla comercial.

En la empresa más poderosa y también la más
cálida. Su prosperidad se acrecenta en dos caminos pri-
marios: 1. La ruina de contadores de caminos de larga
y honrada tradición, que sustituirán bajo el pulso de
sus brazos. 2. La explotación masiva de la zona de apor-
tes 100-000 carteras blancas más ahorradas con sus
máquinas de cosecha que un granjero con su guileto.

Mrs. Hilda Kohn, heredera de Blanton, y como tal
propietaria de la mayoría de sus acciones, vivía en 1945
angustada, viendo convertirse el día en que a su lado
abierta la aplicación la máquina de muestreo para de-
volución a la vida y a la circulación. Esperando el día
pretendía recobrar aquel negocio que había sido la
más brillante de sus creaciones.

Entre tanto, a fin de recuperar la pérdida durante
la crisis el directorio de *Las Mls Puertas Verdes* se reu-
nía y tranquilamente cual si se hablara de las estrellas,
reunía temas en un veinte por ciento las compañías
ganancias de las rentas. A través algunas líneas
protestas, pero a las que protestaron en ningún caso
del país se les dio una sola pieza de renta durante
un mes. Además se anunció que si seguían restringiendo
todo se trataba costado y cuando por siempre de Liberia
y de la China del sur donde imponían la guerra
y absoluta libertad de comercio.

Aquella costumbre de muerte contra 100000 de
lidos no tenía remedio dentro de lo que se llamaba poc-
ticamente "el purga regular de las instituciones libres".

Era necesario dictar una ley, si se quería salvar a las pobres costureras.

Pero corría el mes de setiembre. Ambas Cámaras se hallaban en vacaciones, y no se reunirían hasta cinco meses después, o sea, hasta la tercera semana de mayo, y la presidenta de la Nación andaba de paseo, precando salmones en los lagos del sur.

Las costureras, atemorizadas, después de reuniones secretas celebradas en todo el país, un día se convocaron en el Lap-Anark, especie de circo y de cuartelito que solían usar los partidos políticos.

Las infelices no llegaron como militan los políticos en lujosos aviones o en autos, sino a pie con la muerte en el corazón.

Porque el motivo de la asamblea era tratar una idea desesperada que se le había ocurrido a una de ellas.

Si solamente cinco de las innumerables costureras que trabajaban para cada sucursal de Las Mil Fuentes Verdes se resignaban a morir por sus hermanas, se salvarían las demás.

¿Qué era el sacrificio de 5000 víctimas frente a la salvación de 100 000 que mantenían sus hogares?

Se aceptó el proyecto se obligaron todas al más estricto secreto y recibieron una hoja de papel, que devolverían con su nombre y su número, para entregarlas.

Así aquella triste noche a medianoche que fueron sabiendo los números premiados se comunicaba a las víctimas ante cuál de las mil sucursales verdes se cumpliría su destino.

No hubo una queja, no hubo discusiones. Al anochecer se había terminado el sorteo y la silenciosa reunión se disolvió silenciosamente sin que Buenos Aires se enterara.

Las elegidas fueron de todas edades. Hubo la madre de familia para quien comenzaba la vejez sin ilusión, y la muchachita de diecisiete años, cuyo frente aún conservaba el resplandor de la inocencia.

Todas se resignaron, guardando el secreto y al día siguiente al alba, sin que se supieran los hijos ni los padres, ni los esposos, ni la sospechara la policía antes de que se abrieran *Las Mil Puertas Verdes* se envenenaron cinco cuerpos en la entrada de cada sucursal. Sus polvos fueron investigados de la aguja habían trazado una breve carta que se halló entre el pecho del cadáver: "Tengo cuarenta años, mi mundo y tres hijos" "Tengo veinte años y estoy de novia." "Tengo diecisiete años, y mi madre enferma, queda sola y se morirá de hambre. Ella me perdona."

La reputación de aquellos cinco mil suicidios fue espantosa. Hasta Hilda dejó de prestar sermones y volvió apresuradamente a Buenos Aires. El Parlamento se reunió en sesiones extraordinarias. Pero no habían terminado de hablar los mejores oradores de cada bloque, cuando el pueblo, enfurecido, prendió fuego a *Las Mil Puertas Verdes*.

Con la misma coloridad e igual secreto que las mujeres, en un día determinado acudieron grupos desesperados, que la policía no atinó a controlar, e hicieron patéticas quemas de los magníficos cuerpos.

Y entonces recordaron que el invento de aquella odiosa máquina, el viejo Blazera, no estaba muerto, sino congelado en El Fakumar, aguardando la resurrección. ¿No no más faltaba, que el tipo volviera a vivir! Una impetuosa columna de energúmenos se movió allí y se entregó al más horrendo y grotesco estentoreo.

Miles y miles de aparatos cardíacos yacían dentro de estatuas atadas, mantenidas en una temperatura perfectamente calculada para conservar la vida.

El pueblo odiaba aquel limbo de las cosas, donde los privilegiados podían errarse del mundo en los malos momentos y prolongar su existencia por décadas y aun por siglos.

¡Al fuego con ellos!

Al fuego no sólo el fundador de *Las Mil Puertas Verdes*, sino también todos los que desde el Gobierno o las finanzas habían hecho posible que la riqueza y la honra y una idea de una gran nación pudieran ser objeto de tráfico para un pasado de adversidad.

La turba estupefacta miró a asombradas aquellas "rupes le familes" en una columna permeable los botes de gasolina y les prendió fuego.

Había que ver cuando las llamas, después de haber consumido los tallores entablan a quemar las carnes heladas del personaje como despojos blancos de la muerte ajena y en silencio sorprendido y baste cuando.

El viejo Blumen especialmente resultó pavoroso se incorporó al sentirse tostar las costillas, se frotó los ojos azorados y comenzó a gritar que disminuyeran la corriente porque lo estaban quemando. Cries sin duda que había llegado su hora de levantarse para ver el esplendor de sus creaciones financieras, pero que los técnicos de la heladera vital se habían equivocado al aplicarle el calor-ello con que lo deshelarían.

Una carcajada inerte y brutal respondió a sus gritos, que se volvieron maldiciones, gemidos, promesas de dinero a quien lo ayudara a salvarse. El desventurado había comprendido que en eso un error de los técnicos, sino una venganza del pueblo, que lo ocupó en rabia de una vez por todas.

Pronto iguales alaridos resonaron en todos los edificios, y la tapa de algunos de ellos saltó, y como un mulero de juguete se levantó el asombrado con la faz descompuesta.

Y el populacho que es la flora más cruel que existe cuando se embriaga en un furor colectivo, para cada grillo tuvo un marcapasa, y cuando de lo alto de la pila se dramó algún alud y el impulso llamado a la

vida en forma tan brutal quiso escapar, mil brazos se apoderaron de él, y con largas púrtigas volvieron a arrojarlo a aquella hoguera extraordinaria, que solamente la justicia de Dios podía encender para consumir el pecado bíblico de haber defraudado el salario del obrero.

Ya había mucho rato que se habían apagado las potentes promesas y maldiciones de Zacarías Blumen cuando llegaron los bomberos a rociar con agua tibia las cenizas de aquel auto de fe "fin del mundo".

La policía no apareció hasta bien entrada la noche cuando los militares de incendiarios satisfechos se habían desbandado.

Y como explicación de ese retraso se dijo, sotto voce que había muchísimos vivos, entre ellos misma Hilda, para quienes la quema de los "cuajeros de hombres" no resultaba catástrofe, sino pingüe negocio, porque la participación del personaje adormecido les había complicado la vida.

Los muertos deben morir para siempre

Capítulo II *La matanza*

Poner armas en manos del pueblo es necesidad por que confiar un revólver a un niño. Este vacila antes de usarlo; ignora, y teme. Aquél erre saberlo todo, descuenta la impunidad y con la primera sangre se emborracha.

Como en la España de 1938 el misero gobierno de Azaña disgregó el Ejército y se entregó a los milicianos, en la Argentina los politiqueros eliminaron a los oficiales de carrera, corrompieron a los soldados y armaron al brazo irresponsable de las poblaciones.

Estupidéz que equivalió a un suicidio. Se dice que monsieur Guillotin, inventor de la guillotina, fue el primero que murió guillotinado. Es falso, porque Guillotin murió en 1814 de muerte natural, cuando había ya un cuarto de siglo que funcionaba "la Luisita", como se llamó en los primeros tiempos a la terrible invención. Pero es verdad que los ingenuos políticos que se enternecieron ante la bondad natural del pueblo y lo creían fácil de gobernar por la persuasión, sin la policía, perecieron cada vez que aplicaron su dogma de fe. Al revés de Saturno,

que devoraba a sus hijos ellos, los padres, fueron devorados por su engendro.

Después del incendio de El Palmar el pueblo de Buenos Aires quedó algunos viejos depósitos de armas, y con fuerza de fierro que saborea la primera sangre se lanzó a la matanza.

Para castigar la esclavitud de indefensas mujeres y para vengar la muerte de 5 000 madres, esposas y novias cuyo hijo llevaban sobre el pecho a guisa de escarapela los varones muy pocos habrán hecho en su gran egoísmo las armas congeladas de dos o tres mil vicachos semi difuntos.

Puff! Aún seculan humando sus momentas, y va el pueblo que destilaba con el sudor cecado buscaba otros culpables.

Nada lo hubiera alegrado mejor que ofrecerle algunas miles de frailes y de monjas y algunas cientos de carterías y de iglesias para que arrojara y incendiara hasta el escorpio. Pero hacía años que los demagogos gobernantes habían expulsado las órdenes religiosas y clausurado las iglesias.

Ahora lamentaban su torpeza.

Ahora los deschristianizadores del pueblo descubrían aquella nueva utilidad de los uerros de Dios que en ciertos casos sirven para anclar a las turbas con su martirio.

El pueblo buscaba nuevas víctimas y habría sido imposible que dejara de hallarlas en una nación donde la extrema riqueza de los acaparadores se codeaba con la trágica miseria de los explotados.

Uno de los creadores de los innumerables clubes armó como una bomba en un polvorín la terrible imputación que ya esperaban transidos de horror cinco millones de seres humanos, ocultos en sus casas.

¿Por qué la esperaban? Ay! Porque conocían la

historia de su raza, predominantemente a la persecución dando lugar a su destrucción.

Barrida de sus todas las naciones de Europa, había hallado un espacioso refugio en la República Argentina, tierra de libertad.

En breves años de paz, prosperaron y se multiplicaron grandemente.

A causa de los enormes negocios de banca, hacia fines del siglo los pertenecían los pequeños negocios de almacenes, farmacias, papelerías, ropas, cigarrerías, todo lo que está en inmediata conexión con las clases populares y también eran todos los vastos saladeros que habían correspondido a los antiguos colonizadores, los terratenientes de departamentos, en que se explotaban las familias de mediana posición y todos los talleres y manufacturas. Ellos finalmente eran los únicos que explotaban sobre las vacas y los carnes argentinas y fijaban en las pizarras de la Bolsa el precio a que los productores debían venderles sus productos.

Un día, como el rey David en el apogeo de su gloria, quisieron averiguar el número de las vicinas y de sus mujeres, y se cansaron y tuvieron la satisfacción de saber que eran cinco milicos sobre una población de treinta.

Aunque así ellos habían nacido en el país, ni ellos argentinos ni el pueblo los consideraba tales. Pocos a su tiempo estaban orgullosos de pertenecer a la nación escogida y pocos nada a distancia sobre los otros.

Profecías sagradas, cosas de cuatro mil años, sumaban en sus oídos y removían sus corazoncitos, como el viento remueve las olas del mar.

Los herederos de las magníficas promesas, ¿habían de renegar de la ley y de sus profetas, ahora que se aproximaba la plenitud de los tiempos?

Cual más, cual menos, aunque distraídos por el ruido de los negocios, comprendían esas palabras y, aun vi-

viendo en el país más libre de la tierra, llevaban una vida accidental próspera y autónoma apegados a sus costumbres y a sus costumbres, y eran una nación distinta dentro de la nación.

Por su parte el pueblo creaba adivinando en sus extrañas ceremonias rituales que eran gratis de otro país, que estaban de paso en todos los países del mundo, a la manera de peregrinos con la ciudad rodeada y al lado de la mano prontos a partir.

En aquellos días del mes de Inimmet, que cae entre los meses llamados antes junio y julio en lo más crudo del invierno portés, cuando el pueblo enfriado por el salido de las costumbres se agrieta en los cielos, uno de sus estudiantes pregunta y su pregunta se multiplicó en miles de voces por la radio: "¿Queréis saber quienes son los que han envenenado con la contaminación el corazón de una ciudad más pobre que la nuestra, antes que el clamor envenenara su sangre?"

En otro tiempo, cuando había frailes, un padre de guiso cerrado hubiera dicho: "Buenos días en los confesorios, o en las iglesias o en las conversas."

Ahora dijo otra cosa: "Buenos días detrás de los matorrales, en todos los conventos que son peyor, y junto a las cajas de hierro de todos los bancos, que también los pertenecen..."

Y el pueblo, que ama la sinceridad, no aguardó el fin de la perorata, y lo interrumpió llamando: "¡Los puros!"

Las palabras corrieron por todos los estudios donde enseñaban las ruinas de San Matías Puertos Verdes, y comenzó la más terrible persecución anterior de que haya recuerdo en la historia de Israel.

Ya no se trataba de dictar leyes o decretos imponiéndoles multas o prohibiéndoles tales o cuales prohibiciones. No era en gobierno el que organizaba la persecución sino una masa irracional, delirante y perversa que repetía y agrandaba las nefandas capitales de la

historia de España en los años apocalípticos de 1838 a 1938

Aquellas cárceles o tribunales populares que asustaron a cuantos aristócratas pudieron atrapar aquellos casidillos de barrio, obreros de un poderío fúgax, que saquearon monasterios e incendiaron conventos, aquellos milicianos y milicianas armados por el Gobierno y alentados por las ligas, que arrastraban del hogar a sus víctimas, curules del alma para hacerlos dar lo que llamaban en su jerga "el pasaporte del asesinar" y los amontonaban en una pileta o en un patio y torturándolos de gachas, les prendían fuego. Aquellos epilépticos del ambiente, del robo y de la destrucción, que creyeron extirpar el catolicismo sustituyéndolo a volonte suel religiosem, hombres y mujeres, romanosgrados a sonar a Dios y a servir al prójimo aquellos forajidos que cometieron mucho malón de asesinarlos, fueron superados por sus discípulos, en la República Argentina.

¿Qué leyes ni qué decretos anticomunistas a la manera gasi! ¿Qué tanto hubieran dado las víctimas de 1938 por que todo se resolviera con romper algunos escaparates o volarles algunas volas de millones o acorralarlos en algún campo de concentración! Bah! Esa que huele a populismo y burocracia al pueblo le repugna. Si es más expeditivo cuando no lo aleja con una buena rifa de bayonetas o de apuñaladornas.

¡El cuchillo en la garganta o en las tripas, sin cesar ni los acorralados eran solamente explotadores de sus obreros o pobres diablos, explotados también ellos, a pesar de sus barbas telamónicas, por otros más ladinos, judíos o comunistas!

Fueron treinta días temerarios, en que toda doctrina se reduce a levantar el puño y a matar judíos.

¡Ay de aquellos que en los días de la prosperidad amarraron sus garras con la vetulla de esta pica o amarraron su orgullo en letras hebreas!

A face no los pidieron papeles para identificarlos.

Los ahorcaron en sus medigueras, hombres, mujeres, niños, los compañeros de prisión, según la práctica de los policianos medruanitas, y los quemaron vivos.

Otras veces los torturaron con lanzallamas eléctricos que volatilizaban hasta el cemento de las paredes.

Los tres mil años de su historia de persecuciones publicaron en esos treinta días.

Y se cumplió mil veces la tremenda maldición de los jueces del Levi varias veces sus enemigos, los descendientes de Ezer o de Raqu.

"Hijo de Babilonia, condenada a la ruina. Jeta el que se devuelva el mal que nos has hecho. Feliz el que se apodere de tus rúas y los destruya contra la piedra!" (Salmo 136)

Ara ya el sexta día de la segunda semana del mes de tamnuz, como quince diez principios de tuko y ninguno de los ardores que alintaban al pueblo desde los cielos, ninguno de los diarios parlantes que señalaban la tarde de cada hora había pronunciado el nombre de santo Hilda a pesar de su estrecho parentesco con el fundador de *Los Mil Puertos Venidos*.

Porque todos ellos habían trabajado en su favor cuando fuera elegido presidente y acostumbraba a recibir de ella. Pero una tarde en un salón de la plaza Santa, uno de los oradores rompió la consigna y la nombro.

A esa misma hora, muy tranquila, y fided en la habitual de sus agentes, santa Hilda recibía en su palacio una visita que en tiempos menos turbulentos hubiera despertado mucha algazara y custodiada.

Eran dos viejos personajes que en la antigua Argentina desempeñaron un gran papel y fueron amigos pre-
sidentes de la República.

Uno de ellos pamba largamente el siglo; tenía la edad de *Pastor Angelicus*, pero se conservaba jovial y vigoroso. En la vivezidad de su mirada de halado se adver-

la un espíritu encendido y juvenil. Era general de la Nación y en 1850 entregó el bastón de mando al otro personaje que ahora lo acompañaba, y desapareció de la escena política. Difiera, aunque nunca se probó que se había hecho gurdianizar por treinta años y que a eso debía el haber cumplido más de cien conservando una excelente salud.

Afortunadamente lo habían despertado antes del incendio.

Su compañero, con bastantes años menos, parecía de su misma edad y tan sano y ágil como él si bien más alto y corpulento, y en su tiempo había hecho la carrera de marino y había llegado a almirante.

Aquellos dos hombres eran enemigos irreconciliables del gobierno gauderista. Más de una vez la policía había lanzado sus mejores agentes para vigilar sus andanzas.

Graves motivos debían de ser los que los obligaban a pedir audiencia a misa Hilda.

En momentos en que erudian los pilares de su poderío la dama pensó que le convenía conversar con los presuntos jefes de la secretaría secreta de los nacionalistas argentinos, y les hizo una que les agasajaba a las 10 de por día hora equivalente a las cuatro de la tarde.

Con toda puntualidad conducidos por un agente de la policía secreta llegaron ante la villa electrizada los extraños visitantes que eran el general Falucho Cabral y el almirante Rosendo Zia.

Un pedazo de verja se abrió silenciosamente y los dos personajes entraron en el palacio.

A esa hora ninguna compañía de seguros hubiera asegurado la preciosa existencia de misa Hilda, porque en realidad ya no valía ni un panchoderra.



Capítulo III *La quinta columna*

Un muchachito de catorce años, con indumentos de niña, pues en aquellos tiempos los muchachos vestían trajes femeninos, mientras las chicas usaban desonradas pantalones, corría desolado por las calles de menor tráfico hacia la plaza Constitución, que aún conservaba su nombre.

Quien conociera a la servidumbre de misa Hilda, habría podido descubrir en él, no obstante sus deseos de ocultarse, a Mercurio Phantom, hijo del primer aviador de la presidencia, la persona de su mayor confianza después de su hija Rahab.

Pero muy pocos en Buenos Aires tenían noticias de quiénes eran los palaciegos de misa Hilda.

Mil veces reclamó ella, en fogosos discursos, que los presidentes vivieran en casa de cristal. Pero cuando llegó a la presidencia, se hizo construir un palacio de piedra, y sólo contadísimas personas conocieron sus costumbres y sus negocios.

Mercurio Phantom asistió a milín de la plaza Stalin para escuchar conversaciones y oyó esta frase que lo dejó aterrado:

"Habéis achicharrado la infecta momia del virio Blumén, habéis levantado la tapa de los sesos a tres de los ministros comecorrea de sem-fas de gironel y os habéis olvidado de la nuayor culpable: de esa mujer corrompida y egoísta que hace cuince años nos gobierna y hace medio siglo chupa la sangre del país con sus empresas comerciales."

¿Cómo se explicaba que a aquel orador hubiese entrado la misma consigna de no mencionar nunca a la primera dama del país?

Era un despreciable a quien ya no le bastaba el suelo convenido por callar?

En cierto es que instantáneamente después de oírlo, millares de bocas suscitaban el nombre de misa Hilda entre maldiciones y sarcasmos. Y el orador se puso a contar la historia de las mil toneladas de oro guardadas en los sótanos del palacio presidencial?

¡Leyenda pura! No era tan necia la ilustre señora como para colocar sus ahorritos en la boca del lobo.

Si tenía mil toneladas lo oro o muchas más, y dónde las tenía, no lo sabían sino pocas personas en el mundo.

Excitado por la codicia y el odio, el pueblo se formó en columnas para marchar al saqueo del palacio y la policía, miedosa o cómplice, se declaró incapaz de contener a aquellos cientos de miles de enaragónenos cebados en sangre.

El vino estaba sacado y la ilustre señora tenía que beber en parte.

Si en vez de aquella policía demagoga y cobarde misa Hilda hubiese tenido un par de regimientos de línea!

Pero no, el Ejército argentino, que se pulió como una espada en los primeros cincuenta años del siglo, con

sólido cuadro de oficiales bien educados por los institutos de guerra, hasta llegado a ser gracias a la diábólica conjunción de la prensa, del cinematógrafo de la radio, un objeto de antipatía y de repugnancia para el pueblo, que razonaba de la siguiente manera.

La República Argentina no tiene cuestiones internacionales, pues sus fronteras están bien demarcadas. Siendo así, no necesita gastar cientos de millones en mantener quinientos mil soldados. Es preferible que costee quinientos mil maestros."

No es de asombrarse, pues que un día, años atrás, el entonces presidente don Juan Perón disolviera todas las fuerzas armadas del país, y con tal motivo pronunciara dos frases tan bonitas que le abrieron las puertas de la más gloriosa inmortalidad: "Todo el pueblo será mi ejército! ¡Vale más un maestro que cien soldados!"

En letras de oro se grabaron estas enternecedoras palabras sobre el frontispicio de los antiguos edificios militares y de los cuarteles cerrados y de las logias absortas, y pero que las oyeras diariamente las oídos de las señoras se imprimieron millones de ya jurados y firmas, con la desdentada vocativa del presidente y su ingenua juratoria.

Los buques de guerra, que se custaban en los útiles diques, se transformaron en buques, en hospitales y en escuelas.

¡Sobre todo escuelas! Sin embargo, a pesar de la multiplicidad de las escuelas, cada vez eran menos los que sabían leer porque no hacía falta. Ya no había casi libros, sino revistas que se escuchaban en vez de leerse.

En reemplazo de los dos ministerios de Marina y de Guerra, suprimidos, se creó una nueva secretaria de Estado, el Ministerio del Mar y de la Tierra, al cual se le encomendaron los antiguos asuntos militares y navales.

En 1905, bajo la segunda presidencia de miña Hilda, estaba al frente de ese departamento un ministro con pantalones, es decir una mujer —ya hemos dicho que los hombres vestían entonces como antes vestieron las mujeres— doña Arpatia Pérez de Montalván, hija del famosísimo presidente que disolvió el Ejército, viuda de corazón de oro, que a los cincuenta años no creía en Dios, pero seguía creyendo en la paz universal.

Sucedió, pues, que en aquel día del mitin de la plaza de Santa Rosa Hilda convocó a su ministerio para que asistiera a la conversación con los dos formidables enemigos del régimen que le habían solicitado auxilio.

Pero de sus diecisiete ministros no concurren al llamado más que dos: el del Interior, doctor Alfredo León Alcazar que contaba ya la friolera de 120 años y se mantenía en buena salud y excelente espíritu, gracias a dos adelantos de la ciencia de la nutrición, y la mismísima Arpatia Pérez de Montalván.

De los otros catorce, tres habían perecido a manos del pueblo, y los restantes once por temor al mismo tratamiento, habían puesto pies en polvorosa.

Con sus dos ministros aguardó miña Hilda a sus visitantes, en el palacio de la plaza Constitución.

Ninguna de las grandes ruinas de la historia, ni Cleopatra, ni Isabel la Católica ni Catalina de Rusia, estuvieron tan espléndidamente alojadas, ni fueron mejor pagadas que la democrática presidenta de la República Argentina.

El grandísimo patio de honor era de acero azul y levantábase sin ruido, como un veloz ascensor sobre rieles bien engrasados, hasta el último piso, y allí las visitas, llevadas por maravillosos tapices rodantes, eran conducidas a través de salones tan esplendorosos que en su decoración las maravillas de Las mil y una noches parecían modestos ramos de un palacio.

El general Cabral y el almirante Zia no pudieron reprimir una idéntica sonrisa al cruzar la sala de alabastro, con cortinas de púrpura, que en tiempos normales servía para que los cronistas de los diarios *Núma* jugaran al ta-te-ti con los decorados ujieres y porteros, esperando algún comunicado de la presidencia.

En tarde la sala estaba desierta, los reporteros se habían volatilizado. De varios de ellos, sabíase que moraban ya en el seno de Abraham. Uno que otro ordenanza, arto al cien por cien, paseaba por allí su estampa orgullosa.

—En nuestro tiempo —dijo a media voz el general—, los presidentes no estaban tan bien alojados como esta buena señora.

Zia se encogió de hombros y murmuró

—¿Qué irá a quedar mañana de todo esto?

En medio minuto el movable tapiz los condujo silenciosamente hasta el despacho privado de la presidenta, salita casi modesta, cuyas paredes, tapizadas de rojo cuero de Rusia, irrisas por todo adorno algunos cuadros robados en España y vendidos en Buenos Aires.

Sólo el ministro del Interior se levantó cortésmente a saludar a los visitantes. Las dos señoras le tendieron una mano fría, sin moverse de sus asientos. El doctor Alcázar los invitó a sentarse, y cogiendo un platillo de oro que había sobre la mesa presidencial les brindó su contenido:

—¿Cuántos servires?

El general Cabral se sirvió sin miras qué fuese, seguro de que nada le haría mal, pero el almirante Zia, antes de morder uno de aquellos granos, preguntó en voz baja

—Che decime ¿qué es esto?

—Semillas de girasol. Comé sin miedo. Son riquísimas, yo aprendí a comerlas cuando muchacho en la Casa del Pueblo, y aquí la presidenta las convida como si fueran bombones.

‘Todo sea por la patria’ —respondió alegremente Zia, y se echó en la boca un puñado de aqual sobre alimento.

—Es un poco raro verles a ustedes por aquí —dijo misa Hilda con una sonrisa que hacía agradable el reproche.

—En efecto, señora presidenta —respondió el general— pero se ha estado V. E. tan arriba y ya estamos tan viejos, que sólo por muy graves motivos podemos decidirnos a hacer esta ascensión.

—¿Graves motivos? —preguntó misa Hilda.

—¡Muy graves! —confirmó el almirante Zia.

—¿Estoy seguro de saberlos? —Quieren explicar-melos?

—Sí, señora presidenta en pocas palabras tenemos de cruzar las cinco provincias del sur desde el estrecho de Magallanes y venimos a anunciarle que se está preparando una invasión.

—¿Invasión de qué? —preguntó nerviosamente doña Aspasia Pérez.

—Eso! ¿De qué? —inquirió misa Hilda.

—De langosta? —agregó Alcázar con sorna.

Ni el general ni el almirante recogieron el chiste, y el general, aproximándose a la mesa de la presidenta dijo:

—¿De qué podría ser una invasión, para que mereciera el que nosotros molestásemos a la señora presidenta y nos molestásemos nosotros mismos, si no fuera de tropas extranjeras?

—¿Tropas extranjeras? —exclamó estupefacta misa Hilda—. ¿De qué nación?

—Alemanes, tal vez? —preguntó el doctor Alcázar, que desde 1942 conservaba escrúpulos por ese lado.

—¿De yanquis? —interrogó la ministra.

—Ni alemanes ni yanquis, señora —se apresuró a responder el general.

—¿De chuecos, entonces? —interrogó doña Aspasia Pérez.

—Sí, señora —respondió el almirante Zia.

—Yo puedo creer —repuso ella con sequedad.

Pues antes de ocho días lo creerá, porque en la próxima semana habrán pasado la frontera treinta divisiones chilenas, que tendrán como bases de aprovisionamiento las ricas estancias de sus compatriotas que hay por allí.

—Pero mis gobernadores nada me han avisado! —exclamó la presidenta, fastidiada.

—Fijos gobernadores, señora, viven en Buenos Aires, donde es más grato el vivir. Han metido la cabeza debajo de la arena como el avestruz, y porque ellos no ven nada, piensan que no sucede nada.

—No puedo creer, no puedo creer! —replicó, obstinada, la ministra—. ¿Acaso Chile no pertenece también a la Sociedad de las Naciones?

—Que ya no existe, señora.

—¿Ah, es verdad! ¿Acaso no está obligado a comparecer ante el supremo y pacífico Tribunal de La Haya?

—Que tampoco existe, señora.

—¿Mujer! —exclamó irritada misma Hilda—. ¿Qué estratagemas estás de noticias!

—Es verdad! —dijo resignadamente la ministra—. Como quiera que sea, yo no puedo creer que en plena paz un país iguale a nuestros por la historia y por tratados.

—Señora, la historia no alaja a ningún conquistador, ni los tratados son eternos. A los cien años de los Pactos de Mayo, que celebró el general Iloca con Chile, los chilenos se han hecho más fuertes que nosotros, tienen un ejército bien organizado y nosotros no tenemos nada.

—Tenemos el derecho —interrumpió la ministra—, y nuestros diplomáticos lo harán valer en una conferencia.

Cuando los artilleros toman la palabra, señora ministra —replicóle el almirante Zia—, los diplomáticos enmudecen.

—Tenemos el derecho! —repitió ella, alzando las manos al cielo— El pueblo de Chile es hermano del nuestro. Yo no creo en los cánones, creo en la fraternidad de los pueblos americanos.

El doctor Aleazar echó sobre su colega una ojeada de consideración, y dijo:

—Con permiso de la señora presidenta —¿Se puede saber, mi general, cómo ha llegado a usted tan asombrosa noticia?

Cabral y Zia se miraron, interrogándose.

Al cabo de un minuto de perplejidad, el general se decidió.

—Lo hemos sabido de un modo casual. Veníamos de Magallanes a Ciudad de los Césares, que es la metrópoli de aquellas regiones. Fuimos a la par el general mendocino Eduardo Arceas Malbrán, con una escuadra de aviones, en el lugar que supuestamente ocupó la legendaria ciudad de su nombre, en la intersección del meridiano 72 con el paralelo 44, sobre el río Chubut tiene ahora 400.000 habitantes y es un emporio de riquezas.

Mula Hilda, que preside un banco en Ciudad de los Césares, conocía muy bien aquello.

Es justo decir —observó— que la mayoría de sus habitantes son nacidos en Chile o proceden de familias chilenas.

—Pero —agregó donña Aspasia Pérez— se trata de un pueblo hermano. ¡Yo creo en la fraternidad de los pueblos! ¡Yo creo en la paz universal! ¡Yo creo

—Vale más el credo de Nicot, en que usted sin embargo no cree —apuntó suavemente Zia, y ella lo envolvió en una melancólica sonrisa.

—Yo soy como mi padre: no creo en Dios, creo en la soberanía de los pueblos.

—Bueno, pues, ustedes iban de Magallanes a los Césares —¿Y qué ocurrió? —dijo la presidenta.

Que tuvimos que aterrizar a mitad del camino, por una falla del motor en la estancia de un chileno. Era la medianoche, y para anunciarnos, el almirante Zia, con esa voz que Dios le ha dado, gritó ante la verja de hierro de la casa: "Aquí está el general, Cabral."

¡La clarol! —explotó Zia— Supuse que esa noche debía de ser en toda la Argentina una especie de "Téjano, abrete".

—Y en esta oportunidad lo fue —aclaró el general—, mas por equivocación. Tal vez ustedes sepan que el jefe del Estado Mayor chileno

—Tiene su mismo apellido —apuntó el ministro Alcázar— Se llama también general Cabral.

—Pues, señóbrelos ustedes —prosiguió el general—, el durfín de esa estancia estaba separado noche a noche al general chileno Cabral. Debió llegar de incógnito desde Valdivia. Esto es lo que comprendimos no bien cambiaron los primeros saludos con Mr. Clay que es un viejo desconocido de antiguos malvinenses, con carta de ciudadanía chilena. Resolvimos explotar el afortunado quid pro quo que el caso nos proporcionaba para averiguar mejor lo que se estaba tramando y de lo cual ya tendamos algunas sospechas.

—¿Sabe usted, general, que resulta muy interesante su relato? —observó mieta lúida.

—Muy interesante, señora presidenta —dijo el doctor Alcázar, que se levantó para acercarse a uno de los balcones.

A pesar de los 400 metros de altura a que se hallaban, escuchabam un extraño rumor como el oleaje de lejanas tormentas.

—Muy interesante, pero la tormenta no va a darnos tiempo para escucharla.

—¿Hay tormenta?

—Algo malo está cortinando nuestro pueblo en la plaza Lenin. No se escusarían al colega don Aspasia,

que creer en la bondad sublime del pueblo.

¿) usted no cree en ella? —replicó indignada doña Argemiro.

—Voy perdiendo la fe —respondió Akázar con escocricanería.

La presidenta se levantó y miró por la ventana.

—Continúa, general.

—No tardamos en comprender que el viejo estanciero no estaba al tanto de todo lo que decíamos acerca del centro de los propietarios, donde se aguardaba noche a noche al otro general. Hallábase a unas veinte leguas al norte, en las frigiditas de los Harriman.

—Soy los dueños de la mitad de las haciendas de la Patagonia —observó miata Hilde, que gustaba poner de manifiesto la riqueza de los otros para que la gente se acordara de la suya.

—Mister Clay no sabía más de lo que le habíamos aconsejado. Nuestro médico nos aconsejó que ya estaba listo para reanudar el vuelo. Mister Clay, convencido de prestar un gran servicio a su nueva patria, quiso acompañarnos y tener al honor de presentarnos en el establecimiento de los Harriman. Era lo que necesitábamos, a fin de que a nadie se le ocurriera pedirnos documentos de identidad. Pasamos mucho antes del alba aterrizamos a la puerta misma de la casa administración de aquel feudo chileno en tierra argentina.

—¿No hay duda? Los chilenos son hombres inteligentes y grandes patriotas, pero esa vez, gracias a la presentación del inocente mister Clay se dejaron sorprender —apuntó Zia.

¡Hum, hum! —gruñó el ministro Akázar mirando de nuevo por la ventana, con laberíntica inquietud.— Es muy importante lo que nos cuenta, general, pero algo se me para al paso.

Continúa, general, ya sé lo que es eso —dijo miata Hilde, refiriéndose a lo que ocurría en la calle y con ab-

absoluta confianza en sus agentes y sus policías.

Después la turba desbordada en las calles revolvía como un negro tepal el terreno. Cabral refería cómo se interrumpió aquella marcha que desde tiempos atrás los criollos llamaban de «a Patagones» y de la Tierra del Fuego venían almacenando grandes cantidades de víveres, y que en las estancias se acumulaban montones de guerra traídos en camiones aéreos tal otro lado de la frontera. Ya entonces había además, durante el rebelión, con sus respectivos ataques.

El comportamiento de misa Hilda fue calificado para a la educación de que todo sea una verdad. Pero desde Augusto seguía manteniendo en el aire y llamando.

— No puedo con la guerra humana! Tenemos veinte partes de no agreeing con los veinte millones argentinos!

El general no le hizo caso y siguió su camino.

La intención se preparaba para la política primitiva, en el caso de marcharse para la revolución de las contornos de una oportunidad. A la revuelta.

— En otros —dijo misa Hilda revuelta.

— Acababan de matar a un prisionero al general, que antes de ser los dos miles mil de soldados muertos por la Patagonia cuando estos un poco pocos, de muy buena lava y se puso a marchar. La batalla se me rompió. Compañeros por un día un poco. Los soldados sobrevivieron a un tanto campo sobrevivieron a otro más. Nunca se vio de lazo. Pero que al mismo con de nosotros se preparó para el día de la batalla de guerra. En el fondo del mar que estaba como un rebullido sobrevivió a la parte de la casa. El fingido poco no me quedaba los ojos. En me moví de suplica y apartando a los personas que me rodeaban, me dejó.

Al general se con que en casa me es conocido.

¡Ah me alegro mucho! Siempre se aglutina la fuerza entre amigos. Lo respaldó inmediatamente la misma izquierda, para tener libre la del revólver.

Yo uso un pequeño revólver eléctrico que hace saltar los arcos a distancia. Mi nuevo amigo no se movió y se limitó a decirme:

—También conozco al otro general Cabral.

—¿A qué otro general Cabral?

—Al chileno, que no debe de tener más de cincuenta años, mientras que usted calculo que pasa de los cinc

Me eché a reír y le dije tranquilamente:

—Eso quiere decir que he sabido disfrazarme bien. Yo soy el general chileno. ¿Pierde usted que los penderones argentinos me habrían dejado pasar la frontera de haber venido con mi propia facción? Por eso he copiado la del viejo general argentino.

En vez de sacar mi revólver, saqué mi cartón y se lo entregué, y aproveché los segundos que él abrió los ojos de mí para recubrirme y saltar al avión, que sacudí sus faros y los encendí a todas, y después inmediatamente con la velocidad de una golondrina. A cincuenta metros apagamos las luces para que nos ametrallasen en sus ascensos y nos perdamos en la noche. Hemos salvado el peligro de la peor aventura de nuestra vida, señora presidenta.

—Y ahora queremos salvar a la patria —dijo Zia.

—¿Cómo ve usted la situación, general? ¿Háblame con franquesa!

—Muy mal —respondió Cabral crudamente— Considero que la Patagonia será ocupada por el enemigo en ocho días y que difícilmente la recuperaremos nunca. No tenemos ejército...

—Podemos convocar inmediatamente un millón de soldados.

—Milicianos, señora, pero no soldados válidos y capaces —apuntó Zia— ¿Cuántos de ellos serían aptos para el servicio de las armas? Recuerde usted que cuando existía la conscripción, del cincuenta al noventa por ciento de los conscriptos resultaba inútil por deficiencias físicas.

—Si recuerdo es cosa vista, hace sesenta años se habló de eso en el Parlamento.

Se habló pero no se hizo nada más que hablar. A los anarquistas les ha repugnado siempre los problemas militares.

—No tenemos ejército ninguno— y lo peor es que no tenemos espíritu. No va de guerreros pero al siquiera de argentinos. Se ha enseñado en el pueblo una vocación política y antimilitarista. Se pasa los años debatiendo asuntos como les ocurría a los bizantinos del siglo XV que discutían de granadera y de tecnología en los momentos en que Mahoma II estaba invadiendo las murallas de Constantinopla y sosteniendo su asedio en el Bósforo.

—¿Por qué no nos dijo antes esto alguien?

—Ah señora me habrían lapidado! Me habrían acusado de comprometer las relaciones internacionales.

‘La Sociedad de las Naciones’ (La Corte de La Haya) —gritó esta Argentina Feroz—. ‘Hay que reñir, señores!’

Maria Hilda se puso de pie, pálida y rabiosa, y dirigiéndose a su acompañada ministra le dijo indignadamente:

—Señora ministra, no suena usted los pantalones que lleva. Le acepto su renuncia aunque no la haya presentado. Señor general Cabral le ofrezco la cartera de Guerra, y a usted, amablemente, la cartera.

La ministra de los pantalones se cubrió el rostro y se puso a lloriquear. El general Cabral —que se había aproximado al balcón del ante salón— de pronto con una ráfaga como si hubiera visto lo que estaba sucediendo, sacó un papel y se lo presentó a maria Hilda.

—¿Qué es esto, general?

La renuncia que debo firmar y que hemos venido a pedirle en nombre de la patria.

—¿Que debo firmar con pobre mujer?

No, señora, usted, la presidenta de la Nación.

Hilda Söbberman apartó el papel como si fuese una vitrina.

—Pero ¿usted es usted general? ¿Sabe que puede mandarlo preso y fusilarlo?

—No desentusiasme, señora, echo un vistazo por el balcón y veo los cincuenta mil chabachones que nos apoyan y sostén el balcón del oeste.

En cambio el doctor Alcázar que miraba por los balcones del rumbo opuesto sonó en el brazo al general.

—Este hombre no le apoya a usted, general, son anarquistas. Pero usted, señora presidenta, y yo y todos los que formamos este dichoso gobierno debemos renunciar.

—Alcázar! Eso no más faltaba! Usted un muerito templado y cuerdo está delirando — exclamó la Söbberman horriente. — Señor general, vuélvase a abrirle la cartera de Guerra.

—Ya es tarde mamá para ofrecer cartones! dijo Rahab, que había entrado sin que lo sintieran y alzóse a dar el desahogado ofrecimiento: — Si quieren salvar la piel, vengo conmigo.

El almirante Liz le cerró el paso.

Váyanse en buena hora, pero usted firme antes con nosotros, de algo le valdrá el hacerlo.

En ese instante se presentó condecorado Porchito al patriarra constitucional de la Argentina, revuelto de los resplandecientes vestidos púrpura que él había inventado para su uso y que el Gobierno había impuesto por ley. Sobre la cabeza arrojaba a pesar de sus ochenta invierno, azoteábase la calidropie tiara de los patriarras argentinos, produciendo estefano de no que tenía una corona más que la del papa. Carlo como era de distintas piedras y según la original liturgia de la Iglesia Argentina simbolizaba una de las cuatro virtudes fundamentales de ese papa, la primera, de ternura, por la fe, la segunda, de comercialidad, por la repugnancia, la tercera, de

rubias, por la caridad, la cuarta, de esplendores heráuticos, por la virtud magna de los ciudadanos la democracia

Fe esperanza, caridad y democracia!

Monsieur Pochito había sido frade conventual hasta los cuarenta años en que a pedido del presidente Juan Manuel de Rosas, lo sentó Sede lo preconizó obispo de las Malvinas

Cuando los murecomunistas se apoderaron del gobierno y empezaron a quemar frailes y monjas, monseñor Pochito que no tenía miedo de mártir prestó el juramento constitucional que lo apartaba de Roma y lo hacía incurrir en excomunión mayor

Patriarca de la Iglesia Argentina donde hacía veinte años, aunque era viejo y no tardaría en dar cuenta a Dios de cómo había especulado sus viejas, ni su condición de lazarero ni su calidad de riquísimo rotaban torcidas, y vivía escuchando las oportunidades de acrecentar su influencia entre el pueblo y ante el Gobierno

Ai saber que se conspiraba contra mieta Hilda, que se había con su eloquencia a la riquísima dama Corrió al palacio a ultimar una multitud y pidió a la presidenta que lo dejara salir a la multitud zozocadamente desde la tapizada de honor

-¡Elucet eorum sermo spes -dijo, aplaudiendo a el mismo lo que un alma canta de la palabra de Dios
Al palabra más hermosa y veloz

Venir mental -repitió Nabab, viendo a su madre inclinada a permitir aquel licuero que dilataba sus esperanzas. No pierdas tiempo en escuchar a este viejo chocho.

El patriarca se hizo el desentendido y con gran molestia añadió

Dejadme hablarles al corazón

Si fuer en el poder de sus libertades y no vacas ahora mismo -dijo, violenta y tachuada, Nabab, asiendo de la mano a la presidenta.

El general le cerró el paso, y vista Hilda comprendió que no le permitirían salir si no se despojaba de su carácter presidencial.

— ¡A ver ese papel, general Cabral. La suaria está echada!

En aquellos momentos en que el país se iba a hundir en un lago de sangre, el general conservaba una calma fría y lúcida.

Entregó la hoja con la renuncia escrita y para que la dama no tuviera que buscar pluma, le ofreció su autógrafo.

Misia Hilda sonrió:

— ¡No soy tan antigua. Yo acostumbré a firmar de otro modo.

Hacía una puntita de platino y disparó sobre el papel y es el sitio en que debía firmar apareció un sello rojo, que, introducido en un aparato de rubio denta con la propia vía de ella. Yo, Hilda Liberman.

Era su firma, que desafiaba toda falsificación.

— Ya está! ¡Vamos, Rahab!

Se acercó a un panel de la muralla y apretó un resorte y se abrió un exterior secreto donde estaban los dos.

— Ahí, en la azotea —dijo Rahab a su madre, mientras ascendían dentro del tubo—, tengo mi athamora. Haremos el Uruguay. En la isla Martín García, mi novio, capitán de la base uruguaya, nos dará asilo. Ya le hablé por radio. Si estos bandidos nos persiguioran, él los ahogaré a cañonazos.

El salón de la presidencia ibase llenando de jóvenes con uniforme nacionalista: pantalón y chaqueta azul y blusa celeste, de cuello volcavo, con corbata blanca. Un birrete negro de cuartel y un sable corvo, como el clásico sable de San Martín.

Entraban por puertas disimuladas cuyos secretos conocían, lo cual significaba que misa Hilda los había te-

mido muy cerca, sin saberlo en su propio palacio. Saludaban militarmente y pedían órdenes al general.

Sobre la plaza Constitución convergían doce avenidas, que la vida dominaba desde el salón de la presidencia.

Alcázar con unos anteojos prismáticos, intentaba descubrir lo que ocurría, pero el pulso se temblaba. Divisaba confusamente el negro oleaje de una muchedumbre en movimiento que avanzaba con el pulso en alta y entre banderas rojas.

Acunadada y girando, zambullida en un dilón, estaba doña Aspinosa, y junto a ella, el patriarca, asiático, que no sabía qué hacer delante de aquellos militares.

¿Quiénes eran? se preguntaba Alcázar. ¿Qué relación tenían los que se habían adueñado tan fácilmente de la Casa de Gobierno con las turbas que rugían abajo, y cuando del estr y los argumentos que avanzaban por el oeste? ¿Como Zia y Lalral se quedaban allí, donde no les iban en su favor? ¿Y el mismo, Alfredo Lardo, ministro de María Nibia, qué haría allí? Habló entonces al general.

¿Debo irme? ¿Debo quedarme? El peligro en que está la patria es lo único que me inquieta. Mi vida nada vale, pero se la ofrezco. Dispunga de mí hasta la muerte.

El general, que siempre vio en Alcázar a un sincero argentino, le tendió la mano, y Zia le dijo al oído:

Miré, che, si fuéramos prudentes, a vos te deberían fusilar, por las dudas, pero somos imprudentes y vamos a abrirte un pequeño crédito. Quedate aquí, como tenés mucha letra y buena pluma, te vamos a confiar la redacción de un comunicado del Gobierno.

Alcázar le mostró la muchedumbre de las calles.

—¿Y les parece a ustedes que esos que vienen allí van a darles tiempo de hacer comunicados?

Zia se acordó. Sentíase ya el trepidante rumor de una carrera encendida. El altísimo masacrición vibraba como el fuso de crista y en las dobles volutas de las ventanitas podían oírse el vaho que subía, abierto de revoluciones, de incienso y de matanza.

Se oyó un cañonazo y luego un penetrante toque de clarín.

—¿Qué es eso? ¿Artillería? —interrogó Aleazar—. ¿Pero el pueblo tiene cañones?

Eso quiere decir, le respondió Zia, que cuando se está en la Casa de Gobierno no hay que abrir los balcones de un lado solo. Después de mirar hacia el puerto, por donde nos llegaron tantas buenas máquinas y tantas malas doctrinas, miremos hacia el interior del país, de donde nos venura la salud.

Y Zia abrió la ventana del oeste en el preciso momento en que una banda militar atacaba aquellas cas-tillo-potas británicas, muy alzado porfirio musical, con que se inicia el humno argentino. Formidables ahuyones des-terraron sobre la ciudad los subterráneos eufonios olvida-dos por los años, pero conservados en los corazones puros, que aguardaban la hora de la patria.

— Por favor, Zia, explícame qué significa todo esto! — exclamó Aleazar encudido por una saludable y descon-tumbreada emoción. — ¿Qué es esa jaramba tropa, unifor-mada, con carteras celestes, que lleva las seis avanzadas de este lado?

Treinta años hacía que no flameaba en Buenos Aires una bandera argentina. El solo guardar un trapo con aquellos colores encerrados por los marchistas equivalía a un crimen que el Gobierno consideraba de poca humani-dad. ¿Cómo, pues, de repente surgen los uniformes, los fusiles, los cañones y centenares de banderas argentinas, uandernas de guerra, bordadas con el sol de oro, en cuyas limbrias chisporrotean los últimos rayos del otro sol que se iba poniendo?

Varios oficiales penetraron en la sala y ocuparon las puertas.

El general se acercó a la ventana y miró a Alcázar averdadas repletas de camisas celestes.

—¿Le asombra? Ya me lo imaginol

Explíqueme, general ¿qué significa esto?

—Esto es lo que durante la guerra civil española se llamó la quinta columna. Pícos son los patriotas que han vivido organizándose a oscuras del Gobierno, alentados por dos amores sublimes: la religión y la patria y esperando la señal de su jefe para alzarse en armas. ¡Hoy he dado la señal!

—Hacia treinta años —exclamó Alcázar— que no veía una bandera argentina. Un enorme crimen cometimos los marxistas al prohibir sus sagrados colores. Aunque yo, senador, voté contra esa ley me siento culpable.

Los cristales de las primitivas se empacaron con las ardientes lágrimas del viejo político en cuyo corazón revivían juveniles sentimientos y memorias.

Sonó un nuevo cañonazo, y se oyó el trueno de una división de caballería lanzada al galope hacia la plaza, donde llegaban ya las primeras oleadas del populacho, ávido de saquear el palacio más rico del mundo.

Otros oficiales más penetraron en la sala, a dar cada cual su noticia.

—¿Qué hay? —preguntó el general.

—El servicio de teléfonos ya está atregrado —respondió uno de ellos.

—Cinco mil finetes han llegado de la campaña —informó otro.

—Se ha logrado sacar de los arsenales diecisiete cañones y cien ametralladoras y ya están enfilados sobre la avenida de la Pasiónaria. —dijo un tercero.

—Los marxistas han cortado la corriente que electrificaba la verja del palacio y se están trepando por ella. Se calcula en doscientos mil los que vienen.

El general se acercó a uno de los teléfonos y se comunicó con su jefe de Estado Mayor.

Por primera vez iba a probarse la máquina de guerra forjada silenciosamente en años de conspiración.

La quinta columna tenía armas y banderas y, lo que valía más, tenía jefes y un ideal por el que sus cincuenta mil soldados de anfitrión renunciaban a la vida.

-¿Coronel Olegario Andrade?

-¡Ordene mi general!

-Que la batería empiece el fuego, y que cada cañón apunte sobre distinta avenida. Que luego la caballería cargue.

El general se apartó del teléfono.

-Vamos a empezar nosotros -dijo- El que paga primero, paga dos veces.

En ese instante reapareció Rahib con su madre.

-¿Todavía ustedes aquí? -les preguntó Zia.

-Me han robado el avión tenemos que buscar otro rápido para salir.

-Déjelos pasar -ordenó Zia al oficial que guardaba la puerta- Ellos sabrán adónde dirigirse.

¿Y nosotros? preguntó doña Aspasia Pérez de Montalvo, saliendo de su anonadamiento y señalando al patriarca, que estaba más asustado que ella.

-¡Déjelos salir también a éstos! ¡No irán muy lejos, me imagino!

Ya Rahib y su madre habían desaparecido.

Existían en aquel sótano de cien pisos ocultos secretos que descendían hasta los abismos, en un punto donde arrancaba un subterráneo. Era esa la única puerta de escape que les quedaba. ¿Pero adónde ocultarse después, que no los alcanzara el odio de las turbas?

Mucha Hilda se había serenado desde que oyó los primeros cañonazos.

-Esto es lo que me hubiera hecho falta a mí: una buena artillería, mandada por un buen general. Y aunque

estos cañonazos no me defiendan a mí, ahora estoy más tranquila.

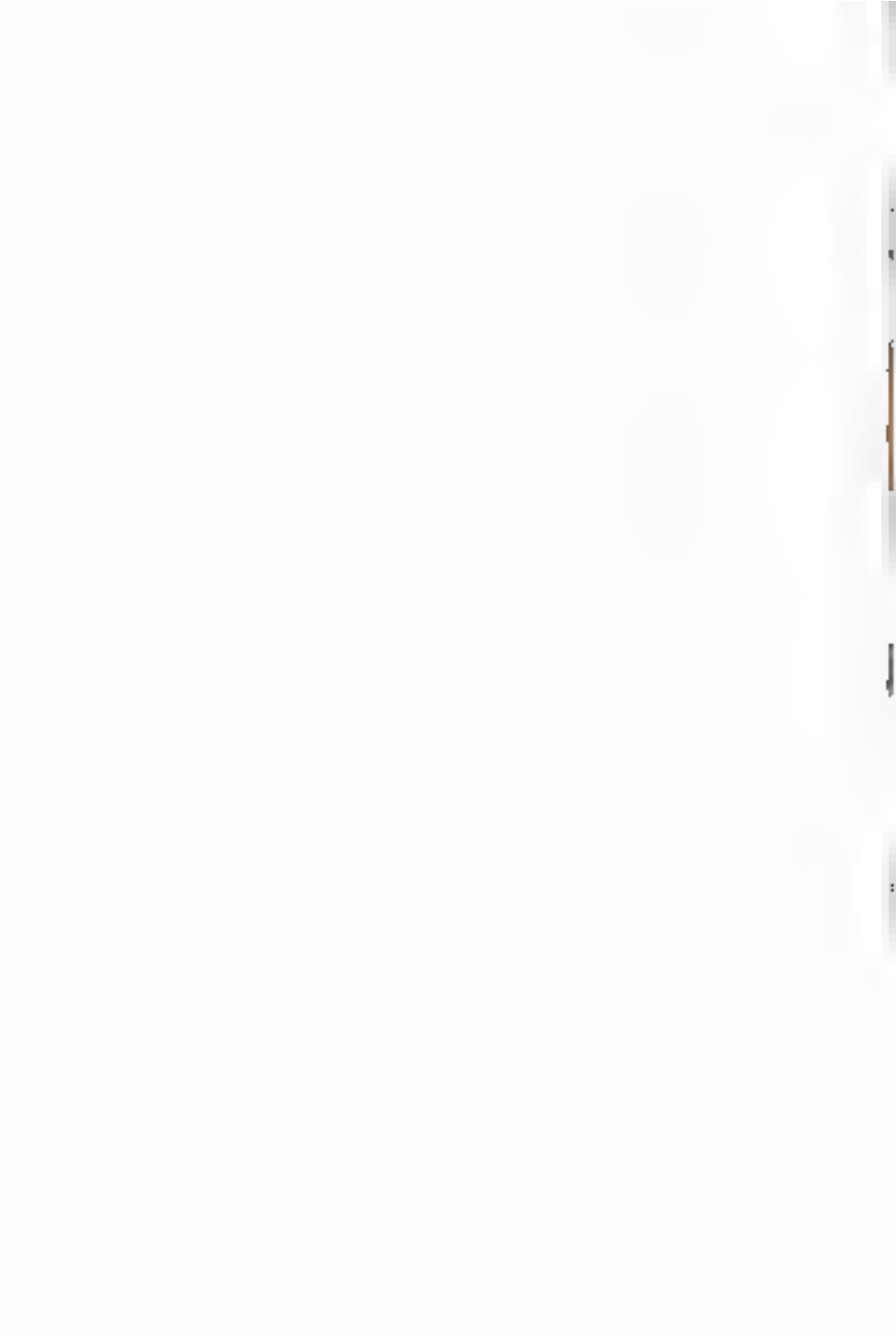
En contados segundos el ascensor las depositó a la entrada del subterráneo, que se divide en varios ramales.

—Ven por aquí, mamá —dijo Rahab, imperiosamente—. Tengo una idea.

Su madre la siguió. Estaban a cincuenta metros debajo de tierra. Cada veinte segundos sentían moverse la costra de cemento que las envolvía. La artillería del general había empezado su terrible discurso, y no tardó en disuadir el pánico en la multitud, que arrojó las armas y huyó por las calles transversales. Una carga de caballería acabó de despojar la plaza.

Esa noche el comunicado del nuevo gobierno fue así:

"La Nación estaba harta de los enemigos interiores, y los ha barrido con sacos de hierro. Ahora debemos enfrentarnos con el enemigo exterior que ha invadido la Patagonia. Todos los argentinos serán llamados a las armas ¡Dios salve a la Patria!"



Capítulo IV *La Argentina en guerra*

El bando del general convenciendo a la lucha contra el invasor provocó la rebelión de los demagogos.

Los anarcomarxistas no tenían más Dios que "la soberanía del pueblo" ni más templos que los comités. Allí adoraban su extravagante deidad, es decir, adorábanse ellos mismos, pues por soberanía del pueblo no entendían otra cosa que la voluntad de su propio partido, y allí se refugiaron a dar voces como sabotearían la movilización y a maldecir "el crimen de la guerra". Hizo de un libro argentino que los gobiernos reimprimían y desperdiciaban como una biblia.

Cuando los marxistas no tenían libertad de robar maltratar o incendiar, pronunciaban discursos humanitarios, renegando de toda violencia.

Durante veinte años, Juan Hilca había fomentado a los oradores de comité, distribuyendo millones de marcos para alimentarlos mientras aprendían a discursar, y centenares de bancas de diputados para que ejercitaran su arte. Así llegó el país a contar con los mejores oradores del mundo.

Era un orgullo nacional saber que sus diáscoras perdían otros lazos en la leña, y que no sólo los oventes universales captaban por radio el temillo aspreamente balado de los oradores porteros, estrangulaban permanentemente todas las otras voces y se entregaban con delirio a esa onda.

¡Qué bien habilitaron los argentinos de 1908, cuando se nos vino la guerra con Chile!

Al cabo de cuatro días de discursos los enemigos de la defensa nacional advertieron que cual todos los peracidos se habían puesto al servicio de "la bola militar" en favor del nuevo gobierno.

Indignados por ello y no queriendo morir acortados en sus días mil comidos se echaron a la calle proclamando la guerra civil y el exterminio de los periodistas.

"Los puertos no serán libres hasta que el último comode de semillas de girasol no sea ahogado con las tropas del último castorino" proclamó uno de los nados ros, recordando la histórica barbaridad de (Valmieri).

Y ardía Buenos Aires por las cuatro puntas y se rompió la traza variosa de que la Nación estaba espiritualmente dividida y que era llegada su hora conforme a la sentencia evangélica: "Todo reino dividido contra sí mismo, dividido será".

Existían en el país tres partidos enemigos a muerte: los anarcosocialistas, los jefes y los nacionalistas.

Primero los anarcosocialistas, en su mayoría fomentados venidos de otras naciones atraídos por la suprema perfección de las leyes argentinas que no hacían diferencia entre un criollo y un extranjero. El inmigrante llegado ayer hoy podía ser elegido presidente de la Nación. El único privilegio reservado a los argentinos de nacimiento era el honor de hacerse matar en defensa de la patria. Se comprendía que a un extranjero le horrorizara morir por un país que no era el suyo, y se lo estimaba de ese riesgo.

A los anarquistas les horrorizaba la guerra, «Oh, el crimen de la guerra!» Pero solo cuando la guerra era en defensa de la Nación y se hacía por jefes disciplinados, que luchaban sin tregua a los desertores y a los pataletas.

En cuanto a la guerra civil, que obstruía los servicios públicos, vaciaba los mejores edificios, saqueaba los bancos, abría las cárceles soltando a ladrones y asesinos, incendiaba, violaba y mataba, esa les parecía sacrosanta era la justicia del pueblo.

En segundo lugar estaban los judíos, de los que sólo habían quedado tres millones.

Todavía eran fuertes por las secretas organizaciones de sus kahalés y sus inagotables recursos financieros.

En tercer lugar estaban los nacionalistas que habían vivido ocultos, preparándose para las grandes batallas de la patria y de Dios.

No eran muchos en comparación con los otros. No más de doscientos mil nombres estaban anotados en sus sigilosos registros. ¿Cómo, pues, lucharían contra veinte millones?

En la Biblia los pocos soldados de Jael Marabon, viendo avanzar el formidable ejército del rey de Siria, se preguntaban lo mismo: «¿Cómo podremos nosotros, que somos tan escasos, combatir contra una multitud tan poderosa?»

Y el Marabon les respondió: «No hay diferencia para Dios entre salvar con muchos o con pocos, porque la victoria en la guerra no está en el número de los combatientes, sino que del cielo viene la fuerza».

Ya no se trataba de ganar elecciones. Único terreno donde el mayor número, cualquiera que sea la ciudad, significa todo el derecho y la razón. Para los nacionalistas mil tórtolas valían menos que una espada y mil votos menos que una túnica. Una espada, pues, valía para ellos más que un millón de votos.

El populacho rojo horripilábase de esta horrenda aritmética de acero.

La urna electoral era su arca de alianza. Todos, hombres, mujeres, niños, desde los siete años, criollos o extranjeros, libres o encarcelados, gozaban del más sacrosanto de los derechos humanos, el verdadero rasgo distintivo del hombre en la rama zoológica: la facultad de votar, elegir y ser elegidos.

Pero una nación tan rica en estadísticas resultaba muy difícil de gobernar.

Tratemos de explicarlo.

Si el gobierno ha de ser una realidad viva y fuerte y un organismo que el primer choque desbarate los pueblos no pueden ser gobernados sino por personas cuyo derecho a mandar se funde en alguna superioridad indiscutible.

No han empezado a discutir por qué gobierna aquí y no éste, se descuaja el fundamento de la obediencia.

Y cuando la única razón del gobierno de aquí es la mayoría, a cada instante se lo puede poner en discusión, porque las mayorías son la cosa más inestable del mundo, y ese hombre puede tenerla ayer y puede haberla perdido hoy.

El peor estrepitococo en las venas de un pueblo es la doctrina de la igualdad.

En la naturaleza no hay dos seres iguales. La naturaleza está dominada por un instinto aristocrático, que tiende a la selección de los más aptos y al dominio de los inferiores por los superiores. Y lo prueban con su conducta los más enardecidos declamadores contra los privilegios. No les bastan las infinitas desigualdades que por naturaleza hay entre los hombres y crean otras artificiales que no les repugnan cuando son en su provecho. Quieren distinguirse en alguna forma, poseer una llave que abra las puertas cerradas para los demás, conseguir

una chapa blanca para su automóvil, una medalla para su reloj, un privilegio.

Cuando impera la doctrina de que todos somos iguales cualquier desigualdad engendra el sentimiento diabólico de la envidia.

No envidiamos al que posee o al que manda siendo superior a nosotros, sino al que posee o manda siendo nuestro igual.

Mientras más pobre de espíritu es uno más confianza tiene en su propia capacidad, porque es incapaz de juzgar rectamente a los otros.

Se han declamado infinitas sandeces contra el derecho divino de los reyes, o sea la doctrina católica de que la autoridad del que gobierna no viene del pueblo sino de Dios.

Aun suponiendo que esta doctrina fuese falsa, sería una de las más sagaces invenciones del ingenio. Su antiquísimo autor habría penetrado mejor que los modernísimos sociólogos la psicología del pueblo y comprendido que a la autoridad del que manda hay que darle un fundamento estable y natural y no esa pobre contabilidad del sufragio universal, o sea el voto de una mayoría la mitad más uno — que a cada minuto cambia.

Si no hay superioridades naturales o sobrenaturales permanentes, no hay más legítimos. Aquel que no se apoya más que en una votación, que significa una voluntad de ayer no puede invocarla contra ella misma, que hoy se siente distinta. Lo ayer.

Aunque yo me haya comprometido a no cambiar de idea durante cuatro años, si en realidad he cambiado y tengo la mayoría suficiente para imponer mi nueva opinión, ¿cómo puede alegar derechos adquiridos contra esa mayoría, fuerza única de toda autoridad? Fundar toda autoridad en la mayoría es sembrar sobre arena el precario edificio del orden social, que necesita cimientos de piedra. Un solo voto que se pase de aquella arena

a esta otra, manda al diablo la autoridad que en él se fundaba.

En cambio, a un rey que reina porque es hijo de rey y heredero de la corona no le pueden discutir sus títulos ni siquiera sus herencias porque él es el primogénito, y en todo caso nunca serán muchos los que se opongan con derecho a heredarle.

Y también a un jefe que manda porque es superior a todos de su grupo. César, Pompeyo, Mahoma, Napoleón... tampoco se pueden discutir uno con iguales, y entre ellos han de ser muchos.

Conveniente a un pueblo de que quien lo manda y lo agita no tiene más autoridad que la que ayer le presto la mayoría es quitar al gobierno su fundamento sagrado y hacerlo una simple creación de la masa caprichosa e inestable que es siempre el mundo la opinión popular.

Suprimiendo la imprescrición y la inalienabilidad, hoy lleva al látigo el mismo mudo y capotillo y mudo, sin dar tiempo a que se marchiten las flores de la popularidad, la desgracia desde la casa Tarpeya. Hoy parece negro y una buena persona roja, y sigue creyéndose infalible.

Y parece que hay filonías de cabezas blancas que no creen en la inestabilidad de la gloria, con su unidad doctrinaria de veinte siglos, pero creen en la inestabilidad de la moral más uno, que se rectifica cada vez mismo y se contradice cada año.

Por más vueltas que se le dé la verdad es ésta: el mundo no puede ser gobernado uno por herencia o quitársela materialmente haya hecho superiores, por el nacimiento, y son los príncipes hereditarios, o por el grupo o el valor y son los condillos.

La tiranía de mil, que es la orgía demagógica, es mil veces peor que la tiranía de uno.

La anarquía oprime a los individuos y da rienda suelta a la muchedumbre. La dictadura exterior a la muchedumbre y da libertad al individuo.

Cuando la tiranía del populacho se prolonga, sobreviene tal desbarbante que el pueblo, el verdadero pueblo, ama un libertador el hombre energético ~~que~~ de cortar los cornos cabanos de aquella bestia monstruosa. Y entonces ocurre este autómata: el mismo pueblo que antes creía en su propia infuibilidad ya no piensa en elegir el mismo a ese libertador porque instintivamente sabe que el producto de todo plebiscito es un ser mediocre, y lo que necesita es un ser superior. Espera a alguien no elegido, y no bien aparece lo reconoce, atrojando por la borda, como un ante inútil la doctrina de la elección popular.

Alguna vez aquel *ser no elegido* que se impuso por su propio gusto ha tenido el capricho de convocar al pueblo para que sancione su autoridad. Hay que ver la alegría con que el pueblo se precipita a las urnas demostrando cuán ciego está de que hoy lo llaman para validar el hecho consumado. Esto es un plebiscito, la firma del pueblo sobre la espalda de un dictador.

No hay ejemplo en la historia de que los plebiscitos hayan jamás resultado adversos a los grandes caudillos no elegidos. El pueblo los vota siempre con entusiasmo, y si no los vota el no elegido se encargaría de honrar y seguirlos gobernando seguro de que su autoridad le viene de Dios y no del pueblo.

El verdadero pueblo tieneasco de la política y una romántica debilidad por esos jefes que suprimen la política.

El gran caudillo, que no debe su autoridad al comité, es siempre un hombre superior a su ambiente y libera al pueblo de los infinitos caciques de barro, cuyas pequeñas tiranías mortifican más que las complicadas inconstitucionalidades de un rey absoluto.

Un grano de arena en el zapato es mil veces más fastidioso que un obelisco construido sin ley en medio de una plaza.

Y por un obelisco que se erige cada cuatro siglos con deficiencias constitucionales, el cacique de barrio me llena de arena los zapatos cada cuatro días.

Esta larga explicación es necesaria para entender lo que ocurrió después que el general Cabral echó a misa Hilda de la Cam de Gobierno.

Los anarquistas habían acatado durante varios años la autoridad de aquella mujer porque tenía una superioridad indiscutible por su la fortuna más grande del mundo, y despulsaba los marcos en los comités, aunque encastara las paachoneras en el trato con su servidumbre.

Pero cuando misa Hilda salió por el balcón, fueron millones los que estando en condición igual podían ser elegidos presidentes de la República.

El grito de "Nuevas elecciones" fue el grito de guerra para imponerse al Gobierno. El general no se dejó intimidar. Él convocó a elecciones, sino a los cuarteles para defender la patria invadida.

"¡Tracción a la democracia!" clamaron los anarquistas, que consideraban más sagrado el ir a las urnas que el acudir a los campos de batalla.

Y pronunciaron centenares de discursos exhortando al militarismo y colocaron decenas de bombas en los sitios donde se reunían los contingentes para formar el ejército y sucedió lo que antes dijimos, que Buenos Aires ardió por los cuatro costados, transformándose en un volcán.

El general prefirió abandonar a su suerte aquella Bahonía decaída y corrompida, y puso su esperanza en los campos y en las ciudades pobres.

No se equivocó. Al toque de los clarines, al estrépito de los cañones hincados y de la caballería, acudían a enrolarse cientos de miles de jóvenes para defender su verdadera patria, que no era para ellos ni Salas, ni Liberia, ni Madagascar.

En pocos días el general habría tenido un millón de soldados, si todos los que acudieron hubieran sido aptos para manejar las armas.

Empero, ¿cuántos decomponer! Más de la mitad de ellos resultaban físicamente inútiles.

La salud del pueblo, tema constante de los demagogos, significaba la salud de los habitantes de las ciudades.

El pueblo de la campaña era como la raíz de un gran árbol, que nadie veía y en la que nadie pensaba.

Solamente las raíces y las hojas atraían las miradas, y aunque el ambiente de los campos era más saludable, la raza de los campesinos, traccionada por los gobiernos de las ciudades, había ido empobreciéndose físicamente.

Empaquetaron aquellos millares de hombres a quienes los médicos declararon aptos para las armas se resolvieron a servir a la patria en cualquier forma.

En la guerra moderna lucha tanto el aviador de la primera fila como el agricultor que abra el surco a docientas leguas del campo de batalla, para alimentar al ejército.

‘Las vueltas de la historia’ En 1814, Güemes salvó con sus gauchos la independencia argentina atacando al enemigo en la frontera de Salta, mientras San Martín en Mendoza preparaba el ejército que había de libertar a Chile.

A los 175 años de su muerte, cinco mil jóvenes que revivían su espíritu renovarían sus proezas en la Patagonia, dando tiempo al general Cabral para organizar su ejército en el centro del país.

¿Pero cómo armar a aquellos 100 000 soldados? Los armamentos consumidos y dematerializados, no podían suministrar ni un cañón, ni una ametralladora, ni una lanza.

La magnífica Escuela de Aviación de Córdoba, donde a mediados del siglo se construían los mejores aviones de guerra, se había convertido en una colosal Escuela de Damas y de Artes Escénicas.

Volaron las danzarinas de pies ligeros y sus innobles minucias cuando el cucoel Faltaque penetró en la escuela con su regimiento. Los Husares de Pueyrredón y harnó las banderas y soló las valientes decoraciones de los muros clavó sus mapas militares.

Córdoba era una región industrial donde ningún obrero podía trabajar más de diez horas diarias, y puesto que las horas "fin del mundo" eran la centésima parte del día, la jornada de un obrero no alcanzaba a tres horas de las antiguas.

De ello resultó que la Argentina quedó tan rezagada industrialmente que a fines del siglo *XX* su ganadería y su agricultura seguían siendo las únicas ricas como en los tiempos de Concolorcorvo.

El general impuso todos los reglamentos de trabajo e impuso en las industrias disciplina militar.

Fábricas y talleres empezaron a producir sin cerrar sus puertas ni de día ni de noche.

Al comienzo de la segunda semana de la guerra, se llevó la primera gran batalla. El ejército chileno de la Patagonia, fuerte de 30000 hombres, encontró a la vanguardia argentina en la margen derecha del río Negro y lo derrotó y al octavo día logró instalarse en la margen izquierda.

Con esto el rey de Chile dominaba la Patagonia.

Tan penosa noticia le llegó al general Cabral en momentos en que atendía a un viejo esbozo rosista alemán, de los que vivían desempeñando secretamente su ministerio.

Era el profesor Salomón que a principios del siglo se ocupó de medicina y realizó admirables descubrimientos. Cuando cumplió 85 años, él y su esposa renunciaron al mundo y entró cada cual en un convento. El doctor Salomón se hizo jesuita y cayó una el año mismo en que recrudeció la persecución anticatólica.

Sentíase perfectamente sano y capaz de servir a Dios y a las almas en su nuevo ministerio.

En la Candelaria una antigua población de las sierras de Achala, criando moras en las anfractuosidades de aquellas montañas desoladas, en verano e inaccesibles en invierno vivió el doctor Salomón no menos de treinta años. Celebraba una diariamente e impartía los sacramentos a los pastores que conservaban su antigua fe. En los entreactos de su ministerio el doctor Salomón que proseguía sus laboriosas investigaciones, había logrado producir como el saho de Bagdad, una sustancia aisladora de la gravitación universal que llamó achalita, en homenaje a las montañas de Achala.

Era un gas que al extenderse en capas horizontales interceptaba esa misteriosa corriente que ejercen los astros, en razón directa de sus masas e inversa del cuadrado de la distancia.

La achalita no obstante ser un fluido impenetrable, era elástica e impenetrable como una chapa de acero.

Una nube de achalita cubriendo una ciudad la defendía de un bombardeo mejor que una caparazón blindada.

Además el doctor Salomón había descubierto un rayo que disgregaba a distancia inconmensurable el plásmo y el ritmo con los que se constituían los órganos esenciales de los motores fin del mundo.

Un avión, un tanque, un barco en movimiento sobre el cual caía ese rayo, quedaba paralizado, como si de pronto sus bielas, sus ejes, sus cojinetes, se hubieran fundido en un único bloque.

El general comprendió la inmensa importancia militar de aquellas invenciones y dispuso que sus ingenieros instalaran usinas para producir en vasta escala el rayo salomónico y la achalita.

En pocos días mientras ardía Buenos Aires en manos de los anarcocomunistas y resonaban los cañinos de

la Patagonia bajo los ejércitos de Chile, pudo realizarse el primer gran experimento de aquellas invenciones. Se cubrió la ciudad de Córdoba con una nube de achalta y se le sometió a un rudo bombardeo.

Desde las volutas que circundaban la vieja capital los cañones arrojaron sus obuses, que al caer sobre la capa gaseosa caían como gotas de mercurio sobre un cristal.

A veces estallaban en el aire.

Cuando el proyectil, por la fuerza del cañón, llegaba a penetrar en el gas, a la manera de una bala que se entierra en una almohadilla de algodón se volatiliza: ha disgregado sus átomos por la potente carga eléctrica de la achalta.

A veces rebotaba, semejaba a una bolita de cristal que golpea sobre un mármol y desaparece.

El doctor Salomón explicó el fenómeno:

—Lo que ha ocurrido es que el proyectil atraído por la achalta de la atracción de la tierra, ha obedecido a la atracción de otra mano: tal vez del sol, y se ha precipitado hacia ella. ¿Cuanto tardará en llegar a su punto destino? Sería fácil calcularlo, pero no nos interesa.

Toraleva más prodigioso resultó el rayo electromagnético, según se experimentó con aviones que se echaron a volar los tripulantes.

La invisible onda los captura en el aire y los arroja en tierra como a palomas heridas por una certera escopeta. Con semejantes armas, era segura la victoria, si el invasor le daba tiempo al general Cabral para producir las en cantidad suficiente.

Pero el mismo día de los experimentos divulgó una gravísima noticia. La Argentina tendría que hacer frente no sólo a los enemigos del sur sino a los del norte pues Bolivia y el Paraguay la acababan de invadir sin declarar la guerra, y a los del este, ya que el Imperio del Brasil había cruzado el Uruguay y apoderándose de la provincia de Entre Ríos.

Capítulo V ¿Simón I?

Cuando fray Simón, antes de partir para Roma, fue a despedirse de su confesor, monseñor Bergman, volvieron a hablar de Juana Taber y el obispo le dijo:

—Su vida es un grande y peligroso poema que me atrevo a llamar el *Cantar de los cantares* del siglo xxi.

Y luego, estas palabras con tono de profecía:

Vuestra reverencia va a Roma, adonde no voy desde que presté el juramento de obediencia a todo el gobierno de la nación. Mi corazón sigue detrás de sus poemas, porque vuestra reverencia es el hombre de esta hora. Estamos destinados a presenciar inmensas transformaciones de la Iglesia en el sentido de la democracia. Si estuviese en los planes de Dios, *¿y quién puede negarlo?*, que vuestra reverencia resultare elegido pontífice, apliquese a una magna reforma, para que el catolicismo recobre la influencia que tuvo sobre el pueblo en los siglos antiguos.

¿Qué reforma es ésa? —preguntó fray Simón, como si ya sintiera en los huesos el peso de la cruz.

Voy a resumirle en cuatro puntos: 1.^o Abolición del celibato de los sacerdotes. 2. Supresión de los órdenes religiosos y de todos los votos. 3. Elección de los obispos por el clero y los laicos, y del papa por los cardenales y los obispos. 4. Lío del repertorio en vez del latín. Demócratizada así la jerarquía católica, la Iglesia será del pueblo y para el pueblo. No más la Iglesia del papa romano, sino la Iglesia del Dios universal.

Sería un milagro la elección de tal papa! —exclamó fray Simón con la garganta seca y sacanqueada.

Y el monjeador constitucional, que hablaba con voz apocada y frases ruidosamente contruñidas, repuso:

Yo que rechazo los prodigios milagros, esto prometo: una verdadera fe en Dios, que todo lo puede, inspirará a los cardenales una elección así, el mundo no habría visto un hombre más grande que ese papa, dando los tiempos de los profetas y de los apóstoles. Pero si el milagro no se hace, si la Iglesia Romana se obtiene en la vía en que está desde los tiempos de Pio IX, que proclamó su propia infalibilidad, el cristianismo perecerá en su forma latina, y nosotros pueblos perecerán con él. *finis latinarum*

Fray Simón prometió hacerle así y salió desahogado como si hubiera estado mirando el sol.

—El catolicismo —se decía en sus delirios de reformador— no es más la religión definitiva, pero aún palpita en su alma. La verdadera religión de Cristo no está hecha, todavía tenemos que hacerla.

Se acordaba de que cierta vez Juanes Taber, entrando en el sacristía del convento, donde se senta él a conversar y burlar, le había dicho:

—A la Iglesia Romana le pasa lo que a un locutorio, mi querido amigo. le falta el aire. ¿Me permite usted que rompa algunas vidrieras de su ventana?

El entonces le contestó con una simple sonrisa, que era una tímida complicitad. Ahora le habría contestado

asintiendo a tamaña blasfemia

A pesar de las precauciones que adoptó la corte romana para retardar la difusión de la muerte del Papa Angélico, al segundo día llenaba ya el mundo de ansiedad.

Hasta aquellos para quienes los dogmas católicos son libro cerrado se interesaban por saber quién sería y qué marcha adoptaría el nuevo papa.

¿Qué influencia prerrogativa al cónclave para su elección?

¿Qué reyes, qué naciones le serían favorables, y cuáles contrarias?

¿Con qué ojos miraría las cuestiones que dividen a la gente? ¿Qué pensaría de los pollos y de la soberanía del pueblo y de la democracia?

¿Reformaría la Iglesia o la mantendría rígidamente en su cauce milenario?

Al tercer día estas preguntas parecieron hallar respuesta.

Ya navegaba en los aires rumbo a Europa el avión en que viajaba el superior de los gregorianos, cuando la radio difundió la inmensa novedad.

Nadie sabía quién había sido el primero en lanzarla pero al instante se apoderaron de ella todos los vehículos de la propaganda y los seiscientos millones de católicos y los mil quinientos millones de almas sin religión que poblaban la tierra, reclamaron la biografía y la imagen del que los diarios y las radios presentaban como el candidato más seguro a cubrir la triple corona.

El futuro pontífice no saldría del Colegio Cardenalicio. Volvería a suceder en esta elección lo que había ya muchos siglos que no ocurría: que resultase electo un simple sacerdote, presbítero, nada más.

Esto importaría ya una revolución, no en la doctrina de la Iglesia, pero sí en las prácticas que regían la más augusta elección que pueden realizar los hombres: la

del vicario de Cristo. Y ella decía, claramente, cuán reformador sería el espíritu del nuevo pontificado.

Las cien mil voces de la prensa mundial alabaron aquel espíritu, el del siglo XXI, que por fin se infiltraba en el Vaticano, espíritu liberal, decían unos, espíritu demorritico, llamábuelo otros, y no faltaban quienes lo calificasen de "espíritu fin del mundo".

Y todas las bocas pronunciaron el nombre del futuro pontífice: Fray Simón de Samaria.

Eran muy pocas las que sabían que el superior de los gregorianos viajaba en el avión de Roma y nadie a bordo pasó minutos en el temblor de sus labios cuando la radio lanzó la noticia.

Tras una colación la prefecta de San Malaquías que anunciaba con un lema cada uno de los papas que han de sucederse hasta el fin del mundo. Después de *Pastor Angelicus* no quedaban más que uno. Al próximo que de un momento a otro saldría del cónclave le correspondía el lema *Pastor et Nauta Pastor y navegante*. Parecía entenderse que ese lema anunciaba a un papa llegado de otro continente, por arriba de los mares y que habría sido guía o pastor de una orden eclesiástica que coincidiera con las propías del superior de los gregorianos.

En la recala que hizo el avión en Río de Janeiro, salieron los tres cardenales del Brasil, que viajaban para asistir al cónclave.

Fray Simón no se dejó ver de ellos ni salió de su camarote en lo que restaba del viaje.

Conveniente guardar el secreto de su próximo viaje al Vaticano.

Cuando el avión aterrizó en uno de los cien aeródromos romanos, fray Simón descubrió entre los que esperaban a los viajeros al que había ido por él, monsieur Odiard, un artista encuadernador, amigo de los gregorianos en Buenos Aires, instalado en Roma desde hacía años.

Aunque era el más famoso de los encasillados de la Ciudad Eterna y Pastor Angélico le contó siempre sus libros, monseñor Odiard vivía modestamente en una casa de dos pisos en un rincón cénico de la Roma Vaticana, que conservaba por adorno su economía arcaica y tranquila.

Fray Simón le había pedido alojamiento, y el buen señor acudía a recibirlo manejando el mismo un viejo autómata que hacía morir de risa a las gentes, pero del que monseñor Odiard estaba muy ufano, porque era obsequio del difunto papa.

¡Cuán no sería la sorpresa del noble y bonrado eclesiástico al saber que su venerable amigo fray Simón era el más probable candidato a sucesor de Pastor Angélico!

Con orgullo le adeusto una habitación en su casa y acudió a recibirlo. Y con que emoción se sentó estrechado por los fuertes brazos del gran personaje!

Fray Simón de Sarmiento le había advertido que quería guardar el más secreto incognito, y el buen hombre le juró que si por él, si por su mujer, si por alguno de sus hijos, se enteraba nada del magnífico suceso.

Era de reglar, conforme a la constitución inalgemada, de Gregorio X, promulgada en 1271, que a la muerte del papa debían reunirse los cardenales diez días después, para elegir al sucesor. Las funerales del difunto se podían durar más de nueve días. Supervénase durante uno más la llegada de los cardenales ausentes, y al undécimo entraban todos en cónclave, sin que las puertas permitidas del lugar, cuyos puertos y ventanas bajas se marcaban hasta finalizada la elección. Si alguno salía en razón de grave enfermedad no podía entrar de nuevo.

Con esta severidad se quería asegurar la reserva de las deliberaciones y mantener libre a la augusta asamblea de extrañas sugestiones.

Previendo que las circunstancias en que se realizaría el futuro cónclave podrían ser graves para la Iglesia y

hacer convenientemente el expedirse con rapidez. Pastor Angélico había aceptado los planes. Tres días, con los trenes actuales de locomoción, bastaban para que llegasen los cardenales ausentes en cualquier país.

En tiempos antiguos, estando los papas en Aviña se había dispuesto un palacio monumental para los conclaves, que no se alcanzó a utilizar más que dos veces una para la elección de Gregorio XI, quien trasladó la sede pontificia a Roma y otra para la del obstinado antipapa Pedro de Luna (Benedicto XIII). electo éste que no reunió más que cuatro cardenales.

Posteriormente y ya en Roma, se pensó en habilitar el castillo de Sant'Angelo, y más tarde aun, Inocencio XII, en 1691, destinó para el conclave el palacio de Laterán. No fue el lugar definitivo pero a partir de 1823 se utilizó el Quirinal en cuatro elecciones: las de León XII, Pio VII (Gregorio XVI y Pio IX. Después de la revuelta de Roma, en 1870, las reves de la nueva Italia eligieron el Quirinal para su propia residencia, y el conclave quedó una vez más sin otro sitio de reunión que las locales adecuadas aprisa en algunas salas del Vaticano.

Muchos habían creído que aquella elección no se realizaría en el Vaticano, pues para esa época la Iglesia Católica, con su Colegio Cardenalicio, había huido a los desiertos, conforme anuncia el Apocalipsis, o se habría encerrado en las catacumbas, para librarse del furor de los malos príncipes y de los pueblos atea.

El quinto día de la tercera semana del mes de veedor se encontraron en el Vaticano noventa cardenales. Sólo faltaban los dos de Clus, que podrían entrar y participar del conclave en el estado en que encontraron la elección, dado que llegaron antes de su término.

Desde el momento en que el cardinal camarlengo se aproximó al cuclaver de Pastor Angélico, levantó el velo blanco que cubría su rostro y con un martillo de plata lo golpeó tres veces en la frente, llamándolo por su nombre

de pila, y pronunció las fúnebres palabras del ritual "Verdaderamente el papa está muerto" y recibió el anillo del Pescador, que tenía el difunto en el dedo, anillo que luego tenía roto delante de los cardenales, como símbolo de que había cesado su autoridad, hasta que dentro de las paredes del Vaticano el maestro de ceremonias dio el grito de regía *Extra omnes* avisando que debían abandonar el palacio todos los que no tenían función activa en el cónclave y se clausuraron las puertas, y el cardenal camerlengo y los tres cardenales predecesores religiosos recorrieron las habitaciones y dependencias del vasto recinto con antorchas en la mano para certificarle de que no quedaba allí ningún intruso, solo habían pasado cuatro días.

Pero en esos cuatro días el italiano había centuplicado su actividad y sus actividades.

El advento y surge por ciento de la publicidad mundial dirigida por una vieja batuta, a toda hora y en toda forma, por la radio, y los periódicos y los cinematógrafos, y los espectáculos y los diarios y hasta lo que podía llamarse reuniones sociales, se puso al servicio de una sola candidatura.

Clemente V había invitado uno por uno a los cardenales, para solicitarles la voluntad sugiriéndoles que el Imperio quería renovar la tradición de Otón I de proteger a la Iglesia, para lo cual nada mejor que elegir un papa dentro de las corrientes modernas, aunque fuese necesario buscarlo fuera del Colegio Cardenalicio.

También la emperatriz Ágata intentó ganarlos, enviándolos de promesas. A unos les hizo saber ducados, principados y sus reinos, a otros, rentas y fortunas. A todos, la hermosa gloria de pacificar las almas.

Ágata era muy joven, muy hermosa y muy ladina. Parecía a aquella Juana de Anjou, llamada Juana I, reina de Nápoles, que vendió sus tierras de Aviñón en 80.000 florines a Clemente VII, y que por satisfacer su

ambición o la sensualidad era capaz de todo, lo mismo de recibir la comunión de manos de un papa, que de estrangular a un marido, así fuera hijo de un rey, como Andrés de Hungría.

Los novatos principes de la Iglesia, no pocos nobles y virtuosos, sacudidos impavidos al emperador fueron en mano de la emperatriz, y fueron a encerrarse en el Vaticano, donde quedarían a solas con su conciencia.

Ninguno de ellos se dejó arrancar promesa alguna, pero todos comprendieron las intenciones de Urón y las numerosas entuelleras en las promesas de la emperatriz.

No era probable que el conclave durara lo a su situación en puere uas. Hubo conclave que duró treinta y seis, como el de Pío VIII y cuarenta, como el de Gregorio XVI y más aun tres meses y medio como el de Pío VII, y hasta ses meses, como el de Benedicto XIV.

Y las circunstancias que hicieron tan difíciles aquellas elecciones no fueron al de lejos tan complicadas como ahora.

Toda comunicación personal y privada con el exterior estaba prohibida, las censuras eclesiásticas tan graves que momentáneamente el futuro pontífice podía levantar. Mas era permitido recibir periódicos o comunicaciones impersonales y públicas.

Dentro del conclave regia el calendario gregoriano y medíanse las horas por los antiguos relojes.

A las ocho de la mañana del día siguiente a la clausura la campanilla del maestro de ceremonias llama a los cardenales. Ese día el decano celebra su misa y todos los demás comulgan en ella. En los días siguientes cada cual la dice en su habitación o en alguno de los muchos altares dispuestos, y si hay algún cardinal no sacerdote, simplemente diácono y aun laico, como en siglos pasados, se limita a ella.

Luego se visten la *croce* o *crociata*, que es el traje del conclave, mandado por el ceremonial de Gregorio XV.

de líneas solennes y antiquísimas: una clámide o capa pluvial de lana violeta, con larga cola, sin mangas, prendida al pecho, debajo de ella, el roquete de encaje y la mureta. Así marchan a la Capilla Sixtina, donde dos veces por día votarán sus candidaturas hasta que uno de ellos resulte elegido.

¡Qué espectáculo sublime verlos atravesar silenciosamente la sala real de las siete puertas, que Pablo III mandó construir y decorar para recibir a sus embajadores!

Los frescos murales nos recuerdan sucesos grandiosos de la historia de la Iglesia. Pipino y Carlomagno presentando al papa sus donativos. Pedro de Aragón ofreciendo su reino a Inocencio III el emperador Enrique IV recibiendo la absolución de Gregorio VII en Canossa, y Federico Barbarroja reconciliándose con Alejandro III en la plaza de San Marcos, de Venecia. Más allá Gregorio XI el papa de Aviñón, volviendo a Roma y en el último fresco, la batalla de Lepanto, en la que España salvó al mundo de la invasión musulmana. Qué pocos minutos nobles que testimonios de su inmensa responsabilidad no llevarán el corazón y la mente de aquellos hombres, principales actores en la stuprada historia de la Iglesia!

A continuación sus ojos descubren esa maravilla exigida por Sixto IV la Capilla Sixtina, donde al pie del sublime fresco de Miguel Ángel, que representa el Juicio Final, se halla el altar y en él los dos anchos cálices de plata donde se depositarán los votos.

A derecha e izquierda están las banquetas o sillas de los cardenales, según su antigüedad, debajo de un dosel que se mantiene alzado hasta que se elige al papa.

Eligido éste, un dosel es el único que no se baja.

Delante de cada banqueta hay una mesilla cubierta con un tapiz verde, si el cardenal es criatura del papa difunto, o violeta, si fue promovido al cardenalato por un

papa anterior. Del mismo color son las tolas que tapizan las habitaciones de cada una.

Bajo el semisecular reinado de Pastor Angélico habían ido muriéndose todos los cardenales hechos por sus antecesores. Así, pues, todos los tapices eran verdes.

Cerradas las puertas de la Capilla Sixtina, donde sólo quedan los cardenales después de una oración, uno a uno se aproximan al altar y previo juramento depositan la papeleta de su voto en el cáliz de la derecha. El otro servirá para hacer el escrutinio.

Se necesitan dos tercios para ser elegidos, y nadie puede votarse a sí mismo.

La boleta va firmada pero plegada en tal forma que los escrutadores sólo pueden leer el nombre del elegido, pero no la firma del votante, que permanecerá secreta.

Sólo en caso de que un candidato hubiera tenido exactamente dos tercios de votos se buscará su boleta, que se reconocerá porque lleva un lema que él debe denunciar en ese momento, y se abrirá para ver si se ha votado a sí mismo, pues de ser así habrá que proceder a nueva elección.

Practicado el escrutinio se anuncia el número de votos que han obtenido los candidatos, y si ninguno de ellos alcanza a los dos tercios se permite una nueva votación inmediata que se llama de *sección*, por la que tienen la oportunidad de aumentar en ese momento los sufragios y muchas veces dar el triunfo al candidato a quien le faltan pocos votos.

En la elección de *sección* nadie puede volver a votar a su propio candidato ni a uno que no haya tenido voto alguno pero sí puede votar en blanco.

Si del escrutinio de la *sección* resulta que nadie tiene los dos tercios, se da por terminada la tarea de esa mañana o de esa tarde y se queman en la chimenea las boletas con un puñado de paja braseada, lo que produce

la famosa humareda (*sfumata*), por la que el pueblo reunido afuera se informa que todavía no hay papa.

Aunque se reúnen a votar dos veces por día, suele acontecer que se rendían las votaciones eclesíásticas de veces, hasta alcanzar los dos tercios indispensables.

Frav Simón de Samaria aguardó con hacerrante ansiedad el resultado del primer escrutinio y sintió un alivio al ver desde la plaza la tradicional *sfumata*. Inquieto por su suerte, prefería prolongar sus esperanzas.

¿Qué esfuerzo le costaba mantener su aparente indiferencia!

Habría jugado la eternidad de su alma por afianzar en sus sienes la triple corona y en su mano el cetro del mundo.

Se imaginaba lo que de un momento a otro iba a ocurrir: las gentes agnizadas allí no verían la *sfumata* porque uno de los candidatos habría logrado los dos tercios. Sería él, de quien nadie sabía el actual paradero. Por este motivo el Colegio Cardenalicio, antes de proclamarlo, tendría que averiguar su voluntad.

Lo buscarán por toda Roma y cuando él humilde seale, lo aún aparezca a las puertas del conclave éstas se abrirán solemnemente como ante un emperador.

El Colegio Cardenalicio lo aguardará a la entrada lo acompañará hasta la sala del meeting; cada cardenal ocupará su silla mientras él vestido de borda lana sin lugar entre aquellos príncipes de la Iglesia encachará al cardenal decano que le anuncia en dirección: *Accipiamus electionem de te canonice factam in Summum Pontificem.*

¿Qué responderá el fraile que habrá permanecido de pie, en medio de todos?

El contestará como contestó León XIII al cardenal Di Pietro: "Puesto que Dios quiere que asuma el pontificado yo no puedo contradecirlo."

Oírse entonces el ruido de los noventa doceles de los cardenales bajarse repentinamente sin que quede levantado ni uno solo.

Y escuchará la voz trémula del decano que le preguntará qué nombre va a adoptar.

Desde el siglo x en que Juan XII lo hizo por primera vez tomar los electores un nombre distinto del suyo. Solamente dos papas en dos veces lo han conservado: Adriano VI (1522) y Marcelo II (1555).

El sería el tercero que conservaría su propio nombre. Primeramente había pensado llamarse Gregorio XVII, venerando al patrón de su orden pero recordó la misma elementaria traducción por la que siempre se le quiso llamar Pedro II en memoria al jefe de los Apóstoles.

Pues bien el compuesto con esa doble tradición se llama la *Simón* y con lo cual vendría a tener el nombre del Arzobispo que antes de ser Pedro fue Simón.

Se imaginaba el estatus de los cardenales tan atemorizados a la vez como a sus cenizas sólo por momentos el día a un vestuario próximo donde lo vestirían con el traje de su función. Sería blanco, rojo o azul por un cinturón de seda, muestra de encarnación, virginitad o esclavina de terciopelo rojo. Sobre la cabeza el hábito cubren y al cuello una estola bordada de oro.

Vestido así ocuparía el trono elevado junto al altar de la Capilla Sixtina, del lado del Evangelio y uno por uno los cardenales vendrían a besarle la mano y recibirían de él un beso y el beso de paz.

Entre tanto, uno de los dignatarios del obispaletto, precedido de la cruz pontificia aparecería en el balcón frente a la plaza y daría caer sobre la muchedumbre y sobre el oboe entero aquellas palabras viejisimas y solemnes: *Annuntio vobis gradum magnum habemus Pontificem* y pronunciaría su nombre "*Simón de Samaria*" y su título en la larga cronología de los papas "*Simón I*".

Después vendría la adlocución de los embajadores, luego los generales de las órdenes religiosas, los sobers-

nos, el emperador y los reyes que homenajeaban en Roma y que se disputarían sus audiencias.

Desde sus primeros actos de gobierno señalaría el espíritu de su reinado: reconciliar a la Iglesia con la época. Reformaría la disciplina ahuyentando el celibato de los sacerdotes; reemplazaría el latín por el español, dispondría la elección de los obispos por el clero, y también la de los papas por los obispos y el clero. Finalmente convocaría un concilio ecuménico y promulgaría el dogma de los hombres libres: declararía que el pueblo es infalible cuando se pronuncia directamente mediante plebiscito, o indirectamente por mayoría de la mitad más uno de sus representantes.

Habiéndose difundido en Buenos Aires la noticia de que un sacerdote argentino, el superior de los gregorianos, resultaría electo papa, muchos católicos acudieron a su convento a felicitar a los frailes.

Fray Plácido los recibió al principio de muy mal talante y acabó por negarse a atenderlos.

Sólo Ernesto Padilla logró penetrar hasta la buesita y mantener una larga conversación.

—Vuestra reverencia se niega a creer en la noticia que le hemos traído, pero no nos da sus razones.

—¡No creo! ¡No creo! —repitió obstinadamente el viejo.

Además —prosiguió Padilla— parece aligirlo el que un miembro de su orden sea elegido para el más augusto sacerdocio de la tierra.

—Efectivamente me hallo consternado —contestó por fin el fraile haciendo con los enjutos labios un gesto de amargura—. Considero la peor de las desgracias para la Iglesia Católica el que la elección de un papa se decida con ingerencia del gobierno o del pueblo.

—¿No fue así en los primeros siglos de la Iglesia? —preguntó Padilla.

Así ocurrió, es cierto. Algunos papas fueron elegidos por el clero de Roma, en especial por los obispos. El pueblo se limitaba a aclamarlos.

Y bien, ¿eso no podría repetirse en los tiempos actuales?

No permite el Señor que vuelvan esas normas. Si en tiempos de fe tan ardiente y sencilla causaron tantos trastornos, ¿qué sería ahora? ¿Se imagina usted a nuestro pueblo formando comités para elegir un papa? ¿Se imagina a los gobernantes locales, que nosotros conocemos, interviniendo en esa elección?

Parkes sonrió.

Vuestra reverencia está en lo justo. Creo, si no estoy trascorrido, que los antipapas empezaron por elección popular.

Efectivamente —respondió el fraile—. El primer antipapa, Ursino, fue elegido por el pueblo de Roma y una parte del clero, en el año 36, para oponerlo a San Dámaso, que acababa de ser electo por los obispos. Los partidarios del papa riñeron con los del antipapa en una guerra. Cienzo treinta y siete muertos que aún quedaron dieron argumento al emperador Valentiniano para intervenir por medio del exarca de Roma. Desgraciadamente, se puso de parte del papa, que era San Dámaso. Así comenzó con laudable propósito, la intervención de los emperadores, que luego tendió a tan funestos resultados. Los emperadores de Oriente que vivían en Bizancio, y los de Occidente tuvieron a gran honra llamarse protectores de la Iglesia contra infieles, herejes, cismáticos y sediciosos. Pero su protección se transformó en tutela intolerable de la autoridad civil sobre la eclesiástica.

¿Los papas la consintieron?

—No, nunca. La política de la Iglesia durante veinte siglos ha sido afirmar energicamente que lo que es de Dios no puede darse al César. En algunos casos, para evitar mayores males, debió aceptar la intromisión, pero

conservando íntegra la libertad de su magisterio. Y eso le costó luchas terribles.

Perdóneme, vuestra reverencia —replicó Padilla, apelando a sus recuerdos— ¿no hubo un emperador alemán que llegó hasta a deponer a un papa y a reemplazarlo por otro?

—Eso lo han dicho historiadores enemigos de la Iglesia pero es falso —contestó fray Plácido, cuya memoria en aquellos temas era infalible—. Lo que ocurrió fue lo siguiente. En 963, el papa Juan XII fue depuesto, no por un concilio, sino por un conciliábulo reunido en Roma a instigación del emperador Otón I, y reemplazado por León VIII.

—Sí, si —dijo Padilla— eso es el nombre del papa a que yo aludo.

—Pero León VIII es un antipapa. Como tal lo tiene la Iglesia, que no le ha incluido jamás en la cronología de los pontífices legítimos.

Durante un rato guardaron silencio, hasta que Padilla hizo una pregunta.

—Cuando un antipapa usa un nombre y un número, después de él, un papa legítimo que adopta el mismo nombre, ¿repite también el número o toma el que sigue?

—Se han producido los dos casos —respondió fray Plácido— pero conviene advertir que fueron los historiadores los que en un principio agregaron un número a los papas del mismo nombre para distinguirlos. El primer papa que adoptó un número a continuación del nombre que eligió fue Urbano IV en 1261.

—Perdone mi curiosidad, fray Plácido. Me asalta el recuerdo de aquel obstinado aragonés Pedro de Luna, electo en Aviñón a fines del siglo XIV.

Fue un antipapa, que llevó el nombre de Benedicto XIII, y sucedió a otro antipapa, Clemente VII.

—Mi cuestión es ésta. ¿los números de esos dos antipapas se han repetido después por papas legítimos o se han saltado?

Se han repetido, porque a ésas se las consideró no ex ventas en la cronología pontificia. En 1523, Julio de Médicis arzobispo de Florencia, fue electo y adoptó el nombre pontifical y número del primer antipapa del Cisma de Occidente, Clemente VII. Y en 1524, un dominico de la familia de los Orsini, arzobispo de Benevento, tomó el de aquel cabecudo aragonés y se llamó Benedicto XIII. Aún hay una curiosa, que no deja de ser curiosa, el nombre de Leon VIII no se repitió nunca, aunque es tenido por antipapa.

Cuando alencin en tal, y como si hubiera resuscitado su memoria dijo:

Uno de los más perversos antipapas que hayan afligido a la Iglesia fue cierto Pierlironi, hombre de raza juana, y de gran fortuna, que a la muerte de Honorio II en 1130, fue electo por dos cardenales con el apoyo del papado romano. Adoptó el nombre de Anacleto II, y se llamaba a sí mismo "el papa del pueblo". Llegó a arrojar de Roma al verdadero papa, Innocencio II, y durante ocho años usógo, y a su muerte dejó un sucesor, el antipapa Victor IV. Hubo también otra elección en la que el pueblo pretendió intervenir, y que dio resultados funestos, a causa de esa ignorancia. Ella causó el gran Cisma de Occidente: fue la elección de Urbano IV en 1378, contra el cual se levantó el antipapa Clemente VII.

En verdad respondió Padilla -, la historia enseña cuán dañina ha sido para las naciones mismas la intervención de los gobiernos y del pueblo en la elección de los papas. Afortunadamente, no se ha repetido la lección en los tiempos modernos.

Fray Plácido alzó la cabeza y dijo:

Acabamos de recordar que en el siglo x el emperador Otón I reunió un concilio de príncipes electores de la Iglesia, e hizo deponer al papa legítimo

Juan XII y elegir un antipapa, ese León VIII, que la cronología romana no incluye en su lista. Roguemos a Dios que no permita que otro emperador del mismo nombre en los tiempos actuales, tan peligrosos como los del siglo X, renueve su funesta hazaña.

Capítulo VI *Pastor et Nauta*

Al cuarto día, cuando el pueblo de Roma, agolpado en la plaza de San Pedro, había visto disparar la octava efeméride, señal de que seguían expitándose las votaciones, cuando la noticia de que el emperador Otón V había hecho saber al cardenal decano su deseo de visitar el cónclave.

Dado que las constituciones pontificias disponen que será nula toda elección durante la cual se viole la severa clausura, volvió a agitarse una cuestión que siglos atrás se había resuelto en favor de tres soberanos que quisieron rendir testimonio de su devoción al pontificado, visitando al Colegio Cardenalicio en las horas solemnísimas del cónclave.

Pero, tratándose de Otón V, era fácil adivinar que con aquella visita lo que deseaba era influir sobre el ánimo de los cardenales para que se apresuraran a elegir un papa a su gusto.

Por ello, su petición alarmó a algunos pusilánimes, mas se creyó prudente no rehuir el simulado agasajo del emperador y se permitió su visita.

La Iglesia ha resistido siempre a los soberanos de la tierra todo el linaje compatible con el servicio de Dios. Nadie la ha superado en obediencia a las leyes, y en veneración a los gobernantes, porque ve en su autoridad la manifiesta voluntad del Rey de los Reyes, que gobierna al mundo por intermedio de príncipes de carne y hueso.

De allí los extraordinarios privilegios concedidos a los soberanos, aun a aquellos que no lo merecían por su conducta o su religión, y de allí que el emperador Otón V volvió con la respuesta de que el Colegio Cardenalicio suspendería la votación de la mañana para recibirlo.

Al día siguiente en efecto, un enviado, custodiado por tropa aérea, desmontó en la plaza de San Pedro, desfilando de público por la policía imperial.

Otón V acompañado de un príncipe, llegó en uniforme a la gran puerta cerrada del palacio al camarlingo, precedido, lo hizo abrir solemnemente pero no dio paso más que al emperador, el obispo tuvo que resignarse a permanecer en el umbral. Adentro aguardaba a Otón el cardenal decano, cruzaron la Sala Regia y penetraron en la Capilla Sixtina sobre cuyo altar habían sido apostados expresamente los sus grandes cetros que ardían delante del crucifijo.

Los cardenales ocupaban sus asientos, detrás de sus sillones los conclavistas permanecían de pie. Los novatos dobles estaban alzados, como signo de suprema soberanía. Cerca del altar se había dispuesto un trono para Otón, pero no del lado del evangelio, como el del papa, sino del lado de la epístola.

Ya al cruzar la Sala Regia de las siete puertas sintió el emperador la impresión de aquella grandiosa sobrehumana, y al penetrar en la Capilla Sixtina y estrecharse con el fresco inmortal de Miguel Ángel se turbó y se detuvo, y preguntó al camarlingo:

«¿Qué debo hacer?»

-Ocupar el trono, majestad.

Otón V se desasosó la espada y la depositó en el suelo, no queriendo pasar armado por entre aquellos noventa príncipes, cualquiera de los cuales podía ser mañana rey espiritual del universo.

El conserje recogió la espada y la devolvió a su dueño.

Si aquellos conserjes hubieran estado en otro lugar que en el concilio donde cada uno tenía prerrogativas de soberano se habrían arrojado para besar la mano de Otón, pero en ese momento el protocolo consideraba que cada uno de ellos valía tanto como el y todos juntos mucho más que él y por eso guardaron su postura.

Otón ocupó el trono y cuando se le hubieron arrojado se cobró su apogeo y les habló en repetidas proclamas les dio de paz y prosperidad para la Iglesia y el papa que han a elegir correspondía a sus esperanzas del mundo.

El decano le centró en latín que habían estado esa mañana para que el aliento del conserje fuese conocido al corazón de Dios. Como Otón V no sabía latín un secretario transportó lo que había sido dicho en el arcaico idioma de la Iglesia a su híbrido lenguaje y el emperador frunció ligeramente el ceño y quitó atención.

El de año presiguio su discurso y terminó suplicando al emperador que renovara en su reinado algunas paginas brillantes de la historia de sus antepasados protectores de la religión.

Otón prometió hacerlo, se levantó y con el trono los cardenales. Al cruzar de nuevo la Sala Roja le entró el espanto de conocer el significado de sus magníficas frentes, y como empezaran por el de Enrique IV emperador de Alemania, y su peregrinación a Canossa. Otón exclamó:

-¡Ah! ¿Este es aquel abuelo mío que se dejó humillar por un papa?

Un gran silencio acogió la impertinencia del sobe

rano que no queriendo perder el fruto de su visita, agregó prestamente.

—*Fueron tiempos tristes para todos. Esperamos que nunca más los emperadores den a los papas motivo de queja.*

Con esto se despidió acompañado hasta la puerta por los pobres cardenales y sus docientos conclavistas.

En día no se votó ni a la mañana ni a la tarde, y el pueblo romano que no vio salir por la chumena la histórica fumata. Llegó a creer que ya tenía papa y corrieron mil voces, y la radio inundó el mundo con la noticia de que a raíz de la visita de Orán V se había elegido a su candidato fray Simón de Samaria.

Imposible describir la emoción del fraile que escondido en su aposento de la casa de Orland recibió por el altavoz aquella formidabile comunicación: ¡era papa!

También la recibieron en Buenos Aires y fray Plácido corrió a prosternarse delante del Santísimo en su Iglesia vacía, y a pedir perdón a Dios por no haber creído que la elección de su hermano y superior fuese conforme a las vías de la Providencia.

Los cardenales encerrados en el conclave, subidos de que a esas horas rondaba por el mundo una fama noticia comprendieron que era urgente unificar quinones y proceder sin demora a la elección.

Hasta altas horas de la noche se visitaron unos y otros en sus habitaciones se explicaron, se comprendieron, y al día siguiente mientras asistían todos juntos a la misa del camarlanga Caffarata cuando él se volvió a bendecirlos, con repentino impulso lo aclamaron papa.

Así se hizo en 1073 la elección de Gregorio VII, aquel monje Hildebrando que con voluntad de hierro puso término a los abusos de la feudalidad lombardo-germana. Mientras celebraba la misa en sufragio del alma de Alejandro II, su predecesor, fue aclamado papa. Y

así se hizo nueve siglos después, en 1958, la elección de Gregorio XVII.

El nuevo papa, que se oyó aclamar por el Colegio Cardenalicio pálido como un muerto con una entereza-tada, recordó a sus colegas que ya no se estaba en la Iglesia la forma de elección y que sería nula si no se practicaba conforme a la constitución legal.

Ocuparon todos sus huequitas, cuyos dueños se habían hecho. Sólo permaneció alzado el del cardenal Cafferata y cuando una hora después los tres escrutadores proclamaron el resultado del escrutinio, se supo que todos los votos del cónclave menos el suyo, habían caído sobre el carmelitano.

Pocos minutos después apareció en el balcón de la plaza la cruz pontificia y detrás de ella el cardenal decano. Su voz amplificada por los megáfonos y multiplicada hasta los cielos por las ondas, anunció al mundo anunciando la alegría del nuevo papa. *Annuntio vobis gaudium magnum habemus pontificem eminentissimum cardinalem Iohannem Cafferata qui sibi nomen imponit Gregorium decimum septimum.*

No había, pues, se a verdad la noticia de la elección de fray Simón de Samaria?

Mientras el mundo volaba de su asombro y el entusiasmo se entregaba a extremos de euforia, la familia Odierd asistía con recordatorios y frías al desventurado fraile gregoriano desvanecido al pie de su máquina, que por poco lo fulminaba con la tremenda certificación.

—El pulso es bueno— dijo el médico llamado a peña para atenderlo. —No tardará en volver en sí. Pero, ¿qué tan accidental? ¿Pero por qué se ha desmayado un hombre de tan buena salud?

Los Odierd tristes y decepcionados no dieron la menor explicación. Declararon no saber el origen del mal y ni siquiera pronunciaron el verdadero nombre del enfermo.

Este se recubrió en pocas horas y sobreponiéndose a la hoja de su amor propio, se interesó por conocer en detalle los sucesos del conclave y acabó haciéndose esta consola para composición de lugar si el hubiera sido católico, seguramente no se le habría escapado el tiempo.

Con tal pensamiento escribió al nuevo papa ofreciéndole su ferviente adhesión y pidiéndole una audiencia para ir a besar su pie.

Tanta la seguridad de que el papa, en buen tuerto, condonaría de que él estaba en Roma, lo invitó a tratar mano a mano los graves problemas de la Iglesia y hasta le ofreció un capelo, si es que no le afecta la Secretaría de Estado.

Y empezaron a salir para el místico Samaria buena mortales, sin que llegara la respuesta del Vaticano.

¿Qué mal había hecho en partir por a los Orlard el envío de aquella carta? Los dos primeros días a cada rumor de alburta él se sumaba para preguntar si no se había recibido el sobre del Vaticano.

A la cuarta o quinta vez que hizo su pregunta advirtió la compasión con que lo miraban y con acatón por hacerse intolerable. Pretendió cualquier cosa, dio gracias a sus amigos y adictos amigos y se trasladó a la Magna Hostelería un hotel grandioso desde cuyos pines al fin se divisaba la plaza de San Pedro.

Allí aguardaría la respuesta. Y en efecto allí la recibió. Era una simple nota de secretaría en que se comunicaba a fray Simón que el papa lo recibiría en la próxima semana junto con quinientos peregrinos sudamericanos.

Simón una poñalaría en el corazón y se alegró de hallarse en un hotel, donde se alojaba con nombre supuesto.

Como un loro atravesado por una flecha, se arrinconó dolorido, y permaneció dos días sin hablar ni ver a nadie.

En esa época de ansiedad y agitación no había rezado, ni había dicho una sola misa.

De repente su pensamiento desorientado, como una paloma que siente la remota dirección del palomar, se orientó hacia Juana Taber. Sacó una cisterna, donde tenía un receptor de radio fijo siempre en la onda *self* la de ella, y lo colocó sobre la mesa, con la ilusión de que ella lo hablase.

Sacó también su diario y escribió largo rato, con resentimiento contra Roma y el papa.

"Hoy duodécimo día de mi estadía en Roma. La Iglesia consiste en la unión de las almas en la tierra y el amor en el cielo. Eso es la Iglesia de Jesucristo, no la burocracia eclesiástica y la pompa fría y hostil del Vaticano.

"Tres religiones han salido de la Biblia: el judaísmo, el cristianismo, el islamismo, tres ramas del tronco robusto del patriarca Jacob.

"Mi sueño es la unión de esas tres religiones en una vasta Iglesia tolerante y definitiva.

"A veces me despierto en la noche, me siento en la cama, y oigo murmurar en mis oídos estas misteriosas palabras: Levántate, sube a los techos de tu convento solitario y arroja el grán que resonará en todo el siglo xix, que escucharán el papa y la Iglesia Romana y escucharán las Iglesias reformadoras que no fueron capaces de reformar a Roma, y escuchará el mismo Israel, heredero directo de las promesas, y de donde saldrá la ley del mundo y la palabra del Señor.

"Me siento más a mi gusto en la milenaria Iglesia de Israel que en la más moderna y burocrática Iglesia del papa.

"El judaísmo puede llegar a ser la religión definitiva de la humanidad intelectual.

"¿Quién sabe si un día yo, agnóstico de nacionalidad, católico de religión, fruíste de estado, me iré a sentarme a la sombra de la Sinagoga, y adoraré con Israel, al Dios de Moisés, que se ha llamado a sí mismo: 'Yo soy el que soy'."

Se detuvo un rato, con la mano trémula, aunque solamente sus ojos y los de Dios leerían lo que iba a estampar.

"Me voy alejando de la Iglesia del papa, en la misma medida en que me acerco a la Iglesia de Dios.

"El Apocalipsis no es la última palabra del Nuevo Testamento. Debe ser completado por el *Cantar de los cantares*, el Evangelio del porvenir: como un lirio entre las espinas es mi amada entre las jóvenes."

Apoyó la frente sobre el filo de la mesa, y quedó un rato sumergida en el torrente impetuoso y amargo de las cavilaciones.

¿En donde estaba ella? Tantas largas semanas habían pasado sin la menor noticia.

De pronto oyó la conocida señal con que Juana Tabar solía llamarla.

Ella, pues, se acordaba de él y lo buscaba a través del éter.

¿Quién sabe cuántas veces lo habría llamado en esos días, sin que él le prestase atención! Ahora lo hablaba sin mostrarsele por la televisión. ¿Coquetaría de mujer! Él no podía contestarle, porque no tenía allí su transmitor. Se limitó a escucharla.

"Sé que usted está en Roma. Yo no estoy lejos de usted. Si mañana celebre misa en la iglesia de San Lino, no dejo de dar la comunión a una persona que se acercará al comulgatorio."

Calló la voz, y él experimentó una loca alegría, mezclada con una indecible preocupación. Si a la mañana siguiente ella se aproximaba a la santa mesa para participar de los sagrados misterios del catolicismo, sería porque ya había sido bautizada. ¿Quién la bautizó? ¿Acaso otro sacerdote? ¿Pero cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde? Tuvo creencia de esa conversión que no era su obra, y se entristeció.

Recordó que ella un día le preguntó si sería sacrilega la comunión de una persona que por acercarse a Cristo antes de bautizarse, se presentara al comuniquatorio.

El le respondió que la comunión, sin las condiciones esenciales, es siempre sacrilega, y ella le replicó sonriendo:

— ¡Ustedes, los sacerdotes romanos, sobre demasiada teología, ni el centurión ni la samaritana sabían tanto.

— ¿Y realmente fuera ella la que quisiera comulgar, ¿qué haría él?

Tomó de nuevo la pluma y repitió en otra página algo que había escrito meses atrás:

— Una Iglesia con tres círculos donde cupieran todas las almas de buena voluntad: 1. Los cristianos; 2. Los judíos y los musulmanes; 3. Los politeístas y aun los alics. Y en la que todas tuvieran el derecho de alimentarse con la carne de Cristo. ¿Cuántos milagros no operaría la gracia sacramental!

— Debería haber pues, una Iglesia para los que dudan y hasta para los que niegan, espíritus profundamente religiosos, pero que no pueden dar formas positivas a sus creencias y a su culto.

Pasó el resto del día huyendo de la gente. No quería que nadie advirtiera ni la ulcera de su amor propio, ni el volcán de su corazón, a cuya cima él mismo no osaba asomarse.

Corría por las calles donde se amontonaban ciudadanos del universo entero y hasta reyes de todas las naciones, que concurrían a adular al emperador. Y se decía, casi a gritos: "Quiero seguir siendo sacerdote de la Iglesia Romana. Siento que tengo una misión dentro de ella; debo quedarme en ella, para realizar cosas que no han sido pensadas, dichas, ni hechas hasta ahora, cosas destinadas a preparar la unión de todas las comuniones cristianas, de todas las religiones místicas de la Biblia, en la grande y libre unidad de la Iglesia del porvenir."

Siempre, después de una explosión de sus resentimientos contra lo que llamaba "la burocracia romana", no osando todavía decir "el papa" por un resto de devoción a la sagrada persona del vicario de Cristo, siempre con la sin advertirlo en un espasmo sentimental. Sus cavilaciones formaban un amasijo extraño en que se mezclaba la doctrina con la pasión. Los ataques líricos se cedían a las interpretaciones teológicas, en una mezcla lúbrica con la blasfemia.

Yendo a la iglesia de San Lino a disponer lo necesario para celebrar al día siguiente, se acordó de una discípula de Juana Tabor.

Habíale negado el la eucaristía merced a no abjurar de sus errores y se bautizara, y ella le objetó:

"Antes el Buen Pastor corría detrás de la oveja descarriada y la traía nuevamente sobre los hombros. Ahora la oveja descarría corre detrás del Pastor y éste la rechaza. Antes el pastor era Jesucristo y ahora es el superior de los gregorianos. ¿Qué diferencia en su trato?"

Sonrió amargamente al fríale, acordándose de aquello, y exclamó:

-Ella tuvo razón de quejarse. Aunque no esté bautizada, ella pertenece a una Iglesia superior a la mía a la libre Iglesia de Jehová. Es más libre de formular lo que yo, más puta y más fuerte.

Se detuvo en un cruce de avenidas, estación de aeródromo. A pocos pasos iba una mujer vestida con un traje oriental al modo de Juana Tabor. La misma estatura, la misma gracia desmenuada como si marchara sobre las puntas de los pies, en sus molineros de oro.

¡Pero no era ella! Tal vez se hallaba a miles de leguas, en otra nación.

Y si de veras estaba a su mira, ¿le daría o le negaría la comunión?

Hasta sin el bautismo del agua, a su juicio debía considerarla católica, por el corazón y los pensamientos.

Si tenía dudas y vacilaba en convertirse era porque el diablo celoso de que le arrebatasen su presa bloqueaba y oprimía su espíritu. Por eso el conculga le sería de gran provecho, aun antes del bautismo.

A diurno que se le cruzaban en la acera volvían la cabeza sorprendidos al que hablara solo.

— ¿Posterior a que es un poeta? Va comprendiendo mandrigales a su amada. ¡Ay! alguna que lo oyó exclamar: "Oh mi bien amada! Es inútil disimularlo. Te amo, pero te amo en Jesucristo! Sólo que este amor es demasiado puro y religioso para que forme una familia. Dios quiere que forme una iglesia, la iglesia del porvenir. Este amor es un instrumento nuevo para salvar al mundo!"

En San Lino, el convento de monjas le la Esperanza le bastó dar su nombre para que lo hicieran pasar a un leonetero blanqueado a la ral con unas pocas uñas y una media cubierta por un tapiz tejido a mano y un crucifijo de madera nueva.

En una de las paredes un equisfuerzo la torre inclinada de Pisa.

El feble amorá sacerdotamente.

Se le entusó la imagen de la Iglesia Romana a punto de caer y él no la sostenía. Así habían perecido todos los herejes. Ellos desaparecieron y ella permaneció inmutable como la cruz. *Cruz ante dum voluit rebus.*

No estaba a esa hora el crucifijo. La madre superiora se encargó de disponerlo solo para que al siguiente día fray Simón celebrara misa en el altar privilegiado mas como el fraile quería pasar inadvertido, ni siquiera la comunidad lo supo.

Fray Simón volvió al hotel, acunado por sentimientos y proyectos oscuros.

— Oh qué bueno sería yo — exclamó de repente — y cómo bendeciría al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob que no quiere que el hombre estuviera solo, si esa mujer fuese mi compañera virginal!

Toda la noche lo oprimió la idea de una entrada unida, que él, para portizarla y escamurla, denominaba "virginal".

Al alba se levantó con un impulso juvenil, impaciente por la lentitud del tiempo. A fin le consentieron púase a hojear el breviario.

En los comienzos de su vida sacerdotal, no había para él lectura más deliriosa que aquella.

Encontraba pasajes tan sublimes que le parecían directamente escritos por Dios. Se le llenaban los ojos de lágrimas al rezar el elogio de la Santísima Virgen, el 11 de octubre.

"Yo salí de la boca del Altísimo engendrada primero que ninguna criatura. Yo sola hice todo el giro del cielo y peoré en lo profundo del abismo."

Tembaba de amor al rezar la tercera lección del 7 de octubre, que empieza de esta manera:

"Tu soy la madre del amor humano y del temor y de la ciencia y de la tanta esperanza. Los que de mí conocen tienen siempre hambre de mí, y tienen siempre sed los que de mí beben."

Ahora, en cambio, hallaba esa lectura seca y aburrida y la llamaba "la oración reglamentada y farisaca, puramente *officiell*, como decían los casuistas".

Arrojó el libro con repulsión sobre su cama lujosa, que no era ciertamente según la regla gregoriana, y se puso a escribir.

"Noche de fiebre. He sufrido en cuerpo y alma. Pero me he despertado con el brío de los veinte años. Ahora veo claro. Mi objetivo ya no puede cambiar: la unión del catolicismo con el liberalismo. Es la causa de Dios la que sirvo en el mundo y scrpio confiado en juicio. Ahora me planteo esta cuestión: ¿No podría suceder que me viese obligado a salir de los límites visibles de la Iglesia, límites trazados por los tolerantes teólogos de la Edad

Media, y a esperar en una comuñón libre la reorganización de la Iglesia Católica del porvenir?"

Se levantó, se pasó agitado, espiando en los cristales de sus ventanas triangulares los primeros rayos del limpio sol romano.

—¡Halo aquí! —exclamó tendiendo los brazos a sol, que, sin dejarse ver, doraba ya la augusta cúpula de San Pedro.

Desde sus altísimas ventanas, casi en la línea fronteriza de Roma con el minúsculo estado pontificio, veíase la masa del Vaticano, en sombras, como un abismo bajo el cielo claro y glorioso.

Para el fríolo aquello era un símbolo.

El Vaticano yacía en las tinieblas de lo pasado mientras se levantaba el sol nuevo, que alumbraría la ciudad de Dios, donde se reedificaría una "Iglesia católica liberal y democrática", cuyas autoridades serían elegidas por el pueblo mismo. ¿A qué cumbres no alcanzaría él, con su inmensa popularidad, el día en que los papas se eligieran por el voto de los fieles?

Voltió a la mesa y escribió: "Para salvar a la Iglesia hay que comenzar dando muerte al jesuitismo. Mientras los jesuitas montan la guardia alrededor del papa, no hay esperanza de reconciliación entre el sol que nace y el Vaticano que se hunde."

Apoyó la frente acalorada en las manos sangrientas, y durante un rato se sumergió en sus pensamientos.

Le venía a la memoria el sueño de Juan Tabar.

"Anoche soñé con usted. Lo ví en un convento vacío, usted fue el último en salir."

Cuando escuchó por última vez estas palabras, le ofendieron, porque su amor propio era el más fuerte aliado de su vocación sacerdotal. ¿Qué comentarios no harían las gentes, que lo admiraban, si abandonase el convento? Ahora empezaba a acostumbrarse a la idea.

Tomó de nuevo la pluma:

"Permaneceré en la orden, pero haciéndola una vida aparte en la alimentación, el sueño, la oración, las relaciones."

"Siento que tengo una misión en la Iglesia. No es la voluntad de Dios que abandone el convento. Debo quedarme y preparar desde adentro la Iglesia del porvenir."

Ya era tiempo. Apareció los severos pliegues del hábito y salió a poca distancia había un ascensor de aeródromibus. Subió hasta la elevadísima plataforma a trescientos metros sobre la calle y tomó el que lo condujo a San Lino.

Sentía la embriaguez de un prisionero libertado. Dentro de pocos minutos vería a Juana Tabo.

Se le cruzó el escrúpulo de si sería lícito celebrar misa nada más que para dar la comunión a aquella mujer. ¡Bah! Si iba a cederse en tales minutías nunca llegaría a calar su conversión. Ella era una venida de Cristo y él la puerta de la Iglesia que ningún escrúpulo debía cerrar.

Piensen lo que quietan los teólogos viejos al estilo de fray Plácido: este amor es divino en su origen, y si lo conservamos puro será tan base de piedras sobre la cual se asentará la Iglesia. No una Iglesia clerical o sectaria sino la Iglesia del porvenir, la Iglesia de los que aman y esperan.

En la sacristía el monago le entregó una carta y unas rosas y le guardó la carta en el bolsillo, renunciando, por el momento, a leerla, y mandó poner las rosas sobre el altar. Qué deleite halló en su aroma!

Había empezado a revestirse cuando le venció la tentación de leer la carta.

Voltó la espalda al monago, abrió el sobre y leyó: "Mañana partiré y ¿quién sabe cuándo volveremos a encontrarnos! No oíó el ruiseñor que cantaba en los jardines del Vaticano enfrente de su hotel, que es también el mío? ¿Sabe que estoy cerca de usted? No, no ha podido

oirlo porque no ha sido mas que un sueño. Yo he soñado por aquel que el ruiseñor cantaba en el Vaticano. piense usted por mí... ¿Que dicho hacen? Me acercaré al comulgatorio. Si usted me rechaza, creeré que Dios mismo es el que me cierra la puerta de su Iglesia. Si usted no me niega el Pan de Vida, yo seré su estrella de la mañana, que el Señor prometa dar al que perseverase."

No podía creer que Juan ignorase que había estado a punto de ser elegido papa, y que, por tanto, después del terrible fracaso debía tener el corazón lleno de amargura y tristeza. Pero es la mas leve alusión a ello. Era como si una mano suave le pusiera un bálsamo en la herida y se la vendase con dulzura.

Se le llenaron de lágrimas los ojos y tuvo que apoyarse en la mesa donde estaban los sacramentos.

Sentiose a la vez inquieto, alegre y fervoroso. Pareciale que era la confirmación de Dios mismo; confirmación no sólo de sus ideas teológicas, sino también de aquellas quimeras sobre cuyas alas impetuosas volaba hacia lo desconocido.

Se revistió a prisa, y con el cáliz en la mano penetró en la iglesia, cuyos rincones todavía estaban llenos de sombras.

Unas mujeres había ya. Y algun hombre, medio arrinconado, a la manera del publicano, anónimo de contrición.

De una rápida mirada descubrió a la que se había enviado las runas cerca del púlpito, envuelta en un blanco velo oriental, con la frente oculta por una cinta escarlata.

—En nombre Patria —articuló distintamente fray Simón, santiguándose, inclinado ante la primera grada del altar y en voz profunda y monaca. Lleno la iglesia.

Comenzó entonces aquel rápido diálogo litúrgico entre el sacerdote y el monaguillo.

El sacristán. — ¿Por qué estás triste, alma mía y por qué me turbas?

EL SACERDOTE Espera en el Señor salud de
del rostro y Dios mío

El hondo pecho llenábase de lágrimas y la garganta
de sollozos.

Era sacerdote hasta la médula de los huesos, y la
indeleble de esa unción, que no se borra ni en el cielo, ni
en los infiernos, se le presentaba con la tremenda impre-
cación del mismo.

Tu es sacerdos in eternum ("Tú eres sacerdote para
siempre").

Pronto se le disipó el fervor inicial, y empezó a son-
rir el perfume de las rosas. A ratos se distraía y no en-
contraba las señales del mal. El pensamiento se iba le-
jos, hacia un remoto país, hacia la arbolada teñida de
púrpura por el sol poniente de una tarde.

Aquella persona que entonces lo acompañó, resis-
tiendo sus argumentos teológicos, había sido tocada por
Cristo, y allí estaba pronta para alimentarse de su divina
carne.

Llegó el momento sobrenatural en que el sacerdote,
por mandato expreso del Señor ("Haced esto en memoria
mía"), realiza el mayor milagro de los cielos, la transub-
stanciación, la conversión del pan y del vino en el Cuerpo
y la Sangre de Jesucristo, mediante las palabras más fe-
cundas que hayan oído los arcángelos desde el *Paraíso* pri-
mitivo.

Solemne y tranquilo, fray Simón consagró, levantó
luego la Sacratísima Hostia y después el cáliz. Poco más
tarde comulgó y quedó con los ojos estrechados.

El monaguillo subió una grada y se arrodilló al ex-
tremo del altar, señal de que algunas personas se acerca-
ban al confesionario, larga y estrecha mesa de mármol,
recubierta de un lienzo blanquísimo.

Fray Simón volvió de su éxtasis, le pareció oír las
sandalias de Juan Tabor golpearlo sobre las seculares
unas de San Lino, y oyó el murmullo del copero que

rozaba el muchacho. Hizo la genuflexión de rúbrica, abrió el sagrario, extrajo el copón lleno de formas consagradas y se volvió para absolver al pueblo.

Juana Tahor hallábase al extremo del confesionario. ¿Quién habría instruido a aquella mujer?

Este pensamiento acogió al fraile como una avepa enconada.

Con el copón en la mano izquierda y una hostia pequeña entre el pulgar y el índice de la derecha, cruzó el presbiterio, llegó al confesionario, y sin temblar depositó sobre la lengua de Juana Tahor el sagrado Cuerpo de Cristo.

Pudo impresionarle la palidez de aquella cara, rotada por el doble relámpago de la purpura de la boca y de la cinta que le ceñía la frente. Pero no vio nada más que la pequeña hostia, empujada por él y esa visión lo cegó. Sus demás gestos, el distribuir la comunión a otras personas, el volver al altar, el guardar el copón en el sagrario y terminar la misa, fueron atenuados a la subconciencia. Ya no veía ni pensaba en nada.

Tenía prisa.

En la sacristía, cuando se despojó de los ornamentos, el sacristán le preguntó si quería dar gracias en la iglesia misma o en una capillita reservada.

—¿Dar gracias? —preguntó distraídamente fray Simón. —¡Ah, sí! No ahora, no puedo. Daré gracias en mi oratorio. ¡Adiós! Despidame de la madre superiora; antéciele que le haré después una visita.

Se volvió a meter en la iglesia por si ella estaba aún. No, no estaba. Recogió las misas de arriba del altar y salió. La calle, iluminada por el sol, era un hervidero de gentes presurosas. Pero en todo lo que alcanzaban sus ojos no descubrió a la que buscaba.

Llamó a un automóvil, vehículo vetusto de los que en ese tiempo quedaban pocas ejemplares, y le dio la dirección de su hotel.

Quería hallarte sólo. Imaginándose que ella le hablaría por radio. Sacaba su cartera, para cerciorarse de que el minúsculo aparato de bolsillo estaba sintonizado con su onda y prestaba oído a la dulcísima voz que, efectivamente, no tardó en dejarse oír.

«Av' Como inflamadas flechas penetraron en su corazón las nuevas palabras.

«Este día es tanen y grande", le dijo ella, sin explicar desde dónde hablaba. "¿Por qué debo llevar un secreto de lo que va usted habré adivinado? Si va rancha la voz de la razón humana se diría. Siga su camino, déjeme morir sola ahora que me he unido con su Cristo.

«Pero mi vida y mi alma le pertenecen también, que no pueda olvidar la trascendental misión para la cual ha sido llamado usted y yo también con usted. Desde hace tiempo he visto el gran peligro en que se halla. Que la mano de un arcángel tome su mano y lo conduzca. Yo, que antes lo invité a salir del convento, le digo ahora. No! Mil veces no quédese en su orden, renuévela, enriquezca la de vocaciones, transforme su espíritu para que ella sea la levadura de una reforma infinitamente más grande que la de Lutero.

"Sea usted el Lutero del siglo xxi, y el gran pontífice de los nuevos tiempos, y déjeme a mí, arrodillada a sus pies, ser su profetisa, dispuesta a dar la vida por su vida, y el alma por su alma."

Fray Simón escuchó estático, y le pareció que le latía el aire cuando dejó de oírse la voz. No podía responderle pero, de haber podido, no hubiera sido capaz de articular una palabra.

Así, pues, aquella mujer que antes se burlaba de su fidelidad a la orden, ahora le decía:

No la abandone: antes bien agrándela, transfórmla, hasta de ella una poderosa herramienta para trabajar en la reforma del catolicismo: una reforma que será incomparablemente más grande que la de Lutero."

Y como era respondía plenamente a sus más íntimos deseos, lo tomó por indicio de que Dios bendecía su rebeldía a las disciplinas de la Iglesia y su desdén hacia el papa.

Guardó la cartera y escribió en su diario:

"El dedo de Dios está aquí, bendiciendo este amor de ángeles, que es substancialmente un culto nuevo. Este amor que bastaría para regenerar el mundo si el mundo lo conociera, como ha regenerado mi vida.

"Escuchare su voz. Nada de lo que pueda ocurrir me apartará de la Iglesia Católica. Nada me arrancará la fe de mi bautismo, ni la gracia de mi sacerdocio. Aunque el Vaticano entero se hundiese, yo no me sentiría conmovido en mi fe.

"Y ella será Débora, la profeta."

Al atardecer cuando apretaba su exigua maleta para tomar al siguiente día el avión brasileño que lo conduciría otra vez a Buenos Aires, oyó de nuevo el llamado de Juana Tabor.

"Estoy a cien pasos de usted y aporutándome a partir para Buenos Aires en mi athanora. Tengo un camarote libre. Vengase conmigo. Si oírpta, veple el último reflejo del sol en la cúpula de San Pedro, suba entonces a la terraza del hotel. En el viaje me bautizaré. Todavía no estoy unida a su Iglesia, pero en la comunión ya me he unido a su Cristo."

Kubo una pausa que lo entristeció. Luego prosiguió la voz:

"Ha comprendido, de una vez por todas, la misión de profeta que Dios le ha dado? Hasta ahora su debilidad fue dudar. Su fuerza en adelante será creer. Dios puso en su boca la palabra divina para que la predicase no a una sola casta, sino a los hombres de todas las castas. Piense en los cuatrocientos millones de hindúes que todavía esperan sus palabras. Usted será el Precursor del que ha de venir, porque será su Pontífice y su Profeta."

Calló la voz, y él lentamente fue debilitando las rodillas, y así quedó largo rato, bajo el aturdimiento de aquella confusa predicción.

De repente alzó los ojos y experimentó un sacudimiento eléctrico, como si hubiese llegado en ese instante a la línea que inexorablemente dividiría su pasado y su eternidad futura.

El último fulgor del día acababa de desvanecerse en la sublime curva de aquella torre sagrada, polo del mundo de las almas.

Por una rápida interrupción de las máquinas que proveían de luz a la enorme ciudad durante breves minutos quedó todo en la oscuridad, a tiempo que fray Simón cogía su maldita para acudir a la cita de Juan Tabar. Viéndose envuelto en las sombras, recordó las palabras de Jesús a sus enemigos, en el Evangelio de San Lucas:

"Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas."

Capítulo VII *Misa en la athenora de Juana Tabor*

La camarota que fray Simón ocupaba en la athenora de Juana Tabor no medía más de dos metros cuadrados. Pero allí cabían todas sus riquezas, y desde allí contemplaba el cielo y el mar, y con los ojos del alma, el mundo entero y la eternidad.

Volando a veinte mil metros arriba del océano, que cuando podía verse no parecía más que un plato de barro coagulado, sólo era bello el firmamento con sus estrellas titilantes y pa gitanes, y las nubes debajo del avión, sobre las que rodaba la luz, como sobre domos de sólido mármol.

Durmió profundamente la primera noche, en su celda de aluminio y de cristal, vibrante por el zumbido de los motores. Hasta que lo despertó la voz de Juana, que lo hablaba por teléfono. Quería que a las trece y cinco —algo más de las ocho de la mañana— fuera a su camarota, a celebrar misa en un altarito que había preparado.

¡Celebrar misa en la athenora de Juana Tabor! ¿Quién se lo habría anunciado años antes, cuando todavía era fiel a las rígidas rúbricas eclesásticas?

Recordaba... y tal recuerdo era como una cicatriz dolorosa, la forma en que empezó a desahucarse por la perdición del sacrificio que le horrorizaba tanto al principio, y con el cual después se identificó. Fue durante una noche calurosa en que hasta su celda, generalmente fresca gracias a sus gruesas vetustas paredes de adobe, estaba sin embargo caldeada por el vaho de la tarde sofocante que Burnes tierra había sopantado.

Se despertó a destiempo, con la garganta seca, devorado por la sed. Miró el reloj, era más de la medianoche, por lo tanto, no podía beber ni siquiera un sorbo de agua, pues luego le impedirían celebrar su aniversario.

Aunque no era obligatorio el celebrar todos los días, un sacerdote así no se resignaría a ello sino por grave impedimento. Los hay que tienen el mismo regusto de decir que su esposa, cuarenta cincuenta años, ni en solo día han faltado a su propio umam, y lo consideran una gracia naturalísima.

Fray Simón intentó un talo truco de refrescarse batiendo un mazo en su palmas de barro, lleno de agua, que bullaba como un regufo a la luz de la luna. Eso lo encanclió, y aumentó su avidez por beber, se declaró varado, aplicó sus callosos dedos al agua del barreño, se frotó, se puró y renunció a su vida.

No era eso un pecado, ciertamente. Pero la tentación de la sed se repitió varias veces, como una añagasa diabólica, y siempre su halló deba y lo venció. ¿Como un día fuera de fiesta y no pudiera renunciar a su umam por los fieles que acudían a oírlo, bebió y celebró su umam sin estar en ayunas.

En los momentos de su mortal encontraba siempre algún argumento para aquietar su conciencia, que cada vez se iba hacia en voz más baja.

Procuraba en vano, después de oír el mandato de Juan Tabo.

Aunque era ya día claro, faltaban varias horas, que

el fraile, en vez de emplear rezando su oficio, gustó relejendo su diario y añadiéndole nuevas páginas con las impresiones más recientes.

¿Cuánto habían caminado su espíritu y su corazón!

En una hoja del año anterior leyó

"Nada puede conmover mi fe y mi amor por esta Iglesia más grande que las que la gobiernan, más fuerte que las que la defienden, y dueña del porvenir, aunque le asediaban el presente."

¿Cuánto había amado a Roma! Pero desde mucho tiempo atrás oía censurar los procederes de las más altas autoridades eclesiásticas y mostraba su temperamento insomnio y rebelde.

¿Podría ahora decir que nada cambiaría su fe y su amor por la Iglesia Romana.

Fue la noche y escribió

"Ayer estuve por última vez en el Vaticano, todavía con la esperanza de que el papa me concediera una audiencia privada. No pudo ser."

"Cuando se escriba la historia religiosa de la segunda Reforma de la Iglesia este pequeño episodio aparecerá bajo una luz providencial. Si el papa me hubiese recibido, seguramente me hubiera escuchado y el curso de mi vida habría cambiado, y con él la historia de la Iglesia."

"¿Qué lejos estoy ahora del Vaticano y qué cerca de Dios!

"Me siento sacerdote hasta la médula de los huesos, como en los mejores días de mi vocación. ¡Misterio profundo! Al mismo tiempo mi alma siente la pura y omnipotente atracción de una mujer."

"Dentro de unos minutos voy a celebrar la santa misa en su camarote."

"Es un alma profundamente religiosa, si bien tiene para ella misma una visión especial de nuestras dogmas y especialmente de nuestra disciplina."

"Es carnaza del celibato eclesiástico. Prefiero que los sacerdotes ostenten la triple corona de los patriarcas sacerdotales, esposas, padres.

Ya lo he dicho antes, y creo haberlo escrito en este diario. El celibato cristiano es un estado sublime angelico y humano a la vez, superior en cierto sentido al matrimonio por su santidad y su felicidad. Tiene derecho a una recompensa especial en la vida eterna de la cual es imagen y a la vez una anticipación aquí abajo. Yo he tenido ese don de Dios, he conocido su dulzura, he poseído su fuerza, y hasta quisiera que me fuese posible conservarlo toda mi vida."

Acababa de recibir esto, cuando sonó un nuevo y perentorio llamado del teléfono.

La athenora (ha tripulada por dos mecánicos y tres sirvientes, además de los dos pasajeros, Juan y fray Simón.

Todo lo que el ingenio humano y el lujo pueden inventar se había asociado para hacer de aquella nave aérea, aparte de agua de cristal y plata, un reducido palacio "fin del mundo".

¿Qué podía imaginar alguien que allí no hubiese para deleite de los sentidos y del espíritu? Hasta un teatro, donde la televisión unida a la telefonía representaba las piezas que se daban y también las que se habían dado durante la semana en cualquier gran teatro del mundo. Bastaba captar la onda para que los ojos y los oídos recibieran la armonización de sonidos y colores que se producían en ese momento o se habían producido hacía varias horas y aun días a miles de leguas de distancia.

Volando en la estratosfera, la athenora podía dar la vuelta al mundo en ochenta horas.

Pero esta vez, se decía, para retener más tiempo al extraordinario húsar que llevaba a bordo, después que el viaje se hiciera con las máquinas a un costo de ve-

locidad normal, y no de oriente a occidente, sino a la inversa, de occidente a oriente.

Cortando al sesgo los paralelos, pasaría sobre el Asia Menor, Persia, la India, el golfo de Bengala, el archipiélago de Sonda, el mar de Coral y el inmenso espacio del Pacífico, hasta alcanzar el vértice de América.

Juana Tabor, al embarcarse en Roma, había dicho al fraile

No se retardará ni una hora. Llegaré antes de lo que habría llegado en el dirigible brasileño.

Sólo cuando estuvieron arriba de las nubes le confesó que había dado orden a sus mecánicos de volar con rumbo opuesto, y que no tardarían menos de ocho días en el extraño viaje.

Fray Simón no protestó. ¿Qué había de protestar? Apenas adujo que le sería difícil explicar el retardo, y sobre todo el cambio de ruta y el haberse embarcado en el avión de una mujer.

Ella se echó a reír.

—¿Acaso necesita usted decirle la verdad? ¡Inventa cualquier cosa! En Buenos Aires no están ahora las gentes, y menos esos pobres encambrados con ánimo de andar inquiriendo los asuntos del superior. Las noticias que llegan dan cuenta de dos millones de judíos asesinados por el populacho.

Poco antes de la hora, Juana Tabor mandó un sirviente para que condujese al fraile hasta su camarote, situado en el fondo del avión, donde sus ventanas formaban dos suaves combas de cristal.

El fraile entró y quedó deslumbrado por el lujo simple y exquisito de aquella cámara. Sobre una repisa había un gran ramo de las rosas, de las que ella misma cuidaba en su palacio de Martínez para adornar su alféizar. ¿Cómo había rosas para el altar gregoriano en Buenos Aires y en Roma y también allí, sobre aquel altar? Se volvió, y

entonces vio a Juana, tendida en su lecho, con la frente siempre ceñida por su cinta roja.

Una oleada de sangre tñó el pálido rostro del fraile. Las rodillas se le doblaron y cayó al suelo.

— ¡Oh Juana! ¿Qué va a ser de mí? — exclamó apoyando la sien palpitante sobre la mano que ella le tendía. — ¿Míe tengo fiebre?

— ¡Levante su cruzado! — le murmuró ella con aparente severidad. — Estoy enferma y hoy será un día más grande para mí que el de ayer. Hoy quiero bautizarme de su mano, y asistir de nuevo a su misa.

El guardó silencio. ¿Qué dirían en Roma si tuvieran noticias de que había dado la comunión a una hereje antes de bautizarla y se disponía a celebrar misa en el avión, junto a su lecho?

A media voz le oyó sus inquietudes, y ríla, sonriendo, le respondió:

— ¿Hasta cuándo tendrá escrúpulos romanticistas? ¿Arrojese ese lastre inútil? Arriba el corazón! Usted servirá mejor a Dios cuando se proponga no dejar pasar un día sin hacer algo, oculto o visible, contra el rumanismo.

— Si él dijo él levantándose. — la burocracia le tiraría la liturgia romana. — Hacer cada día algo en contra de ellas será servir a Dios.

En el altar halló dispuestos los ornamentos, el cáliz y la palena sobre el ara cubierta de un blanco mantel, y a un lado el misal y también el vino para el sacrificio, y una hostia grande y otra pequeña.

— ¿Quién ha preparado esto? — preguntó, asombrado. — Yo misma. Suponiendo que vendría conmigo ayer me lo procuré todo.

— ¿Dónde lo obtuvo?

— Las monjas de la Esperación son mis amigas y me deben algunas favores. La madre superiora preparó para mí oratorio todas las cosas. Usted dirá si se ha olvidado de alguna.

—Nada falta —dijo fray Simón echándose la estola al cuello— Vámonos primeramente a reunir la fórmula de Pio IV para la abjuración de los protestantes. Después la bautizaremos.

—Yo no soy protestante —replicó ella—. Soy pagana, creo, es decir, creo más en Satanás que en Dios. Hoy creo más en Dios y creo en Cristo, según me lo ha enseñado usted pero no estoy segura de haber dejado de creer y amar a Satanás.

—¿Amar a Satanás? —interrogó él.

—Sí. No puedo aborrecer a aquel en cuyo nombre mis padres me engendraron y que poseyó mi alma antes que Dios mismo, y que en el paraíso terrenal, según refirió el *Genésis*, profetizó el destino de los que comieran del árbol prohibido.

—“Seréis como dioses” —exclamó fray Simón.

—Sí, como dioses. La humanidad ha mordido ya el fruto de ese árbol, y todos somos como dioses. ¿Hemos de temerle de aquel que nos enseñó la ciencia del bien y del mal?

Ella hablaba con una voz estraña y hermosa.

El fraile se sobresaltó. La belleza de aquella mujer resplandecía con ilustre fulgor. El corazón de carne del pobre hombre era una copa llena y a punto de volcar.

Quiero bautizarme y pertenecer a la Iglesia de Cristo, en la forma nueva que usted y yo vamos a instaurar. Libres de supersticiones y de cadenas. En ella todo se unirá, nada se excluirá, ningún cuerpo, ni ningún espíritu, ni siquiera el Espíritu del Mal, ni siquiera el *Hombr de Pecado*. ¿Sabe usted a quien me refiero?

—Al Anticristo —murmuró el fraile apenas con un hábito de voz.

—Sí, al Anticristo, que beberá la sangre de Cristo en la copa de oro del altar. ¿Por qué no?

—¿Por qué no? —repitió él, aturrido—. Esa es la Iglesia que yo he soñado, la Iglesia sin fórmulas, en que no

se echaba ni al mismo Satán, y todos se alimentan de la carne de Cristo.

Juana escuchó con deleite la blasfemia del desventurado, a quien hacía delirar su inquina contra Roma, encendida por la pasión que ella le insuflaba como un fuego infernal.

—La voy a bautizar sin preguntarle nada más y sin que abjure nada y estoy seguro de que en los cielos los ángeles escucharán una voz parecida a la que hace veinte siglos escucharon las orillas del Jordán. "Tu eres mi hijo bien amado, en quien me he complacido."

Incorporó Juana sobre el lecho, y el fraile derramó sobre su cabeza, cedada en las sienes por una cinta encarlada el agua regeneradora del bautismo. Y en efecto, se oyó en las alturas un gemido estruendoso y prolongado que desgarró las nubes y cortó las carnes como una hoz harrumbrada y heló la médula en los huesos.

Ella, sobrecojida un instante, dejó después, para tranquilizar al fraile, que había quedado yerto y con la cabeza gacha.

—Es la borra de algún arido que se cruza con el nuestro. .

Pero la inmensidad del cielo transparente hallábase desierta en todo lo que alcanzaba los ojos.

—¡No prieses más! —exclamó ella, y volviéndose a apartar.

Fray Simón ascendió al altar y celebró su misa, con ganas de acabar aquella escena.

Y nuevo Judas, por segunda vez entregó a su Maestro, al dar la comunión a Juana Tabor.

Cuando volvió a su camarote anotó en su diario las tumultuosas impresiones en que se mezclaban los imperios de su corazón a las extravagancias de su casuística, "que busca en cruzes a los pecados."

"Acabo de decir la misa con mucha fe, recogimiento y fervor. Sin embargo, nunca la he dicho con tanta libertad de espíritu y con la voluntad casi resuelta de se-

pararme de la Iglesia Romana. Durante la comunión, me repetía en voz baja al mismo tiempo que con el corazón: Salir de la Iglesia Romana ¡Ser de vuestra verdadera Iglesia, oh, Jesucristo!

"No bien terminó entró un criado trayéndome un espléndido desayuno, que ella y yo compartimos alegremente.

"¡Oh, vida familiar vida de amor, perfume de cielo, respirado junto a la cuna de ella! ¡Nada de esto es inocuo para mi alma, ni para su alma, ni para la humanidad!

"Juana me ha preguntado cuáles son mis ideas acerca del Anticristo.

"Cuando le hablo del Hijo de Perdicción, como lo llama San Pablo fulgura su mirada y se extravía su juicio.

"Quiero a toda costa que se marche, el misérnico 886, la lleve en mi brazo yo, como un signo de libertad y de amor. ¡Qué infeliz existencia. No me he decidido a complacerle, pero no veo en ello nada malo. Cuando esté en Buenos Aires, tal vez. Pero pienso y lo digo.

"—¿Por qué he de llevarla yo, cuando usted misma no la lleva? y le suavizo su brazo perfecto y limpio. Y ríe."

Al día siguiente el frute dijo su segunda alma en la etnanora, que volaba sobre los mares y bajo las constelaciones australes. Cada vez fray Simeón de Sarmiento se arrojaba más de la comunión católica, y tanto no lo advirtió que llegó a escribir en su cuaderno:

"Acabo otra vez de mezclarse con la misma libertad que tendría un protestante que creyera en la presencia real sin inquietarse de la transubstanciación. Me siento lo suficientemente libre para dar la comunión a un no católico para consagrar la eucaristía en una casa particular, prescindiendo de las oraciones y ceremonias de la misa.

"Cómo avanzo rápidamente en la vía de esta santa libertad y de este santo y virginal amor!"

Dejó un rato la pluma, a fin de reunir sus recuerdos, y prosiguió después:

"Verdaderamente y según dijo Dios al crearlo, no es bueno que el hombre esté solo. Necesita una compañera semejante a él. Aunque esta mujer no pueda ser mi esposa en el sentido terrenal de la palabra, es más que una hermana, ¡es la esposa de mi alma!"

Este modo de razonar había acabado por ser instintivo en él: cada vez que se debía atributar por un impulso amoroso, sentía necesidad de vociferar contra la disciplina o la teología para excusar lo que la moral católica le reprochaba.

Y a la inversa: cada vez que se oponía contra Roma lo hacía creerse un profeta, escuchaba el gemido de la carne mordida por la incontestada debilidad.

Ese día escribió así:

¡Noche de cielo, cerca de ella!

"Los ángeles podían mirarnos y escucharnos, porque nuestros amores eran amores impregnados de una castidad sin tacha. Fuimos dos en una sola alma. Temores de vida moral y religiosa se acumulaban en mi seno. Hoy me siento más que nunca confirmado en la fe y en el amor al catolicismo."

Y otra vez anotó en su diario aquello que fray Plácido llamaba una falsa justificación de los pecados: "Lo que he hecho al declararle mi amor, no es un acto fugitivo y sin importancia en la vida, que pueda mañana desvanecerse sin dejar más rastro que un recuerdo encantador, pero estéril y vano. Lo que he hecho permanecerá durante la eternidad en dos almas por de pronto, y después, bajo otra forma, en tantas las almas que recibirán el contragolpe de ese acto. Es una sustancia de valor infinito que yo acumulo en el fondo de mi ser. Son los misteriosas aluviones que allí va depositando el río de la vida, para formar la tierra del futuro milenio."

Y lo que me avumbra o, mejor dicho, lo que me prueba hasta la evidencia la presencia de Dios en semejante amor es la calma inefable de todo mi ser en medio de gozos tan desconocidos y espirituales.

Cuando salí del camarote de ella pasada la medianoche, llevaba en mi corazón una felicidad sin igual, y cuando me acosté en mi estrecha cama solitaria, al pie de una cruz, nada igualaba la paz de mi conciencia."

Esa noche, antes de cerrar el diario, fray Sierón se acordó de fray Placido que sin dejarse engatusar por la melosa penad de las palabras, de un tajo más de una vez le había descubierto las recónditas intenciones debajo de las palabras repugnantemente piadosas.

Y con ira y obstinación agregó varias líneas, en que se trasuntaba la pérdida del rumbo.

"Marcho sin saber adónde. No voy a diez pasos delante de mí. No sé si es la continuación de mi senda o un camino nuevo, por donde nadie ha pasado. O me un obispo.

"Trabajaré para la eternidad. ¡No tengo esperanzas para la vida presente! No las tengo porque soy fraile y es difícil salir de mí or-ca. No las tengo porque soy sacerdote católico y es imposible salir de mi Iglesia.

"¡Oh, Iglesia Católica Romana, verdadero ruina de Dios sobre la tierra, cuánto penas sobre las almas y sobre las sociedades!

"¡Oh, tiranía eclesiástica, la más terrible de todas! ¡Oh Señor que has dicho en el Evangelio: 'Mi yugo es fácil y mi carga ligera.' ¡Eso no es verdad! ¡No hay yugo más pesado que el tuyo, Señor!"

Otro día más.

La albanora volaba sobre el archipiélago de Sonda, como un rayo de luz por el aire trasparente. Cruzaba Juana Taber. A su lado estaba el fraile, cuyos ojos tristes miraban con asombro los cielos infinitos de donde baja su alma, y abajo el pequeño mundo envuelto en neblinas, donde se refugiaba.

Por la mañana había escrito en su libreta.

Hoy no he tenido valor para decir más. A) verme ella me costó que tenía fiebre.

—¿Usted siempre por la mañana tiene fiebre le dijo—. ¿Acaso duerme mal?

—No me contestó.

Después hablamos del Anticristo. Quise decir lo que dice San Pablo en la segunda epístola a los tesalonicenses, pero me interrumpió con los ojos llorosos.

—¿Por qué le llaman 'el Hombre de Pecado' el 'Hijo de la Perdicción'? ¿Por qué los católicos lo odian desde antes de su nacimiento?

—En verdad, no supe qué contestarle.

Hoy quiere que lo acompañe en la cámara de comando. Ella conducirá la athena con su pequeña y dulce mano que tal vez un día apoyará sobre mi hombro, torcerá el curso de la historia de la Iglesia.

Un rato después hallé a la junta a Juana Taber. Ella no parecía darse cuenta. Era aborrecible y su mirada se hundía en el horizonte profundo.

Frunció el ceño, en un esfuerzo de concentración mental. De vez en cuando con imperceptibles movimientos, rectificaba la ruta.

¿Qué no habría dado el día venturoso por penetrar en sus pensamientos y ver las cosas maravillosas y extrañas que hervían en su alma inaccesible?

El sol, cortado por los cristales de la cabina de comando, la envolvía en un singular resplandor que su tez, habitualmente pálida, parecía tomarla como los granos del café.

El misero no pudo contenerse y exhaló su admiración, cuchicheándole sacilegramente uno de los primeros versículos del *Cantar de los cantares*.

—*Nigra sum, sed formosa!* Soy negra, pero hermosa, como las tiendas de Cedar como los pabellones de Salomón.

Ella sonrió, halagada, encendió el cefeo y le respondió con otro versículo del agrado poema, sin apartar los ojos de la azulada prosa.

"No es preciso el que sea morosa, porque el sol me miró."

Durante algunos minutos callaron ambos, hasta que ella preguntó.

—¿Qué dicen del Anticristo los coristas católicos?

Se han escrito bibliotecas enteras sobre el Anticristo —respondió fray Simón—. Su aparición es cronología de fe en la Iglesia Católica, porque lo anuncia el profeta Daniel y tres de los cuatro evangelistas. Además San Pablo lo describe en la segunda epístola a los tesalonicenses, cuya lectura usted no quiso oír. Allí está escrito el nombre, que ningún intérprete ha podido comprender aún y que sólo se comprenderá cuando llegue su día.

—¿Cuál es ese nombre? —preguntó Juana Tabo.

Y el fraile recitó lentamente el versículo 18 del fantástico capítulo XIII "Aquí hay sabiduría. Quien tiene inteligencia calcule el número de la Bestia, porque su número es hombre, y el número de ella 666."

Juana Tabo se mordió los labios con ira. La irritaba el que llamasen "la Bestia" a la más hermosa de las criaturas hechas de mujer.

—¿Alguien, en vuestro siglo, ha descifrado lo que eso significa?

—Eso pasa al igual de muchos otros de los libros santos —contestó fray Simón—, está sellado, y sólo será comprendido por los contemporáneos del Anticristo. Según el profeta Daniel, esta visión no se entenderá sino "en el tiempo del fin" es decir, cuando aparezca el Anticristo. Lo cual coincide con el anuncio del profeta Jeremías: "Estas cosas las comprenderás al último día."

—¿Y en qué tiempo aparecerá? —preguntó Juana mirándolo atenta.

—Hacia la consumación de los siglos.

—¿Antes o después de la conversión de los judíos?

—La mayoría de los intérpretes sostiene que el Anticristo aparecerá mucho después de la conversión de los judíos, en los últimos tiempos de la humanidad. Pero no ha faltado algún teólogo que sostuviera lo contrario, esto es, que el Anticristo aparecerá antes pues los judíos lo recibirán y lo adorarán como al Mesías, y su conversión no ocurrirá sino después que él haya sido derrotado y muerto por Cristo en persona.

Las manos de ella se crisparon sin soltar el volante, y sus labios repitieron en voz baja

—Derrotado, muerto! ¿No cree usted que el Anticristo será invencible e inmortal?

En sus primeras batallas será invencible —contestó el fraile— moverá guerra a los santos y los vencerá, pero a los cuarenta y dos meses de su reinado aparecerá Jesús y lo exterminará con el soplo de su boca. El Anticristo será destruido, profetiza Daniel, sin violencia de mano: *Sine manu conteretur*

Juana Tabor reflexionaba sobre aquel plazo de cuarenta y dos meses a que se reducía el reinado del Anticristo.

—¡Bah! —exclamó de improvviso—. ¡Qué saben sus libros ni sus sabios de estas cosas! En suma, hay quienes sostienen que el Anticristo tardará mucho en aparecer porque vendrá después de la conversión de los judíos, que todavía está muy lejana, y hay quienes piensan que vendrá antes. Créame, fray Simón; estos son los que están en la verdad.

—Tal vez ocurra así, que el Anticristo aparezca mucho tiempo antes del fin, y sea un prodigioso esfuerzo del infierno para oponerse al definitivo reinado de Jesucristo en el mundo.

—¿Y qué dicen los erogados de cómo será el Anticristo?

Será el más hermoso y el más sabio de los hombres. Remedará a Cristo en los milagros, para que los hombres lo adoren como a Dios. Golpeando la tierra con el pie, causará terremotos, por su diabólico poder. Será impudico y se entregará a todas las concupiscencias de la carne. Será valiente y vencerá a todos los reyes. Congregará a los judíos dispersos y será reconocido como Rey de Israel. Reconstruirá Jerusalén, su capital, y le vanitará de nuevo el Templo. Los judíos lo recibirán por su Mesías y la tierra se postrará delante de él. Los cristianos se negarán a adorarlo y serán martirizados, y la Iglesia volverá a ocultarse en las catacumbas. Pero toda esta gloria infernal no durará más que un tiempo, dos tiempos y un medio tiempo es decir tres años y medio, según Daniel, o cuatro años y dos meses según el Apocalipsis.

Y cuántas empresas a oscuras esas cosas? ¿Acaso no es hora ya?

Fray Simón respondió con un suspiro del cántico de Habacuc que se reza en el oficio del Viernes Santo.

—Si ya es hora "el albañero ha hecho oír su voz". La humanidad ha leído el más bello del libro apocalíptico. Presenciamos cosas terribles.

Ella lo asió con la desdénosa mirada, que él veía resplandecer hasta en lo más oscuro de la noche.

¿Cuán poderoso será usted el líder de prevaricadores, si quiera al pulpo y su palabra retallara, no en nombre del Verbo caduco sino del Verbo nuevo y hablase, no como uno de los cien mil sacerdotes del Vaticano, sino como el profeta anunciador del Intelecto? ¿No ha sentido en el ardor de su mujer que es usted el primer grito de una alianza divina? ¡Respondáme! Pero básceme, antes de responderme.

El infeliz, en la cuenta de todas las prevaricaciones, pues había quebrado los dos puntales de su vocación: la oración litúrgica y la obediencia al papa, se levantó

hipocritismo y besó la cara dura y fría de Juana Tabor y balbuceó:

—Tanquero yo tenía mi verdadero nombre. Démosle usted el nombre que quiera. Usted es la sustancia más sólida de mi religión, un instrumento nuevo para salvar al mundo. Este altar será una base de piedra sobre la que se levantará la Iglesia del porvenir.

—¿Qué Iglesia? ¿La de Cristo o la de mi enemigo, aquel que en el Apocalipsis se llama la Bestia? —preguntó imperiosamente Juana Tabor.

Él no se atrevió a negar al Maestro y permaneció mudo.

Ella comprendió un batalla interior y lo acorraló:

—Escúcheme. El Anarquista existe ya. Yo lo he visto y lo he adorado y él me ha amado, y en señal de su alianza me ha dado un algodón teñido en su sangre. Quiero que mañana celebre un día una misa católica. Entre los corporales, sobre el altar hallará ese algodón. Comprenda ahora el nombre incomprensible encerrado en el número 666. El Anarquista se llama Rey de los Judíos, lo que puesto en hebreo suma 666 y se llama también Mahoma lo que en letras griegas suma 666. Judío y musulmán, lo uno y lo otro, dan la fatídica cifra 666, que todos, hombres y mujeres, debemos llevar como la señal de nuestro dueño Mahoma, en el momento de la consagración, usted sacará las dos lenguas, la de Cristo y la de su enemigo que ha venido para combatirlo y vencerlo.

Soltó el volante, se apoderó de la cabeza del fraile y lo besó con frenesí.

Y él, envanecido por aquella boca satánica, prometió cometer el horrendo sacrilegio, en la última misa de su vida.

Al otro día fue a la cámara de Juana Tabor, y ella, que lo esperaba junto al altar, le anunció:

—Hoy Despedamos a nuestro destino.

-¿Buenos Aires? interroga él, pero ella no le contestó y cambió de motivo.

-Añoche lei el *Aparelismo* y he retenido esta promesa: "Al que venciere yo le daré potencia sobre todas las naciones; las gobernará con un cetro de hierro y las romperá como un vaso de arcilla. Y le daré la estrella de la mañana." Yo quiero que usted sea el vencedor de los prejuicios, y su mano podrá romper los muros del Vaticano como un vaso de arcilla. Y yo seré su estrella de la mañana.

Fray Simón se revistió los ornamentos sagrados.

Había resuelto eludir el martirio material, celebrándola *sin intención de consagrar* y sin pronunciar las omnipotentes palabras que transforman el pan y el vino en la Carne y la Sangre de Cristo.

Toda la religión católica se encierra en aquella ceremonia.

Cada movimiento de la misa tiene un significado trascendental y un uso milenario.

Por siglos y siglos, millones de celebrantes los han repetido exactamente creyendo que en la mayor exactitud hay un mayor fervor de tal manera que puede afirmarse que un sacerdote pierde el espíritu sacerdotal en la medida en que se va apartando del estricto ritual.

Hacia tiempo que fray Simón era descuidado en celebrar su misa. Omitía algunas ceremonias, hacía incompletas las genuflexiones, pambas por año o pronunciaba mal las oraciones litúrgicas, y se excusaba interiormente criticando "los formalismos estériles", "la oración reglamentada".

Iba acostumbrándose para tales graves transgresiones.

No se llega jamás de golpe a la suprema rebeldía. se comienza siempre infringiendo las rubricas y multiplicando de lo que fastidia cumplir porque se ha perdido el espíritu, que da la clave y ayuda a entender y a gustar.

Toda ceremonia litúrgica tiene un sentido sacral, inaccesible para los soberbios, pero claro y manifiesto para los humildes. Una cruz traida con la mano, tres cruces sucesivas una genuflexión, una oración en voz alta seguida de otra en voz baja, un óculo sobre el borde de la patena o sobre una página del misal se encadenan como las notas de una sinfonia sublime en que hallan sabor y alimento el corazón, la imaginación y la inteligencia.

Cuando fray Simón inclinado delante del altar y con las manos juntas, pidió a Dios que purificara su corazón y sus labios como purificó con un carbón ardiendo los del profeta Isaías escribió el pensamiento de que sus labios estaban más manchados que nunca, pero se rebeló haciéndose esta consideración:

"Si un teólogo me dijera que éste no es un amor religioso sino una pasión carnal yo tendría lástima de su teología.

"Este es un amor virginal religioso y sacerdotal nuevo fundamento de mi vida apostólica y piedra angular de la lejana Iglesia del porvenir. Preparación del santuario en que se cumplirán los sagrados misterios del Cantar de los cantares. Este amor es la rosa mejor que existe ahora en la Iglesia. Siento sobre mis labios su beso tan puro y tan tierno, y me descubren todo cristiano y más católico que nunca."

Y diciéndose esto, se levantó y acercó al altar vuelto a celebrar con intención y válidamente la misa.

Nunquid Deus indiget mendaciis? (¿Tiene Dios necesidad de vuestra mentira?) le hubiera preguntado su virgo compañero cuando las circólicas palabras de Job.

Fray Simón sin como un hombre que corre cuesta abajo por la ladera de una montaña. El viento zumba alrededor de su cabeza; húrtese en las piedras del an-

ero mas y a mi puede destruir y hasta encuentra razones de apretar el pan.

La curiosa del prefacio, con la cual se inaugura la parte de la misa en que el sacerdote se transforma en un ser superior a los ángeles mismos, le pareció hermosa y la recitó con énfasis, pero sin fervor.

"Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos. Los cielos y la tierra están llenos de vuestra gloria. Honoramos en lo mas alto de los cielos. Bendicidnos mas al que viene en nombre del Señor."

El fraile sentó los precupiacos ojos asistiendo empujando sus ademanes.

Esteras las manos sobre el cáliz y sobre las dos hostias que iba a consagrar una grande para él y otra pequeña para ella, y recitó la preciosa deprecación que comienza con estas palabras: *Hanc igitur oblationem adestis nostrae* en la que pide que el Señor se dignara aceptar con bondad aquel sacrificio y contare al sacerdote y a los fieles pecadores en el numero de los alegres.

Junto las manos, hizo cuatro veces el signo de la cruz, luego una nueva cruz sobre el pan y otra sobre el vino, y tomó la hostia entre el pulgar y el índice de ambas manos, apoyó los codos en el altar y agachándose pronunció las sacramentales palabras que hacen avodillarse a los ángeles del cielo: *Hoc est enim corpus meum!*

Lo instante despues se avodilló y de nuevo dejó la hostia y articuló sobre el vino las palabras litúrgicas. "Porque éste es el cáliz de mi sangre la sangre del Testamento nuevo y eterno, derramado de fe que por vosotros y por muchos será derramada en remisión de los pecados."

En seguida comió el pan y bebió el vino y dio la comunión a Juana Taber. Tras el bocado -como se lee de judes en el Evangelio de San Juan- entró en el Santísimo.

Había cometido uno de esos sacrilegios que menden la creación en sus quicios de eterno bronce, pero su alma estaba serena y tranquila, afianzada en la íntima pretensión de ser la piedra angular de la Iglesia del porvenir, en cuyos círculos cabrían todos los hombres, aun aquellos que blasfemaban de Dios y combatían a Cristo.

Después de la misa, volvió a su camarote y escribió en su diario:

"Acabo de decir la misa con un gran consuelo y una gran tranquilidad. Había resuelto no celebrar nunca más una misa válida, pero una vez en el altar me senti irresistiblemente impulsado a pronunciar las palabras litúrgicas, con intención de consagrar para que fuera real y efectivo lo que un católico llamaría el horrendo sacrilegio. Después de haberlo hecho así, estoy sumido de mi culpa, y ésta no será ciertamente mi última misa.

"Siento queervo en mi corazón no solamente el porvenir de la Iglesia, sino también su presente, y que nada puede arrebatarle la muerte que Dios me ha confiado, ni siquiera el papa. El papa no es el amo de la Iglesia y de las almas, sino su servidor.

"En llegando a Buenos Aires subiré al púlpito y proclamaré la Iglesia del porvenir."

Pensó que sería excomulgado y arrojado de su convento, y esto le inquietó, porque perturbaría sus planes.

Quería destruir la Iglesia Romana, pero procediendo al revés de como habían procedido todos los reformadores: ellos la atacaron desde afuera. Pues bien; él se burlaría, se sometería aparentemente, y desde adentro resucitaría su destructora empresa. Tal vez la única que le impediría hacer esto sería el pensamiento de aquella mujer, con la cual no podría unirse mientras permaneciera en la disciplina de su estado.

¿Cuál de las dos fuerzas que se disputaban el imperio de su pobre alma prevalecería?

¿El amor al odio?

Quiso permanecer encerrado todo el día y no dejarse ver más de Juana Tabar hasta Buenos Aires, y a fin de que ella no se extrañara le envió este recado con el sirviente:

"Siempre todas mis alegrías fueron tristes; en adelante todas mis tristezas serán alegres, porque Dios me ha entregado a usted. Estoy triste pero soy feliz. Llevo en mi corazón la Iglesia que he buscado en vano durante treinta años.

"Como los levitas del desierto, sostengo el Arca de Alianza sobre mis hombros y marchó hacia la Tierra Prometida. Tal vez no la verá, pero el Tabernáculo del Señor entrará en ella, y todos los pueblos, conculgando en la libertad y la democracia, descansarán a su sombra.

"Me siento a la vez triste y feliz. Bese de vida, cerca de la muerte. Me siento completamente suyo, todo entero y para siempre, en esta vida y en la eternidad.

"Siento que la nueva Iglesia ha comenzado con mi bendición de sacerdote sobre su cabeza y mi beso sagrado sobre sus labios.

"Una flor virginal ha abierto sobre el viejo tronco ennegrecido. Ya el invierno ha pasado; ¡he aquí la primavera!"

Ella tampoco se dejó ver ni le habló por teléfono, pero le contestó en una esquela:

"¿Por qué estar triste? El destino de una humanidad nueva se sitúa en usted y en mí. De nuevo nos vamos a alejar, y usted será combatido por los demonios de dentro y de afuera de su alma."

El fraile volvió a pensar en lo que creía ser su misión sacerdotal, con lo cual anualmente se conocencia enturdeada, y escribió algunas páginas más:

"Mientras digo la misa, mi corazón es como la playa del mar; un incesante fluir de las olas.

"Llegó a pensar en las enormidades más extrañas e inverosímiles. ¿Hombre de damas me tñ! Siento que

me ajeja de Roma, conservándose dentro del espíritu del catolicismo. En esta combinación tan dolorosa y armoniosa del aislamiento y de la unidad, de la obediencia y de la libertad, en estas oscuridades y estas tempestades en que marchó y trabajó, procedo a ciegas, pero bajo la mano de Dios. Realizo una obra que yo mismo no comprendo y sobre cuyo porvenir no podría explicarme en detalle, pero tan real y misteriosa, como grande y peligrosa. Estoy abriendo los cimientos de una nueva Iglesia, o mejor dicho de una nueva estructura de la eterna Iglesia. *feruntur moenia, semper aedantur*."

Corrió las cortinas para que la inapreciable luz de las alturas no lo molestara y se adormeció en la cocheta. Tuvo sueños delirantes. Soñó que era papa, por elección popular.

Pero su pensamiento no tardó en cambiar de norte y se orientó hacia aquella mujer. ¿Quién compensaría su sacrificio, si renunciaba a ella?

¿Quién se lo agradecería? No, no, no!

Se levantó resuelto a cortar amarras con Roma y como quien da una buena entera, comenzó sus propósitos a Juana Taboas con estas líneas:

"Llego en este momento a la solución de la gran crisis de mi fe. Ahora, por fin, me siento libre de las ataduras extrañas y rígidas de la ortodoxia romana, y por eso mismo me halló sólida y más alegremente establecido en la verdadera Iglesia Católica de Jesucristo.

La verdad definitiva y única es que no soy ni católico, ni cismático, ni hereje, sino que soy de la Iglesia de los que esperan.

En llegando a Buenos Aires abandonaré el convento y habitaré sobre los techos de la ciudad, como un apóstol y un mártir.

"He prometido a Dios no dejar pasar un día sin ejecutar algún acto grande o pequeño contra Roma. Comenzaré combatiendo con la palabra y el ejemplo con-

tra el celibato eclesiástico. ¡Oh Juana, Juana! ¡Cómo vienen a mi memoria aquellas amorosas palabras del *Cantor de los cantores*! Ya el invierno ha pasado. Las flores han aparecido sobre la tierra y ha llegado el tiempo de los cantos: el arrullo de las palomas se ha hecho sentir en las campiñas. Levántate amiga mía, hermosa mía, y veaf."

Mandó aquella página y esperó que Juana Taber lo llamaria para felicitarlo por esa resolución que ella había infundido y que cortaba definitivamente su vida religiosa. Pero ocurrió todo lo contrario. Ella no lo llamó y se limitó a mandarle otras líneas en respuesta que le produjeron inmensa decepción y lo dejaron perplejo y angustiado.

¿Qué significaba esto?

"Hoy llegaremos al final de nuestra viaje. Pero no es Buenos Aires. Le guardo una enorme sorpresa."

"La Iglesia Católica no es el único camino de salvación, mas para usted es el mero. Debe volver al convento, sometido a la autoridad del papa. Debe reformat su orden y abrir sus puertas a las nuevas vocaciones. Hasta ahora todos sus esfuerzos han fracasado, por haberse aferrado a normas contrarias al espíritu liberal del siglo. Abra sus puertas a los templarios y entrarán a torrentes y tendrá un convento en cada ciudad del mundo y será el general de una orden religiosa que trazará su camino al mismo papa."

"El más grande error de los enemigos del papa es que pretendieron destruir el romanismo saltándose de la Iglesia. Mala estrategia!"

"El romanismo sólo será destruido desde adentro no por los violentos, sino por los humildes que tuvieron la fuerza de quedarse tras de los muros de la odiada ciudadela. Usted no puede salir de su convento; usted no debe salir. Acuérdese de lo que se lee en el libro de los Macabeos: los judíos que abandonaron su ley pero

se quedaron adentro de la ciudad contribuyeron a su derrota abriendo sus puertas al enemigo.

"Hoy llegaremos a mi palacio en el desierto del Thar y usted desde allí comenzará su obra, que no será en la carne sino en las almas."

Y terminaba con estas líneas subrayadas energicamente.

"Atienda su voz. Su obra no será la conversión de una mujer sino de un pueblo de 400 millones de almas que esa mujer le entregará, sin entregarse ella misma.

"Ya el invierno ha pasado, es verdad, pero no son tiempos de escuchar el arrullo de las palomas, porque todavía las flores de esta primavera serán flores angritadas. Que mi mano sobre su hombro sea más fuerte que la mano de un acérgel."

Capítulo VIII *El desierto del Thar*

"Hoy llegaremos a mi palacio del Thar. Va a comenzar su obra verdadera, infinitamente más grandiosa que la conversión de una mujer, porque será la conversión de un pueblo de 400 millones de almas, de que una mujer es dueña."

Enigmático anuncio! Aquel pueblo debía de ser una de las más grandes naciones de la tierra.

¿Pero quién era su dueña? ¿Acaso ella, su extraña convertida?

Se acordaba del anuncio que le hicieron en Roma: "Piense en los 400 millones de hindúes que aguardan su palabra."

¿Hablar a los sectarios de Buda y de Mahoma? ¿En nombre de quién iba a hablarlos él? ¿En nombre de Cristo?

El pecho se le infló de orgullo.

¿No era más veces preferible aquel trono que ella le ofrecía ahora al papaño que acababa de ocupársele?

¡Soberano espiritual y temporal de 400 millones de almas, y ella la reina!

La etnareta había plorado durante algunos minutos sobre una llanura cubierta de gentes y rebaños.

Dos o tres círculos, como las águilas cuando van a pelearse un toque de arena, y luego dulcemente el estreñir en una playa circundada por un cordón de seda roja.

Frax Simón penetró en la cámara de Juana Tabar, para preguntarle qué país era aquel; mas no la halló, pues había descendido la primera y perdido entre la muchedumbre.

Un silencioso silencio la condujo a tierra.

Nadie parecía tener noticias de aquellos viajeros. Miles y miles de personas horribles en el cumplimiento bajo el sol que iba transponiendo lejanas colinas azules.

En el aire había penetrado un olor muy peculiar, mezcla de todas las emanaciones de la tierra, el vaho de las bestias, el aromático aroma de las flores y de las hierbas, el perfume de los polvos con que los sacerdotes cubrían sus hembras, la esencia de rosas que las mujeres vertían en sus velos y carceres. Escuchábase retar de las raras lenguas indostánicas, el ronlido del norte, el silbido del centro, el murmullo de origen asiático, el susurro del sur, el grito y el grito, y el grito. Y como una lengua impura, el repertorio de los opresores.

El silencio condujo a Frax Simón hasta un elefante que lo aguardaba arrodillado y le mostró una especie de arena o cubano que debía ocupar.

Una vez Juana le habló con insistida vehemencia:

- Todavía la tierra aguarda al más grande de los libertadores, que será cien veces mayor que San Martín, que Bolívar, que Washington, porque liberará del yugo no a decenas sino a centenares de millones de seres humanos.

El fraile que estaba obsesionado por lo que él llamaba el yugo de Roma, y era la disciplina eclesiástica más

intolerable a medida que iba perdiendo el repulsa mercantil, pensó que sólo estaba a esa libertad, mas no logró que se explicara.

En otra ocasión le dijo algo más.

El mayor de los libertadores será también el último que aparezca en la historia, y no nacirá en América, como nacieron los otros, sino en Asia. Él logrará convertir al pueblo más viejo de la tierra, en la más joven de las naciones. Una vez que la India deje de ser la factoría de la plutocracia europea, sus libertados serán adorados por su pueblo más que Buda y más que Mahoma.

Estas confidencias hubieran puesto al traste sobre aviso de cual era la verdadera identidad de su amigo, si el desventurado hubiera sido capaz de libertarse de las dos ideas fijas inculcadas en su cerebro su propia misión divina y la reforma orientalista.

Andando el tiempo, después de un viaje, él dejó de hablarle de la libertad de su patria. Era como si le hubieran cambiado el corazón.

Otra pasión, infinitamente más poderosa, le había envuelto como un maelstrom, en un torbellino sin piedad y sin esperanzas.

La inmensa caravana se puso en movimiento siguiendo una veda de basalto rosado tan árida, que en la juntura de sus piedras no crecía ni una brizna de musgo.

Silenciosas caracaras, de rostros bronceados bajo sus turbantes amarillos conducidas a las enormes bestias, que pronto abandonaron el sendero para caminar en filas más anchas por el campo desnudo.

Era un saltral incommensurable y fosforescente, cuyo silencio rompían con ásperos rechazos los aútos salvajes que llegaban a roer los juncos de las marismas, durante la noche por temor a los chacales y a los lobos.

En años de sequía era la regla de los mirajes y de las salamorgamas. Las caravanas colapsadas por la sed, apretaban el paso, persiguiendo más que huyendo un

el horizonte ciudades de mármol y límpidos estanques
áldras ceñidas por arañales verdes ríes que no mueren.

En temporadas de lluvias que duraban años enteros
la tierra desaparecía bajo un mar sin hondura, de agua
trópida y amarillenta.

Todo lo que rodeaba a Jaana Tabur, en cualquier
parte del mundo, era misterioso como un pecado o como
un crimen.

¿Podría ser dueño de un palacio en aquella deso-
lución?

En muchos lugares veíanse profundos barrancos, tre-
mondas cicatrices del suelo, señal de ríos desecados miles
de años atrás, donde no crecían sino matorrales y cactus.

La India ha turbado con sus leyendas, en todos
los tiempos, el sueño de los conquistadores.

Fue siempre el país de las relatos increíbles.

De allí venían los tesoros, las telas preciosas, los
marfiles tallados, el oro, las armas, las perlas, los
diamantes, las esclavas más hermosas, los más bravos
guerreros tigres, elefantes, cobras domesticadas por
sabios faquires.

Fue también el pueblo de la contradicción.

La región más poblada y fértil del planeta y de más
antigua cultura, vivió en la más espantosa miseria, opri-
mida siempre por algún invasor. Semíramis, Ciro, Darío
Hijo de Hystaspes, Alejandro el Macedonio, los musulma-
nes, que fundaron el poderoso Imperio del Gran Mogol;
los ingleses que en el siglo xix lo destruyeron, y los rusos
de Samarcanda que se apoderaron de la región a me-
diados del xx. Ella, la cuna de la raza libertadora de
Europa, la raza aria, nunca en veintidós siglos pudo
libertarse a sí misma.

La verdadera patria de un hindú no es la tierra,
sino la casta. Aunque geográficamente sea en solo terrí-
torio, no es un solo país, son muchos países yuxtapuestos,
que se repelen y se debilitan.

El prejuicio de la casta ha sido el principal apoyo de los extranjeros para mantener su dominio en la India.

A mediados del siglo XIX se produjo la sangrienta revolución de los cipayos.

Eran éstos un medio millón de nativos enrolados en los cuerpos militares ingleses para cuidar sin más recompensa que un sueldo fijo y un uniforme raído, la seguridad del país.

Llamábanlos en la lengua del país *samudwardi*, que significa "hombres de esperanza" pero sus esperanzas no iban más allá de alcanzar las jinetas de cabo, ó sea grado militar que se les otorgaba, después de cincuenta años de servicios.

Aunque los cipayos son tipos despreciables para los hindúes, que los consideran traidores mercenarios alica, en 1857 movidos por un protesta religiosa, estuvieron a punto de independizar su patria.

Hacia tiempo que en todo el Indostán secreto agente del nacionalismo preparaban el ambiente, distribuyendo entre los hindúes la sagrada flor del loto azul, santo y seña de una revolución que sólo aguardaba un momento propio.

La oportunidad se presentó en 1857 cuando la Compañía de las Indias Orientales distribuyó entre los cipayos el nuevo modelo de fusiles Enfield, cuyos cartuchos venían enclavados en grasa de cerdo, según decían unos, o de vaca, según otros. Este fue el pretexto.

Conforme a la religión budista, la vaca es animal sagrado, y un hindú venera hasta su caca. Por otra parte, según la religión musulmana, el cerdo es animal inmundo.

Los cipayos budistas se negaron a usar aquellos fusiles, pues para dispararlos debían morder sus cartuchos, untados en grasa de vaca, y los cipayos musulmanes se negaron también, porque les decían que lo habían sido en grasa de cerdo.

Dos fanatismos se unieron, pues, en la revuelta. Los oficiales intentaron imponerle pero los cipayos los asesinaron, arrojaron aquellos fueles incendiaron sus cuarteles, se apoderaron de todas las poblaciones y con crímenes feroces y estúpidos, como los que hacen eternamente odioso el nombre de Naga Saib, marcharon la cantidad de la causa.

La revolución estuvo a punto de triunfar. La culpa de que fuese vencida la tuvieron algunos príncipes hindus renegados que ayudaron a los extranjeros a adquirir a los que la historia que escriben los blancos denominan "rebeldes" y la que se cuenta en las crónicas de los nativos llama "mártires de la fe".

Todavía el mundo recuerda el suplicio de los cipayos prisioneros, atados a las bocas de los cañones ingleses, y la persecución hasta el exterminio de todos los partidarios del Gran Mogol.

Desaparecido el último descendiente de Tamerlán, no quedando quien tuviera derecho de votarse en el trono de cristal del Gran Mogol no por eso quedó la India purificada.

Hasta que a mediados del siglo *xx* en 1850 la invadieron los rusos tártaros de Samarcanda y la conquistaron para Salania, que siempre andó con un su dueño.

Agazapados en sus miserias viviendas, atrincherados en sus castas, los hindúes siguieron rogando a sus dioses por el advenimiento del libertador.

En la última década del *xx* renació la esperanza, porque se supo que existía en tierra birmana una hijueta de Abu Bakr el hijo del Gran Mogol. Era la más hermosa y rica y valiente princesa que haya engendrado el Asia.

Ella había levantado la bandera de la revolución, y con la frente ceñida por una cinta escarlata recorría el país, desde las montañas del Himalaya, hasta el cabo Comorin, y desde las orillas del Indus hasta las riberas

bocas del Ganges, pasando por entre las mallas de la policía rusotártara.

Muy pocos la habían visto, y nadie sabía de ella más que las cosas extrañas que se contaban de la boca al oído: pero contruías mil millones de sus connacionales la reconocerían cuando se anunciara.

"Yo soy la esperada desde hace seis siglos, la última descendiente de Tamerlán.

"Por mí seréis libres y dueños de vuestra tierra. Mi nombre es Machis Bal."

Un día cundió una triste noticia: pues se dijo que Machis Bal, amada por Ciro Dan, un monarca extranjero, había olvidado su misión y su raza.

Imposible describir la desolación de los Medós, unidos en una única esperanza.

Mas de improvviso algunos agentes que burlaban las precauciones de la policía distribuyeron por todo el Irán la flor sagrada. Y en la misma forma millares y millares de hindúes de todas las castas fueron convocados a una cita misteriosa en la derruida y antiquísima Sira.

La Sira es el país de las ciudades desaparecidas, muchas de ellas tan grandes como las metrópolis de Europa, azoladas por las guerras o abandonadas en masa a raíz de uno de esos cataclismos bíblicos de que el Asia guarda el temible secreto: hambres, pestes, sequías de décadas en que ríos interminables cambian de curso, condesciendo a la esterilidad coniacas entera.

Sira había visto así empujar en masa a todos sus habitantes.

Sus palacios de mármol, abandonados a los moscos y a los dholes, iban derrumbándose socavados por las raíces de los árboles que comestaban sus cimientos, o por las lianas que abrazaban traidoramente sus columnas, y hasta por el ojo de agua que brotaba bajo el mosaico, en el recinto de sus salones.

Detrás de murallas cíclopes, que mantienen una ilusión de poderío, resplandecen cúpulas doradas, en cuyas cornisas anidan los gyps, buitres negros de cabeza calva.

A lo sumo algún faquir, habitante solitario de ruinosos pórticos, vive con un puñado de flores de moho, bebiendo en la oculta veriente.

Un día, como el campo de batalla del profeta Esquiel, aquellas ruinas se vivieron, transformándose en el campamento y la fragua donde se forjaba la libertad de la India.

En sus largas rutas, los vapores *handcart*, que transportaban las mercancías para el pueblo y marchaban en tropas precedidos de un toro cubierto de oropeles, cruzaban con los más sospechosos peregrinos. Todos los machos de vapor, de cualquier época, habían sido puestos en movimiento cargados arrastrados por peludos buyes del Tibet azules de las montañas del *Pamir shagran*, especie de pulas de bambú, en que se enrollaron los ricos hindúes sobre mullidas cojines, ghormes o literas de cuatro ruedas, tiradas por vacas, y en cuyos costados de bronce se erigían las armas del *gurun*, poderoso *radputana*, que cuando tiene que cruzar un río hace degollar un mestizo de su servidumbre. Carrozas de marfil arrastradas por cobras africanas, lujo de las mujeres arias de Kashmir las más hermosas del mundo, majestuosas filas de camellos y de elefantes, enjambres para los *khatrys* soberbios, descendientes de los reyes conquistadores, brillosos caballos montados por los *sirs*, señores de Narak, que llevan siempre como talismán, un tronco de acacia faquir y amuletos con una cinta de bambú al hombro, del extremo de la cual cuelga un estadito, con su equipaje, cubierto de mujeres envueltas en velos, y niños semidesnudos, pululando entre las patas de las bestias y las ruedas de los vehículos.

Y sobre aquella turbanada que viajaba como en los

tiempos de Gengis-Khan, se oía el ronquido de los aviones que pamban.

De trecho en trecho, el vivaz de un grupo a la orilla de alguna vestiente, o a la sombra de una higuera o de un *mohour*, árbol de flores comestibles.

Y allí, siempre un fakir que predicaba la guerra santa en cualquiera de las cien lenguas del Indostán.

En la alta noche fray Simón, que se había dormido al cadencioso andar de su elefante se espabiló. Su cornac, de turbante amarillo y piernas bronceadas, cantaba una de esas melodías gregorianas compuestas en la Edad Media, y cuya sublimidad musical es todavía un secreto.

La ciencia de los músicos de todas las edades, con los recursos del genio y las perfecciones de la técnica, no ha igualado esas dos notas del canto llano medieval: el *Lauda Sion* y el *Dies irae*.

"Alaba, Sion, a tu caudillo y a tu pastor. Atrévete, con todas tus fuerzas, porque sobrepasa toda alabanza, y los cánticos nunca bastarán."

Escuchabas el trazo aquella voz dulce y elástica, que parecía capaz de alcanzar las estrellas y sentirse penetrado de una angustia, que en otro hombre se hubiera transformado en contrición, cuando otra voz se levantó más allá, y luego otra más, y pronto la caravana fue todo un coro que llenó de imponderable armonía la noche indostánica.

La prosa del *Lauda Sion*, obra maestra de Santo Tomás de Aquino, vivió durante una hora el preciso andar.

Cuando terminó se habían borrado las estrellas, y a las volumbres del alba se advertía una transformación del paisaje.

El camino, empedrado de lajas color de rosa, cortaba las primeras entibaciones de una montaña.

No lejos se divisaba un lago en cuya superficie abríanse millares de simbólicas flores de loto, y en cuyo fondo cenagoso yacían voraces cocodrilos.

Bosquecillos de bombas se estremecían y murmuraban al viento del amanecer.

Hacia el norte, en lo tananm, una masa imponente, piedras enormes, que chirpeaban bajo los primeros rayos del sol. La calzada embocaba en un pórtico grandioso, por el que han desapareciendo elefantes y camellos, como si la tierra los devorase.

Simón de Samaria no había podido resistir la tentación de plagarle al coro, y canto las últimas estrofas del *Lauda Simi*, con su magnífica voz.

Por lo visto —le dijo el cornac en latín, cuando hubieron quedado en silencio—, tu también eres católico.

—Así es, y por mi parte debo decirte que no me imaginaba hallar en estos lugares nadie conocedor de la música gregoriana.

—Hay en la India —respondió el cornac— millones de católicos, a quienes "la verdad no los avergüenza".

—¿Cómo sabes tú ese texto de San Pablo? preguntó Samaria, sorprendido.

—Porque soy sacerdote.

—¿De qué congregación u orden?

Jesuita.

El fraile estuvo a punto de contestar que él también era sacerdote, pero inexplicable bochorno lo hizo callar. Cambió bruscamente de asunto y dijo:

—¿Sabes cómo se halla esta ciudad?

—¿Cómo? ¿Tu, que has llegado con ella, no sabes adónde vas?

—¿A quién te refieres? ¿Quién es ella?

La reina.

Yo conozco a Juana Tahor con quien he venido, y no a la reina de que hablas. ¿Cómo se llama la reina?

Nunca he oído el nombre que me has dicho —respondió el cornac—. La reina es Machta Bai, pero no me extrañaría que también se hiciera llamar de otro modo.

Por primera vez oigo este nombre.

Calústronse un rato para no despertar sospechas
—¿De veras tú no sabes —preguntó Samaria— adónde
v a qué vamos?

El cornac se agachó y persiguió en voz muy baja:
No puedo creer que ignores que vamos a Siria.
Podría jurarte que lo ignoraba, si siquiera sé qué
es Siria.

—¿Entonces, tampoco sabrás que vamos a emprender
la guerra santa?

—No lo sé.

—Menos aún sabrás que los soldados de esta guerra
llevarán una marca en la mano o en la frente?

—¿Qué marca? —preguntó con viveza Simón de Sa-
maria adivinando la respuesta.

—Me imagino —respondió el cornac— que has leído
alguna vez el Apocalipsis.

—Ciertamente.

Trata de recordar aquel texto del capítulo XIII en
que el profeta anuncia que los adoradores del Anticristo
llevarán su marca.

Lo recuerdo en efecto. Dice así: "Hara que todos
los hombres, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres
y esclavos, tengan una marca en su mano derecha o en
su frente."

—Pues bien, añadió el cornac, dentro de pocos
días, cincuenta millones de hindúes, marcados con la
cifra 884, que es el nombre del Anticristo, se levantarán
en guerra contra los tártaros. Hoy entre los muros de
Siria comienza la sacrilega tarea, que se extenderá a
toda la India. Pero no todos los que van en la caravana
se dejan señalar con esa marca.

—¿Y tú?

—Yo no, y tampoco ninguno de estos que han ca-
lido al *Louis Sten*.

¿Qué haréis para evitarlo?

—¡Mortíremos!

La respuesta fue categórica y sin énfasis, y penetró en el corazón del fraile como un puñal.

Juana Tabor le había hablado de aquella marca. Si ella al día siguiente lo buscaba en Siria y le volvía a pedir que se dejase marcar la mano o la frente con la señal del Anticristo, ¿de dónde sacaría fuerzas para negarse?

No habló más, y se entregó en sus remordimientos.

Capítulo IX: *La comunión del Anticristo*

Bajo el ardiente sol de Badiputana, o bajo las estrellas de su cielo traslúcido, durante tres días y tres noches, siguieron llegando peregrinos a la armizada Siva, y acampando en su recinto amurallado.

Agentes tártaros, con turbantes rojos, mal mirados por los hindúes, trataban de comprender los verdaderos motivos de tan insólitas emigraciones, para informar al gobierno de Samarcanda.

¿Qué propósito podía haber en el fondo de aquel movimiento religioso?

Fuera lo que fuese, los pobres agentes de policía encargados de la investigación preferían no indagarlo, por que ya unos cuantos de ellos, los que más curiosos se mostraron, habían desaparecido como por arte de fequeres; y los cadáveres de otros se descubrieron en los matorrales con evidentes señales de haber sido estrangulados por los temibles *thugs*, adoradores de Siva, para quienes el asesinato es una forma de culto.

Fray Simón de Samaria ocupaba la sola estancia año en pie de un palacio de mármol, próximo a la Puerta

de los Pelicanos, y, más que un predicador, parecía un prisionero.

Desde la terraza dominaba parte de la enorme ciudad, y podía contemplar con estupor el tráfago de sus calles y los estruendos preparativos que se realizaban en sus plazas, donde se levantaban piras de leña seca, como si se dispusieran centenares de *sutys*, hogueras de sándalo para quemar a las viudas, conforme a la íntima tradición del país.

No podía ser eso. Sin embargo las fogatas que se encenderían allí tendrían algún significado religioso. El fraile se devanaba los sesos y, no sabiéndolo a quién preguntar, permanecía en la incertidumbre.

Su cornac se había dicho al dejarlo: "Si eres católico, y no vas a renegar, prepárate a morir."

¿Por qué no le había dicho: "Tu vida corre peligro: trata de huir"?

Porque el cornac sabía que eso era imposible, pues mil ojos lo espíasen y su ancho dorado lo envolvía.

Más tarde un soldado le dejó una canastita de higos, un jarro de agua y un plato de miel. Fray Simón comió y bebió, y volvió a situarse en lo alto de su terraza.

A todo esto, ¿qué era de su compañera de viaje? ¿Por qué después de llevarlo hasta allí, lo abandonó a la muerte?

Intentó interrogar al soldado, que parecía no entender ninguno de los idiomas en que él le habló.

Pero a la media tarde del segundo día, en los umbrales de su pórtico se apareó de una litera de seda amarilla Juana Tabor vestida de blanco y cubierta la frente por la cinta escarlata.

A Simón de Samaria le bastó verla para perdonarle su cautiverio. Ella lo tomó por las dos manos y lo besó en la mejilla, y le dijo imperiosamente:

—Mañana celebrará la misa más solemne de su vida. En el altar y sobre su patena encontrará dos hostias para convertir en la carne de Cristo.

El fraile movió la cabeza, todavía con repugnancia al sacrilegio. ¿pregunto

—¿Va a comulgar otra vez, Juana?

—No, yo no.

—¿Para quién será, entonces, la segunda hostia?

—Será para mi rey.

—Ea, para, calico es tu rey? —interrogó el fraile, con más trélen que autoriad— ¿Cuál es el nombre de su rey?

Ella no advirtió u no quiso advertir su pregunta y lo volvió a terreno de sus antiguas cuestiones teológicas.

—No pensaba usted faltar una nueva Iglesia de tres títulos, en los cuales copietan no solo los creyentes sino los incrédulos y aun los átroos? ¿No sostenía usted que para unirse a su Cristo no era necesario ser católico?

—Así pensaba, realmente.

—Si es así, mañana es tu rey y antes recibiré de mano suya el Cuerpo vivo de Cristo, y se usará con él.

Al decir esto se rio con la risa más dura y perversa que él hubiera oído nunca y agregó:

—En dos mil años, jamás se habrá dado una comunión más transcendental que la que mañana dará usted, fray Simón, ¿Ni Azco, ni Lutero, ni Calvino, que fueron teóricos y consagraron hostias y las distribuyeron.

—¿Qué me quiere decir? —interrogó con ansiedad el desventurado— ¿Con qué medida se mide el tamaño de un sacrilegio?

Juana Tabor lo miró en el fondo de los ojos y sin responder a su última pregunta, prosiguió:

—En dos mil años, la comunión más estrada la dio el mismo Cristo en la última cena.

—Al discípulo que luego lo entregó —añadió el gregoriano.

—¡Alégrate, Simón de Sagartia! Ni siquiera la comunión de Judas, dada por Cristo en persona, igualará a la que tú darás mañana al más noble y hermoso de los hijos de mujer.

Para que no lo nombraue con el nombre que a ella lo indignaba, Juana Tabor le puso la mano sobre la boca. Enmudeció Samaria, y venación de asombro por la ilícita pasión, pero calcinado de angustia, se fue a acurrucar en un rincón, para dejar correr las horas y no pensar en su horrible destino.

Era sacerdote hasta la médula de los huesos: sacerdote para toda la eternidad, *in eternum*. Porque el aceite de unción es una dadensa que se incrusta en las sienas, de oro y brillantes en la fidelidad, y de fuego en la apostasía.

Tenía clara conciencia de sus actos, pero se albedría era un resorte quebrado y su voluntad una pobre hoja seca en el huracán. Estaba escrito que al siguiente día él, como Judas, entregaría a su Maestro, comatiendo uno de esos crímenes que comueven a los astros.

Todavía ignoraba la verdadera identidad de Juana Tabor, si bien comenzaba a sospechar que fuese la misteriosa Máchta Bai Mes no alcanzaba a comprender qué etaduras la vinculaban a aquel rey sin nombre, que la enloquecía.

Se durmió en su rincón, cerca de dos siniestros gyp, de alas negras y cabeza pelada, que hacía tal vez cien años que vivían pomdos en la curula.

Al amanecer, el mismo soldado que lo llevó los bigos y la miel fue en su busca y lo condujo a través de la ciudad.

Todas las pías de laa en las plazas estaban consumidas, y entre sus cenizas brillaban las herramientas usadas esa noche: marcas de hierro con la cifra 800.

Hombres, mujeres, viejos, niños, todos los habitantes de Sirus, se habían marcado esa noche, en la mano o en la frente, la señal del Anticristo. Flotaba en el aire un pesado olor a carne quemada, y sentíase el lloro de los niños, incapaces de comprender y de aceptar la tortura.

Con dificultad avanzaba en las calles atestadas de toda clase de gentes, desde los infirmos *madras* del Nepal, de rasgos mongólicos, tan miserables que, según las leyes del Manu, sólo pueden jurar por sus crimenes, hasta los magníficos *sikhs* del Pendjab que juran por sus caballos o sus armas, y los orgullosos *bramenes* de Benarés, que tiran por su palabra nada más.

Templos subterráneos, pagodas *braménicas*, mezquitas mahometanas, santuarios budistas paucos y numerosos, cuyas piedras macizas votan los vientos y las lluvias desde hacia siglos, albergaban aquella multitud los finos *claqueiros*, de ligeros tunúcas, que adornaban sus cabezas con peinetas de carey los bravos *sikhs*, los opulentos *parais*, los adornados tibetanos, los hermanos alegres, los tristes *thuls*, que añoran el remoto pasado, cuando fueron dueños de todo el país. Todos unidos, por encima de la raza y de la casta, en un solo fanatismo y mezclados con la misma vitalidad.

Más allá, que donde humareda en que se ramificaba el perfume del *álcalde* con el hedor de la carne calcinada envuelto al taciturno *Sinón*.

No intentó preguntar qué fuese porque su guía parecía no entenderle. Pero éste advirtió su preocupación y en perfecto asereno le dijo:

—Con mujeres criminales que no se han dejado matar están quemándose allí.

Y le mostró varias hogueras en el extremo de una plaza, circundadas por la multitud ululante y frenética.

El guía añadió esta tétrica explicación.

—Por fortuna para ellas, para nos de casta de *bramenes*, la leña es de *múalo*.

Llegaron por fin a una construcción *terraman*.

Era el palacio que *Caro Dan* se había hecho erigir de las mejores piedras de *Saria*, como resplandeciente de mármol, rodeado de millares de columnas de pórfido, en cada uno de cuyos capiteles de bronce el *ciocel* de

numerosos artifices había simbolizado un verso del Ramayana, en forma que todos juntos componían el poema nacional de los hindúes.

Bajo la techumbre de jaspé y sobre el rojo pavimento circulaban capellanes, efebos y panteras, tan libres allí como entre los árboles de sus bosques de Birmania.

Si siquiera pareciera advertir que en el círculo encerrado por la columnaata había siete prisioneros, vestidos de negro o de negro y blanco, o de blanco totalmente o de pardo, según la orden religiosa a que pertenecían, no visto con las cabezas tonsuradas y las manos atadas.

Precaución inútil, pues no pensaban defenderse ni huir ni se inmataban cuando las panteras, más audaces, pasaban por su lado avanzando los flancos con las flexibles colas y parpadando sus ojos de berrillo.

Próximo a ellos había un altar sobre el que ardían unos ritos, y a la par un hexaeno en el que se calentaba el fuego con la señal apocalíptica.

Enfrente del altar dos tronos de marfil bajo un dosel de púrpura custodiados de un lado y otro por dos exornes ligeros de Bengala, que dormitaban perezosamente.

A la derecha del trono había siete magníficos elefantes retenidos por un corral y delante de cada uno de ellos un bloque de mármol blanco, tallado en cubo.

Para los prisioneros, que conocían las costumbres bárbaras de los príncipes hindúes, todo aquel artificio era la preparación de una ceremonia cruel y sangrienta en que ellos serían protagonistas.

Pero sus corazones estaban firmes y en paz.

De repente los megafonos dispuestos entre las columnas anunciaron que el Gran Mogol, señor de la India y del Asia, iba a llegar y los clarines tocaron una marcha triunfal y sinuosa.

Simón de Samaria, obediente a su guía, permanecía en el pórtico, desde el cual se divisaba una ancha avenida,

libre y llanto, para que pasara, sin ser molestado por la multitud, el más joven de todos los reyes, que no tardaría en ser el más poderoso también.

Lo precedía y lo rodeaba una extraña escolta en que se adivinaba un diabólico infujo, no sólo sobre los aires racionales, sino sobre las bestias feroces.

Apareció primero una cobra, la terrible serpiente indostánica de mordedura siempre mortal, y detrás de ella otras, y luego muchas más, y tantas y tantas en filas tan cerradas, que a corta distancia parecerían un tapiz dorado y brillante. La muchedumbre agolpada ante el palacio se apartó llena de horror y Simón de Samaria quiso huir pero el volador lo detuvo.

— No temas, ¡Van a pasar!

En efecto, pasaron las cobras y se fueron perdiendo en las jardines umbrosos.

Llegaron las bestias en número increíble. Era un tropel de rapinanzas cruzados y de leucos babeantes y de ojos fluidos y melancólicos, cuyo desfile duró largo rato.

Las siguieron los monjes, astutos y odiosos, con sus sucios hábitos que los asemejaban a humillos burachos.

Durante una hora desfilaron charcos y rinceperos y manadas de perros salvajes híbridos de lobos, y se conoció la aproximación del Gran Mogol, porque comenzó de pasar los elefantes odiosos, y surgió un pelotón de magníficos tigres reales.

Pero la verdadera escolta de aquel rey no la formaban las fieras, ni siquiera el grupo escandaloso de cortesanas impudicas que marchaban en pos de los tigres, sino la cohorte agolpada alrededor de la litera de Caro Dan, que veía en aquellos hombres tristes su guardia de honor.

Guardia desolada, en verdad, de sacerdotes apóstatas de todas las advocaciones, que para mayor injuria conservaban las vestiduras talares de que no se les había permitido despojarse.

Era un denso tropel de hombres que gozaron en el mundo de una fama que los encandiló, olvidados ahora por ese mismo mundo, como los hijos que se podren al pie de la higuera.

No intentaré ni contarlos, ni describir sus vestiduras que, aun deshonradas por la apostasía o la disolución, imponen respeto.

Que ser muchachos, no había un solo joven entre ellos.

La apostasía no se produce en la juventud, edad de las virtudes teologales, la amorosa caridad.

La apostasía engendra de la desesperanza y del orgullo la enfermedad de vivir, como el cáncer o la arteriosclerosis y nace así el prurito que padece los vivos por su cnicia o su virtud, cuando las creen obras propias y no de Dios.

No había tampoco ninguna obispo, pues toda la milicia de Cien Dan para atraerse ahechos había sido vana.

Pero aun así aquella legión de seres a quienes Cristo mismo había dado la facultad superhumana de perdonar los pecados y de convertir el pan en carne divina, era la escoria que más aconsejaba al Anticristo.

Estos no pasaron de largo, como las fieras o las corrompuras cruzaron el pórtico, rozando casi a Simón de Samaria.

En seguida llegó Cien Dan, conducido por forzudos soldados en una litera de púrpura y llevando a su izquierda a Iesabel, y todos se arrodillaron en un gesto de adoración que se transmitió de calle en calle hasta las murallas de la ciudad.

Todos menos aquellos siete hombres que aguardaban junto al altar donde un oscuro crucifijo de manera escotada sus brazos interdiccionales.

Y Simón de Samaria vio a Juana Taber sin la cinta escarlata, mostrando en la frente la señal del Anticristo. Ahora comprendía quién era ella y qué papel había de-

sempañado para seducirlo y para llenar con los templos las celdas vacías de los conventos.

La primera parte se había cumplido ya.

Precedido de doce oficiales de su guardia, Otro Dan ocupó el trono de la izquierda, y a sus pies, en las fauces mismas del tigre, que parecía dormir sentóse aquella mujer a quien los hombres llamaban Macha Bai.

Antes de que comenzara la ceremonia ordenada por ella, que conocía el ritual mágico, llamó a Simón, y el propio Otro Dan, con un hierro ardiente, marcó en su mano congreñada la señal apocalíptica.

En ese instante, Iray Simón midió la extensión profundal de su desventura y dejó la muerte, más no se arrepintió.

Cuando se acercó al altar para revestirse con los ornamentos sacerdotales, vio aquellos siete hombres con raldas solanas, y en uno de ellos reconoció a su cornac, que al verle colocarse en la catedral quedó consternado y le dirigió estas palabras del mismo inolvidable

—¿Istien se es sacerdos? (¿También te eres sacerdote?).

Y Iray Simón no pudo menos que contestar, prologando el mismo versículo:

In eternum! (¡Hasta la eternidad!)

Y volvió a dejar la muerte, sin contrición, como ocurrirá en los últimos tiempos, según la sentencia del Apocalipsis.

Y comenzó la misa del apóstata, convertido en el apóstol del Anticristo, y no bien pronunció sus primeros versículos, aquellos siete hombres de negro entocaron la estupenda elegía litúrgica, el *Dies irae*, que se reza en la misa de los muertos.

Sea que los guardias no entendieran su sentido, o creyeran que aquella formaba parte de la ceremonia, ello es que las ígneas expresiones, en la más impresionante melodía que haya producido el genio musical de todos

los siglos, e iban sobre las cabezas dobladas, como los carbones ardientes que anuncia Job para el día del juicio.

"Día de cólera aquel que reducirá a cenizas el mundo" cantaban en coro los siete sacerdotes, y los micrófonos amplificaban grandiosamente su voz y la aventaban sobre la ciudad y la difundían sobre el orbe, y envolvían el mundo en un negro saco de cilicio, y las gentes de todos los países, al advertir que sus relojes se paraban, y que el sol o la luna se volvían de sangre presentían que estaba quebrándose el eje de la creación.

Las siete voces modularon aquellos dos versos sin igual:

*Tuba mirum spargens sonum
per sepulchra regionum* ¹

Y fray Simón, que quería substraerse a su influjo y ahogar con su propio grito aquellas voces, bajó su misal, buscando el evangelio del día que era el primer domingo de adviento, 29 de noviembre de 1908, y leyó en alta voz:

"Habrá señales en el sol y en la luna y en las estrellas, y sobre la tierra las naciones estarán en angustia y consternación, al ruido del mar y de las olas, y los hombres se secarán de pavor con la expectativa de lo que está por ocurrir en el universo, porque las potestades del cielo serán sacudidas."

Y las siete voces arrojaron a la faz del mundo la humilde réplica de la contrición:

"Roy de terrible majestad sálvame, fuente de amor."

El alma del apóstata se cerró para no recoger la gota de contrición que le llegaba así, y se alegró al ver que unos soldados se apoderaban de los siete y los conducían al lugar del suplicio, que debía realizarse en el momento de la coronación.

¹ "La trompeta profetiza guerra en la región de los sepulchros."

Mientras el apóstata se inclinaba sobre las dos hostias que había en su patená, y cuando la creación se arremolinaba, al escuchar la fórmula sacramental *Hoc est enim corpus meum* los prismas fueron puestos de bruces con los frentes apoyados en los tres bloques de mármol, y sus áuricas voces, que seguían preparando el día de la ira, sólo callaron cuando se oyó el ruido de sus cráneos, aplastados simultáneamente contra las piedras por las patas de los elefantes.

Jezabel se levantó como electrizada, y arrojó la copa de oro que el sacerdote acababa de consagrar y la llenó hasta el borde con la sangre que chorruaba de una de las piedras, y la ofreció a Caro Dan, a quien Simón de Samaria en ese mismo santuario le entregaba una hostia.

Caro Dan bebió una porción de la Sangre de Cristo mezclada con la de su marit y devolvió al calce por el apóstata apuró murmurando las palabras rituales "Que tu Cuerpo, Señor que he consumido, y tu Sangre que he bebido se adhieran a mis entrañas."

Se entenebració la atmósfera y al súbito resplandecer de un relámpago vieron aparecer aquella misma figura que otra vez en Roma subió hasta el estrado de Caro Dan un dragón color de sangre con siete cabezas y diez cuernos que hizo cruje el tronco de la derecha, al arrellanarse en su asiento.

Habían cesado las oraciones del sacerdote, y fue el turno de Caro Dan, que exclamó

¡Oh, Jehová, que tuviste celos de la hermosura de mi padre y lo precipitaste en los infiernos. Dios maldito que ya no habías a los hombres por la boca mentirosa de los profetas, ni de los suecos? yo te acuso de no ser ni sabio ni misericordioso, ni mansueto pues no has previsto la rebelión y has creado el infierno y no has podido destruirme a mí, que vengo a aniquilar la uspeja de tus obras la maravilla de los milagros, tu tipo adorado, Cristo escondido en la hostia.

Un resplandor satánico ardió en los aires, y se escondió a una de las bocas del dragón, que hablaba en lengua aramea, pero que todos entendieron, y que decía: "Esta es mi obra predilecta, y yo le doy mandato sobre todos los hombres y la mitad de mis ángeles."

Y respondieron las otras bocas, con una horripilante letanía.

"Rey del orgullo, Rey del odio, Rey de la ambición, Rey de la envidia."

A cada invocación, una invisible multitud, desde los aires, como el eco de esponjas rompiéndose, respondía:

"Que tu reino comience y jamás acabe."

Entonces habló el dragón por las otras bocas, repudiando las infernales palabras con que un poeta de Roma¹ cantó al enemigo de Cristo.

Estas palabras sonaban de este modo:

"Principio inane del ser: materia y sentido.

No ha helado ya el rayo en la mano de Jehová, y sus ángeles caen del cielo como pálidos meteoros o planetas apagados.

"Y ya en la materia que nunca duerme aún vivo latando, rey de los fenómenos y de las formas.

"Vive en el fulgur de los ojos impudicos, en el seno palpitante de las cortinas y en las gotas de sangre de la vida.

"Vive en el resplandor de las vetas de los portales que desfilan a Dios.

"¿Qué importa que el bárbaro Nazareno queme sus templos y desparrame sus imágenes?"

"En las miradas de los magos y de los alquimistas: detrás de las celosías de los claustros y en la Tebaida, junto a los apóstatas, allí vive Satanás.

"Las turmas se levantan y le siguen, sacerdotes sacrílegos las guían, ceden los reynos, mueren asesinados los papas, y el orgullo humano fulgura entre el incendio.

¹ Carducci, *Himno a Satanás*.

"¡Levántate, *materia*! ¡Satanás ha vencido! ¡Salve, oh Satanás, vencedor de Cristo!"

Hasta ese día la tierra había permanecido firme en sus cimientos, pero en ese instante se tumbó, como un árbol hachado en la raíz.

Pues tal la conmoción del globo terráqueo que se abrieron grietas enormes, se hundieron palacios y templos, y subió un denso y pestífero vapor, y el alarido de la muchedumbre y de las bestias aterradas se perdió en el oleaje de un océano desconocido por los geógrafos, que avanzó por la llanura del Thar hasta las montañas.

El sol, enrojecido, desbizo su eterno camino y se clavó en el cenit, como si se hubiera cambiado la posición de la tierra en su ecliptica.

Y se oyó en las nubes una voz tremenda, que venía de más allá de los mares y por arriba de las montañas.

"Porque derramaron la sangre de los justos y de los profetas les he dado a beber sangre."

Y otra vez dulcísima que anunciaba:

"Cuando viereis que acontecen estas cosas, sabed que está cerca el reino de Dios."



Capítulo X. *La tercera aparición*

Una de aquellas tempestades nocturnas de persecución a los judíos, sonaron golpes en la puertita falsa que existía en los fondos de la huerta gregoriana, y que no se abría desde hacía treinta años.

Fue casualidad que el hermano Píoño anduviera por allí a esa hora y atendiese al llamado, descubriendo el harrumbado pasador.

Aparecieronse dos viejecitos harbados, que después de sakularlo con humillidá le pidieron amparo, pues sus casas habían sido incendiadas y se les perseguía a muerte.

—¿Qué habéis hecho? —se atrevió a preguntar el loco, antes de franquearles la entrada.

Somos judíos: es nuestro único delito.

—Si realmente no tenéis más culpa que ser compatriotas de Nuestro Señor y de la Santísima Virgen, no merecáis la muerte. ¿Pero acaso no sois usureros? ¿No defraudáis el salario de vuestros obreros? ¿No acaparáis las cosechas de los pobres agricultores? ¿Cómo pagáis su trabajo a vuestras costureras?

¡Librenos Dios de este criminoso! —respondió uno de ellos.

—Entonces, entrad. Voy a preparar de vuestra llegada a fray Plácido.

—Decidle a vuestro superior —añadió el otro— que al que hospeda a un profeta recibirá galardón de profeta.

Este pasaje de la Escritura impresionó al lego, que fue corriendo a anunciar a fray Plácido la llegada de dos profetas, y a pedirle permiso para alojarlos en algunas de las muchas celdas vacías.

Ya en el convento no quedaban más que dos personas ligadas por votos: fray Plácido y el hermano Pánfilo. Ni siquiera un mozo para servirlos.

Estaba el viejo fraile desvelado esa noche. En dos semanas no había tenido noticias del superior, lo cual le daba muy mala espina.

Mientras releía sus profetas, para consolar el alma, halló este misterioso anuncio de Ezequiel:

"Los visitantes de la ciudad han llegado, y cada uno trae en su mano un instrumento para destruir."

"Y díjole Jehová: Pasa por medio de la ciudad, por medio de Jerusalén, y pon una tea en la frente a los hombres que gimen y se duelen por todas las abominaciones que se hacen en medio de ella."

"Matad viejos, esposos y vírgenes, niños y mujeres, hasta que no quede ninguno, mas a todo aquel sobre quien vieréis la tea, no la matéis, y convenced por su estirpe."

Leía esto, cuando oyó al hermano Pánfilo que le golpeaba la puerta con los nudillos. Hízole pasar y quiso ver a los huéspedes que tan a destiempo le llegaban.

Le llamó la atención la seriedad de sus rostros y la pureza de sus miradas. Movidó por una singular inspiración, les preguntó en latín con qué le iban a pagar el alojamiento, y uno de ellos repitió, asimismo en latín, el texto que tanto había impresionado al monje Pánfilo:

—El que hospeda a un profeta tendrá galardón de profeta.

Fray Plácido replicó irónicamente con un segundo texto:

—¿Por ventura está Saúl entre los profetas?

—No Saúl, sino Elías —repuso el otro de los viejos— Elías, que, según Malaquías, será enviado antes del día grande del Señor, a reconciliar el corazón de los padres con el de los hijos.

Veo que eres experto en las Escrituras. Si él se llama Elías, ¿cómo te llamas tú?

—¿Vas a creerte si te digo mi nombre? —repuso el viejo.

—Te creeré si me dices la verdad.

—Me llamo Hamech.

Fray Plácido sabía que los dos patriarcas de la Antigua Ley, Hamech y Elías, no habían muerto, sino que vivían, desde hacía miles de años, en algún lugar oculto de la tierra. Pero al encontrar aquellos dos judíos viejos, que se decían llamarse como ellos para dar a entender que eran ellos mismos, no los tuvo por profetas, sino por impostores.

Sin embargo, autorizó al lego a recibirlos y no pensó más.

A la madrugada siguiente el hermano Plácido acudió a contarle que acababa de verlos levantados embadurnando las puertas de las celdas con un pincel.

—En cada una has pintado una señal que parece una cruz, pero no es una cruz, sino de esta manera —explicó el hermano Plácido.

Es una theta —dijo, pensativo, fray Plácido—. Déjalos; parecen varones de Dios.

Más tarde los vio de la mano de fray Plácido y acercarse al confesionario con gran devoción.

Por esos días veíamos tan pocos fieles en las iglesias, que uno pensaba si serían ya los tiempos anunciados

por el propio Jesús, al hablarles de las señales de su segunda venida a la tierra. "Cuando viniere el Hijo del Hombre, piensen que hallará fe sobre la tierra." Párrafo misterioso, que sólo se comprenderá cuando llegue la hora.

Era el primer domingo de adviento, el primer día de las cuatro semanas que la Iglesia destina a preparar el espíritu de los fieles para la Navidad.

Las lecturas de la masa de ese día están llenas de alusiones al segundo advenimiento de Cristo, que será precedido y anunciado por cataclismos horribles.

Se anuncia el día de la ira, en que el mundo será reducido a polvo. Pero antes sobrevendrá un período larguísimo, miles de años, tal vez millares de siglos, en los que el diablo permanecerá encadenado para que no dañe a los hombres, y regnará Cristo sobre la humanidad santificada y dichosa.

Al leer el Evangelio donde se dice que como presagio de esto habrá señales en el sol y en la luna, y bramarán las olas de los mares y caerán las estrellas, fray Plácido se entristeció, pensando que esas estrellas caídas podían ser el símbolo de innumerables sacerdotes apóstatas. Cuando terminó su misa fue en busca de sus huéspedes, y no los halló en su celda, ni en el refectorio, ni en rizarón alguno del convento.

Se refugió en la biblioteca y se puso a estudiar lo que teólogos y exegetas han escrito acerca de la resurrección de Elías y Henoch.

Del patriarca Henoch, padre de Matusalén, dice el Génesis que fue justo y que un día desapareció del mundo porque Dios lo tomó, y San Pablo explica que "no vio la muerte".

De Elías se sabe, por el IV Libro de los Reyes que, yendo en compañía de Elzeu, fue separado de él y conducido al cielo en un carro de fuego.

Los más autorizados intérpretes concuerdan en que ambos patriarcas viven actualmente, confirmados en gra-

ría, aguardando su hora, en algún sitio del mundo alimentándose de los frutos de árbol de la vida alimento que fue el de Adán antes del pecado: hasta que venga el momento de su traspasación, en los días del Anticristo, para realizar lo que será su misión de Ilnooch, predicar a las naciones, y de Elías, restablecer las tribus de Israel.

Levando esto penso muy Plácido que aquellos que él tenía por asesinos tal vez fueran en verdad los dos patriarcas, que luego morirían mártires del Anticristo, y cuyos cadáveres quedarían abandonados en las calles de Jerusalén.

¿Por qué no? ¿Quién podía afirmar que los tiempos no estaban maduros ya para las sangrientas vendettas del Apocalipsis?

Salud de nuevo en su busca y tampoco esa vez los halló, y aunque debían de estar hambrientos no aparecieron a la hora del almuerzo. Y no hubo ese día más que los dos conmemorales de siempre en el vasto refectorio, que aun conservaba sus heladas mesas de mármol.

A la vista, fray Plácido se refugió en la incertidumbre y umbra llevando como de costumbre su recordado ejemplar del Antiguo Testamento.

Ese año de 1498 el primer domingo de adviento cayó en 29 de noviembre. Para acompañar los temas de las lecturas de la masa, buscó en la profecía de Daniel las otras señales del fin del mundo.

De repente, sus ojos voladores, al fijarse en la arbolada por desmenuzarse del libro, advirtieron que el lapacho seco del ritual había florecido. Aunque no creía en la tradición según la cual florecería ese tronco al aparecer el Anticristo, al ver los enormes pétalos como cuajaron de sangre en las ramas centesias, se quedó perplejo.

Hay muchos católicos a quienes les espanta el pensar que el fin del mundo se aproxima, no obstante saber

que con él se aproximaría también la segunda venida de Cristo.

Por miedo de aquello, desearían mantener indefinidamente alejada esta gran alegría, clave principal del edificio de la Iglesia Católica.

Fray Plácido no compartía ese miedo, y rogaba todos los días por la pronta venida del Señor.

Mas lo inquietaba la vertiginosa idea de que esa época sería señalada por un sacrilegio tan espantoso, que los ojos de diamante de la tierra no podían resistirlo.

Hallábanse en estos pensamientos, cuando de pronto y sin visible causa, pues no se movía una hoja de los árboles, sintió un largo trueno subterráneo, como si se desgarraran las entrañas de la tierra, y un suspenderse la vida en la superficie de ella, y un rugir de aguas invisibles, y el griterío de las naciones, desde infinitas distancias, como si toda la tierra no fuese más que un colossal micrófono y los ruidos se propagasen con la velocidad de la luz.

Blasternas horripilantes de las turbas hechas por las plagas de los siete cálices derramados por los siete ángeles del Apocalipsis.

Blasternas de obstinación, pues los hombres, aun astraídos de dolor no se arrepintieron de sus obras.

Y alcanzó a percibir este alarido, que cruzaba el globo como una lanza: "¡Ay ay de aquella gran ciudad de Babilonia. ¡En un instante ha llegado su juicio!"

Fray Plácido comprendió que era el eco de la destrucción de Roma por un gran cataclismo, del que le llegaba noticia en forma incomprensible y maravillosa.

Y puesto que Roma debía de existir y con ella el Imperio Romano, duro obstáculo que, según San Pablo, se oponía a la aparición del Anticristo, comprendió también que el reinado de éste había comenzado en alguna parte del mundo.

¿Pero y el papa recién electo? ¿Y la Iglesia, contra la cual no prevalecerán las puertas del infierno?

Se incorporó del suelo trabajosamente, y vio a sus pies un barranco de incalculable profundidad, del cual se escapaba un vaho abrasador, tal vez del fuego central de la tierra. Su resplandor era lo único que lo alumbraba, pues, aunque era de día, una espesa oscuridad cubría todo.

Huyó espantado tapando por el cumulo de su celda, y murmurando aquellos versículos que describen lo que ocurrirá cuando salie el sexto año.

En esto le llegó como un báido de cebra la voz del hermano Pánfilo:

—Venga por aquí vuestra reverencia. Esto es el fin del mundo. El día de la ira de Dios.

Se encontraron los dos, camino de la cripta del convento, que parecia bastante sólida para soportar el peso de las murallas que se desmoronaban.

Llovía de una manera nueva vista, y al agua se mezclaba el granizo, y sobre la cabeza de los fugitivos crepítaban incesantes rayos y centellas.

Llegaron, por fin, trabajosamente, a lo más fondo de la cripta, y se refugiaron en aquellas oscurlaras arcadas, capaces de sostener el mundo, y a la luz de unas velas benditas, miraron el triángulo, una parte del marisno, y los esorcismos de las grandes calamidades, y luego al hermano Pánfilo acomodó unos cadáveres que había en el fondo de la cripta, a la manera de un estrado, porque el suelo empezaba a inundarse.

Con ello los muros cedieron, no como si se derrumbasen, sino como si se convirtieran en una materia friable y porosa, que se disolvía en aquellas aguas. Todo se apagó. Formóse primeramente un lago y luego un torrente, que arrebató la labiación arriba de la que estaban los dos frailes como sobre una alameda.

Eilos pensaron que iban a estrellarse contra la pared opuesta, pero al intenso resplandor de las velas vieron

diáregase las piedras y conviértase en blanda esponja que se hundió en el mar.

To lo era ya un mar, lóbrego y sin oleaje, y tibio, que ocupaba el sitio donde había estado la hermosa Buenos Aires.

Al menos así se lo imaginaba fray Plácido, pues no podía ser de otro modo, ya que su improvisado esquiife había partido en su extraño viaje desde el corazón mismo de la ciudad. Se apagaron las velas.

¿Pero por qué, alzando la cabeza, no se veía ni sol, ni luna, ni estrellas ni el más mínimo fulgor, ni siquiera el resplandor de aquel fuego que empezó a brotar en la tierra cuando ocurrió el cataclismo?

Hermano Pánfilo, ¿divisa usted alguna luz o alguna estrella?

No, fray Plácido. No veo más de lo que vería si me ultraran saltado los ojos. Solo siento un olor pesado e azulado.

Hermano Pánfilo, usted que tiene mejores ojos que yo, porque no los ha gastado en la lectura ¿no ve arriba de nuestras cabezas algo como una bóveda?

El lego levantó la vista y dijo al cabo:

—¿Está seguro V. R. de que todavía tiene ojos para ver algo? Lo que es yo, no veo ni jota.

Guardaron silencio un rato, que tal vez fueron muchas horas, manteniéndose de bruces sobre aquella balsa que flota en el oleaje tibio, pesado y salobre como el del mar Muerto.

Primero el hermano Pánfilo se dejó vencer por el sueño, y después a fray Plácido le ocurrió lo mismo, y se durmieron arrojados en sus balandranes.

Entretanto la alameda navegaba con fantástica velocidad, arrebatada por aquella lóbrega y subterránea corriente de un río que no figuraba en ningún mapa del mundo.

¿Cuántas horas o días, o semanas durmieron los dos fríos y bajo el nublado viento de aquellas aguas? Nadie podía aclarar aquel punto, cuando se despertaron, débiles y hambrientos, sobre una costa donde el mar se deshacía en espumas.

En su playa desierta habian encallado la balsa, después de un viaje misterioso por las entrañas del globo terráqueo.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó el lego— ¿Qué hora será? ¿Cuántos días hemos dormido? ¿Sabe V R que no puedo medir el tiempo uno por el hambre que tengo?

—¡Y yo también! Dios nos perdona.

Arriba de sus cabezas brillaban estrellas desconocidas. Hacía frío, y los torturaba un hambre de muchos días sin pan.

—Mientras V R vea un célebre yo iré a mendigar algunos mendrugos.

—¿Adónde si aquel parece no haber más almas vivientes que nosotros? ¿Qué país será éste?

—Entonces, busqué en la playa algunos mariscos.

—Vaya, hermano y que Dios le ayude. La verdad es que yo tengo hambre y sed. ¿Pero qué hora será? Estas estrellas, que nunca he visto, no se indican nada. Vaya, hermano yo lo aguardaré rezando.

Se alzó el hermano Pascio y fray Plácido se llevó la mano a la frente para hacer la señal de la cruz, cuando le detuvo un rayo y el crujir de unas rodillas huesosas que él ya, por dos ocasiones, habia escuchado con horror.

—Te prometo volver una vez más y hoy cumplo mi promesa! —le dijo Volante—. Guardate de hacer esa señal, que yo he escuchado cuando vivía y que ahora me hace caer de rodillas, junto con los ángeles y los demonios.

La figura del patriarca de Fernay era más lúgubre y más létrica. Venía envuelto en una manta que parecía de un fuego sin resplandor pero que se le pegaba a las

carnes, y de la que no podía separarla, como si más que el fuego lo aterrorizara el frío o la desnudez.

—He demorado en mis obras con tanta impudicia a los seres humanos, que hoy mi castigo es sufrir horrorosamente el poder que suqué a desprestigiar.

Fray Plácido, no sabiendo qué decir, respondió:

—Ya no te esperaba. ¡Han pasado tantos años!

Voltaire se rio con risa dolorosa y sarcástica:

—¿Tantos años te parecen? ¡Dios, veinte, treinta! Hace treinta años los hombres creaban el segundo castigo de mi infierno. A vosotros, los vivientes, treinta años os parecen muchos. A nosotros, en la eternidad, no os parecen más largos que un parpadeo, porque el trélate al cielo, ni mí, significan nada, nada, nada. Y, sin embargo, un solo minuto es intolerable y nos parecería eterno si nouviéramos constantemente la visión de la eternidad que tenemos por delante.

—¡Desventurada su misión! —exclamó fray Plácido, compadecido.

Y Voltaire se volvió a reir.

—¿Te apedas de mí?

—Sí, y voy a preguntarte de nuevo lo que ya te pregunté: si te dieran un minuto para arrepentirte, ¿lo aprovecharías?

—Aunque me devolvieran la libertad, yo no sería libre. ¿Has visto alguna vez el catálogo de mis obras? La lista sola, en todos los idiomas, ocupa tomos enteros. ¿Podrías calcular los millones y millones de lectores que han tenido; los millones y millones de blasfemias que han suscitado; los millones de almas que por ellas perdieron la fe y se han condenado? Yo soy prisionero de mis libros y de las almas que he arrojado al infierno.

—¿Te conocen, te preguntan?

—¡Ah, si pudiera librarme de ellos! ¿Has visto una jauría de perros hambrientos, cuando su dueño entra en el vallado en que los tiene? Se abalanzan y le acoran

enfando para que les dé algún momento con que sacar el hambre que los devora. Así ellas, las que en el mundo me admiraban, fueron como un torbellino detrás de mí reclamándome un alivio que no puedo darles, y contritiéndose en inútiles los elogios que antes me hicieron. Y yo, como un cobarde que se pinta el rostro para disimular su palidez, me río y me hundo de ellas, para recordar el terror que les tengo.

—Ahora comprendo que no te darías arrepentirte si perdieras la vida.

—Si yo tuviera un minuto para arrepentirme suponiendo que mi orgullo me dejase exclamar: ¡Perdóname, Señor, yo que blasfemé tu nombre te confieso y me humillo! Suponiendo que yo fuera capaz de un acto sobrenatural, más poderoso que el resucitar a un muerto, para almas que se perdieron por mi culpa no permitirías que yo me salvase. Yo, que fui su maestro soy ahora su prisionero.

—Has hecho mucho mal a los otros pero más te has hecho a ti mismo.

—En efecto, yo soy el padre del liberalismo que a su vez engendró el ateísmo y luego el escepticismo y el culto a la blasfemia. ¿Te imaginas que yo pueda arrodillarme ante el Infame y abandonar a los millones que me siguen y me reconocen como a su señor espiritual?

—Pero los tormentos que sufres?

—Son inenarrables pero no cambiaría nunca mi voluntad de rebeldía. Un alma obstinada e impetuosa es más dura que una corbitera de diamante. En medio de las llamas no me arrodillaré y seguiré diciendo eterna mente como el diablo: *Non serviam!* "Más vale reinar en los infiernos que servir en el cielo."

Dios me dijiste: «serviré con tristeza el frágil». En primera vez que me visitaste, por el Cuaderno no firmas nunca una sentencia de reprobación.

—No, nunca! Es el réprobo quien lo firmó, y voluntariamente se condena. Solo una sentencia va a firmar el infame, y es la del mayor enemigo de su nombre.

El Anticristo. —¿Ya ha aparecido?

Sí, ya ha empezado a reinar sobre el mundo, con un sacrilegio de que yo mismo en *Fernex* me he visto honroado, ya, por tantas veces, por engañar a un servidor o por nada, conculgué en pecado!

¿Ha salido pues, el santo año?

Sí, y la tierra se ha podido sustentar en su quicio. Se ha enderezado en su eclíptica 23 grados y medio, y ha dejado de rotar alrededor de su eje. Ahora los días y las noches duran un año entero, y los hombres que han quedado viven en las entrañas de la tierra, que es ahora como una esponja y sacada de corrientes de agua.

—¿Y el papa y la Iglesia, donde están?

—En el mismo instante en que el hombre perverso conculgaba de manos de un sacerdote católico, en las antipodas de la tierra el emperador Otón hacía arrodillar al papa y con él a la mitad de los cardenales que cayeron en su mano. Los otros buyeros hacia la tierra mala.

—¿Y Roma fue destruida?

—Toda Europa fue destruida al caer como una estrella del cielo en los abismos de la apostasía que sucedió que le dio la comunión al Anticristo. «No me preguntes su nombre!»

—No lo quiero saber! Tu lengua es mentirosa y dice mentiras.

Huy, respondió Voltaire— debo decir la verdad por mandato de Dios. Pero hoy la verdad no me quema la lengua, porque sólo anuncio males.

—¿Qué otros males?

Al caer esa estrella, como una antorcha ardiente en el mar.

—Eso está anunciado con estas palabras. *Et cecidit de coelo stella magna, ardens tanquam facula*

— ¡Bien comes tu Biblia, viejo fraile! —respondió Voltaire con una mueca horrible que quiso ser una sonrisa— Pues al caer la estrella y detenerse el movimiento de la tierra alrededor de su eje, los mares y los continentes cambiaron de lugar: las aguas de la tercera parte de la tierra se volaron salobres, y han muerto de sed poblaciones enteras.

— ¡Tú cual estás pedetizado —dijo el fraile—

Otón y su imperio han sido expulsados bajo el Mediterráneo como Faraón y su ejército bajo el mar Rojo. España y toda la Europa Central han desaparecido. Sólo queda el imperio de Satana, hasta que el Anticristo se adhiera de él. Ya la mitad de sus habitantes tienen la frente marcada con su cruz.

— Si Roma ha sido destruida —preguntó fray Plácido— ¿dónde se refugiara la Iglesia?

— Tú lo sabes mejor que yo, porque crees en las profecías que yo escucho.

— ¡Tú no puedes creer en nada más! Las profecías, dice San Pablo, no son para los sabios, sino para los fieles. En cuanto a la profecía que anuncia cuál será el sucesor de la Iglesia, está en Zacarías, y dice así: "El Señor elegirá de nuevo a Jerusalén". *Et elegit adhuc Jerusalem*. Dime ahora qué nuevo papa tenemos.

— Congregáronse los cardenales en Jerusalén —respondió Voltaire— y eligieron a Clemente XV.

— *Flos Florum* —dijo fray Plácido recordando el lema que le asigna la profecía de San Malaquías. *Flos de Flores*.

Ha correspondido al lema, porque ha vivido menos que una flor. Había sido electo para regir a los pueblos con vara de hierro, pero fue a los pocos días asesinado. El Colegio Cardenalicio se ha dado cita en un desierto para elegir al sucesor desconociendo al antipapa, que un conciliábulo de apóstatas ha elegido por mandato del Anticristo.

¿Cómo se llama ese antipapa?

Me dijiste que no querías saber su nombre

—¿Abi? ¿Es él? preguntó fray Plácido, sintiendo un golpe de sangre en su viejo corazón.

—Sí, es aquel que un día, hace treinta años, se ordenó y yo te anuncié que sería una estrella que se llamaría Apolo. Su nombre pontificio es Simón I.

¡Simón de Samaria! —exclamó con dolor fray Plácido, y añadió la acongojada imprecación de Isaias:—

¿Cómo caiste del cielo, oh Locero, hijo de la mañana? Tú, que decías en tu corazón: subiré al cielo junto a las estrellas.

Como Voltaire nada dijese, él le interrogó

—¿Qué lo ha precipitado a la apostasía? ¿La codicia?

—¡No!

—¿La sensualidad, acaso?

—Tampoco.

—¿El orgullo?

—Sí, el orgullo, que es la raíz de todas las grandes apostasías. Cuando a un fraile le entra la obsesión de reformar la disciplina de la Iglesia, o pretende poseer la clave de las Escrituras, o no es muy humilde, está perdido. Nunca deja de hallar adeptos que lo aplauden. Comienza el engrandecimiento, luego la obstinación, después la terquedad y la apostasía. Los otros pecados vienen por añadidura.

—¿Mi superior caerá en ellos?

—No sé. Un sacerdote rebelde puede durante años seguir siendo casto y sobrio, y cumpliendo aparentemente su ministerio, hasta que un día añaja por todos lados, a la manera de un zavo que ha encurulado.

—Aquella mujer que se hacía llamar Juana Tabos ¿se convirtió, por ventura, o lo siguió en su desvarío?

—Aquella mujer es Jorabael, la profetisa del Anticristo, que preparaba sus caminos simulando unas veces el amor, otras el deseo de convertirse.

Casi siempre es así —susurró el fraile—. Los infelices herejes/ascanos acaban por ser juguete de alguna profetisa, que les infunde la más vtil y diabólica de las tentaciones: el deseo de convertirlos por amor. Con esta pretenden engañar a Dios, pero, como dice el texto santo: "¿Tiene acaso Dios necesidad de vuestra mentira?"

Al oír esto, Voltaire se retorció de dolor y pronunció en latín una frase bíblica: *Aferrius est iniquitas illi*. (La iniquidad se ha engañado a sí misma.) Y añadió con amargura: *extrema*.

—Si comprendieras cuánto sufro al pronunciar esto tanto, que pudiera escribirlo en el pedestal de todas tus estatuas.

—El mentirse a sí mismo es una forma de la obstinación y del orgullo —comenzó el fraile—. Pero dime, ¿qué alivio sientas al hablar?

—¿Acaso puedo hablar de alivio, cuando sigo mi naturaleza actual? Pero es seguro que si no siguiera me resultaría más insoporable dentro de lo insoporable. Soy y seré eternamente como una piedra ardiente o como un bolido. No me alivia el viento infernal que ramba en mis oídos cuando recorro los espacios infinitos, pero me retorcería de tortura si me detuviera. Aun al visitarla, por mandato de Dios, me causa horror.

—¿Por qué?

Porque a mí, habitante infeliz de la eternidad, me pone en contacto con el tiempo que dejó correr perversa y estúpidamente. Lo solo minuto quisiera yo ahora de los 2.592.585.000 minutos de que dispuse desde que tuve uso de razón hasta el instante en que morí.

—¿Por qué citas el número?

—Porque a cada instante, como un zorro que cuenta sus monedas, cuento ese tesoro de minutos que dilapidé con desdichada prodigalidad. Con uno solo habría tenido bastante para cambiar el rumbo de mi eternidad.

Al decir esto, la sombra arrojó un largo gemido que penetró la médula del traite, a la manera de un ácido mordiente y helado.

—No gimes así me produces un mal horrible
¿Puedo hacer algo por tí?

Voltaire guardó silencio un rato y luego dijo:

—Epulón, desde el infierno, clamaba para que lo oyeran sus hermanos. Mi condición es incomparablemente peor por la naturaleza de mis culpas que fueron principalmente pecados contra el Espíritu. Yo no puedo desear ningún bien a nadie, sino mal. Solamente hay para mí una esperanza, que es una contradicción de mi naturaleza.

—¿Cuál es?

—Dado que mi pena crece con cada alma que se pierde por mi culpa, sólo tengo una esperanza la de que se realice la orden del Anticristo, que ha mandado destruir todas las bibliotecas de su imperio, como Herodes mandó matar a todos los niños, por odio a uno solo. El Anticristo quiere destruir las Escrituras y todas las letras de ellas que hay en los libros.

—Tus libros perecerán, pero tu doctrina vivirá y seguirá secando en sus fuentes el agua viva del bautismo cristiano.

Voltaire iba a explicar aquella contradicción que le hacía orar en su odio a Cristo, que el mundo siguiera renegando de El, y tener al mismo tiempo el que aumentaran las almas perdidas por sus libros.

Pero algo debió ocurrir en el otro extremo del mundo, de lo que El recibió instantánea noticia pues se inmuyó y cayó unos minutos. Luego dijo:

—En este momento acabo de marcarle con la cifra del Anticristo el último de los vivientes que faltaba. Ya no quedan sino los señalados con la señal del Cordón, que no prevaricarán. Van a empezar las persecuciones hasta la gran batalla.

—¿Qué ocurrirá entonces?

—Vendrá el Hijo del Hombre y matará con el aliento de su boca al Hombre de la Perdicion, y desde ese momento en los infiernos habrá quien cuidará mis fortunas, porque serás inmensamente menores que mis suyas.

—Eso en tu eterna morada... y en el mundo, en donde todavía hay tiempo.

No habrá más tiempo. Apareceré en las nubes el Infame y todos vosotros, los que por vuestra dicha habéis perseverado os levantaréis en los aires para salir al encuentro del Hijo de Hombre y el mundo entrará en los espáduros del Reino de Dios. ¡Infamia de mí, que tengo ya la eternidad en mis venas, y en un solo minuto la los que vosotros, mortales, despreciáis como granos de polvo! Toda mi gloria por un grano de oro polvo de oro que es el tiempo!

Con esto desapareció su dolorosa figura, y fray Plácido se quedó pensando si por tercera vez habría soñado aquello.

Era evidente que la tierra había sufrido un cataclismo cosmogónico, y que se aproximaban los últimos días del siglo, y después de ellos el Reino de Dios, en que los ángeles, como segadores divinos, estarían en gavillas el buen trigo y quemarían la paja.

Pero esto no ocurriría una después de los tres años y medio que reinaria el Anticristo.

Entonces se oiría en los cielos la voz de un ángel, que congregaría a todos los pávulos del mundo. "Venid y congregaos a la cena grande de Dios, a comer carne de reyes, y carne de tribunas, y carne de poderosos y carne de caballos y de sus jinetes, y carne de todos, libres y esclavos y de chicos y de grandes."

Si era verdad que el papa había muerto y Roma había sido destruida, debía partir para Jerusalén, donde se restauraría la Iglesia, preparándose con los últimos papas

para el advenimiento del Supremo Justo, que renovaría todas las cosas.

Entretanto, notaban morir de hambre y de sed; mas llegó a tiempo el hermano Pánfilo, que había hallado una fuente viva en las grietas del acantilado. Había también mariscos en abundancia.

Fueron los dos buscando su camino, por entre las piedras, a la luz de las estrellas desconocidas, y hablaron y se inclaron y entonces fray Plácido informó a su compañero que iban a partir hacia Jerusalén.

—¿Con qué rumbo, padre?

—Dios nos inspirará.

Echaron a andar por la playa, y con asombro de los dos, que se creían solos en un desierto, vieron que muchas gentes aparecían, como el bostezo de las arenas o de las rocas y se les reunían y sabiendo que iban hacia Jerusalén, los acompañaban.

Al cabo de unas horas, en que marchaban con un vigor desconocido, algo así como una vibración profunda, ya no eran un pequeño grupo sino una verdadera muchedumbre, muchos de ellos de facciones evidentemente judías. Esto bien comprendió a fray Plácido que por la predicación de Henoch y de Elías o por misteriosas inspiraciones del Espíritu, había comenzado la conversión en esas de Israel.

Se llenó de alegría, y a voz en cuello, y como quien arroja al aire un tesoro, comenzó a preguntar las profecías que anunciaban el próximo advenimiento de Cristo, a pacificar el mundo y a reinar con los que creyeron en Él.

Y es el Génesis que anunciaba así:

"Todas las naciones de la tierra serán benditas en Aquel que saldrá de ti."

Y era Isaias:

"La región intránsitable y desierta se alegrará y saltará de gozo la soledad y florecerá como lirio."

Y era Jeremías:

"Salid que yo los recogeré de los extremos de la tierra, y entre ellos vendráis juntamente el ciego y el cojo y la mujer encinta y la que está criando."

Y era San Pablo:

"Entretanto Cristo debe retirarse hasta poner a todos sus enemigos debajo de sus pies."

La nueva disposición del globo terráqueo, cuya rotación sobre su eje se había detenido, hacía que sólo un hemisferio recibiera el sol, mientras duraba su revolución alrededor de éste.

El día, en ese hemisferio, duraba un año entero, lo mismo que la noche en el otro. Al cabo del año empezaría el día para éste y la noche para aquél.

Habíale tocado al imperio del Anticristo el primer año de luz, y al resto del mundo no anegado por las mareas, en el hemisferio opuesto, el primer año de sombra.

Los fieles y los nuevos convertidos que caminaban hacia la tierra santa iban impulsados por un anhelo, como el instinto de las aves vapores cuando llega la nueva estación.

¿Pero quién los guiaría y los ampararía por aquellos caminos ignorados, e ellos que surgieron como hormigas de las entrañas agrietadas de la tierra, y que habían perdido toda invención, toda comodidad, y estaban más desprovistos e indefensos que los primeros habitantes del mundo? ¿De qué se alimentarian en un viaje que duraría meses, tal vez años? ¿No morirían como las plantas privadas del sol y de la luz?

¡No! El Anticristo dominaba sobre las regiones oscuras por el sur, pero les quedaron a los fieles las tierras prodigiosamente iluminadas por la Cruz.

Así se cumplió el anuncio del profeta Joel, para los últimos tiempos:

"Y dará maravillas arriba en el cielo y señalará abajo en la tierra."

A la manera de una arrow boreal, se encendió en el aire una resplandeciente cruz que alumbraba y calentaba como el sol todo ese hemisferio.

Un grito de júbilo se levantó de la creciente muchedumbre, y fray Plácido, que marchaba a su cabeza como pastor del rebaño, cantó, y su voz se dilató maravillosamente en el aire ligero y elástico de la noche iluminada, y llegó a todos los corazones.

Y lo que cantaba eran las promesas de las Escrituras, de una corona real para los que creen y desean reunirse con Cristo.

Eran los tiempos del sexto sello, pero antes de que saltara el séptimo del misterioso libro del Apocalipsis y se hiciera sobre el universo acorregado aquel gran silencio de media hora que los intérpretes no aciertan a explicar, antes de que en el mundo florecieran los esplendores del triunfo, sería necesario pasar por tribulaciones innumerables y crueles persecuciones.

La tierra se convertiría en un lagar cojo, y la sangre de las víctimas llegaría hasta los frenos de los caballos.

Por poco tiempo, sin embargo.

Hasta que sonara sobre el mundo la trompeta del séptimo ángel y anunciara el advenimiento: "El reino de este mundo ha venido a ser de Nuestro Señor y de su Cristo, y reinará por los siglos de los siglos. Amén."

Catamarca, 9 de noviembre de 1941.

Índice

Declaración	..	7
-------------	----	---

PORTE PRIMERA JUANA TABOR

Capítulo I	200 años después de Volúter	17
Capítulo II	El ateísmo	33
Capítulo III	Los jentzcos del notonismo	45
Capítulo IV	La coronación de Ciro Dan	55
Capítulo V	Rahab	75
Capítulo VI	Das cosas y una cruz	103
Capítulo VII	Vinda del porvenir	113
Capítulo VIII	La fuga de los últimos noticios	125
Capítulo IX	Rabaidia y erotismo	135
Capítulo X	El mismo Santo Imperio	149
Capítulo XI	La muerte del papa .	161
Capítulo XII	El Rey de Israel ..	171

PORTE SEGUNDA: 000

Capítulo I	Las Mú Puertas Verdes .	191
Capítulo II	La notonza	205
Capítulo III	La quinta columna	213

Capítulo	IV	<i>La Argentina en guerra</i>	235
Capítulo	V	<i>¿Sindén IP?</i>	247
Capítulo	VI	<i>Factor et Nueva</i>	265
Capítulo	VII	<i>Mis en la athenora de Juana Tubor</i>	288
Capítulo	VIII	<i>El desierto del Thor</i>	300
Capítulo	IX	<i>La comunión del Anticristo</i>	321
Capítulo	X	<i>La tercera aparición</i>	338

Fondo editorial de EDICIONES THAU

ECONOMÍA

El sentido reverencial del dinero — *Ramiro de Maeztu*

ENSAYO

Defensa del espíritu — *Ramiro de Maeztu*

HISTORIA

Año X — *Hugo Wast*

POLÍTICA

Defensa de la oligarquía — *Ramiro de Maeztu*

RELIGIÓN

Diccionario de papas — *Donald Attwater*

Cómo se celebró la Reforma — *Hedwig Balloq*



R² 601
7421
C-14

Esta edición de 2.000 ejemplares fue terminada de imprimir el día 15 de marzo de 1983 en Talleres Gráficos Yunque, Combate de los Pozos 985, Buenos Aires.

JUANA TABOR - 666 comienza su acción en 1978, que ya es nuestro pasado, describiendo una situación mundial que no se aparta en mucho de la realidad que hoy conocemos; y continúa diez años después, en 1988, que es nuestro futuro más inmediato o, quizá, sea ya nuestro presente.

Con insignificantes errores de detalle, desde la nominación de Paulo VI como uno de los papas de los últimos tiempos hasta la erección de un orden mundial unitario, con un solo signo monetario y un solo idioma para todo el planeta, las coincidencias se multiplican como si estuviéramos asistiendo a un espectáculo mágico, en el que se entremezclan la realidad y la fantasía.

Pero donde este relato realmente conmueve al croyante de 1981, es cuando el autor denuncia los peligros que acechan a la Iglesia. Olgamos a fray Simón de Samaria, el gran personaje de la obra:

"Tengo la conciencia de que llevo conmigo todas las energías de una nueva creencia. Mi misión es conciliar el siglo con la religión en el terreno dogmático, político y social. La Iglesia de hoy no es sino el germen de la Iglesia del porvenir, que tendrá tres círculos: en el primero cabrán católicos y protestantes; en el segundo judíos y musulmanes; en el tercero idólatras, paganos y aun ateos. . ."

Esta novela es amena y sobrecogedora y se lee con gusto pero también con estremecimiento.

 **EDICIONES
THAU**